JUAN TRANCHE

# INNOCENCIA



CUANDO EL PODER COMPRA EL SILENCIO...

LA INOCENCIA SE PAGA CON SANGRE

Planeta

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita**

**Contexto histórico**

**PARTE I. OFENSA**

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI

**PARTE II. DOLOR**

XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL

XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII

**PARTE III. VENGANZA**

LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII

LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
LXXII
LXXIII
LXXIV

**Epílogo**

**Nota del autor**

**Agradecimientos**

**Notas**

**Créditos**

# Innocentia

Juan Tranche



*A mis padres por estar.*
*A Isa por ser.*
*A Aitana y a Chloe por tener.*

La crueldad, por el contrario, tiene un aspecto espantoso, una apariencia desagradable, un orgullo intratable, una voz terrible, una boca siempre llena de amenazas y órdenes sanguinarias.
No decir NADA sobre ella sería algo así como favorecer su difusión.
En efecto, ¿qué límites se impondrá a sí misma, si ni siquiera se detiene ante el freno del oprobio?
En fin, puesto que ella sabe hacerse temer, sepamos nosotros odiarla.

VALERIO MÁXIMO
*Hechos y dichos memorables*
Libro IX, Capítulo II
(«Sobre la crueldad»)

# CONTEXTO HISTÓRICO

Entre los años 211 y 217 d. C., el emperador Caracalla gobernó con despotismo y crueldad; entre otras acciones, mandó asesinar a su hermano Geta y masacró a parte de la población de Alejandría por haberse burlado de él. En el año 217 dicho emperador se encontraba en Oriente, preparándose para reanudar las campañas militares contra los partos, dueños de un poderoso imperio situado al norte del actual Irán, que durante siglos se había mantenido como uno de los principales enemigos de Roma en la región. El 8 de abril de ese mismo año, mientras se dirigía hacia un templo cercano a Carras (la actual Harrán, en el sur de Turquía), Caracalla hizo una breve pausa durante su trayecto para miccionar. En ese instante, el legionario Julio Marcial se aproximó por la espalda y lo apuñaló hasta darle muerte.

El hombre que ordenó aquel asesinato fue, irónicamente, quien debía protegerlo: Marco Opelio Macrino, prefecto del pretorio y comandante de la guardia imperial encargada de la seguridad del emperador. Este, tras recibir información de los *frumentarii* (los servicios de inteligencia imperial) sobre una posible conspiración contra Caracalla, consideró la oportunidad de asegurar su ascenso al poder. Con este propósito, decidió adelantarse y utilizó a Marcial como instrumento para llevar a cabo el magnicidio.

Tras la muerte de Caracalla, Macrino fue proclamado emperador por las tropas y el Senado romano se vio obligado a ratificar esta elección el 12 de abril de 217. Sin embargo, su breve reinado, que

apenas duró algo más de un año, estuvo marcado por decisiones impopulares y controvertidas. Una de las más significativas fue el exilio de los miembros de la familia de Caracalla a Siria, subestimando, sobre todo, a Julia Mesa, hermana de la fallecida emperatriz Julia Domna y tía del emperador asesinado.

Desde su exilio, Julia Mesa, con su carácter ambicioso y calculador, comenzó a organizar una intrincada red de conspiraciones para recuperar el poder para su familia. Sobornó a la Legio II Parthica y aseguró su lealtad, sentando las bases para un levantamiento militar contra Macrino. El enfrentamiento decisivo tuvo lugar el 8 de junio de 218, en la batalla de Antioquía, donde las tropas leales a Julia Mesa derrotaron al ejército de Macrino. Ante su inminente caída, Macrino intentó huir, pero fue capturado poco después. Su destino había quedado sellado. Su cabeza, cercenada por uno de los esbirros de Julia Mesa, fue entregada como trofeo a los pies de la matriarca conspiradora.

Tras esta victoria, Julia Mesa proclamó como nuevo emperador a su nieto Sexto Vario Avito Basiano, conocido históricamente como Heliogábalo. Sin embargo, el reinado de Heliogábalo, caracterizado por políticas controvertidas y un comportamiento extravagante, apenas se prolongó cuatro años. Fue la propia Julia Mesa quien allanó el camino para la caída de su nieto. La guardia pretoriana, harta de sus excesos, se sublevó y acabó con la vida de Heliogábalo, que contaba entonces dieciocho años, y con la de su madre, quien murió abrazada a su hijo. Como si se tratase de criminales comunes, sus cadáveres fueron decapitados, arrastrados por las calles de Roma y arrojados al Tíber. Por último, Julia Mesa aseguró la sucesión en favor de otro de sus nietos, Alejandro Severo, primo de Heliogábalo, quien ascendió al trono el 14 de marzo del año 222.

Esta narración se sitúa tres meses después del ascenso al poder de Alejandro Severo y de la muerte de Heliogábalo.

# PARTE I
# OFENSA

# I

*Sucaelo (Alcalá la Real)*
*222 d. C.*

Los dioses parecían divertirse ante el horror que los habitantes de la urbe se encontrarían al despertar y habían dispuesto que una interminable tormenta descargara con fuerza durante la noche.

Las gotas sonaban amortiguadas cuando se posaban sobre los frondosos campos, huecas cuando iban llenando los charcos y sólidas al hallar los tejados o el adoquín de las calzadas.

Todos los rincones de Sucaelo estaban cubiertos de una densa oscuridad. La llama de las antorchas hacía muchas horas que había sido apagada por el aguacero.

Un relámpago iluminó una de las calles y delató la presencia de un carro que se encontraba detenido junto a una vivienda.

Un trueno retumbó en el instante en que un hombre, fuerte y corpulento, abandonaba la casa sosteniendo el cuerpo de una niña. Con una de sus enormes manos le tapaba la boca con la ayuda de un pañuelo y, con la otra, abrazaba todo su cuerpo mientras cargaba con ella.

Las patadas que lanzaba la pequeña no parecían perturbar al gigante.

El hombre se dirigió hacia la parte de atrás del carro; cuando llegó, con una de las manos abrió la reja. Una lucerna, colgada del

techo de madera, iluminaba vagamente el interior, donde el olor a orina y cerrado se mezclaba con la humedad del exterior.

En ese momento, Vitruvia, la niña que cargaba el gigante, dominada por el pánico, lanzó un grito desesperado desde lo más profundo de su ser. Él se giró con rapidez y asestó un devastador puñetazo al rostro de la muchacha que le rompió la nariz y provocó que la sangre brotara de forma incontrolable, dejándola inconsciente.

El hombre abrió la puerta y observó el interior. El carro tenía unos hierros a los lados y de ellos salían unos cepos que atrapaban las manos de otras niñas.

Tras encadenar a Vitruvia al fondo, miró con ira al resto de las asustadas crías y, sin la necesidad de decir una palabra, abandonó el interior del carro, se atusó la capucha, empapada por la lluvia, y se subió en la parte de delante junto al cochero.

El carro continuó hacia su siguiente destino. El conductor apenas era capaz de ver, pero había hecho ese camino de día y había calculado la distancia. Dos imponentes pinos flanqueaban la entrada de la *domus* y, al distinguirlos, el cochero detuvo el carro. El gigante extrajo el puñal de su funda y entró con decisión en la vivienda.

Poco después salió con otra niña. Sin embargo, en esta ocasión, la muchacha se sacudió y logró zafarse del brazo que la retenía, para luego esconderse tras uno de los árboles. Estaba aterrada, no entendía qué estaba ocurriendo. Pensó con rapidez, aunque no tenía muchas opciones. Si volvía sobre sus pasos, se encontraría con el gigante. Tampoco podía gritar; no quería delatar su posición. Solo podía correr en línea recta hasta llegar hasta la casa de su amiga Fabia, para pedir ayuda a sus padres. Se levantó, se apartó el pelo empapado del rostro, pero, cuando iba a echar a correr, sintió cómo una fuerza sobrenatural la agarraba y le tapaba la boca. La niña

clavó los dientes, obligando al gigante a apartar la mano. El grito que lanzó la muchacha pidiendo ayuda resonó por toda la calle, retumbando incluso por encima de la tormenta.

El hombre, a quien no parecían perturbarle los gritos de la muchacha, la sujetó del cuello con decisión, apretando con tanta fuerza que su pulgar abrazó los otros dedos. Los fuertes gritos de la víctima se transformaron en un sonido ahogado y angustioso, mientras, con desesperación, intentaba encontrar algo de aire. Sus ojos, que ese día brillaban llenos de vida, quedaron inertes, abiertos hacia el oscuro cielo; las gotas de lluvia entraron sin resistencia en una mirada que se había apagado para siempre.

El gigante sonrió. No eran las órdenes que le habían dado y a su *dominus* no le gustaría, pero un estremecimiento de placer recorría su espalda cada vez que le arrebataba la vida a alguien. Sin un gesto de piedad, se enderezó y se encaminó hacia el carro, dejando el cuerpo de la muchacha tirado en la calle, reducido a un simple despojo y sin un atisbo de compasión hacia ella.

El cochero se dirigió con rapidez hacia la puerta de la urbe, donde yacía desmadejado el cuerpo sin vida del vigilante que velaba las calles de noche, a quien habían asesinado a la entrada. Ya tenían todo cuanto habían ido a buscar; el carro estaba atestado de niñas. Debían marcharse antes de que la ciudad despertara.

Con rapidez se dirigieron a la puerta que conducía en dirección a la ciudad de Corduba.[1] Los cascos de los caballos y las ruedas del carro pasaron por encima del cadáver del vigilante, reduciéndolo a un amasijo de vísceras y sangre que se mezcló con el aguacero.

Los primeros rayos de luz trataron de abrirse hueco por el cielo encapotado y la lluvia cesó en ese instante. Los dioses querían oír el suplicio de la ciudad, que quedó sumida en el tenso silencio que precede a la desgracia.

Los esclavos despertaban y encendían el fuego del hogar o prendían las cocinas para preparar la comida.

En una de las viviendas más acaudaladas, Flavio, de tan solo tres años, se desperezó como cada mañana, y bajó de la cama con una sonrisa en el rostro para ir a despertar a su hermana Vitruvia. Pero cuando llegó, la habitación estaba vacía. Flavio comenzó a llorar hasta despertar a sus padres, que acudieron a la cámara y, desesperados, recorrieron junto a sus gritos toda la casa en busca de su hija.

Casi al mismo tiempo, Menfis, una liberta que había conseguido su libertad tres años antes, salió de su alcoba en busca de su hija. Al no encontrarla, pensó que quizá había ido a buscar a Fabia, la niña que vivía en la *domus* de al lado, aunque le pareció extraño tras el aguacero que había caído durante toda la noche. Su rostro se ensombreció cuando encontró la puerta de su casa abierta.

—¡Pompeya, Pompeya! ¿Dónde estás? —gritó una y otra vez Menfis ya en la calle. Su mirada se detuvo entre los enormes pinos para darse cuenta, con espanto, de que, tras uno de ellos, en el suelo, asomaban unas piernas desnudas.

El alarido que escapó de su garganta al descubrir el cuerpo sin vida de su hija sonó como si el cielo se partiera en dos.

La amargura y el martirio se deslizaron como una sombra gélida por cada rincón de la urbe. El viento arrastró los gritos desgarradores de las mujeres cuando, una tras otra, descubrieron con horror que sus hijas habían desaparecido en mitad de la noche, como si la misma oscuridad las hubiera devorado bajo el cruel consentimiento de los dioses.

# II

*Augusta Emerita (Mérida)*
*222 d. C.*
*Dos meses después*

La taberna de Sentia Amarantis se encontraba a esa hora llena de sus habituales beodos. En las mesas se jugaba a los dados, en apariencia sin apuestas, dado que solo se permitía en la Saturnalia, la fiesta en honor al dios Saturno, donde se celebraba el fin de la cosecha y el renacimiento del Sol Invictus. Otros, por su parte, daban cuenta de varias jarras repletas de vino, protestaban por el estado de las calles o discutían sobre quién era el mejor auriga del Imperio.

En una de las mesas, solitario y con la vista perdida en su copa de vino, un hombre parecía ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, como si el ruido de la taberna no fuera con él. La barba oscura apenas rasurada y el cabello enmarañado le otorgaban un aire magnético y seductor, como si su aspecto fuera una elección... o una renuncia. En sus fornidos brazos, tatuados, se vislumbraban los vestigios de un pasado como legionario. Aunque parecía abatido, había algo en su mirada y en la forma de moverse que hacía que nadie se sentara demasiado cerca de él.

Un duunviro, vestido con la toga y la túnica con la franja púrpura que lo distinguía como magistrado local, entró junto a su esclavo.

El nuevo cliente se dirigió hacia la tabernera. Se notaba, por la manera en que arrastraba los pies, que estaba agotado.

—¿Vino? —preguntó Sentia.

—Pon el mejor que tengas. ¿Conoces a un hombre llamado Tauro?

—No sé quién es —contestó la tabernera sin interés, mientras rellenaba la copa.

—Puedo pagarte por la información.

—Lo siento, nunca he oído hablar de él.

El duunviro se rascó la barbilla con desesperación. Bebió de su copa y se giró:

—¿Alguien puede ayudarme? Busco a un hombre llamado Tauro.

Todos lo observaron y negaron con un gesto vago.

Desde su mesa, el hombre solitario se llevó la copa a los labios con lentitud y, con la mano libre, palpó el puñal oculto bajo la túnica para cerciorarse de que seguía en su sitio al tiempo que sus ojos escrutaban al nuevo cliente.

—Pagaré a quien me dé algo de información.

De nuevo todos negaron y siguieron con sus ocupaciones.

El magistrado se frotó el puente de la nariz, mientras cerraba los ojos en un gesto de resignación. Apuró su copa de vino dispuesto a salir de allí, pero se detuvo al contemplar cómo un niño, de unos diez años y bastante alterado, entraba en la taberna.

Tenía la túnica cubierta de manchas. Una pequeña espada de madera, partida por la mitad, descansaba en una cuerda que hacía de cinturón. El cabello grasiento le caía sobre la frente, mientras oscuros chorretones negros de sudor corrían por sus mejillas.

El niño se dirigió a la mesa del hombre que bebía solo.

—¡Tauro, Tauro, te lo has perdido!

El duunviro los observó con atención y sorpresa, mientras el muchacho no paraba de hablar.

—¡Ha sido increíble! He ido a ver el entrenamiento de gladiadores —exclamó con rapidez—. Brutus y Calendio se han peleado, pero no una pelea de gladiadores, sino después del entrenamiento; ya sabes, solo con sus puños. No imaginas los golpes que se han dado.

—Dentatus... —dijo con un gruñido—. Ahora no.

—¡Brutus le ha dado un puñetazo así! —explicó el jovencito, poniéndose de pie en la silla e imitando el movimiento.

—¡Dentatus..., después!

—Luego, Calendio le ha dado por aquí —dijo imitando la pelea sin parar de hablar.

El magistrado los observó durante un instante y se aproximó a ellos, seguido de cerca por su esclavo.

—¿Eres Tauro?

—Nunca he oído ese nombre —contestó el hombre.

El chico seguía con su perorata:

—Luego, Tauro, cuando Calendio ya estaba en el suelo, le ha dado una patada aquí... —continuó el niño imitando la pelea y golpeando al aire.

—No es lo que dice el crío —señaló el magistrado, mientras su esclavo se acercaba cada vez más al hombre.

—No sabe de lo que habla. ¡Expositus! —gritó llamándolo por su verdadero nombre.

El niño por fin se quedó en silencio mirándolo sin entender.

—Ve a que Sentia te dé algo de comer; di que pago yo.

—Vale, luego te lo cuento —respondió el jovenzuelo corriendo hacia la tabernera, feliz por la motivación de llenarse la panza.

A pesar de su torpeza, el hombre sentado a la mesa lo vio alejarse con una media sonrisa. Pero su mirada se afiló de nuevo cuando volvió a oír su nombre en boca de aquel duunviro.

—¿Eres Marciano Tauro? —preguntó el magistrado.

El antiguo legionario hizo una larga pausa, bebió despacio y no levantó la mirada al responder.

—Ya te he dicho que no conozco a nadie con ese nombre.

—Estoy seguro de que eres Tauro, el crío te ha llamado así y tu aspecto coincide con la descripción del hombre que llevo tiempo buscando. Así que no tengo duda de que eres tú. Soy Tito Papirio. Mi esposa es la hermana de Marco, que fue compañero tuyo en la legión. Ella me ha mandado a buscarte. Cree que puedes ayudarnos.

Al escuchar aquel nombre, algo se tensó en el rostro del otro hombre. Guardó silencio. Bajó la mirada a la copa y la apuró de un trago. Solo entonces volvió a alzar los ojos.

—Dile a tu esclavo que salga por donde habéis entrado y tú dirígete hacia aquella otra puerta. Hay un cuarto tras ella; hablaremos allí.

El duunviro hizo un leve ademán a su siervo para que obedeciera y, con el ánimo mudado por la satisfacción, se fue por el lado contrario al del siervo.

Tauro se levantó ante la atenta mirada de todos y lo siguió.

Cuando Tito Papirio empujó la puerta que le habían indicado, se sorprendió al descubrir que no daba a un cuarto, sino a un callejón.

En ese instante entendió que, por su impaciencia, había caído en una trampa. Antes siquiera de poder girarse, sintió una fuerte patada en la espalda que lo lanzó de bruces a un pestilente charco lleno de restos de comida. Al tener una de las manos en el interior de la toga, no logró amortiguar la caída y se golpeó en la frente con fuerza.

Conmocionado, intentó levantarse, pero notó que algo le golpeaba el costado, seguido de una presión asfixiante en la garganta. Al abrir los ojos, vio el pie del hombre aplastándole el cuello con una fuerza que no disminuía.

Trató de liberarse, pero la presión era demasiado férrea.

—¿Quién te ha dicho dónde encontrarme? Y no me mientas o lo sabré.

—Escribiste una carta a mi esposa —exclamó con dificultad.

—No dije dónde estaba —respondió Tauro ejerciendo más presión sobre la garganta.

—Lo sé..., lo sé... Te lo explicaré... Por favor, no puedo respirar.

Tauro levantó el pie.

El hombre tosió, se incorporó con esfuerzo y se frotó la frente con la mano. No había sangre, aunque el golpe había sido muy doloroso. Sus costosas vestiduras estaban salpicadas de restos de comida.

—Soborné al mensajero que nos llevó tu carta, en la que le hablabas a mi esposa de la muerte de su hermano, para que nos dijera dónde encontrarte.

—¿Y para qué queríais encontrarme? —dijo con recelo.

—Desde hace dos meses han desaparecido decenas de niñas de edades entre los doce y los quince años en algunos municipios de la provincia Bética. Además..., una de ellas apareció muerta. Necesitamos que nos ayudes.

—¿Por qué motivo debería ayudaros? —preguntó tras un largo silencio.

—Porque estamos desesperados. Hemos buscado por todos los lugares, sin éxito. Hemos visitado a augures y nigromantes. Incluso hemos acudido a Quinto Pomponio, gobernador de la provincia. Nuestros esfuerzos hasta ahora han sido en vano. No hay ni rastro de ellas.

Tauro apenas lo escuchó. Pensó en los rostros de los hombres que en el pasado habían confiado en él y cuyos nombres ya nadie pronunciaba.

—Haría cualquier cosa por la hermana de Marco, dado que a él le debo mi vida, pero el hombre que buscas murió hace tiempo. No queda nada de él.

Se giró hacia la taberna. Necesitaba una copa. El vino era lo único que todavía conseguía acallar a los muertos que acumulaba.

—Por favor, Tauro, te lo ruego —dijo Tito con la voz quebrada—. Tu fiel compañero de armas hablaba de ti con admiración, decía que eras el hombre con el más alto sentido del deber y del honor que había conocido. No dejaba de repetirlo, una y otra vez, pidiéndonos que, si algún día necesitábamos ayuda, acudiéramos a ti. Y aquí estoy, Tauro..., porque eres mi última esperanza. Una de las niñas desaparecidas es sobrina de tu amigo Marco..., nuestra hija.

# III

*Provincia Bética*
*Dos meses antes*

Fabia pestañeó varias veces antes de abrir los ojos.

Todo estaba oscuro, salvo por la débil luz de unas pocas lucernas. Sus sentidos aún no se acostumbraban a las sombras que la rodeaban.

Suspiró pensando que todo había sido un sueño y que estaba en su habitación. Llamó a sus padres, pero ninguno de los dos contestó y nadie acudió a su llamada.

Fabia tenía pánico a los espacios cerrados. Nerviosa, trató de ponerse en pie, pero la cadena con la que estaba presa se lo impidió, recordándole dónde se hallaba. Un sudor frío comenzó a resbalarle por la frente.

Todo el horror que había vivido era real.

Rememoró cada detalle de lo ocurrido la noche anterior, intentando reconstruir el oscuro camino que la había conducido hasta aquel lugar. Era de noche, su padre estaba en una de las reuniones de los duunviros de la urbe y su madre había acudido a la vivienda de otra de las matronas; por ese motivo se había quedado sola en casa. El pánico que tenía a las tormentas la llevó a irse pronto a la cama. Estaba dormida cuando, de forma muy violenta, alguien le tapó la boca y la aferró con muchísima fuerza hasta sacarla de la casa. Recordó al gigante que la había arrancado de la

seguridad de su hogar y, sin que pudiera hacer nada, la encadenó dentro de un carro enrejado junto a otras niñas de su edad, algunas de ellas amigas de su municipio. Fabia recordó el cuchillo con el que las había amenazado aquella bestia, cuya sola presencia le infundió un terror paralizante. Aquel hombre, junto con el pequeño trozo de acero, fue suficiente para que, durante todo el camino, ninguna de ellas pronunciara una sola palabra. Ateridas de frío y miedo, solo Fabia se atrevió a preguntar por qué estaban allí o adónde las llevaban, pero no encontró respuesta en los temerosos ojos de las otras niñas. El llanto de su amiga Vitruvia, que tenía la nariz hinchada por el enorme golpe que le había asestado aquel ser, fue el único sonido que rompió el silencio durante todo el viaje.

El pánico les impidió dormir durante las interminables horas que tardaron en llegar hasta aquella villa, donde las habían hecho bajarse para encadenarlas a una pared. Las muñecas le ardían; el hierro había estado mordiendo la piel durante horas, y las piernas estaban entumecidas, mientras todos los músculos le dolían por la rigidez e incomodidad de la madera del carro.

Sintió cómo una enorme angustia en forma de bilis subía por su estómago hasta que no pudo contenerse y vomitó.

Se limpió como pudo y fue entonces cuando tomó conciencia de la pesadilla que la rodeaba. El lugar era frío y oscuro. Solo unas pocas lucernas sostenían la luz, temblorosa, dentro de aquel espacio cerrado. No había ninguna cavidad o ventana por donde entrara la luz natural; el tiempo había dejado de tener forma, y no sabía si afuera ya había amanecido o si la noche seguía intacta. Parecía el pequeño comedor de una *domus*; el suelo estaba cubierto por un mosaico, y la pared contra la que estaba encadenada mostraba desconchones, dando la impresión de haber sido abandonada hacía mucho. Una niña empezó a llorar y el resto se contagió al escuchar

aquel llanto. Los gritos llamando a sus madres, las voces pidiendo ayuda sonaban mezclándose unas con otras en una amalgama espantosa que heló su pequeño corazón.

Nadie las consolaba. Estaban solas.

Fabia comenzó a gritar una y otra vez el nombre de Pompeya.

Pero su amiga no contestó.

«¿Qué habrá sido de ella?», pensó. Se alegraba de que se hubiera librado de aquel tormento, pero la echaba de menos. Pompeya sabía cómo tranquilizarla cuando se ponía nerviosa.

Sintió de nuevo, al recordar a su amiga y a sus padres, que la nostalgia se apoderaba de ella. ¿Por qué estaba en aquel sitio? ¿Acaso los dioses la habían castigado por alguna extraña razón? Solo quería cerrar los ojos y que, al abrirlos, volviese a estar de nuevo en su hogar.

Los chillidos de las otras niñas continuaron por todos los rincones, aumentando cada vez más en intensidad. Fabia empezó a agobiarse, pensando que iba a volverse loca.

—Cierra los ojos y tápate los oídos —le dijo la muchacha que tenía a su lado, acariciándole la mano—, y escucha solo el sonido de tu respiración. Así conseguirás mantener la calma.

Fabia obedeció. Al hacerlo, su sentido del olfato se aguzó. El ambiente estaba viciado por el hedor de su vómito, la fetidez rancia de la humedad y el olor a sudor.

Trató de pensar en algún recuerdo bonito para salir de aquel tormento y su madre acudió a su mente. Pudo sentir, casi como si estuviera allí, sus cariñosos abrazos, sus tiernas caricias y sus besos. En ese instante no fue capaz de contenerse más y comenzó a llorar.

No sabía dónde estaba.

Siempre le habían dicho que era una niña fuerte, así que trató de calmarse. Cuando se relajó, se apartó las manos de los oídos y sintió

cómo la niña que le había hablado un momento antes volvía a agarrarle la mano.

—Me llamo Elia —dijo su compañera—. Tengo catorce años, ¿y tú?

—Me llamo Fabia y tengo trece años.

—No me suena tu nombre. ¿Eres de Corduba?

—No, soy de Sucaelo. ¿Por qué estamos en este lugar?

—No lo sé... Llevo aquí una semana.

—¿Cómo lo sabes? Todo está oscuro.

—El gigante nos saca cada mañana. Una mujer que está con él nos obliga a andar y nos da de comer, y cada dos o tres días nos echa un cubo de agua por encima.

—¿El gigante? —preguntó Fabia con miedo.

—El hombre que nos trajo en el carro. Es un ser horrible.

—¿Y para qué nos han traído?

—No lo sé.

—¿Cuántas somos?

—No las he podido contar, pero muchas; demasiadas.

Fabia sintió una enorme sensación de angustia.

El sonido metálico de la puerta y el chirrido agudo que emitieron las bisagras oxidadas hicieron que todas se callaran de golpe.

—¡Silencio! ¡Ya viene! Procura no enfadarlo.

Las niñas entornaron los ojos ante la luz. La inconfundible silueta del gigante apareció en el umbral de la puerta. Sostenía una antorcha y, cuando la luz le iluminó el rostro, sonrió mostrando su boca llena de dientes podridos.

Fabia no pudo evitar que en su estómago creciera una convulsión que se propagó por sus piernas e hizo que todo su cuerpo temblara, hasta que notó cómo la orina se le deslizaba por los muslos.

Cuando aquel ser enorme entró, el eco de sus pisadas retumbó por toda la estancia.

El gigante liberó la cerradura de una de las cadenas, que mantenía apresada a Fabia y a otras chicas, tras abrir el candado que permitía sujetarlas a la pared, las arrastró con fuerza y se las llevó hacia el exterior.

—¡Elia!, ¡Elia! —gritó Fabia—. ¡Quiero quedarme contigo! —dijo mientras trataba de que sus manos no se soltaran.

—No temas. Sé fuerte —comentó la otra tratando de consolarla.

Las otras niñas que estaban encadenadas gritaron y se levantaron obligadas por el gigante.

Y en ese momento Fabia sintió cómo el más primitivo de los sentimientos invadía su alma: el terror.

# IV

*Augusta Emerita*
*222 d. C.*
*Dos meses después*

Domicia Iucunda se dejó caer en su asiento y guardó silencio tras escuchar la propuesta que Tauro acababa de hacerle. La fina tela de su vestido, propia de una patricia, dibujaba con suavidad las líneas de su cuerpo, y el brillo oscuro de su cabello enmarcaba un rostro donde la belleza había madurado con elegancia a sus treinta años. Por un lado, no deseaba abandonar su vivienda ni aquella maravillosa urbe que la había acogido con los brazos abiertos. Pero dos razones la llevaron a alzar sus ojos color miel para examinar a su esposo, que aguardaba su respuesta en silencio. La primera tenía que ver con la lealtad de Tauro, esa que nunca había sabido dosificar, puesto que para él, la amistad no era un vínculo: era un deber. Haría cualquier cosa por los hombres que habían servido bajo su mando, y aún más por aquellos a quienes había amado como hermanos. Además, no se trataba de cualquier mujer, sino de la hermana de Marco, uno de sus más antiguos compañeros de armas y fiel amigo, quien sacrificó su vida por la de Tauro. Negarle su ayuda sería deshonrar ese sacrificio.

La segunda razón estaba enraizada en el oscuro pasado que los había arrastrado hasta ese lugar. Tauro, antiguo soldado de las legiones, había participado en la guerra civil contra el emperador

Macrino. Entonces optó por jurar fidelidad a Julia Mesa, abuela del joven Heliogábalo, aspirante a vestir la púrpura. El día en que ella se alzó con el poder, en reconocimiento por sus servicios, lo nombró centurión de los *frumentarii*, el servicio secreto del emperador. Un honor que había acabado convirtiéndose en una condena. Pero Julia Mesa no era solo una sombra detrás del trono; era la mano que movía los hilos del Imperio. Cuatro años después, cuando decretó la caída de su propio nieto, Tauro intentó salvarlo, aun sabiendo que esa decisión lo destruiría. No solo por el juramento que había hecho de protegerlo ante todos sus enemigos, sino porque no pudo ignorar la compasión que le despertaba aquel muchacho, condenado desde la cuna a un destino que nunca había elegido. Aquella elección lo sentenció para siempre. A ojos de Julia Mesa, Tauro había pasado de ser su hombre de confianza, su esbirro, a convertirse en un traidor por conspirar en su contra.

Cuando Alejandro Severo, el otro nieto de Mesa, ascendió al trono, ella intentó acabar con la vida de Tauro, forzándolo a huir junto a Domicia lejos del corazón de Roma. Escaparon en dirección a Augusta Emerita, buscando alejarse cuanto fuera posible de Julia Mesa, la mujer que no descansaría hasta verlo muerto.

Durante los tres meses de exilio, Tauro había buscado en el vino una forma torpe de acallar los recuerdos que lo perseguían: las vidas que, en nombre de Julia Mesa, había arrebatado y la muerte de sus amigos, aquellos hombres a quienes debía proteger. Domicia sabía bien que cuando la pena se instala en el alma no hay palabras que la alivien, solo el tiempo... o alguna razón que obligue a seguir adelante. Y aquella petición era, quizá, lo único capaz de apartar a Tauro del abismo en el que se estaba perdiendo. Echaba de menos cómo la miraba. Y, con ello, al hombre que ya no estaba.

—Antes de aceptar, quiero que me respondas a una pregunta —dijo Domicia rompiendo el silencio.

—Qué extraño. Tú nunca pones condiciones —objetó Tauro sorprendido.

—Esta vez sí lo haré.

—Tú dirás.

—¿Cuál es la verdadera razón que te obliga a hacerlo?

—Las mismas que estás pensando —contestó tras un breve silencio, sin ser capaz de sostenerle la mirada—. Encontrar a esas niñas.

Tauro tomó las manos de Domicia con cuidado.

—Y porque es la sobrina de Marco —continuó—. Sabes que no tengo elección. Le debo más de lo que jamás podré devolverle... Pero también lo hago por nosotros.

Domicia se estremeció al ver la pena aferrada a los ojos de su esposo.

—¿Por nosotros? —preguntó.

—Por ti —corrigió—. Dejaste atrás una vida cómoda en Roma por mí. Y aunque aquí podamos construir un hogar, sé que no es el destino que te prometí. Marco dio su vida para que escapáramos. No hay día que no piense en ello sin que me odie.

Tauro guardó silencio, como si estuviera en otro lugar.

—Si no hago esto, no podré perdonarme nunca —prosiguió—. Y tampoco podré volver a ser el hombre del que una vez te enamoraste.

Domicia le acarició el rostro con ternura.

—A veces —dijo al fin su esposa—, el tiempo es lo único que puede aliviar el dolor. Pero sé que no es lo único que te mueve. Dímelo, Tauro. ¿Qué más te preocupa?

—Lo más importante —añadió tras un instante—: si ese duunviro ha dado conmigo, Julia Mesa también puede hacerlo.

Volvió a guardar silencio.

—Puedo vivir mirando atrás, desconfiando de todos y durmiendo a medias..., pero no soportaría que algo te ocurriera por mi culpa. Con eso sí que no podría vivir.

Tauro la rodeó con los brazos, aferrándose a ella.

Domicia suspiró, refugiándose en aquel abrazo que tantas veces la había protegido. Sabía que a su esposo le costaba poner en palabras lo que llevaba dentro, pero aquel gesto sencillo decía más que cualquier explicación. Pensó con rapidez. Tal vez Tauro no había reparado en que la razón que lo empujaba a actuar era también la que los ponía en peligro a los dos. Ella sí lo había hecho. Y, aun así, no estaba dispuesta a dejarlo solo.

—Entonces vayamos —dijo—. Y acabemos con esto.

—¿Vayamos? —preguntó Tauro sorprendido.

—Sé que no es fácil dejar atrás lo que te atormenta —contestó ella—, pero mientras esté contigo, seguirás en pie. Esas niñas necesitan a alguien que las busque sin rendirse, y si existe una persona capaz de devolverlas a sus padres, eres tú.

Tauro dudó un instante.

—Está bien —cedió al fin—. Pero prométeme que no te pondrás en peligro. Yo asumiré todos los riesgos.

Domicia asintió. Sabía que era la única manera de que aceptara su compañía.

—Entonces partiremos al alba —añadió Tauro, ya de espaldas—. Se lo prometí a Tito Papirio.

Domicia sonrió. Sabía que su esposo había tomado esa decisión mucho antes de formularla en voz alta. Y, lejos de incomodarla,

vislumbró en aquella búsqueda una oportunidad para que Tauro comenzara, por fin, a reconciliarse consigo mismo.

El puente de Augusta Emerita quedó atrás mientras el amanecer anaranjado se reflejaba en las aguas tranquilas del río Anas.[1] Habían tomado solo lo imprescindible y lo habían cargado en el mismo carro que, tres meses atrás, los había conducido hasta allí desde Roma.

Tito Papirio había partido antes en dirección a la urbe de Corduba. Tauro no quería llamar la atención; prefería pasar desapercibido vestido como un *acutarius*, un humilde mercante de piezas de hueso, y avanzar por su cuenta.

Tauro se fijó en los feriantes que, a diferencia de ellos, cruzaban el puente en dirección a la ciudad. Era día de mercado y la calzada estaba ya concurrida. El jaleo de los comerciantes, las voces que anunciaban queso, pan, utensilios y telas, llenaban el aire desde que el alba rompía la noche.

Se volvió varias veces para comprobar si, además del mercader de especias que había salido al mismo tiempo que ellos, alguien más seguía su misma dirección.

El viaje continuó y Domicia se volvió al oír un leve ruido en la parte trasera del carro. Dudó un instante, pero no dijo nada.

Poco tiempo después, Tauro desvió una de las ruedas hacia un bache de forma deliberada. Bajo la lona que cubría sus pertenencias se oyó un grito ahogado.

Domicia miró a su marido con preocupación al oír aquel lamento, tanteando a su alrededor en busca de algo con lo que defenderse.

—¿Vas a salir ya? —preguntó Tauro sin alzar la voz.

Nadie contestó y Domicia lo miró sin entender.

—Sé que estás ahí —dijo Tauro—. Será mejor que salgas.

—Promete que no me vas a hacer nada —respondió una voz infantil.

—Te lo prometo. No te haré daño.

—No me fío de tu palabra.

—Vamos, Dentatus, sal ahora mismo. Si no lo haces, acabarás con el cuerpo molido ahí atrás.

—¿Cómo lo has sabido? —soltó el chico emergiendo de la lona.

—¿Quién es este crío? —quiso saber Domicia sin dar crédito.

—Se llama Dentatus...

—No, me llamo Expositus, pero todos me llaman Dentatus —interrumpió el muchacho.

—¿Sabías que había un crío en el carro y no me has dicho nada? —dijo la patricia sorprendida.

—Sí —admitió—. Ya te lo explicaré.

Domicia suspiró.

—¿Y por qué no le has dicho antes que saliera? Podría haberse hecho daño —insistió aún molesta.

—Porque si lo hubiera llamado yo, no habría salido. —Tauro hizo una pausa y continuó dirigiéndose a Domicia—. Vive en las calles. A veces aparece por la taberna. Mejor que esté con nosotros que solo. Así no se meterá en líos.

—Eres incorregible —murmuró—. Solo espero que no lo pongamos en peligro. Además, no lo llames así, ha dicho que se llama Expositus.

—Tú debes de ser Domicia —dijo el chico—. Tauro siempre habla de ti, pero pensé que eras una arpía: por eso creía que estaba tanto tiempo en la taberna de Sentia.

—¡Por todos los dioses! —exclamó ella atónita—. ¿Siempre habla sin pensar?

—A menudo —argumentó Tauro—. Pero es un buen chico. Te acabarás acostumbrando.

—¿Puedo saber por qué estás en las calles? —preguntó Domicia, recuperada ya del susto.

El chico contestó de carrerilla.

—Porque nadie me quiso. Nací con dientes y mi padre me abandonó junto al templo del culto al emperador, en Augusta Emerita. Alguien me recogió después. Apenas me daba la comida que recibía del Estado para alimentarme. Cuando cumplí la edad en la que dejó de recibir la ayuda por mí, también me abandonó. Desde entonces me las arreglo solo, esperando a que Tauro me enseñe lo que sabe para que pueda dedicarme a lo que más deseo.

Domicia no pudo evitar que su piel se estremeciera al escuchar el relato del muchacho.

—¿Y qué es eso que tanto ansías?

Expositus sacó de su cinturón una espada de madera, rota por la mitad.

—¿Qué va a ser? —reaccionó sorprendido—. Quiero ser gladiador.

Tauro y Domicia intercambiaron una mirada cómplice.

—Hasta entonces, Expositus —dijo Tauro—, procura no meterte en líos. Luego ya veremos qué destino te reservan los dioses.

# V

*Calzada en dirección a la provincia Bética*
*(Vía de la Plata)*

Aquilio observaba desde la distancia cómo el carro de Tauro oscilaba de un lado a otro. En Roma, durante años, su nombre no se había pronunciado sin aludir a su inteligencia. El antiguo centurión al mando del servicio secreto del emperador era más astuto que un zorro. Acostumbrado a preparar cada misión de forma meticulosa, puso aún más esmero cuando le encargaron ese trabajo, consciente de que su presa no era un hombre cualquiera.

Durante la semana que lo había seguido, día tras día, solo había encontrado a un ser amargado y borracho, nada que recordara al centurión temido por toda Roma. Aquel que había desbaratado todas las conspiraciones contra el emperador, y cuya reputación hacía estremecerse a senadores y personas influyentes de la ciudad. Y, aun así, nunca logró verlo del todo desprevenido.

Aquilio recordó la lección que su padre, y a la vez su mentor, le había grabado a fuego una y otra vez en la mente: el único aliado que nunca te traiciona es la desconfianza. Por eso no se fiaba de aquel miserable que había traicionado a Julia Mesa.

Tenía órdenes y debía cumplirlas. La noche anterior estuvo a punto de abordarlo, dispuesto a clavarle un punzón envenenado. Pero su plan se desmoronó antes de que pudiera consumarlo, cuando ese maldito duunviro lo acompañó hasta su *domus*. Para no

dejar ningún cabo suelto, quiso saber la identidad de ese hombre. Tras seguirlo, se hizo el encontradizo con la excusa de que lo conocía de alguna parte. El tipo le dijo que se llamaba Tito Papirio y que era de Sucaelo. Aquilio se disculpó, alegando que se había equivocado de persona. Pero había conseguido su objetivo. Por eso sabía adónde se dirigía Tauro antes incluso de que hubiera iniciado el viaje, mientras que la que sería su próxima víctima ignoraba por completo que jamás llegaría a su destino. No habría más demoras. Esa noche sería la última para Tauro y su esposa.

Sin embargo, mientras calculaba cómo llevar a cabo su misión, algo le llamó la atención: una cabeza despeinada emergía del interior del carro. Era el crío que seguía a Tauro cada día, el que no dejaba de preguntar por él en la taberna.

Decidió mantener la distancia. Tarde o temprano se detendrían para descansar y abrevar a los caballos. Ya había hecho esto decenas de veces. Esa noche, tallaría tres nuevas hendiduras en el mango de su punzón, donde registraba las almas a las que había facilitado el encuentro con Caronte. Ni siquiera pestañeó al pensar que también tendría que asesinar a aquel niño. Para él, matar era tan necesario como respirar.

Las encinas y alcornoques flanqueaban la calzada, mientras los dorados campos de trigo y cebada se extendían hasta perderse de vista. El cansancio empezaba a hacerse notar en los hombros de Aquilio cuando vio el carro de Tauro detenerse en una *mansio*, cerca ya de Regina.[1]

Optó por seguir adelante, no quería que Tauro sospechara. Detendría su carro a una milla de distancia, fuera del camino. No cargaba especias; las tinajas y cajas que llevaba y que anunciaban falsos productos solo servían para engañar. En su interior, había heno y agua para los caballos. Su padre, el mejor sicario que había

conocido, le había enseñado que nunca debía dormir en una de las *mansiones* de las vías ni en las tabernas de las urbes; de esa forma no dejaba rastro alguno de su paso por allí. Escondió su carro tras un grupo de encinas, asegurándose de que nadie lo viera. Ató a los caballos, les dio de comer y luego se dirigió a la posada donde Tauro y los suyos habían parado.

Al entrar, examinó cada cuadra hasta dar con la del antiguo centurión, la número cinco. Luego se adentró en la taberna, sentándose de espaldas a la mayoría de la clientela. Esperó a que una tabernera se acercara y colocase una jarra de vino sobre la mesa.

—¿Algo para comer? —preguntó ella.

—Tráeme la especialidad de la casa —contestó.

La muchacha hizo un ademán para retirarse, pero la voz baja de Aquilio la detuvo.

—Por cierto, estuve viendo a mis caballos y olvidé el número de mi cubículo.

La muchacha lo miró extrañada.

—Aquí asignamos la misma cuadra y habitación. No es difícil de recordar.

—Lo imaginaba, pero quería asegurarme de no meter la llave en la puerta equivocada.

La tabernera se alejó y Aquilio aprovechó para inspeccionar el lugar. Un momento después vio a Tauro, a Domicia y al crío sentándose a una mesa cercana. Los observó con disimulo mientras devoraba su comida con fervor: *moretum*, una mezcla de queso con miel y especias, untada en una torta de pan. No dejó ni una miga y entendió por qué era la especialidad. Acto seguido, se encaminó a las termas, no solo para pasar inadvertido ante Tauro, sino también para relajarse y ordenar sus pensamientos.

Julia Mesa le había confiado la misión de acabar con la vida de quien fuera su fiel esbirro y, aunque a esa mujer nadie osaba negarle nada, vaciló. Tenía razones de peso para no aceptar el encargo. Sin embargo, en ese instante, una sonrisa asomó a su rostro mientras se sumergía en las aguas templadas. Cuando cumpliera con su cometido, recibiría una fortuna. Al contemplar en lo que se había convertido el hombre que debía matar, comprendió que, incluso sin dinero de por medio, sería mucho más fácil de lo que habría imaginado.

Cuando la noche, al fin, envolvió la *mansio*, Aquilio volvió a la mesa donde había estado. Solo quedaban un par de borrachos, más interesados en encontrar pelea que en procurarse descanso en su alcoba. Pidió una última copa. Dudó entre matar con el puñal o con su punzón. Sintió cómo el vino le raspaba la garganta mientras se decidía. Aquel punzón se lo había regalado su padre cuando, a sus ojos, se había convertido en un verdadero asesino. Tanto las armas como él estaban listos.

La tabernera anunció el cierre y los pocos hombres que quedaban se retiraron a sus alcobas. Aquilio hizo un gesto indicando que se iría tras acabar la copa. Cuando no quedaba ni un alma, se levantó y se dirigió al pasillo de las habitaciones. Las lucernas iluminaban las puertas. Avanzó despacio; todos sus sentidos estaban en alerta. Mientras apagaba una por una las lámparas, el olor a aceite quemado fue flotando en el ambiente, acompañado por el sonido rítmico de los ronquidos que provenían de las habitaciones.

El pasillo quedó en penumbra. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Despacio, fue palpando la pared hasta llegar a la puerta número cinco. Extrajo una ganzúa de su faltriquera y, con movimientos precisos y lentos, comenzó a forzar la cerradura. Sentía que un sudor frío corría por su frente, temeroso de que las

bisagras lo delataran. Pero, para su alivio, la puerta cedió sin hacer apenas ruido.

Desenfundó el puñal. Ya no había marcha atrás. Y, con la serenidad que solo los años de práctica otorgan, entró en la cámara dispuesto a hacer lo que mejor sabía: acabar con la vida de un hombre.

# VI

*Provincia Bética*
*Dos meses antes*

Fabia tropezó cuando el gigante tiró de la cadena que la mantenía atada junto a las otras niñas, forzándolas a avanzar con mayor rapidez. La puerta se abrió de par en par y la luz del exterior la deslumbró, mientras una corriente de aire aliviaba por un momento la angustia que llevaba en el pecho.

Salieron a un peristilo con un pequeño estanque; aquella debía de haber sido una *domus* importante. Fabia dirigió una mirada a sus compañeras. No solo compartían el municipio del que habían sido sacadas a la fuerza, también el mismo miedo; un terror mudo que les impedía intercambiar una sola palabra. Ninguna, además, se atrevía a levantar la vista.

Por primera vez, Fabia pudo contemplar el rostro del gigante a la luz del día.

Su presencia era aún más imponente, más terrible que bajo las sombras de la noche. El hombre más grande que jamás había visto. Tenía el cabello pajizo y grasiento. Sus manos, desproporcionadas y enormes, parecían capaces de aplastar huesos. Pero lo que obligó a Fabia a desviar la mirada no fue el encuentro de sus ojos con los del hombre, sino la repugnancia que le causó la baba que se deslizaba por su barbilla.

Una mujer mayor, con la espalda encorvada y aspecto descuidado, apareció de repente y, sin decir palabra, fue examinándolas una a una.

—*Salve...* —susurró Fabia tratando de medir su respuesta. Pero la anciana no hizo gesto alguno ni respondió al saludo. Sus movimientos y su mirada eran como si realizara una rutina vacía, como si los años hubieran desgastado cualquier rastro de afecto, y no quedara en su alma espacio para los sentimientos.

Solo se detuvo cuando se encontró con el rostro desfigurado de Vitruvia. Aunque ya no sangraba debido al golpe que aquel enorme ser le había dado la noche anterior, tenía la cara y el vestido llenos de sangre seca, los pómulos hinchados y amoratados, y un pequeño derrame comenzaba a cubrirle los ojos.

La mujer se giró hacia el gigante.

—Al *dominus* no le gustará. No nos sirve.

El hombre hizo un gesto de resignación.

—Diviértete con ella, Foedus —añadió.

El hombre sonrió y, sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia la muchacha.

Vitruvia miró a su alrededor, aterrada, al darse cuenta de que aquella bestia iba a por ella.

—¡Ayudadme!... ¡Ayudadme! —comenzó a gritar, pero su voz se ahogó en el vacío.

Foedus le quitó los grilletes y, con una mano, la levantó con facilidad, echándosela al hombro. Las patadas desesperadas y los golpes que Vitruvia lanzaba no parecían afectarlo en lo más mínimo.

La joven siguió gritando, pero ninguna de las otras niñas se atrevió a hacer nada para defenderla.

Fabia cerró con fuerza los ojos y trató de taparse los oídos para no oír los gritos que daba Vitruvia cuando aquella montaña humana

comenzó a abusar de ella. Sin embargo, sus manos estaban unidas por los grilletes a los de las otras compañeras y ninguna pudo llegar a cubrírselos. Todas sentían una enorme angustia y, a la vez, un gran alivio. Angustia por Vitruvia, porque jamás se recuperaría del oprobio al que la estaban sometiendo, y alivio porque ninguna de ellas estaba sufriendo esa tortura.

—Abrid los ojos. Quiero que lo veáis.

La orden de la anciana sonó tan clara como los gritos de Vitruvia, pero ninguna de las niñas se atrevió a obedecer.

—¡He dicho que abráis los ojos! —vociferó terminante.

Todas obedecieron, temblorosas, aunque sus miradas se desviaron con miedo, evitando contemplar el sufrimiento de su compañera.

Algunas comenzaron a llorar.

—Quiero que veáis a lo que os vais a dedicar de ahora en adelante —añadió la anciana, con un tono de voz cargado de una crueldad inhumana—. Esta va a ser vuestra nueva vida cuando estéis listas, y creedme que lo estaréis.

Fabia observó, perpleja, el gesto severo y el odio que emanaban de aquella mujer. Con un esfuerzo titánico, se obligó a dirigir la mirada a Vitruvia. La joven, con quien Fabia había compartido juegos y sueños bajo las columnas del foro, hacía tiempo que había dejado de gritar.

El gigante, tras un ronco rugido final, se apartó con la misma frialdad de antes y Fabia tuvo que contener una arcada. El cuerpo de Vitruvia estaba inmóvil, la sangre corría por sus muslos, y un pequeño charco oscuro se iba formando en el suelo. Desde donde estaba, Fabia no podía ver ni el más mínimo movimiento; estaba segura de que había dejado de respirar.

La mujer volvió a hablar, endureciendo el tono:

—Mi nombre es Orbiana y cuanto antes lo entendáis, mejor para todos: nunca escaparéis de aquí. Solo tenéis dos opciones: aceptarlo... o seguir sus pasos —dijo lanzando una mirada despectiva hacia el cuerpo de la chica muerta.

El gigante se acercó de nuevo, arrastrando a la pequeña por el cabello como si fuera un saco de carne y dejando un reguero de sangre sobre el mosaico.

Fabia se quedó petrificada, incapaz de moverse o pensar con claridad. Nunca, en su corta vida, había presenciado una violencia tan aplastante. Incluso Plutón, el dios del inframundo, parecía insignificante ante la maldad que reinaba en ese lugar.

—¡Llévatela de mi vista! —exclamó la anciana dirigiéndose de nuevo al hombre. Luego, volviéndose hacia las niñas, esbozó una sonrisa fría y despiadada—. Esta noche, cuando veáis la carne en vuestros platos, no sabréis si es cerdo... o si os la estáis comiendo a ella.

# VII

*Regina*
*Dos meses después*

El anochecer se extendía como un manto gélido, salpicado apenas por algunas estrellas que tímidamente se asomaban entre las nubes. Los caballos de Aquilio piafaron, inquietos, al sentir cómo las correas se soltaban de sus lomos, preparados para ser uncidos a otro carro.

Durante las horas siguientes, el silencio de la noche fue roto por el eco sordo de los cascos y el repiqueteo de las ruedas sobre la calzada. El carro atravesó Regina y solo se detuvo al llegar a Mellaria.[1] Fue entonces cuando Tauro, Domicia y Expositus descendieron, exhaustos.

El olor a aceituna recién molida impregnaba la *mansio* donde se habían detenido.

—Id a buscar algo de comida y bebida —ordenó Tauro, sin dejar de vigilar el horizonte a su espalda—. Yo me ocupo de los caballos. Debemos partir lo antes posible.

—¿No estamos dando demasiada vuelta para llegar a Corduba? —preguntó Domicia.

—Eso es justo lo que quiero —respondió Tauro ocultándole que alguien los seguía.

—¿Ocurre algo? —insistió ella, notando la tensión de sus movimientos y mirando en dirección a donde lo hacía su esposo—. Estás más nervioso desde esta mañana.

—Nada, solo quiero llegar cuanto antes —mintió para no preocuparla.

Mientras Domicia y Expositus se adentraban en la *mansio* en busca de sustento, Tauro se dirigió hacia el establo para cambiar los caballos. El antiguo centurión no dejaba de preguntarse quién podría haber enviado a aquel asesino tras él. Su desconfianza había sido su mejor aliada, pues salvó no solo su vida, sino también la de Domicia y la de Expositus.

Tauro había decidido partir de Augusta Emerita la mañana anterior, aprovechando que era día de mercado. Por eso, lo sorprendió que un carro cargado de especias lo siguiese en lugar de dirigirse a la urbe, como habría sido lo lógico. Tauro quiso asegurarse cuando llegaron a la posada. Nada más detenerse, se bajó del carro y fue tras el mercader de especias a una distancia prudente. Estaba a punto de darse la vuelta, creyendo que, por una vez, su intuición le había fallado, cuando, a una milla de distancia, vio cómo el hombre se apartaba del camino y escondía su carro entre unas encinas.

Tauro regresó a la posada y, mientras el esbirro se relajaba en las termas, ellos aprovecharon para marcharse. Sabía que, en cuanto aquel hombre descubriera su partida, correría desesperado a recuperar su carromato. Pero Tauro lo había previsto todo. Por eso había robado los caballos de aquel farsante. Ahora su perseguidor solo tendría dos opciones, ambas inútiles: seguirlos a pie o regresar a la *mansio* para encontrar otro transporte.

Aun así, una sombra de inquietud lo acompañaba. Acababan de salir de la ciudad y ya estaba poniendo en peligro a los suyos. Prefirió no contarles lo sucedido, para no preocuparlos. Solo esperaba haber despistado a aquel sicario lo suficiente..., al menos por un tiempo.

Al día siguiente llegaron a Isturgi[2] y, desde allí, continuaron su trayecto hacia Corduba. Durante todo el viaje, Tauro mantuvo los sentidos alerta, consciente de que los caminos eran peligrosos, aunque parecía que la VII Legio Gemina, encargada de la seguridad de la provincia Bética, tenía controlados a bandidos y saqueadores.

Tras varios días en la carreta, al fin arribaron a Corduba, la urbe más importante de la provincia. Alquilaron una habitación modesta, donde se permitieron el lujo de descansar en un cómodo jergón de paja.

Tauro dejó a Domicia recostada y decidió dar una vuelta por el foro con Expositus. La actividad en la urbe parecía normal; el bullicio llenaba el corazón de Corduba, abarrotado de gentes de todas partes. Observó a un grupo de niñas en el pórtico de columnas, recibiendo lecciones junto a otros niños. Tauro pensó que o bien la urbe no había sido golpeada por la ola de secuestros, como Sucaelo y los otros municipios que Tito mencionó, o bien era una ciudad demasiado grande para que alguien pudiera hacer desaparecer a tantas jóvenes sin dejar rastro. Dio varias vueltas alrededor del foro, esperando con paciencia junto a Expositus hasta que las clases terminaron. Entonces vio cómo un gran número de esclavos acudía a recoger a las niñas.

—Ve —ordenó Tauro a Expositus.

El muchacho se acercó al grupo de niños que jugaban a las tabas de hueso y se unió a ellos con disimulo. Tauro había enviado a Expositus, consciente de que un adulto preguntando por niñas levantaría sospechas. Un rato después regresó junto a él.

—¿Y bien? —preguntó el antiguo *frumentarius*.

—Antes dime si me vas a llevar —respondió el chico impaciente.

—Ya sabes que tenemos trabajo que hacer.

—¡Vamos! —protestó Expositus frustrado—. Estamos en Corduba. ¡Aquí está el *ludus Hispaniensis*, la escuela de gladiadores más importante de Hispania! Es posible que Vettius, su gladiador más famoso, esté entrenando. No puedes hacerme esto. Todo el mundo habla de sus hazañas.

—Cuando esto acabe, te prometo que iremos al anfiteatro.

El chico hizo un gesto de satisfacción.

—No saben nada de niñas desaparecidas..., aunque una me ha dicho que tenía que irse con su esclavo, porque sus padres ya no las dejan estar en la calle, y que... —Expositus se quedó pensativo—. ¡Ah, sí! Que los legionarios de la VI no sé qué andan por la ciudad por la noche.

—Tienen miedo —murmuró Tauro para sí mismo.

—Si me llevas a ver a los gladiadores, vuelvo y pregunto de qué —comentó Expositus.

—Vámonos. Debemos descansar; mañana partiremos temprano.

—Pero yo quiero ver a los gladiadores.

—Ya te he dicho que te llevaré cuando esto acabe —sentenció Tauro mientras se alejaba.

—¿Vas a contarme al menos por qué dejaste de ser agrumentario?

—Agrumentario no, *frumentarius*, pero hoy no. Tenemos trabajo.

Expositus lo siguió enfadado y ya no dijo una palabra ni ese día ni los dos siguientes.

Domicia pidió a Tauro que, antes de dirigirse a Sucaelo, pasaran por otros municipios como Urso[3] o Astigi,[4] donde investigarían si allí también habían sufrido aquellos extraños secuestros.

Dos días después llegaron a Sucaelo y, al igual que en las ciudades anteriores, el ambiente era desolador; parecían deshabitadas. Apenas quedaba memoria del bullicio habitual; no había voces en los mercados, ni corrillos conversando. Los

habitantes parecían envueltos en una tristeza persistente. La melancolía se arrastraba por cada esquina. La soledad por las niñas desaparecidas se sentía por todos los rincones, como si la propia ciudad estuviera presa de aquel dolor y sus calles, muertas de pena.

Tauro se vio obligado a frenar el carro repentinamente cuando varias niñas cruzaron corriendo la calle sin mirar.

—Pensaba que habían desaparecido todas —dijo sin apartar la vista de las pequeñas.

—Eso mismo creía cuando atravesamos Urso y Astigi y, sin embargo, allí vi a varias crías en los foros —respondió Domicia reflexiva.

—¿Estás llegando a la misma conclusión que yo? —señaló Tauro.

—Supongo que sí —contestó Domicia—. ¿Tito no dijo nada sobre la edad de su hija?

—No. Se lo preguntaremos en nuestro próximo encuentro.

—De acuerdo, aunque me temo que acabamos de comprobar con nuestros propios ojos lo que temía. Que las niñas que están secuestrando son *viripotens*.

Tauro la miró y, con un leve movimiento de cabeza, confirmó que había llegado a la misma conclusión.

—¿Viri... qué? —preguntó Expositus confuso.

—*Viripotens*: niñas... en edad de contraer matrimonio.

—¿Y para qué querrían niñas así? —insistió Expositus, aún sin comprender.

Domicia lo miró con paciencia y añadió:

—Para venderlas. —Y sin decirlo pensó: «Y prostituirlas».

# VIII

*Villa de Mitra*

Habían pasado dos meses desde que a Fabia y sus compañeras de Sucaelo las secuestraron y las trasladaron a aquel lugar apartado del mundo. Aunque las mantenían alimentadas, el cautiverio había comenzado a cobrarse su alto precio. Las huellas del insomnio, fruto del terror constante a que Foedus apareciera en cualquier momento durante la noche, se marcaban en sus pálidos rostros. La suciedad y el olor penetrante a humedad se habían impregnado en sus túnicas y enredado en sus cabellos. A pesar de conocerse y estar juntas, apenas se dirigían la palabra. Fabia, en particular, era como una sombra que, poco a poco, amenazaba con consumirla por completo. Solo Elia, con su inquebrantable voluntad, intentaba arrancarla de ese abismo oscuro de amargura en el que parecía hundirse cada vez más.

—Fabia, dime algo, te lo suplico —le rogó Elia.

Aunque su amiga escuchó la pregunta, no respondió. Su mirada se perdía en el vacío y su mente parecía vagar lejos de allí, atrapada en los recuerdos de los días en que vivía en su *domus*, junto a sus padres.

—¡Viene el gigante! —exclamó Plautia, la niña que siempre se situaba más cerca de la puerta y la primera en sentir los pasos de su captor.

De inmediato, todas se incorporaron, y Elia, con un gesto rápido, ayudó a Fabia a levantarse. Por primera vez desde que habían llegado a aquel rincón olvidado por los dioses, el gigante desató a todas las niñas a la vez y las condujo al exterior, donde aguardaba Orbiana.

—Vais a entrar en las termas en pequeños grupos, allí os desnudaréis y, cuando salgáis, os pondréis una túnica limpia —dijo esta. Su tono sonó autoritario, como una orden incuestionable—. Si alguien intenta algo, le arrancaré los ojos y se los haré comer. A los hombres que vais a conocer lo que menos les interesará será vuestra mirada.

Todas agacharon la cabeza con miedo. Las condujeron hasta una pequeña sala. Compartieron miradas incómodas. Jamás se habían mostrado desnudas delante de otras personas, ni siquiera de sus esclavas.

—¿A qué esperáis? He dicho que os desnudéis. Será mejor que empecéis a acostumbraros. En vuestra nueva vida os tocarán, os lamerán y os penetrarán una y otra vez hasta que no quede rastro de cómo erais y no recordéis ni vuestro nombre.

Varias niñas comenzaron a llorar al escuchar aquella sentencia y otras obedecieron con timidez. Poco a poco, todas fueron entrando en la piscina de agua fría, tapándose con las manos sus partes íntimas.

Elia y Plautia ayudaron a Fabia, que seguía inmóvil, indiferente a su destino. La mirada de Orbiana se detuvo en las tres niñas. De entre todas, ellas eran las más hermosas.

—Con vosotras ganaremos mucho dinero —dijo soltando una risa burlona.

Orbiana detuvo la mirada en seco mientras evaluaba al resto de las niñas. La piel de una de las muchachas estaba cubierta por llagas

y manchas, y la mujer reconoció al instante aquella enfermedad: lepra *graeca*. Sin vacilar, con la fría precisión de quien ha ejecutado decenas de veces, sacó un cuchillo, se acercó por detrás, evitando tocarla, y en un movimiento rápido y silencioso le rebanó el cuello.

La niña cayó de golpe al suelo. Alrededor, las demás reaccionaron al horror: unas empezaron a gritar, otras rompieron en llanto.

—No os arriméis a ella —ordenó Orbiana—. Es contagiosa.

La mujer se lanzó a observar con más detenimiento a las otras niñas. Ninguna más parecía tener los mismos síntomas.

Plautia y Elia intercambiaron una mirada.

—Tenemos que escapar —susurró Plautia.

—¿Estás loca? —replicó Elia sin dar crédito—. Ya has oído lo que ha dicho. Si nos descubre, nos arrancará los ojos.

—¡Eh, vosotras! —gritó Orbiana al darse la vuelta—. No quiero oír ni una palabra más.

—Perdón, *domina* —añadió Elia.

Un rato después, el primer grupo pasó a un pequeño estanque de agua templada. Cuando Orbiana fue a llamar a las demás niñas para que entraran en el agua caliente, Plautia se acercó de nuevo a Elia.

—Vámonos, debemos intentarlo. Ya has oído lo que nos espera. No sé tú, pero yo prefiero morir antes que vivir esta pesadilla.

—No puedo dejarla aquí —contestó Elia mirando a Fabia.

—Está muy débil, solo nos retrasará —insistió Plautia.

Justo en ese momento, Orbiana reapareció. Las niñas comenzaron a frotarse aceite por el cuerpo y, con un estrígilo, una herramienta para tal fin, se limpiaron la piel.

—Debemos hacerlo ahora, antes de que vuelvan a encadenarnos —señaló Plautia cuando Orbiana volvió a marcharse.

Elia dudó; en el fondo sabía que no podía irse de allí.

—Lo siento —murmuró al fin—, no puedo. Si le pasara algo, nunca me lo perdonaría.

—¿Y qué crees que te va a pasar a ti? —preguntó Plautia con desesperación.

—Ve tú. No puedo marcharme y dejarla sola aunque eso signifique condenarme el resto de mi vida. Pero te ayudaré a escapar. Debes irte y buscar ayuda.

—Lo haré —prometió Plautia.

—Fingiré que tengo el mal sagrado.[1] Mi madre sufre esos ataques. Sabré imitarlos.

—Debemos hacerlo pronto...

Plautia no había terminado de decir la frase cuando Elia comenzó a agitarse, primero con leves estremecimientos y luego con convulsiones exageradas. Sus brazos se movían de un lado a otro hasta que cayó al suelo, fingiendo, y con el rostro contraído por su supuesto sufrimiento. Algunas niñas pidieron auxilio.

Orbiana llegó en el momento en que los ojos de Elia se abrían como platos y se ponían en blanco.

La mujer sabía que aquella sería una de las niñas más demandadas y que, si le pasaba algo, perderían una fortuna. Había tratado con aquellos ataques muchas veces y trató de tumbar a la muchacha de costado. Aunque fuera por la motivación del dinero, por primera vez dejó entrever un atisbo de humanidad. No obstante, su mirada estaba teñida de un escepticismo que no lograba disimular. Le palpó los músculos. No estaban tensos. Algo no encajaba.

Mientras el resto de las niñas hacía un corro, Plautia caminó hacia atrás, abriéndose hueco, hasta que, despacio, llegó a la puerta y salió.

# IX

*Sucaelo*

Ya en Sucaelo, todos los recuerdos de su pasado se agolparon en la mente de Tauro. Saber que pronto vería a la hermana de Marco lo removía por dentro. Pensó en sus compañeros de contubernio, en la dura vida de las legiones, en las guardias interminables y en las batallas en las que cada uno dependía del otro para seguir con vida. Pero también en los días de permiso, en el vino compartido y en las conversaciones al calor de las hogueras.

Todo aquello había quedado atrás hacía mucho tiempo. Aun así, en jornadas como aquella, incluso junto a Domicia, el peso de esos recuerdos volvía a caer sobre él.

Tito Papirio, padre de la joven desaparecida, les había ofrecido hospedarse en su casa a su llegada. Sin embargo, Tauro prefirió retrasar el encuentro con la hermana de Marco. No solo por los recuerdos que aquella cita ya le despertaba, sino porque no quería que nadie supiera dónde se alojaban.

No estaba seguro de haber despistado al hombre que había descubierto siguiéndolos.

Domicia no comprendió del todo su insistencia, pero accedió cuando Tauro le propuso alojarse en una taberna discreta, alejada del centro y bastante cómoda.

—Antes de ir a ver a Tito Papirio, hay algo que necesito investigar —comentó Tauro.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Domicia.

—No —contestó Tauro—. Empezaré por los lupanares. Si vienes, arruinaríamos la coartada.

Dudó apenas un instante. Llevaba horas sin beber y el cuerpo se lo reclamaba, pero no dijo nada. No solo iba a comenzar a investigar, también necesitaba echar un trago.

—Que te acompañe Expositus —propuso Domicia. Conocía a su esposo lo suficiente para saber que el vino lo estaba llamando y se había prometido no dejarlo caer.

Tauro bajó la voz y apartó el ruido de su cabeza. Ahora tocaba centrarse en la investigación.

—En Roma no es extraño que los niños entren pronto en un prostíbulo, de hecho, está mal visto si no lo hacen. ¿Crees que en las provincias será distinto?

—No lo creo —contestó ella—. Estoy segura de que sucede en todo el Imperio. Pero nada de violencia. No llames la atención el primer día.

Se giró hacia el muchacho.

—Expositus —dijo llamándolo—, acompaña a Tauro y vuelve con él.

El niño, que hasta entonces jugueteaba con su espada de madera, se puso en pie de un salto.

Tauro preguntó al tabernero por el lupanar más concurrido de la urbe y, sin añadir nada más, salió con el chico a la calle.

El antiguo *frumentarius* siguió las explicaciones, ayudándose de los penes tallados en los adoquines del suelo que indicaban la dirección que tenían que seguir para dirigirse al prostíbulo.

Al llegar, Tauro se fijó en el rostro de Expositus, que no mostró sorpresa al ver a las mujeres desnudas que se ofrecían a los

hombres que pasaban. Entendió entonces que, para alguien que había crecido solo en la calle, aquello no era nada nuevo.

Cuando entraron, el aire se volvió denso. Las lucernas parpadeaban en los rincones, tiñendo la estancia de una luz mortecina. El olor a incienso se mezclaba con el del sudor. Un grupo de prostitutas salió a su encuentro y comenzaron a atosigarlo mostrando parte de sus cuerpos desnudos.

Tauro escrutó el local con disimulo, intentando librarse de aquellas mujeres. A sus ojos no pasó desapercibido un grupo de jóvenes que se escondían tras una cortina.

Se acercó al mostrador y una mujer, vestida con una clámide que dejaba al aire uno de sus pechos, se dirigió a él.

—Me llamo Escila, soy la encargada de este lugar —declaró con sensualidad, al ver que el tipo era atractivo—. Tengo cuanto deseas para satisfacer cualquier fantasía con la que hayas soñado.

—Me gustaría que mi hijo se estrenara —expuso Tauro.

La prostituta, decepcionada, bajó la mirada; hasta ese momento no había reparado en el chico.

Expositus no despegaba los ojos del pecho desnudo de Escila.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

El muchacho se encogió de hombros. Lo desconocía.

—Supongo que unos diez u once —contestó Tauro por él.

—¿No sabes cuántos años tiene tu hijo?

—Esas cosas las lleva su madre.

Escila miraba la escena sin dar crédito.

—Es demasiado joven —añadió—. Que venga cuando pasen uno o dos años.

—Seguro que puede estrenarse con alguna muchacha de su edad.

—Las más jóvenes tienen más de catorce años —objetó, indignada por la petición.

Tauro extrajo de su faltriquera un puñado de monedas.

—¿Has oído hablar de las niñas que han desaparecido?

—No sé nada.

—Se dice que han sido raptadas para ser prostituidas. Quizá puedas decirme dónde encontrarlas.

—Me temo que no puedo ayudarte —repuso Escila agarrando las monedas.

Tauro le retuvo la mano para impedir que se guardara el dinero.

—He visto a varias jóvenes ocultarse tras esa cortina —indicó señalando con la cabeza—. Puedo comprobar ahora mismo si me estás mintiendo y alguna es la que busco.

Escila hizo un gesto a todas las prostitutas para que se fueran y los dejaran solos.

—No es lo que parece... —balbuceó la encargada asustada.

Tauro la miró esperando una respuesta.

—Las trajeron hace unos días del mercado de esclavos. Son mayores de quince años, pero aún no están registradas. Si el edil lo descubre, nos multará. Por eso se esconden.

—¿Conoces a alguien que sí sepa dónde puedo encontrar a las niñas que busco?

Escila observó de nuevo a Expositus. Se imaginó que las niñas desaparecidas eran el verdadero motivo por el que ese hombre había ido a su establecimiento.

—No quiero problemas.

—No los tendrás —aseguró Tauro dejando otra generosa suma de dinero sobre la mesa—. No pretendo causártelos, haces tu trabajo y lo respeto. Solo quiero dar con ellas.

Escila miró a un lado y a otro nerviosa y, tras pensarlo, cogió aquella pequeña fortuna.

—Si hay alguien que puede ayudarte es Fulvio Próculo, mi *leno*, el dueño de este lupanar; él sabe todo lo que ocurre en esta urbe.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Pregunta en la taberna de Las Tres Garzas, está justo aquí abajo, también es el propietario. Pero, por favor, no le digas que he sido yo quien te ha dicho dónde hallarlo.

—No temas.

Tauro se dispuso a marcharse. Escila trató de detenerlo.

—¿No quieres quedarte un rato? —preguntó con una sonrisa sensual—. No te arrepentirás.

El antiguo centurión la observó con serenidad.

—No lo dudo —alegó—, pero tengo esposa.

—Todos los hombres que cruzan esa puerta la tienen. La mayoría de las mujeres saben que sus maridos necesitan desahogarse fuera de su hogar. No hay nada malo en ello. Aquí ofrecemos placeres por los que ellas se escandalizan.

—Cada cual decide qué cuidar y qué dejar perder —contestó con calma—. Gracias por tu ayuda.

Tauro observó al chico, que seguía sin despegar los ojos del pecho de la prostituta. Le dio un pescozón en el cogote.

—Vamos, sigue andando —dijo sonriendo—. No está bien que la mires así.

—Lo siento —murmuró el chico—. No podía apartar los ojos.

Tauro y Expositus descendieron hasta la taberna que Escila les había indicado. Un hombre corpulento, armado con un garrote, custodiaba la puerta. El vigilante los observó a ambos con recelo, pero al encontrarse con la mirada de Tauro se apartó y les abrió paso sin

decir una palabra. El antiguo *frumentarius* escudriñó el lugar con calma.

La taberna estaba llena de gente. Comerciantes y clientes se divertían con prostitutas. En la barra, retirado del bullicio, un hombre bebía solo. No reía ni tocaba a nadie. Tauro reparó en él de inmediato, se acercó sin prisa y se acodó a su lado.

—Ponme una jarra de vino y dos copas —ordenó al tabernero—, una para mí y otra para mi amigo.

El tabernero sirvió la jarra. Tauro no lo pensó dos veces: llenó una copa y se la bebió de un trago, dejando que el ruido interior se apagara lo imprescindible antes de seguir adelante.

El hombre lo miró con desconfianza.

—¿Nos conocemos?

—No; créeme, te acordarías de mí. Pero sé que tú eres Fulvio Próculo, el *leno* del lupanar —añadió tomando una aceituna de un cuenco cercano.

—¿Y qué te hace pensar eso? —cuestionó con desconfianza.

—Eres el único aquí que no necesita pagar por compañía —ironizó Tauro—. Así que imagino que todas trabajan para ti.

Fulvio giró la cabeza, sorprendido, hacia Expositus. El muchacho blandía su espada de madera, ajeno a todo. La mirada del *leno* fue breve, pero Tauro no la pasó por alto.

—¿Qué buscas? —quiso saber Fulvio.

—Información. Te pagaré mil sestercios si me dices lo que quiero saber.

—¿Y ese crío? —masculló Fulvio limpiándose con los dedos la comisura de los labios—. ¿Es tuyo?

Tauro giró apenas la cabeza para comprobar que Expositus seguía distraído.

—El chico está conmigo —señaló—. ¿Por qué lo preguntas?

—Si me lo dejas un rato a solas —continuó Fulvio—, lo que quieras saber te costará la mitad.

—Te ofreceré algo mejor —afirmó Tauro con calma mientras se introducía otra aceituna en la boca—. Iba a pagarte mil sestercios, pero esa opción ya no existe. Ahora te diré lo que va a pasar. Vas a decirme todo lo que sepas y, cuando terminemos, seguirás respirando. Soy amigo de Tito Papirio; ya sabes de quién te hablo, uno de los duunviros. Me pregunto cuánto tardarán en cerrarte el local cuando le cuente con detalle lo mucho que te gusta ocultar prostitutas sin registrar en este agujero.

Fulvio tragó saliva y escabulló la mirada.

—Así que ahora mismo —continuó Tauro, soltando el hueso de aceituna en un recipiente— iremos a una de tus habitaciones, me dirás cuanto quiero saber y de esa forma estaremos en paz.

Tomó otra aceituna mientras sonreía al *leno.*

—Respecto al niño, no solo no le pondrás ni un solo dedo encima, sino que si vuelves a dirigirle una sola mirada te arrancaré los ojos y los dejaré en el cuenco de las aceitunas —dijo mientras soltaba el otro hueso.

Fulvio dirigió una mirada incisiva a Tauro, tragando saliva.

—Está bien —cedió al fin—. Espérame en la primera planta. En la segunda puerta está mi despacho. Hablaremos allí.

—¿Me has tomado por estúpido? Si lo hago, mandarás a tu hombre —replicó Tauro señalando con la cabeza al tipo del garrote que estaba ajeno a la conversación—. Subiremos juntos. Tengo un puñal escondido. Si intentas algo mientras subes, no dudaré en usarlo. Piénsalo, Fulvio: acabas de perder mil sestercios, ¿también quieres perder la vida?

—Está bien —zanjó el *leno.* Se puso en pie y se dirigió a las escaleras que daban a las habitaciones, molesto al comprobar la

escasa utilidad de estar pagando a un guardaespaldas para que lo defendiese.

Tauro llenó la copa una última vez, la apuró de un trago y siguió a Fulvio escaleras arriba. Subió con cautela y entró tras él en la habitación, cerciorándose de que estaban solos antes de cerrar la puerta.

Observó el despacho. Tablillas de cera, pergaminos desordenados y objetos sin importancia poblaban los polvorientos muebles.

—Dime qué quieres saber y sal de mi establecimiento.

—Las niñas desaparecidas desde hace algo más de dos meses, ¿sabes algo?

—No sé nada. Te lo aseguro.

Tauro se acercó despacio mientras se desataba el cinturón y se lo enrollaba en la mano.

—Le he prometido a mi esposa que no usaría la violencia —indicó —. ¿Vas a obligarme a incumplir mi palabra, Fulvio?

Hizo una breve pausa.

—Después de cómo mirabas al chico, no me costaría... Y creo que ella lo entendería.

—¡Está bien, está bien! —exclamó el *leno* asustado—. Solo sé que están en una villa.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Tauro echó el brazo hacia atrás, tensando el cinturón.

—Lo sabré pronto —masculló cerrando los ojos, esperando el golpe—. Te lo prometo.

El golpe cayó sobre la mesa, haciendo saltar a Fulvio.

—Siempre actúan de la misma manera —continuó el *leno*—. Vienen y dejan a Escila, la prostituta que regenta mi lupanar, una tablilla con el lugar y el día en que debo llevar a mis prostitutas.

Según me cuentan, acude una gran cantidad de hombres y pagan por satisfacer toda clase de apetitos. En otra zona de la villa hay un espacio reservado para los clientes más selectos. Si hay algún sitio donde estarán esas niñas, es ese.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Lo ignoro.

Tauro descargó otro golpe sobre la mesa.

—¡Solo sé que son gente con mucho dinero! A mí me pagan una fortuna.

—¿Qué más?

—Te prometo que es todo lo que sé.

—Si descubro que me has mentido, juro que volveré y no será la mesa lo que golpee.

—No sé nada más. No vas a denunciarme al duunviro por lo de las chicas sin registrar, ¿verdad?

—No lo haré si me prometes que, cuando sepas el lugar al que tienes que llevar a tus prostitutas, me lo dirás.

—Pero... me matarán si descubren que te lo he dicho.

—Preocúpate por mí.

Tauro salió de allí, mientras Fulvio se limpiaba el sudor con un pañuelo. Buscó a Expositus. El niño estaba intentando robar en la faltriquera de un comerciante mientras este negociaba el precio con una prostituta. Fue hacia él y le tiró de la oreja.

—Deja eso. ¿Cuántas veces he de decirte que no quiero que robes?

El comerciante se giró y agarró con ira sus pertenencias, pegándolas a él.

—¡Eh! —exclamó el crío molesto—. Tengo que ganarme la vida.

—Teníamos un trato, ibas a ser un buen chico. Y ahora, vamos, debemos buscar a Domicia.

Expositus obedeció con la cabeza agachada, mientras comenzaba a caminar avergonzado.

Tauro se lamentó en silencio. Estaba convencido de que, en otro tiempo, habría actuado con mayor precisión. No tenía la certeza de haberle arrancado toda la información al *leno*. Quizá porque, durante el interrogatorio, su mente había vagado con demasiada frecuencia hacia la hermana de Marco en lugar de concentrarse en sonsacarle cuanto sabía.

En el pasado, no se lo habría perdonado. Sin embargo, aquel hilo que había logrado extraer, aunque no fuera gran cosa, bastaba para seguir adelante. Suspiró. No estaba dispuesto a demorarse más. Primero tomaría una copa de vino —sabía que la iba a necesitar—, después iría a buscar a su esposa y, juntos, acudirían a ver a Tito Papirio y a su mujer, la hermana de Marco.

Varias horas después, Domicia y Tauro llamaron a la puerta del duunviro. La patricia, con el corazón encogido, intuía el dolor que se acumulaba tras aquellos muros, por eso había acordado con su esposo que sería ella quien tomara la palabra. Al otro lado, los aguardaban la angustia y la amargura de una familia quebrada por la desaparición de lo que más amaban.

Tauro respiró hondo. Pensó en Marco. Las manos le temblaron, pero se mantuvo firme.

Un esclavo abrió la puerta, les ofreció unas sandalias para las visitas y, a continuación, los condujo hasta el *tablinum*, el despacho del *dominus*. Domicia se giró y se quedó pensativa al ver que la puerta disponía de un pasador para bloquearla por dentro.

—Mi amo no está, pero enseguida saldrá su esposa.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Domicia.

Tauro la miró, sorprendido por la pregunta.

—Mi *dominus* se encuentra cerrando unos negocios importantes en Roma —respondió el siervo, algo incómodo.

—¿Con qué comercia? —preguntó ella midiendo cada palabra.

—Aceite —contestó impaciente el esclavo ante aquellas preguntas a las que no sabía si debía contestar.

Por eso se retiró aliviado cuando apareció su *domina* por el peristilo, acompañada de su hijo. El joven lucía la toga viril, de un blanco impoluto, lo que indicaba que era mayor de catorce años.

Tauro notó cómo todos sus músculos se tensaban. Domicia lo tomó del brazo con suavidad, anticipándose a su reacción.

A pesar del dolor que la consumía, la mujer era la viva imagen de su hermano: el rostro afilado, incluso sin luz; la misma mirada, aunque apagada. Era como ver de nuevo a Marco, su leal amigo.

—Mi madre no se encuentra en perfectas condiciones —declaró el joven, cumpliendo como el *pater familias* en ausencia de su padre—, por tanto, os ruego que la conversación no sea muy extensa.

Domicia miró a su esposo, sorprendida por aquel recibimiento tan frío y hostil.

—Tú debes de ser Tauro —supuso la mujer, interrumpiendo a su hijo con un tono de voz como el de quien se debate entre la vida y la muerte.

—Sí.

—Marco siempre hablaba de ti. Te agradezco que vengas a ayudarnos —comentó con un enorme pesar en la voz.

Tauro asintió. No le salían las palabras.

—¿Cuándo regresará Tito? —preguntó Domicia, extrañada de que no estuviese allí—. Suponíamos que nos recibiría sin tiempo que perder.

—Os estuvo esperando hasta hace dos días —contestó el hijo—, pero unos asuntos importantes exigieron su presencia y no pudo demorarlos más.

«¿Más importantes que su hija?», pensó Domicia.

—¿Hay alguna información nueva que quisiera compartir con nosotros antes de partir? —les preguntó.

—Me temo que no —respondió el muchacho—, pero insistió en que sois sus invitados y que podéis quedaros aquí a dormir. En caso contrario, deseaba saber dónde pernoctaríais para no demorar vuestro encuentro.

—Os lo agradecemos, pero nosotros vendremos a verlo en cuanto regrese —apuntó Tauro.

El antiguo centurión se disponía a revelar la información que habían conseguido, pero Domicia, al percatarse del estado de la mujer, le hizo la seña convenida para que no lo compartiera.

Fue la esposa de Tito Papirio quien rompió el silencio.

—Por favor, Tauro... Veinte niñas han desaparecido. Encuéntralas y tráeme a mi hija —imploró—, te lo ruego. No lo hagas por mí, hazlo por Marco. Sé que os unía una gran amistad.

Tauro guardó silencio. Hasta ese momento solo había pensado en sí mismo: en el pasado, en la culpa, en las heridas que no terminaban de cerrar. No se había preguntado si estaba preparado para hallar a aquellas niñas.

Alzó la mirada.

—La encontraré —dijo con rotundidad—. No me detendré hasta conseguirlo, aunque sea lo último que haga.

—¿Cómo se llama tu hija? —preguntó Domicia.

—Se llama igual que yo..., igual que su madre. —La mujer ahogó un lamento al recordarla de nuevo—. Su nombre es Plautia.

# X

*Sucaelo*

Aquilio entró por una de las puertas de Sucaelo. Todavía no se perdonaba haber caído en aquel engaño en la habitación de la *mansio* por un hombre venido a menos. Sentía tal vergüenza de sí mismo, tras descubrir que incluso le había robado los caballos, que se había infligido dolor como castigo para no volver a ser tan confiado.

Tras aquella humillación comprendió que ya no actuaba para cumplir el encargo de Julia Mesa. Ni siquiera lo hacía por el profundo odio que guardaba a aquel hombre desde el pasado. Después de descubrir en la *mansio* que lo habían engañado, matarlo resultaba insuficiente. Necesitaba humillarlo del mismo modo, contemplar su sufrimiento, y solo así podría demostrarse a sí mismo que era mejor que Tauro.

Se dirigió a la primera taberna y escogió una mesa donde poder vigilar la entrada de la ciudad. Pidió al tabernero que se la reservara durante una semana, pagando el doble para asegurarse de que nadie hiciera preguntas. Desde allí podía ejercer su mejor virtud: la paciencia.

A continuación utilizó un sistema de vigilancia que había ido perfeccionando con los años. Seleccionó a lo que él llamaba sus sombras: mendigos a los que ofrecía dinero para que fueran sus oídos y ojos en la ciudad. Repartió monedas entre ellos,

encargándoles la tarea de vigilar las demás puertas de Sucaelo. Aquel que le informara primero cuando una pareja con un niño entrara recibiría el doble de recompensa.

Dos días después, Aquilio ya sabía todo lo que ocurría en el municipio y que este se hallaba conmocionado por la pérdida de un grupo de niñas, entre las que se encontraba la hija de Tito Papirio. No le costó imaginar que aquella había sido la razón por la que habían ido a Augusta Emerita en busca de Tauro.

Desde la mesa que había contratado y donde con paciencia esperaba novedades, calculó sus siguientes pasos. Se inmiscuiría en la investigación de Tauro, pero por razones opuestas. No solo lo mataría, se aseguraría de que jamás encontrara a esas niñas. Demostraría que, detrás del hombre que todos admiraban, no había más que un miserable; lo haría pasar a la posteridad como lo que era: un traidor y un impostor.

Una de sus sombras le informó de que alguien con la descripción de Tauro había entrado en la ciudad y le indicó su ubicación. Aquilio no se movió de inmediato. Subió a su habitación y se vistió con su disfraz de mendigo; había llegado la hora de pasar a la acción. Llegó al lugar donde su hombre le había dicho que se hallaba Tauro. Al verlo, tuvo que contener el impulso de matarlo allí mismo. Lo siguió hasta el lupanar más famoso del municipio y lo imitó cuando este se adentró en una taberna cercana.

Tras el encuentro con Tauro, Fulvio Próculo, el *leno*, salió de la habitación con el gesto contrariado. Bajó las escaleras y se sentó en el mismo sitio que había ocupado un momento antes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el tabernero preocupado.

—Trae vino —rumió, sin añadir nada más.

Aquilio se acercó y chocó con él a propósito.

—¡Aparta, montón de mierda! —exclamó el *leno* apartándolo de un empujón.

Pero, de repente, Fulvio sintió un malestar que fue en aumento. Un sudor frío le cubrió la frente y, al levantarse para dirigirse a la letrina, las paredes comenzaron a girar a su alrededor. Fue perdiendo la conciencia; sus ojos se cerraron despacio mientras agitaba la cabeza, tratando de espabilarse. Sus piernas dejaron de responder y se desplomó sobre el suelo.

Varias horas después, Fulvio recobró la conciencia, aturdido y desorientado en la misma habitación donde había estado con Tauro. Tenía algo gelatinoso en la boca. Tragó e intentó controlar una arcada. Un dolor agudo le golpeó la entrepierna. Al intentar mover la mano hacia allí, descubrió que sus extremidades estaban atadas a una especie de madero.

—¿Ya estás mejor, Fulvio? —preguntó Aquilio observando al *leno* medio inconsciente—. Supongo que pensarás que soy un bárbaro por no haberme presentado antes. Me llamo Aquilio. A veces soy un mendigo, otras un mercader de especias, pero si hay algo en lo que destaco es en causar dolor.

—¿Qué quieres? —logró murmurar su presa, aún en estado de semiinconsciencia.

—¿Te ha gustado lo que te he dado de comer? Si quieres, puedo ofrecerte el otro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fulvio, confuso.

—Acabas de comerte uno de tus testículos.

Fulvio se despertó de golpe. Una tensión enorme se apoderó de su ser. Miró hacia abajo. Estaba desnudo.

Sintió varias arcadas subiendo por su garganta.

—Tranquilo. Te he dado mandrágora para dormirte, tanta que pensé que no te despertarías, y he cauterizado la herida para que no te desangraras.

Fulvio se agitó, desesperado. La planta iba perdiendo su efecto y sentía un dolor indescriptible en lo que quedaba de sus genitales.

—Te seré sincero, Fulvio. Vas a morir. Pero puede ser rápido o lento y doloroso.

—Te diré lo que quieras saber, pero, por favor, déjame vivir.

—¿Dónde están las niñas?

El *leno* negó con la cabeza, cansado. De nuevo esas malditas crías.

—Te diré lo que sé. Se lo he contado al otro animal que ha estado aquí esta tarde. Están en una villa, pero no sé dónde.

Aquilio cogió dos enormes clavos.

—Existe una religión que venera a un profeta llamado Cristo —dijo haciendo girar la púa entre los dedos—. Uno de los suplicios que padeció fue este. Se introduce entre los huesos del brazo..., aunque yo lo haré en la palma de tu mano. Por tu bien, espero que no descubras por qué.

Aquilio introdujo un pañuelo en la boca de Fulvio, después cogió un martillo y descargó el golpe.

El trozo de tela ahogó el grito del *leno*.

A continuación, hizo lo propio con la otra mano y soltó las cuerdas que había atado alrededor de sus muñecas.

—¿Te he dicho que adoro el sonido de los huesos rotos? Vamos. Seguro que puedes hacerlo mejor.

—Están en Igabrum[1] —dijo aterrado el *leno* cuando Aquilio le extrajo el pañuelo de la boca.

—¿Dónde se encuentra eso?

—A una jornada al oeste.

—Has dicho que estaban en una villa. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—No digas que no te he avisado, Fulvio. Ahora vas a descubrir por qué he clavado la púa en la palma y no en el antebrazo.

Aquilio volvió a introducir el trozo de tela con tanta violencia que le partió un diente. Agarró las muñecas y los dedos, pero en vez de tirar hacia fuera, lo hizo hacia abajo, desgarrando los músculos y rompiendo lo que quedaba de los huesos de la mano.

Fulvio volvió a gritar con desesperación. El dolor era insoportable. Tenía la mano hecha jirones, partida por la mitad.

Aquilio palmeó el rostro del *leno*, que estaba a punto de desmayarse.

—Si vuelves a mentirme, aumentaremos el dolor.

—Mitra... —dijo Fulvio, con un hilo de voz y el rostro brillante por el sudor.

—No te he oído, habla más alto o te hago un corte en la garganta para poder oírte.

—La villa..., la llaman... la villa de Mitra. Todo el mundo la conoce.

—Muy bien. Ya estamos terminando.

Aquilio se acercó hasta un pequeño fuego y examinó si el hierro que había depositado estaba ya candente.

—Y ahora vas a decirme de quién es esa vivienda.

—Vive una mujer... —contestó el *leno* con la respiración entrecortada al ver el hierro candente—. Se llama Orbiana.

—¿Vive sola? —preguntó el otro sin inmutarse.

—Por favor..., te lo ruego. Te estoy diciendo lo que sé —dijo Fulvio, cada vez más nervioso y con la frente perlada de sudor.

—Contesta a mi pregunta.

—No. Lo hace con un hombre... peligroso. Es un gigante.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Aquilio lo miró sujetando el hierro.

—¡Te lo prometo! —exclamó suplicando—. Nadie conoce su nombre; es un bicho raro. Dicen que está mal de la cabeza. Solo sabemos... que es su hijo.

—Bien, Fulvio, lo has hecho muy bien. Pero no has contestado a mi pregunta.

—Te he contado todo lo que sé —suplicó desesperado—. Por favor, déjame vivir.

—No me has dicho de quién es la villa.

Aquilio aproximó el hierro candente al rostro de Fulvio con deliberada lentitud.

—¡Es de un duunviro de Corduba! —gritó, casi histérico, al sentir el calor cerca de sus ojos.

—Su nombre.

Fulvio trató de hacer memoria, pero, entre el dolor y la angustia que sentía, no conseguía recordarlo.

—Es muy peligroso. Si te lo digo, me matará.

—¿Qué crees que estoy a punto de hacer, Fulvio? —preguntó a la vez que le tapaba la boca con el pañuelo.

Aquilio le abrasó uno de los ojos con el hierro candente.

Un hedor nauseabundo emponzoñó el ambiente, dominado por el olor a piel quemada, orina y heces. Fulvio se había defecado encima.

El grito desgarrador del *leno* quedó atrapado bajo la tela del pañuelo. Fruto de las convulsiones en las que se retorcía, la otra mano que también tenía atada se desgarró con el clavo. Aquel hombre estaba dispuesto a arrancarle la vida a tiras.

—Todavía no conoces el dolor, Fulvio. Dime su nombre.

—¡Carisio! —gritó el *leno* medio inconsciente—. ¡Aurelio Carisio!

—¿Ves cómo no era tan difícil? —dijo Aquilio, mientras introducía con fuerza el hierro candente por el ojo sano de Fulvio hasta atravesarle el cráneo.

# XI

*Villa de Mitra*

Aprovechando el fingido ataque de Elia, Plautia salió al pasillo. Lanzó una mirada rápida a ambos lados. Una tenue luz lo envolvía, mientras su respiración agitada rompía el silencio. No había señales del gigante. Rogó para que estuviera en el hipocausto, ocupado, llenando los hornos con madera para calentar las termas. Hasta donde sabía, solo Orbiana y él custodiaban la villa. Suplicó a los dioses que fuera así y no se encontrara con nadie más.

Pegada a la pared, avanzó despacio, sintiendo el gélido mármol bajo sus pies descalzos. El aceite resbalaba por su cuerpo mezclado con el agua, tras el baño en las termas. Llegó a una puerta y la abrió con cautela. Al otro lado, el peristilo se extendía con su pequeño estanque. Se escondió tras la estatua de un niño con una liebre, que hacía de fuente.

El silencio reinaba en aquel lugar, solo interrumpido por el sonido del agua. Plautia levantó la cabeza. Justo cuando iba a moverse, vio una enorme sombra avanzar hacia las termas: el gigante. Se arrinconó de nuevo tras la estatua, tapándose la boca con las manos para ahogar un grito. Su corazón comenzó a latir tan fuerte que temió que aquel hombre pudiera oírlo. No dejaba de pensar en lo cerca que había estado de que la descubrieran.

Con las manos temblorosas, pero impulsada por el deseo de salir de allí, Plautia se levantó y se precipitó hacia el interior de la villa. Se

dirigió a un pequeño vestíbulo, donde estaba la salida. Corrió por el pasillo mirando hacia atrás una y otra vez, temiendo ver a Foedus tras ella.

Al llegar al atrio, intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Maldijo en silencio, una y mil veces. No había *compluvium* en el techo, la abertura por donde en muchas *domus* entraba el agua de la lluvia. Por allí podría haber escapado. Debía encontrar otra salida. Retrocedió hacia el peristilo. Uno de los corredores conducía a un muro. Tal vez pudiera escalarlo.

Se lanzó hacia él, pero era demasiado alto. Se apoyó en un pequeño saliente, alcanzó la parte superior con la yema de los dedos, pero su pie resbaló. Cayó al suelo con un golpe sordo, lastimándose la cabeza y los brazos. Dolorida, se levantó. Desde allí podía ver las puertas de las termas. Si el gigante salía, la vería.

El recuerdo de lo que le había hecho a Vitruvia sirvió de estímulo para volver a impulsarse. Con una fuerza renovada, se armó de valor. Se agarró a los ladrillos con vigor, ignorando el dolor de las uñas al clavarse la arcilla entre sus dedos, y logró escalar el muro hasta deslizarse al otro lado.

Lo había conseguido.

Respiró hondo; el aire frío le llenó los pulmones. Estaba fuera. Miró a su alrededor. Un pequeño acueducto se alzaba a su derecha, tal vez el que surtía de agua a la villa. No era muy alto, pero podría usarlo como guía. Se subió en él y desde arriba contempló el paisaje. Delante de ella, se extendían campos de cebada y viñedos separados por un pequeño sendero que se perdía en el horizonte hasta llegar a lo que parecía un municipio.

Descendió del acueducto y se dirigió hacia el camino. Comenzó a correr, alejándose lo más rápido que pudo. Miraba hacia atrás una y otra vez, hasta que se detuvo en seco. Foedus estaba en la puerta

de la villa, mirando en todas direcciones, hasta que la vio y salió a correr detrás de ella.

Los pies descalzos de Plautia empezaron a sangrar; su piel no estaba acostumbrada al roce constante con las piedras del camino. Cada paso era una tortura, pero no podía detenerse. El gigante iba recortando distancias. No imaginaba que su ausencia se descubriría tan rápido. Su garganta estaba seca; el miedo la consumía. Miraba hacia atrás; aquel hombre se acercaba, mientras que el ritmo de ella se hacía más lento, agotada por el cansancio y el dolor en los pies. Si no hacía algo pronto, la alcanzaría. Solo pensar en las consecuencias la aterraba.

Angustiada, Plautia se adentró en el campo de cebada. A pesar de estar a punto de ser recolectadas, las plantas no eran lo suficientemente altas para esconderla, así que se tumbó en el suelo y comenzó a reptar. Estaba cubierta de aceite, lo que hizo que la tierra se adhiriera a su piel. Percibió la humedad del suelo sobre su cuerpo desnudo. Se arrastraba con torpeza. Los pasos y el aliento de aquella bestia podían sentirse cada vez más cerca.

Plautia se detuvo, cerró los ojos y contuvo el aliento. Su cuerpo temblaba de terror, con desesperación. El gigante estaba justo encima. Se preparó para sentir cómo una enorme garra tiraba de sus cabellos y la arrastraba de nuevo a aquel inframundo. Un ruido sonó a lo lejos. Las pisadas de Foedus se alejaron a grandes zancadas.

La muchacha respiró hondo; el aire escapaba de su boca, entrecortado. Algo desconocido había salvado su vida. Se tumbó bocarriba y fue recuperando el aliento. Se examinó los pies, llenos de cortes y sangre mezclada con tierra. Sentía un dolor indescriptible, pero debía escapar de allí.

Esperó lo que le pareció una eternidad. Tenía miedo de levantarse. Se incorporó despacio. Su corazón volvía a latir con fuerza. Con

cautela, se dirigió al camino y se asomó con lentitud. No había rastro del gigante y reemprendió su carrera. Sus cinco sentidos estaban en alerta, temía volver a ver la figura de aquel hombre en cualquier momento.

Al llegar a un cruce en dirección al municipio, divisó un carro a lo lejos. El polvo en el camino delataba su presencia. A pesar del dolor y del cansancio, corrió hacia él, mirando una y otra vez hacia atrás. De nuevo vio emerger la figura de Foedus del campo de cebada y, una vez más, la tensión le hizo acelerar el paso al comprobar que volvía a perseguirla. Sus pies trastabillaron y cayó al suelo, lastimándose la rodilla.

El cochero tiró de las riendas al ver a una joven en medio del sendero y el carro se detuvo. El conductor, atónito, golpeó con los nudillos la caja para llamar a su señor y un hombre vestido de duunviro se asomó.

—¡Por todos los dioses! —exclamó al contemplar a la joven desnuda, cubierta de tierra y desesperada—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ayúdame, por favor —suplicó Plautia—. Ese hombre me persigue.

Al girarse, la enorme figura del gigante había desaparecido.

El duunviro se quitó la toga para cubrirla.

—Por supuesto. Súbete —ordenó.

La muchacha obedeció, temblando de miedo y alivio.

—¿Quién eres y qué te ha ocurrido? —preguntó el hombre.

—Me llamo Plautia. Soy de Sucaelo. Me han secuestrado junto con otras niñas.

—No temas. Estás a salvo. Soy un duunviro de Corduba. Cuidaré de ti y salvaremos a tus amigas. Mi nombre es Aurelio Carisio.

# XII

*Sucaelo*

Domicia salió de la casa de Tito Papirio y Plautia con el alma amortajada. El dolor de aquella mujer le había abrazado las entrañas como si la mismísima muerte le hubiera acariciado el pecho.

Observó a Tauro con pesadumbre. Había confiado en que el duunviro aportara algo más de información, pero lo único con lo que contaban era la declaración del *leno* al que Tauro había interrogado. No era poco, aunque la espera se les imponía como única salida, y eso la hundía en un abismo de desesperanza. ¿Qué sería de aquellas niñas si no lograban hallarlas pronto?

Tauro salió de la casa con el rostro desencajado, como si hubiese envejecido de golpe. Apenas había pronunciado palabra desde que cruzaron el umbral. Los recuerdos habían vuelto, arremetiendo contra él con una violencia que Domicia reconoció al instante. No hacía falta preguntarle a quién había visto reflejado en aquella mujer.

—Necesito un trago —murmuró al fin, con la voz rota.

Domicia pensó en acompañarlo, pero en aquel momento, una niña de unos doce años pasó delante de ellos. Tauro no se fijó en ella; sin embargo, no pasó desapercibida para su esposa. La muchacha vestía una sencilla túnica y cargaba con lo que parecía un pesado cesto de mimbre. En el cuello portaba un colgante que acababa en una pieza cuadrada, la típica de los esclavos.

Domicia dudó. Sabía que Tauro necesitaba estar solo, pero también temía que se hundiera aún más en el pozo en el que ya estaba sumido.

Aun así, eligió confiar.

—Ve con él —indicó mirando a Expositus—, enseguida me uno a vosotros.

La pareja se dirigió a la taberna, mientras Domicia tomaba el camino opuesto, siguiendo a una distancia prudente a la muchacha.

Cuando caminaba, reflexionó sobre lo mucho que había cambiado su vida en apenas unos meses. Por primera vez desde que habían regresado a Roma, se permitió una pregunta que siempre había evitado. ¿De verdad merecía la pena? ¿Tenía sentido seguir sosteniendo un amor que parecía exigirle renuncias constantes y un dolor que nunca terminaba de cerrarse? Recordó su pasado. Aunque había nacido en el seno de una familia patricia, jamás fue educada bajo las estrictas costumbres romanas. Su padre, en un gesto inusual, le concedió el *sui iuris* durante su adolescencia, para que pudiera disponer de la fortuna familiar sin depender de la potestad de ningún hombre. Sin embargo, nunca había necesitado ese privilegio. Desde la tarde en que, siendo una niña, contempló su primer atardecer en el Tíber junto a Tauro, el amor anidó en su corazón.

Este jamás codició su riqueza; la amaba por su fortaleza y a la vez por su fragilidad y, por supuesto, por esa determinación que siempre movía sus actos. Pero el día que su esposo, por proteger a su hermano Cayo, se alistó en la legión y partió de Roma, algo se quebró en el alma de Domicia. Pasó noches en vela, temiendo no volver a verlo, aferrada al recuerdo de sus besos y caricias. Lo único que aprendió en su ausencia fue a contener el dolor cada vez que pronunciaba su nombre.

Años después, regresó investido como centurión al servicio secreto del emperador, convertido en el brazo ejecutor de Julia Mesa. Domicia trató de advertirle del peligro; había deseado con tanta fuerza el regreso del hombre a quien amaba que no estaba dispuesta a perderlo una segunda vez. Una mañana, al alba, Tauro irrumpió en su *domus* anunciando que ambos corrían peligro si no abandonaban Roma para no volver jamás.

Durante los meses de exilio, Domicia solo echó de menos una cosa de su vida anterior: a él. Y, sin embargo, mientras avanzaba por aquella calle, sintió un cansancio hondo, casi culpable. Amar a Tauro significaba aceptar su pasado, sus silencios, sus noches rotas. A veces se preguntaba si ese amor no la estaba desgastando poco a poco. Pero lo que sentía por él era tan profundo que, de tener que elegir, volvería mil veces a su lado. Ni los momentos de flaqueza ni la tristeza persistente de su mirada lograrían hacerla desistir. Permanecería fuerte por los dos. No lo abandonaría a aquella oscuridad.

Sabía que sin su ayuda jamás encontraría a aquellas niñas. Pero el verdadero motivo por el que había decidido acompañarlo radicaba en su firme decisión de no renunciar, una vez más, al hombre que había marcado su vida desde que sus dedos se entrelazaron por primera vez aquel lejano atardecer.

Domicia volvió a centrar la atención en la esclava.

La joven llegó hasta una *domus* y llamó a la puerta mientras esperaba fuera.

La patricia disimuló mirando un puesto de joyas que había en la calle, sin apartar la mirada de la esclava.

El joyero que regentaba el negocio, servicial, preguntó si podía ayudarla en algo.

Domicia se fijó en que en el puesto no había lúnulas, el colgante de protección que ponían a las niñas romanas, ni joyas infantiles.

—Me temo que no tenemos más, ni aquí ni en ningún otro puesto —comentó el joyero adivinando sus pensamientos—. Desde que desaparecieron las niñas, no hemos vendido otra cosa. Todas las mujeres esperan que, si algún día sus hijas regresan, puedan regalarles algo bonito. Espero que una de esas niñas desaparecidas no fuera su hija.

Domicia volvió a fijar la mirada en la esclava. Había algo que no cuadraba. Iba a preguntar al artesano, pero en ese instante otra muchacha de la edad de la sierva salió de la vivienda y, juntas, continuaron andando.

Sin despedirse, Domicia decidió seguirlas. Recordaba que Plautia había mencionado que unas veinte niñas se hallaban en paradero desconocido y, sin embargo, allí estaban dos jóvenes en edad de procrear, paseando por las calles con total tranquilidad.

Las esclavas se dirigieron a una lavandería, donde se colocaron en la fila para esperar su turno. Domicia se acercó. Cuando vivía en Roma, sus propias siervas se encargaban de estas tareas, por lo que desconocía el penetrante hedor de la orina, usada para lavar las túnicas, o el rancio aroma de los mordientes que impregnaba el aire.

Un impulso incontenible la llevó a taparse la nariz con la estola que le cubría los cabellos. A medida que se acercaba al establecimiento, el olor era más insoportable. Se colocó detrás de las muchachas, que no pudieron evitar observar a la patricia.

Extrañadas, le ofrecieron adelantarse.

Domicia aprovechó, cuando pasó junto a ellas, para echar un vistazo al contenido de las cestas. Vio túnicas y togas adornadas con las bandas de los duunviros.

Las jóvenes retomaron su conversación, pero esta vez fue interrumpida por la voz inesperada de Domicia.

—¿No tenéis miedo?

Las esclavas agacharon la cabeza, sorprendidas de que una mujer de su condición se dirigiera a ellas.

—Lo siento, mi *domina*, no entiendo la pregunta —contestó una de ellas.

—Tengo entendido que han raptado a muchas niñas de vuestra edad —dijo Domicia observando la reacción de las jóvenes.

Ambas se miraron, extrañadas por lo que parecía ser una verdad conocida por todos.

—Mi señora, solo han desaparecido las hijas de las patricias —respondió una de ellas.

Domicia no pudo ocultar su asombro. ¿Por qué Plautia y Tito habían omitido aquella información? Una revelación comenzó a tomar forma en su mente, tan clara que se maldijo por no haberlo visto antes.

Acababa de comprender por qué habían secuestrado solo a las hijas de las familias más acomodadas. Y supo, con un estremecimiento, que si no las encontraban antes de que las prostituyeran, sería demasiado tarde para ellas.

Sin decir una palabra más, salió de la lavandería. Levantó la túnica para avanzar más rápido.

Necesitaba dar con Tauro cuanto antes.

Al entrar en la taberna donde se hallaba su esposo, no imaginó lo que iba a encontrarse. Tauro estaba sentado a una mesa, con el gesto concentrado y la mirada serena. Ante él no había una jarra de vino ni copa alguna; nada en su porte indicaba que hubiera bebido. Expositus dormía recostado sobre su brazo, entregado al sueño con la confianza de quien se sabe protegido.

La escena la conmovió.

La mirada de Tauro se alzó y se topó con la suya. Algo había cambiado en aquellos ojos.

—Después de hacerle esa promesa a la hermana de Marco... —empezó a decir, con la voz baja, insegura— me he dado cuenta de que hasta ahora solo había pensado en mí. En mi culpa, en mis recuerdos. Apenas he pensado en esas niñas... y mucho menos en ti. —Guardó silencio un instante antes de continuar—. Lo siento. Sé que me va a costar. No te prometo que sea fácil. Pero necesito que confíes en mí... una vez más.

Domicia le sostuvo la mirada. Ante ella estaba Tauro. No su mejor versión todavía, pero sí el hombre que había decidido dejar de huir. No hacía falta añadir nada más. Se acercó despacio y lo besó en los labios con ternura.

—Tienes que encontrarlas antes de que sea demasiado tarde —lo apremió, con la voz aún cargada de emoción.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Tauro.

—Hasta ahora no había logrado comprender el verdadero motivo por el que habían secuestrado a las hijas de las familias patricias, pero ahora todo empieza a encajar. Y si no actuamos de inmediato, ni nosotros ni nadie podrá salvarlas.

# XIII

*Villa de Mitra*

Orbiana había trabajado duro para que la *domus* estuviera lista para recibir ese día a todos los invitados a los ritos dionisíacos que iban a celebrarse. Encerró a su hijo para que no molestara a ninguno de los hombres que llegarían en pocas horas. Estaba furiosa; Aurelio Carisio la había amenazado con echarlos si alguna de las niñas volvía a escaparse. Aunque castigaron a la joven por huir, no podía ni quería imaginar abandonar aquel lugar que se había convertido en su hogar y donde, además, podía descargar su odio hacia las *puellae nobiles*, las jóvenes de clase alta.

Desde que nació, Orbiana había vivido como esclava en la *domus* de uno de los duunviros de Corduba. Podía soportar las palizas y las violaciones que sufría a manos de su *dominus*; sin embargo, no soportaba las vejaciones de las hijas de este. Las jóvenes la obligaban a mantener relaciones sexuales con hombres mutilados o enfermos a quienes encontraban en la calle, para diversión de ellas y sus amigas. Su ira hacia las niñas de clase alta creció tanto que creía ahogarse, hasta que en una de aquellas humillaciones, con un hombre de dimensiones monstruosas, se quedó embarazada. Su odio se convirtió en abominación cuando nació Foedus, su hijo, y durante años sus amos lo criaron en la porqueriza de los cerdos. Desde que era tan solo un crío, el tamaño de Foedus era mucho mayor que el de cualquier otro muchacho, pero eso no intimidó a las

hijas de su *dominus*, quienes lo trataron como si fuera una bestia, un animal, hasta que se cansaron de él. Tiempo después, cuando su hijo ya era casi un adulto, conoció a Aurelio Carisio, el rival político de su señor. Orbiana, cuya sed de venganza aguardaba con paciencia su momento, vio en él la oportunidad perfecta y le propuso despejarle el camino matando a toda la familia si la sacaba de allí. Carisio no solo aceptó, sino que le permitió vengarse de aquellas muchachas. Desde que Foedus mató a todos los miembros de la *domus* donde habían vivido, incluidas las hijas que tanto odiaba, vivía solo para satisfacer los deseos del hombre que la había salvado de aquella vida, por lo que no soportaba disgustarlo.

Orbiana regresó de sus pensamientos e introdujo la llave en la cerradura donde se hallaban las niñas, y el chirrido metálico quebró el silencio. El aire, pesado y viciado, olía a miedo, y en los ojos de todas ellas se leía la sorpresa de ver allí a la anciana, en lugar de a su hijo.

Ordenó que salieran, y las niñas obedecieron y comenzaron a abandonar la estancia una tras otra, hasta que solo quedaron tres: dos junto a la puerta y otra suspendida en el centro, colgada de una soga.

El cuerpo, mutilado y cárdeno, reposaba sobre un charco oscuro que se extendía bajo sus pies. Elia hizo un gesto a Fabia para que la dejara sola y avanzó, despacio, hasta quedar frente a aquella figura inmóvil.

Unos días antes había fingido los síntomas que tantas veces había visto sufrir a su madre. Por alguna razón, Orbiana no se fio del todo y envió a su hijo a inspeccionar los alrededores. Foedus regresó al poco tiempo con ella en brazos.

Elia se llevó una mano al pecho. Tan solo una hora había durado la libertad de su amiga. Prefería no pronunciar su nombre. En aquel

encierro donde solo existían el silencio y las respiraciones contenidas de las otras niñas, era imposible no encariñarse con algunas, y verlas morir era un sufrimiento para el que nunca estaría preparada.

Alzó la vista. Trató de no pensar en la tortura, en el modo en que el dolor había sido impuesto ante los ojos temblorosos de las otras, como si apartar aquellas imágenes bastara para apaciguar el recuerdo. Se detuvo en aquella mirada vacía que aún parecía suplicar clemencia. Maldijo en silencio al sentir una punzada en el costado: la herida invisible de la culpa. Se sentía responsable por haber tratado de ayudarla.

Pensó en los padres de la muchacha, en la forma en que el dolor se abriría paso en sus almas si descubrían lo que le había pasado a su hija. Dio un paso hacia la puerta. Antes de cruzarla, se giró una última vez. La sombra de su amiga se proyectaba sobre el suelo, alargándose hasta alcanzarle los pies, como si intentara aferrarse a ella y retenerla un instante más.

Entonces se despidió.

—Que la tierra te sea leve, Plautia —susurró, antes de darse la vuelta.

Cuando el atardecer pintó el cielo de añil, llegaron más de cien prostitutas en diferentes carros y empezaron a beber vino mezclado con amapolas, miel y cera de abejas.

Orbiana había dispuesto antorchas, lucernas y pebeteros con incienso de olíbano para que el ambiente fuera el adecuado.

Un grupo de músicos comenzó a tocar los instrumentos.

Aurelio Carisio, que portaba un bastón decorado con hojas de hiedra y racimos de uva, junto a un hombre enmascarado, fueron dando la bienvenida al centenar de ilustres invitados llegados de

toda Hispania. Los iniciados acudían con sus coronas de hiedra y cubiertos de pieles de animales.

Tras sacrificar varias cabras en honor a Dioniso y terminar con el rito religioso, procedieron a conectar con el dios a través del vino, de la música y la danza, pero sobre todo del sexo.

Hombres y mujeres desnudos comenzaron a liberarse a través de aquella orgía.

Alrededor del peristilo, una cadena humana entrelazaba sus cuerpos sudorosos en posturas inimaginables. Todos los invitados participaban en ese incontrolable caos, mientras el vino corría por sus gargantas. El sonido de la carne golpeando carne sonaba por encima de la música. Las lenguas lamían todo lo que encontraban a su paso, en una búsqueda incesante de placer. Algunas mujeres eran penetradas por varios hombres a la vez. Otros participantes, recostados mientras copulaban con una mujer, exploraban con la lengua el sexo de otra y sus dedos palpaban la intimidad de una tercera.

Los gemidos y los gritos cuando alguien llegaba al orgasmo sonaban por todos los rincones de la villa.

Escila, la prostituta de Sucaelo, no había probado el vino. Sabía, por el aroma que desprendía la crátera, que le habían introducido algo en la bebida destinado a nublar su conciencia. Hacía una semana que Fulvio Próculo, su *leno*, había desaparecido sin dejar rastro. No lo echaba de menos. Ese animal era una bestia que trataba de forma cruel a las mujeres del lupanar, el cual ahora dirigía ella. Sin embargo, estaba convencida de que aquel hombre que llegó acompañado de un muchacho que quería estrenarse y las niñas, sobre quienes preguntaba, tenían algo que ver con su desaparición. No tenía dudas: si las muchachas estaban en algún lugar, era allí.

Levantó la cabeza y observó a su alrededor. Todas las mujeres que, en ese momento, se entregaban con fervor al sexo eran prostitutas. No había ni rastro de las niñas. Se dirigió hacia el estanque del peristilo, donde, sobre la fuente con la estatua del niño y de la liebre, un hombre disfrutaba con dos mujeres.

En ese preciso instante, los anfitriones pasaron acompañados de cinco hombres que llevaban máscaras teatrales y entraron por una puerta al frente.

Escila disimuló, uniéndose al trío que liberaba sus fantasías. Varias manos la aceptaron, acariciando y lamiendo sus pechos desnudos. El anfitrión abrió la puerta con su llave y entraron en el interior. Con rapidez, la prostituta se desprendió de aquel ardoroso grupo y se llegó hasta el umbral. Justo a tiempo, logró meter la mano antes de que la puerta se cerrara, sofocando un grito de dolor.

La entornó con cuidado y se asomó. El pasillo estaba oscuro, apenas iluminado por una pequeña lucerna, y olía a humedad. Los hombres giraron en una esquina y Escila, procurando no hacer ruido, los siguió.

Asomándose con infinito cuidado, vio que una mujer vigilaba las puertas de la habitación que acababa de cerrarse. No había conseguido ver el interior, pero estaba segura de que había oído gritos. Esperó hasta que la puerta se abrió de nuevo y el anfitrión salió. Escila se volvió, tratando de disimular; su corazón latía con fuerza. Sus manos comenzaron a temblar y la frente se le cubrió de sudor frío.

El anfitrión giró la esquina y se dio con ella de frente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con preocupación.

Escila estaba mareada, su respiración era irregular y sentía náuseas.

—Me he perdido —contestó con voz pastosa, como si estuviera ebria.

Aurelio Carisio, al ver el rostro pálido de la mujer, no dudó de su explicación y se tranquilizó; lo más probable era que se hubiera excedido con el vino.

—Ven, salgamos —dijo conduciéndola hasta la puerta.

Sin embargo, Escila no lograba salir del estado de horror en el que se encontraba. Su miedo no provenía de haber sido descubierta, sino del hecho de que, cuando las dos puertas de la habitación se abrieron, había visto algo que no podía creer: dentro, un grupo de niñas estaban siendo violadas por aquellos hombres con máscara, mientras otras aguardaban aterradas a que les llegara su turno.

# XIV

*Sucaelo*

Tauro acudió a casa de Tito Papirio. El duunviro aún no había regresado, así que pidió a su hijo que lo acompañara. Aquel día se celebraba en Corduba una subasta de esclavos y necesitaba ir con alguien que pudiera reconocer a las niñas.

El viaje fue extraño desde el inicio. Aunque el muchacho era la viva imagen de Marco, su antiguo amigo, a medida que recorrían las millas que separaban ambas urbes, Tauro comprendió que el parecido era únicamente físico.

—Tu tío y yo fuimos grandes amigos, Tito.

—Llámame Parvus. Todos me llaman así para diferenciarme de mi padre. Nunca llegué a conocer a Marco. Tampoco me interesan los asuntos de antepasados que no hicieron nada por engrandecer el apellido familiar.

—Tu tío luchó por la grandeza de Roma —dijo Tauro indignado.

—Mi familia no goza de un apellido ancestral. En Roma se nos conocería como hombres nuevos. Mi padre es el primero de su *gens* que ha logrado convertirse en duunviro, y esa es la grandeza por la que nos recordarán. Es el único hombre a quien admiro —sentenció con arrogancia y la barbilla altiva.

Tauro respiró hondo, conteniendo la furia que le hervía por dentro. Aquella respuesta lo arrebataba. El sobrino de Marco encarnaba

justo lo contrario de todo aquello por lo que él había luchado y creído durante toda su vida.

—¿Tienes algún amigo, Parvus?

—No me interesan. Desde que nací, he sido educado para un solo propósito. Mi padre tiene grandes proyectos para mí. Va a unirme a una de las familias más importantes de la Bética, desposándome. No me conformo con ser duunviro en Hispania; mi sueño, al igual que el de mi padre, es convertirnos en senadores de Roma.

—Ojalá lo consigas. Verás, chico, he cometido muchos actos en mi vida de los que me arrepiento, he quitado vidas que jamás debería haber tomado, y tal vez para ti eso de luchar por la gloria de Roma no tenga ningún mérito. Pero te diré algo: hay pocos valores más sagrados que los lazos que se forjan entre hombres en medio de la batalla. Hace unos meses un hombre fue enviado a mi casa a matarme.

Parvus se revolvió incómodo en su asiento.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó nervioso.

—Lo ignoro —mintió—. Solo sé que lo conocían como el Asesino de Senadores.

Tauro omitió que aquel individuo había sido enviado por Julia Mesa; quería limitarse a contar lo imprescindible.

—Mientras mi esposa y yo huíamos por la puerta trasera, tu tío Marco se enfrentó a él y a los otros tres hombres que lo acompañaban. —Tauro respiró hondo antes de continuar—. Hizo cuanto estuvo en su mano hasta morir para proporcionarnos el tiempo necesario para huir. Dio su vida por mí, un sacrificio que espero nunca tengas que padecer. Por eso deberías honrar con mayor respeto la memoria de aquellos que ya no caminan entre nosotros, y más cuando hablamos de Marco: un hombre cuyo nombre merece ser pronunciado con la dignidad y el honor que solo

un amigo verdadero puede otorgar. Jamás permitiré que nadie hable mal de él en mi presencia.

Parvus desvió la mirada, avergonzado.

—¿Ya la conoces? —preguntó Tauro tratando de suavizar el tenso ambiente.

—¿A quién?

—A la mujer con quien vas a desposarte.

—Mi matrimonio es solo un acuerdo para fortalecer los lazos de nuestras familias. Su personalidad me es indiferente.

—Puedes hacer lo que quieras con tu vida, pero permíteme decirte algo: conoce a la mujer con la que vas a desposarte; si la cuidas y la respetas, se convertirá en tu compañera para todo lo que venga. Rodéate de hombres que merezcan llamarse amigos. En la guerra serán tu escudo y, en la calma, tu esposa será la fortaleza que te sostenga. Puede que mañana te recuerden por tus cargos o por tu apellido, pero cuando llegue el día de enfrentarte a Plutón, no serán los títulos lo que pese sobre tu alma, sino cómo has vivido. Eso es lo único que importa, no unas letras grabadas en piedra.

Parvus apenas asintió, le traían sin cuidado aquellos consejos. Tauro siguió su camino en silencio, consciente de que cada palabra había sido un acto de lealtad hacia el sobrino de su mejor amigo, no un gesto de cariño hacia él.

Cuando llegaron a Corduba, se dirigieron al foro, donde una lanza clavada en el suelo señalaba que se celebraba una subasta pública de esclavos, organizada por un edil.

Frente a los siervos exhibidos se disponían unas sillas, pensadas para los mercaderes y para las mujeres encargadas del hogar, quienes podían sentarse y examinar la *mercancía* desde un lugar privilegiado. Tauro le ofreció a Parvus una capa para pasar inadvertido. El muchacho se la arrancó de las manos con evidente

disgusto. No quería ser visto allí. La escena le resultaba humillante; esas funciones no eran propias de hombres, y mucho menos de alguien destinado a un futuro como el suyo.

El antiguo *frumentarius* y el joven se mezclaron entre el gran número de personas que se daban cita para la ocasión. Muchos de los asistentes iban con la necesidad de comprar y otros, con la intención de curiosear. Durante lo que duró la subasta, decenas de esclavos fueron expuestos al público desnudos, subidos en un atril. Todos llevaban un *titulus* colgado del cuello, un cartel que indicaba la edad, la procedencia, su profesión —si es que tenían alguna— y todo aquello que fuera de interés.

Muchos de los asistentes se levantaron para examinar la mercancía, inspeccionando sus dientes o tocando y palpando las partes de los cuerpos de los hombres y mujeres para comprobar que estaban sanos.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó Parvus indignado—. Es indecoroso que un hombre de mi futura posición pise un lugar como este.

—Necesito que hagas algo —respondió Tauro con calma—. Mira bien a las esclavas más jóvenes y dime si reconoces a alguna.

—¿Por qué iba yo a conocerlas?

Parvus hizo amago de marcharse, pero Tauro suspiró con paciencia y lo sujetó del brazo, impidiéndoselo.

—Tranquilo, nadie va a reconocerte —añadió tratando de mantener la calma—. Solo te pido que te fijes bien y me digas si alguna de esas niñas podría ser tu hermana o una de sus amigas.

El joven lo miró con furia y comenzó a observar a todas y cada una de las esclavas.

—No, no conozco a ninguna —afirmó tras mirarlas por encima.

—¿Estás seguro? —preguntó Tauro con el rostro serio.

Parvus volvió a examinar a las esclavas, con la frente perlada de sudor, mientras se tapaba con la capa.

—Tranquilo —indicó poniéndole la mano en el hombro—. Solo deseo saber si alguna de esas niñas pertenece a Sucaelo. Nadie te está observando.

—Estoy del todo seguro —replicó mirando a los lados para ver si alguien lo reconocía—. Ninguna de ellas.

Tauro se convenció y, junto al nervioso muchacho, decidió volver al municipio.

Durante el camino, que les llevó el resto de la jornada, ninguno de los dos dijo una sola palabra. Tauro estaba absorto en sus pensamientos. Sospechaba que una de las razones del secuestro de las niñas podría estar relacionada con la venta de esclavas. El disgusto lo invadía y no sabía por dónde continuar la investigación, salvo esperar a que el *leno* del lupanar le indicara cuándo se celebraría uno de esos encuentros. En cuanto llegara a la ciudad, iría a ver a Fulvio Próculo de nuevo, con la esperanza de obtener alguna pista más.

También llevaba la preocupación consigo desde el día en que salieron de Augusta Emerita; no se olvidaba del hombre que los había seguido hasta la *mansio*. No había vuelto a aparecer, pero Tauro no dejaba de darle vueltas en la cabeza, preguntándose quién podría haberlo enviado... y qué pasaría si regresaba.

El cuerpo le pedía beber. La tentación era conocida, casi reconfortante. Bastaría una jarra para apagar el ruido. Cerró los dedos con fuerza alrededor de las riendas. Se había prometido a sí mismo y a Domicia ser fuerte. Y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

El mutismo de Parvus se debía a que aquel hombre no le gustaba y solo deseaba llegar a su vivienda y alejarse de él.

Ninguno de los dos se despidió cuando llegaron a casa de Tito Papirio. El chico se bajó con el carro aún en movimiento y corrió con rapidez en dirección a su casa.

Tauro fue hacia el lupanar. Al llegar a la taberna de Las Tres Garzas, se dio cuenta de que el tipo del garrote no estaba. Cuando entró, el bullicio habitual se apagó de inmediato. Las conversaciones entre las prostitutas y los clientes cesaron. Tauro se dirigió hacia la barra, extrañado y en alerta, al ver que todas las miradas estaban clavadas en él. No había rastro del *leno*. Observó cómo el tabernero murmuraba algo al oído de un muchacho, que salió con rapidez de la taberna.

El hombre se acercó a Tauro.

—¿Vino? —ofreció.

Tauro lo agarró por la muñeca antes de que pudiera apartarse y le mostró un puñal oculto bajo su capa.

—Vas a decirme por qué has mandado al chico a buscar al hombre del garrote —le susurró con voz amenazante.

—¿Cómo sabes...? —tartamudeó el tabernero.

—Todos tus clientes me miran y no hay rastro de Fulvio. No creo que lo hayas mandado para que me dé la bienvenida.

El tabernero lo miró aterrorizado. Algunos hombres se levantaron dispuestos a intervenir.

—Tranquilo, no te haré daño —dijo Tauro, sin apartar la mirada del hombre—. Solo dime qué está pasando.

—Fulvio apareció muerto. Y tú fuiste el último hombre con el que lo vimos hablando.

Tauro notó que varios clientes comenzaban a rodearlo. De un simple vistazo identificó al más borracho de todos y se abalanzó sobre él. Todos empezaron a gritar y el hombre trató de zafarse

inútilmente, debido a su estado. Tauro se situó detrás y le puso su puñal en el cuello.

—*¡Zuéltame!* —exclamó el hombre con la voz tomada por el alcohol.

—Yo no he tenido nada que ver con la muerte de Fulvio —añadió Tauro—. ¿Creéis que sería tan estúpido de venir si lo hubiese matado? Y ahora vais a dejar que me marche. Si alguien intenta algo, juro que le hago un corte en el cuello a vuestro amigo.

Todos los clientes levantaron las manos en señal de paz, pero sin dejar de acercarse.

Cuando Tauro llegó a la puerta, lanzó al borracho contra el grupo de hombres amenazantes y salió corriendo. Uno de los clientes alcanzó, a trompicones, la entrada y miró a un lado y a otro, pero no había ni rastro de él.

# XV

*Calzada Bética*

Publio Sestinus era un humilde mercader de telas. Tenía una pequeña villa a las afueras de Sucaelo donde, junto a sus hijos, se ganaba la vida sembrando y cultivando lino. Su esposa y sus hijas lo hilaban y enrollaban en grandes madejas, que después Publio vendía. Era un negocio próspero que, durante años, había sido el sustento de varias generaciones.

Aquel día, Publio regresaba a su hogar acompañado de uno de sus hijos. Tras cerrar con éxito el acuerdo para la venta de los ovillos de ese año, viajaban satisfechos. Llevaban ya una semana fuera de casa. Su hija estaba a punto de dar a luz y él soñaba con la posibilidad de llegar para recibir la noticia de que, por primera vez, se había convertido en abuelo. Para celebrar que la vida les sonreía, habían comprado un ánfora de vino de Laietania, de la provincia Tarraconense, el mejor vino de Hispania. Esa noche, toda la familia celebraría el favor de la diosa Fortuna.

El aire era cálido mientras avanzaban por la calzada y Publio charlaba alegremente, cuando su hijo llamó su atención con el tono de voz serio.

—Padre —dijo señalando a un hombre que estaba tumbado a la derecha de la calzada y hacía gestos para que se detuvieran—. Parece que está herido.

Publio tiró con fuerza de las riendas de sus caballos para que se detuvieran, acompañándolo con un grito de su voz.

—Quédate aquí —ordenó.

Publio bajó del carro y caminó deprisa hacia el hombre, que permanecía encogido, sosteniéndose el vientre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

El hombre giró el rostro hacia él.

—Me han atracado... —dijo, con un hilo de voz, mientras sus manos presionaban su abdomen—. Estoy herido.

—Déjame ver...

En un rápido movimiento, el hombre hundió un puñal en el estómago de Publio de un lado a otro, sin piedad. El mercader solo pudo tratar de taponar su herida, incapaz de sostener las entrañas que le resbalaban entre las manos.

—¡Corre, hijo! —gritó—. ¡Márchate de aquí!

Publio, sabiendo que su vida llegaba a su fin, hizo lo único que pudo: se aferró con todas sus fuerzas a las piernas del atacante, tratando de impedir que alcanzara a su hijo.

—¡Corre! —gritó de nuevo con la voz rota.

El hijo de Publio no podía creer lo que veían sus ojos. Su padre estaba bregando con aquel asesino para tratar de salvarlo. Iba a huir, pero debía ayudarlo. No podía dejarlo allí. El muchacho cogió un palo que tenían en la parte trasera del carro y decidió bajar para socorrer a su padre.

Cuando llegó hasta ellos con el mazo en alto, el hombre había conseguido zafarse de Publio, que ya había comenzado a agonizar. Con una increíble habilidad, el asesino lanzó su puñal, que atravesó la garganta del muchacho.

Lo último que vio Publio antes de entregarse a la oscuridad de la muerte fue el cuerpo de su hijo cayendo delante de él, con los ojos

sin vida.

Aquilio había conseguido lo que necesitaba: el carro. Para él, la violencia nunca era excesiva cuando precisaba algo. Apartó los cadáveres del comerciante y de su hijo del camino y, con la frialdad de quien ha matado en decenas de ocasiones, continuó en dirección a la villa de Mitra.

Paró en los siguientes establecimientos y fingió su papel de mercader que regresa a su casa. Añadió dos muescas más al mango de su puñal y, media jornada después de salir de Sucaelo, alcanzó el municipio de Igabrum, donde le informaron de cómo ir a su destino: la villa de Mitra.

Cuando Aquilio llegó, se tomó su tiempo para examinar los alrededores. El *leno* había dicho que allí solo vivían una madre con su hijo. No se fiaba de Fulvio, pero tras dos días vigilando la casa, parecía que decía la verdad. Además, durante las noches, se encargó de dar buena cuenta del contenido de aquella maravillosa ánfora de vino que había en el carro, y se lo agradeció al mercader y a su hijo levantando su copa en alto y señalando al cielo.

A la mañana del tercer día, Aquilio se acercó a la puerta y, sin el menor rastro de nerviosismo, hizo sonar la aldaba con firmeza. Tras una larga espera, el pasador de metal crujió y unos ojos se asomaron por la rendija.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó con recelo.

—¿Orbiana? —inquirió él.

Hubo una pausa.

—Mi señora no está —respondió ella titubeando.

—Sé que eres tú —replicó Aquilio—. Si no lo fueras, no habrías tardado tanto en contestar. Abre, tengo un mensaje importante.

La mujer vaciló, pero, tras un momento de duda, abrió la puerta. Aquilio entró con cautela. Apenas cruzó el umbral, se agachó justo

cuando un enorme brazo arremetía contra él. Rodó por el suelo y, al alzar la vista, sus ojos se desorbitaron. El hombre más grande que había visto en su vida avanzaba hacia él.

El hombre de Mesa esquivó otro previsible golpe y, con todas sus fuerzas, lanzó un puñetazo al mentón del gigante. El coloso ni siquiera se inmutó. A continuación, le propinó una patada en la rodilla y un par de golpes en las costillas, pero aquel hombre parecía no sentir dolor.

El gigante lo agarró del cuello con una fuerza brutal y empezó a apretar, mientras su otra mano le golpeaba repetidamente el rostro. La sangre comenzó a brotar de su nariz, la ceja y los labios. Aún sorprendido por la fuerza de su adversario, Aquilio sintió que la falta de aire lo conducía al borde de la inconsciencia. En un último acto de desesperación, alcanzó un pequeño puñal oculto en el cinturón de su espalda y, con rápidos movimientos, clavó su arma en los tendones de la mano del gigante, consiguiendo que la presión cediera.

Tosiendo y luchando por recuperar el aliento, el sicario apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que aquel hombre inmenso le lanzase una patada directa a la cara, haciéndole escupir varias piezas dentales. A continuación, le golpeó de nuevo en el ojo.

Aquilio, presa de la momentánea pérdida de visión, dio estocadas al aire con su puñal sin saber bien dónde atacaba. En una de sus desesperadas embestidas, clavó su arma en el muslo de su enemigo, quien, aunque aulló de dolor, fue capaz de contraatacar uniendo las dos manos, con las que propinó un enorme puñetazo en el rostro de Aquilio. El ruido del hueso de la nariz al romperse sonó casi en el mismo instante en el que su cuerpo cayó de espaldas, con el puñal ensangrentado en la mano.

Aquilio había subestimado a su rival en aquella batalla. Estaba herido y apenas veía por un ojo; sabía que no podría vencerlo por la fuerza. Recordó entonces algo que su padre le había enseñado. Fingiendo estar inconsciente, esperó. Cuando el gigante, confiado, se agachó para rematarlo, Aquilio, a una velocidad asombrosa, clavó la daga en el tendón de Aquiles de su enemigo. El gigante se desplomó, lleno de dolor, y la pérdida de equilibrio hizo que se golpeara la cabeza contra el suelo.

Sin perder tiempo, Aquilio se colocó tras él, levantándole el mentón mientras extraía el puñal y se lo colocaba en el cuello. Justo cuando estaba a punto de terminar con su vida, una voz lo detuvo.

—¡No, por favor, no lo mates! —exclamó Orbiana, aterrada, al ver a su hijo derrotado—. Haré lo que me pidas, pero no lo mates.

Aquilio escupió una mezcla de saliva y sangre. Tenía un aspecto aterrador. La brecha en el centro de la nariz no paraba de sangrar. El párpado ya había comenzado a hincharse. Su pecho subía y bajaba con fuerza debido al esfuerzo. Había matado a hombres por mucho menos. Apretó el filo del puñal contra el cuello cubierto de sudor y roña de aquel gigante.

—¡Te lo suplico! —rogó Orbiana—. Se llama Foedus, es mi hijo. Estábamos asustados. No quería hacerte daño.

Aquilio sopesó sus opciones. El deseo de acabar con él lo invadía, pero sabía que lo necesitaba.

—No lo mataré, pero solo con una condición —dijo con voz firme.

—Lo que sea —respondió Orbiana desesperada.

—He venido a alertaros.

—¿Alertarnos? ¿De quién?

—¡Cállate y escúchame! —gritó Aquilio perdiendo la paciencia—. Pronto vendrá un hombre haciendo preguntas sobre las niñas. Lo han contratado para encontrarlas. Os dejaré a tu hijo y a ti con vida

solo si me prometes que harás todo lo que te diga. Si no, volveré y os mataré a los dos.

—Acabaremos con él —prometió Orbiana.

—Antes quiero que sufra, que sienta un dolor que jamás haya conocido. Te diré paso a paso lo que tienes que hacer.

—Así se hará. ¿Cómo se llama? —preguntó ella, aún con la voz tomada.

—Tauro.

# XVI

*Corduba*

Aurelio Carisio se encontraba en el *tablinum* de su *domus* escuchando con aparente atención a las madres de tres de las niñas secuestradas. Las mujeres habían viajado desde Sucaelo hasta Corduba para solicitar su ayuda. El rostro del pretor mostraba interés, pero sus pensamientos estaban muy lejos del dolor de sus invitadas.

—Mi nombre es Vitruvia. Nuestros esposos han tratado de hablar con el legado de la VII Gemina, pero, según ellos, este se niega a ayudarnos. Tal vez al pretor lo escuche. Estamos convencidas de que, si los legionarios registran todas las villas de la Bética, darán con ellas.

—Me temo que no. Yo también lo he intentado y se ha negado a prestarnos su ayuda —mintió con cara de pesar.

—Estamos desesperadas —intervino Plautia—. Desde que mi hija desapareció no he vuelto a conciliar el sueño. Vivo cada una de las horas del día en la más amarga de las pesadillas. Por favor, pretor, te lo suplicamos, habla con el gobernador. Si él lo solicita, la legión participará en la búsqueda de nuestras hijas.

Aurelio quedó absorto en sus pensamientos. Aquella mujer era la esposa de Tito Papirio, pero hasta ese momento desconocía que era la madre de la muchacha que intentó huir de la villa de Mitra. Por un instante, imaginó la expresión en su rostro si osara revelarle la

verdad: que habían sometido a su hija a un tormento atroz hasta arrancarle la vida.

—Os lo prometo —comentó—. Haré cualquier cosa que esté en mi mano para encontrar a todas esas pobres niñas.

En ese momento, el esclavo de mayor rango de la *domus* se acercó y le entregó una tablilla de cera pintada al pretor.

Aurelio la observó de reojo, sin cambiar la expresión.

Mientras las mujeres seguían con sus lamentos y ruegos, su mente estaba en otro lugar. Ese era el modo en que Orbiana se comunicaba con él. Como la antigua esclava no sabía escribir, pintaba la madera de las tablillas de cera según el mensaje que quisiera transmitir. Así, con ese método, nadie jamás sabría su contenido, ya que no había nada escrito en su interior. Aurelio continuó ofreciendo consuelo con aparente angustia a sus invitadas, mientras pensaba en el color de la tablilla de cera. Si la madera estaba pintada de verde, significaba que todo iba según lo previsto; si era roja, indicaba que había habido complicaciones con alguna de las niñas, pero que todo estaba bajo control. Lo que tenía preocupado a Aurelio Carisio no era el dolor de las mujeres, sino el color de la tablilla que había recibido: negro. Eso significaba que algún asunto requería su atención con urgencia.

—Mañana, sin falta, iré a ver al gobernador —dijo Aurelio—. Encontraremos a vuestras hijas, os lo prometo.

Las mujeres se miraron confiadas.

—Y ahora, si me disculpáis —continuó el pretor—, debo atender otros asuntos que, aunque no sean tan importantes, requieren mi atención.

Las madres de las niñas secuestradas abandonaron el comedor con el alma más esperanzada que cuando habían entrado. Aurelio Carisio suspiró, aburrido tras el plúmbeo encuentro con aquellas

mujeres. Uno de sus esclavos le sirvió una copa de vino, que apuró de un solo trago.

Después, se despojó de la toga y la túnica con la franja púrpura y se vistió con una más discreta. Se cubrió con una *paenula*, una capa de lana similar a las que usaban en las legiones, y salió por la puerta trasera. Tres hombres lo seguían de cerca y otros cuatro mantenían una distancia prudente. La mayoría de ellos eran antiguos gladiadores que había contratado como escoltas.

Una ligera lluvia comenzó a caer cuando Aurelio Carisio abandonó la urbe de Corduba por la puerta de Ossarium, en dirección a Augusta Emerita, para dirigirse a la necrópolis. Al llegar, sus guardaespaldas apartaron a las *bustuariae*, las prostitutas que ejercían entre las lápidas, que se acercaron a él para tratar de conseguir un servicio. El pretor continuó su marcha hasta su panteón familiar, donde una mujer limpiaba el mármol que lo cubría.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aurelio.

Orbiana se dio la vuelta.

—Un hombre vino hace dos días a la villa.

—¿Qué quería?

—Advertirnos. Foedus se enfrentó a él y estuvo a punto de perder la vida. Al parecer, la esposa del duunviro Tito Papirio, de Sucaelo, ha contratado a un hombre llamado Tauro para investigar la desaparición de las niñas. Dijo que es muy eficaz y que no tardará en encontrar la villa.

Aurelio Carisio se quedó pensativo. Hacía apenas una hora había estado hablando con Plautia, esa misma mujer, y ella no había mencionado nada sobre el hombre al que habían contratado. Su paciencia comenzaba a agotarse.

—Adelantaremos el plan —añadió al fin—. En dos días llegarán los carros para llevarlas a Gades.[1]

—¿A todas? —preguntó Orbiana—. Son unas setenta.

Aurelio la miró sorprendido; no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus órdenes.

—Son muchas..., podrían llamar la atención —agregó Orbiana intentando justificarse.

—Tú encárgate de lo que te corresponde y asegúrate de que las niñas estén listas. Tu ineptitud está empezando a cansarme.

Orbiana bajó la cabeza en señal de sumisión.

—¿Puedo pedir algo..., *domine*?

El pretor no podía creer lo que estaba oyendo, pero antes de que pudiera negarse, Orbiana se adelantó.

—Me gustaría quedarme con una de las niñas.

—¿Cómo? —preguntó Aurelio sorprendido.

—Me da igual si es la menos agraciada. La tendremos siempre encerrada y amordazada. Incluso le cortaremos los pies, si es necesario, para que no se escape, y la lengua para que no grite. —Orbiana escupió con rapidez todas las causas por las que su *dominus* podría negarse—. Es por mi hijo. De esa manera podrá desfogarse y no sentirse tan solo. Es imposible que de otra forma encuentre a una mujer, porque todo el mundo lo teme.

Aurelio la miró fijamente y acercó el rostro hasta el oído de la esclava.

—Un pelo de una de esas niñas vale más que la vida de tu miserable hijo. Si vuelves a molestarme con otra insólita petición, regresaréis a la porqueriza de donde os saqué. ¿He sido lo bastante claro?

Orbiana apretó los puños con ira.

—Sí, *domine.*

Aurelio se atusó la capucha para marcharse y, antes de darse la vuelta, añadió:

—Además de tener preparadas a las niñas, ¿hace falta que te diga lo que debes hacer?

—No, *domine.* Lo estaremos esperando y, cuando venga, mi hijo acabará con ese tal Tauro.

# XVII

*Sucaelo*

Domicia y Tauro estaban sentados en el *tablinum* de la *domus* de Tito Papirio, conversando con él y con su esposa, Plautia. Domicia se detuvo a observar las atentas caricias que el hombre dedicaba a su mujer; parecía evidente que se amaban. Tauro, en cambio, había fijado la mirada en Parvus, el hijo de ambos, que los observaba oculto entre las plantas de uno de los jardines. Después de haberse derrumbado la vez anterior que estuvo en la misma vivienda, se obligó a no pensar en el parecido de Marco con su hermana.

—¿Qué tal han ido los negocios en Tarraco? —preguntó Domicia con cortesía.

—Cualquier cosa que me mantenga ocupado y no me haga pensar en mi hija es bien recibida —respondió Tito sosteniendo la mano de su esposa.

Tauro interrumpió la conversación:

—Te seré sincero, Tito, no tenemos mucho con lo que trabajar...

—Tendríamos mucho más si no nos ocultarais información —replicó Domicia, con la mirada fija y severa en Plautia.

—¿A qué te refieres?

—A que las niñas que están secuestrando solo son las hijas de las mujeres de clase alta.

Plautia la miró sorprendida.

—Lo desconocía —respondió avergonzada—. Como imaginarás, las mujeres con las que trato son de mi misma condición. Suponía que nos habían arrebatado a todas las niñas, incluidas las hijas de plebeyas o esclavas. Lamento lo sucedido. Desde la desaparición de mi pequeña, mi vida se ha reducido al llanto y a la desesperanza; no he tenido fuerzas para pensar en nada más que en hallarla.

—¿Hay algo más que no nos hayáis contado? —inquirió Domicia.

Plautia levantó la mirada hacia ella, molesta por el tono de la pregunta.

—Junto con otras mujeres, he hablado con Aurelio Carisio, el pretor de Corduba —añadió, notando la sorpresa en el rostro de su esposo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó Tito Papirio, con el ceño fruncido y un hilo de irritación en la voz.

—Estabas fuera de la ciudad atendiendo tus negocios. Nos negábamos a no hacer nada mientras todos tratáis de encontrarlas —respondió Plautia.

Tito respiró hondo y tomó entre las suyas la mano de su esposa. Con un leve ademán le indicó que prosiguiera, aunque en su mirada era evidente la molestia por no haber sido informado antes.

—Ha prometido entrevistarse con Lucio Sicio, legado de la VII Gemina. Si las legiones se suman a la búsqueda de nuestras hijas, estamos convencidas de que, con su colaboración, las hallaremos.

—Eso sería de gran ayuda —prosiguió Tauro—. Lo único que hemos podido averiguar hasta ahora es que podrían encontrarse en alguna villa.

Plautia se incorporó aferrándose al brazo de su esposo; la idea de que su hija pudiera estar cerca la estremeció.

Tito, por su parte, intentaba pensar con rapidez.

—Hay muchas villas en la zona —añadió el duunviro—. ¿Crees que podrían hallarse en alguna abandonada?

—¿Conoces alguna donde se celebren ritos, cultos orientales o ceremonias semejantes, Tito? —preguntó Domicia a su anfitrión.

—Lo ignoro..., aunque podría indagar. ¿Por qué habría de ser relevante? —respondió él, con cierto desdén.

Domicia y Tauro intercambiaron una mirada: había llegado el momento de compartir la única información que habían logrado obtener.

—No podemos asegurarlo —continuó ella procurando suavizar la crudeza de sus palabras—, pero Tauro ha descubierto indicios de que podrían estar implicadas en algún rito en el que el sexo desempeña un papel central. He pensado en alguno, como los ritos dionisíacos, culto a Afrodita y varios más. Según la información que hemos recabado, se deposita una tablilla en un lupanar con las indicaciones del lugar al que deben conducirse las prostitutas. A esa cita acuden numerosos hombres, dispuestos a pagar por satisfacer toda clase de deseos. —Tomó aire antes de añadir—: En otra parte de la villa existe un espacio reservado para los clientes más selectos... Creemos que allí es donde puede que retengan a las niñas.

Plautia se cubrió el rostro con las manos, horrorizada. Su marido trató de consolarla con gestos cariñosos.

—¡No puede ser! ¿Estáis seguros de...? —preguntó ella con la voz temblorosa.

—Lamento decirlo, Plautia, pero no se me ocurre otra razón que explique por qué han capturado a las niñas —replicó Domicia.

—Haré cuanto esté en mi mano para descubrir en qué villa se hallan —dijo Tito recorriendo la sala con nerviosismo—. Interrogaré a mis conciudadanos, removeré cielo y tierra si es preciso.

—Nosotros seguiremos investigando —añadió Tauro—. Las encontraremos.

Domicia y su esposo hicieron ademán de retirarse, pero la voz de Tito los contuvo.

—Hablando de otro asunto. El edil de la urbe me informó que han hallado el cuerpo de Fulvio Próculo, el dueño del lupanar más grande de Sucaelo. Les costó identificarlo, dado que lo torturaron brutalmente. Al parecer, alguien que encaja con tu descripción fue a su lupanar y a la taberna de Las Tres Garzas haciendo preguntas sobre las niñas y, dada la información que has descubierto tan precisa, indica que podrías estar implicado.

Tauro se sobresaltó al oír que al *leno* lo habían torturado.

—Es cierto que fui a verlo y lo interrogué, pero no le puse la mano encima y, mucho menos, lo maté.

—Yo no me dejaría ver mucho por allí —sugirió Tito, sin mostrarse del todo convencido—. Si alguien te reconoce, podría denunciarte ante el edil y, en ese caso, mis manos quedarían atadas. Mis influencias no son tan poderosas como algunos creen. Además, fui yo quien te trajo...

—Estoy seguro de que sería capaz de hacerlo —interrumpió Parvus, el hijo de Tito y Plautia, saliendo de su escondite con aire insolente—. Lo acompañé hasta uno de los mercados de esclavos. Quería comprobar si alguna de las niñas estaba allí. Fue algo bastante desagradable, lo admito. Estoy convencido de que este hombre es capaz de cualquier cosa con tal de lograr lo que desea. Piénsalo, padre: si resulta ser el culpable de un asesinato y alguien descubre que ha sido invitado a la ciudad por ti, tu *dignitas* quedará en entredicho.

Tito asintió con la cabeza despacio. La afirmación de su hijo era, sin duda, muy acertada.

Tauro los observó en silencio y, sin añadir una sola palabra, emprendió junto a Domicia el camino hacia la salida. Un esclavo los escoltó hasta el atrio. Mientras sus pasos se alejaban por la *domus*, Tito Papirio dirigió una mirada cargada de desconfianza a Plautia, preguntándose si no habría cometido un error al permitir que aquel hombre y su esposa se entrometieran en la búsqueda de su hija.

Ya en el umbral, con el murmullo de la calle de fondo, Tauro se volvió hacia Domicia.

—Ya sabes que no hice daño a ese hombre, aunque no respondo del hijo de Tito si volviera a quedarme a solas con él —susurró entre dientes—. Como te conté, cuando regresé a la taberna a ver si el *leno* tenía más información, me acusaron de haberlo matado. Alguien lo silenció, pero no fui yo.

Domicia no respondió. Estaba convencida de la inocencia de Tauro y se limitó a recorrer con la mirada las fachadas de las viviendas colindantes. En las *domus* de los ediles solían abundar los anuncios electorales de sus rivales políticos pintados sin pudor en los muros; la de Tito era la única que permanecía limpia, sin una sola inscripción. Aquello no le pasó inadvertido, pero guardó silencio.

Entonces volvió la vista hacia Tauro y lo miró fijamente, percibiendo la tensión en su rostro.

—Vayamos a la taberna —dijo tomando a su esposo del brazo—. Así podrás contarme qué te inquieta.

—El *leno* al que se refería Tito, el hombre a quien interrogué —comentó Tauro—, ¿quién lo ha matado y por qué?

—¿Le dijiste que habías llegado hasta él gracias a la información de una de sus prostitutas?

Tauro negó con la cabeza.

—Puede que alguien se enterara de tus preguntas, que se pusiera nervioso y decidiera acabar con él —reflexionó Domicia con rapidez

—. Si es así, queda claro que sabía más de lo que te contó. De modo que hay alguien que no quiere que sigamos investigando, y el hombre que lo mató debió de ser alguien conocido, que no llamara la atención de quienes estaban cerca.

Tauro permaneció en silencio. Llevaba varios días sin beber y eso le permitió pensar con claridad. Había llegado hasta el *leno* con demasiada facilidad. Entonces comprendió algo inquietante: de la misma manera que él lo había encontrado, cualquiera con el interés suficiente podría haberlo hecho.

De inmediato, su pensamiento regresó al mismo hombre que llevaba semanas atormentándolo: el mercader que los había seguido desde Augusta Emerita hasta la *mansio*. Si él había logrado encontrarse a solas con el *leno*, aquel individuo también podría haberlo hecho. Desde entonces no dejaba de preguntarse quién lo habría enviado, y solo un nombre acudió a su mente: Julia Mesa.

Si en realidad se trataba de ella, deberían abandonar la búsqueda de las niñas..., aunque sabía que no podía hacerlo, por Marco. Sin embargo, la seguridad de Domicia y de Expositus estaba por encima de todo.

—Mientras descubrimos quién está detrás de todo esto, debemos aumentar las precauciones —ordenó Tauro.

—No te preocupes por mí —comentó su esposa intentando tranquilizarlo.

Tauro se detuvo y la agarró por los hombros, mirándola a los ojos con intensidad.

—Domicia, accedí a que vinieras conmigo no solo para ayudarme a buscar a las niñas. No soy el Tauro que todos recuerdan... y, en este momento, contigo cerca me resulta más fácil mantenerme sobrio. Necesito tenerte a mi lado; es la única forma en que puedo

protegerte. Pero no servirá de nada si no me prometes que no te pondrás en peligro de forma innecesaria.

Domicia asintió sin decir palabra. Tauro la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Cada vez tengo más claro que detrás de todo esto hay gente muy poderosa. Cuando estés sola en la taberna, quiero que hagas todo lo que te he enseñado. Hablaré con Expositus. Es muy importante que sigáis mis indicaciones mientras yo no estoy.

Domicia asintió de nuevo, aunque su mente ya estaba en otra cosa.

—Aún no me has contado por qué lo has traído con nosotros —comentó cambiando de tema mientras caminaban.

Tauro modificó su semblante serio y sonrió.

—Todas las mañanas acudía a la taberna de Sentia. Al principio, me hacía el desentendido cuando lo descubría robándome. Pero un día, de camino a casa, vi que unos legionarios lo pillaron robándoles. Si yo no hubiera intervenido, estoy seguro de que ahora el crío estaría vagando por la laguna Estigia. Desde ese día me propuse cuidar de él. El chico está solo, y no puedo ni imaginar lo difícil que debe de ser para un niño sobrevivir sin nadie que lo cuide. Por eso accedí a que viniera con nosotros. Sabía que se había escondido en el carro y no dije nada. No me lo perdonaría si regresamos a Augusta Emerita y descubro que le ha ocurrido algo.

—¡Lo imaginaba! —exclamó Domicia—. No es difícil cogerle cariño.

—Le diré que se quede contigo mientras voy de nuevo al lupanar. Quiero saber si Escila, la prostituta a quien interrogué, sabe quién ha podido matar al *leno* y si ha descubierto algo sobre las niñas. Ya he perdido demasiado tiempo. Ha llegado la hora de actuar.

Tauro y Domicia siguieron andando. El antiguo legionario miraba de vez en cuando hacia atrás, preocupado desde que había pensado

en el sicario. En vez de dirigirse a la taberna donde se hospedaban, dio varios rodeos, ante la desesperación de Domicia. Cuando llegaron, Expositus estaba subido en una de las piedras que servían de paso de peatones, jugando con su espada de madera. Al verlos, bajó de un salto y corrió hacia ellos.

—Dile que te acompañe —dijo Domicia a su marido—. Voy a recostarme un rato; tengo un fuerte dolor de cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó Tauro preocupado.

—Te prometo que tomaré todas las precauciones que me has enseñado.

—¿No prefieres que me quede?

—No, ve a ver si descubres algo más.

Tauro asintió y, tras despedirse con una mirada cómplice, se perdió calle abajo junto a Expositus, en dirección al lupanar.

Sin embargo, mientras Tauro y el chico se marchaban calle abajo, Domicia fingió entrar en la habitación. Cuando vio que desaparecían por una de las esquinas, se detuvo y se dio la vuelta. Necesitaba investigar algo por su cuenta.

# XVIII

*Sucaelo*

Tauro esperó tras una esquina hasta la hora del almuerzo, cuando ya no quedaban clientes. Se cubrió la cabeza con la capucha y entró. Había ordenado a Expositus que aguardara fuera y solo avisara si alguien se acercaba.

—Me llamo Escila, soy la encargada de este lugar —dijo la prostituta desde el mostrador, con la rutina de quien siempre repite lo mismo ante nuevos clientes—. Aquí tengo todo lo que necesitas para satisfacer cualquier fantasía que hayas soñado.

Tauro se descubrió, bajando la capucha, y la expresión de Escila cambió de inmediato. Sin pensarlo, sacó un pequeño puñal de debajo del mostrador.

—¡Tú! —exclamó apuntándole con el cuchillo—. Mataste a mi *leno*. ¿Has venido a matarme a mí?

—Yo no lo maté —aseguró Tauro alzando despacio las manos.

Escila no lo escuchó. Dio la vuelta al mostrador, amenazándolo con el arma en alto. Con un movimiento seco, Tauro golpeó la muñeca de Escila. El puñal tintineó al caer. Cuando ella se agachó a recogerlo, él la detuvo poniendo el pie sobre el cuchillo y, con rapidez, desenfundó su propio puñal.

—Cuando empuñes un arma, asegúrate de estar dispuesta a usarla.

—No me hagas daño, por favor —imploró Escila levantando las manos y con pánico en los ojos.

—No voy a hacerte daño —añadió Tauro con calma—. Pero vas a decirme lo que sabes.

—¿Cómo sé que no me matarás cuando te lo diga? —preguntó Escila.

—No lo haré. Te doy mi palabra. Cuéntamelo todo y me iré de aquí sin más.

Escila dudó un instante. Tauro supo leer su indecisión.

—Fui a ver a tu *leno* —admitió—. Hablé con él, pero no lo maté. Aunque sé que ocultaba más de lo que me confesó.

Expositus entró en ese momento corriendo.

—Dos clientes se acercan.

Tauro bajó despacio el puñal, sin apartar la mirada de Escila.

—Por favor, dime lo que sabes. Solo quiero ayudarlas.

La prostituta los miró vacilante; aquel hombre y el muchacho parecían ser sinceros.

—Sé dónde están las niñas —dijo con un hilo de voz al recordar lo que había visto.

Tauro la miró sorprendido.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Porque las he visto con mis propios ojos. Y si me prometes ayudarlas, te diré dónde están.

Tauro asintió.

—Las sacaré de allí, te lo prometo.

—Están a una jornada de aquí, en la villa de Mitra.

Domicia llegó hasta la vivienda que había junto a la *domus* de Plautia. Llamó a la puerta y esperó hasta que una mujer abrió.

—¿Qué deseas? —preguntó.

Domicia se fijó en su aspecto. Su rostro estaba pálido y sus ojeras reflejaban que aquella mujer llevaba semanas sufriendo y llorando sin consuelo.

—Mi nombre es Domicia y, junto con mi esposo, estamos tratando de encontrar... a las niñas. Nos une un gran compromiso con Plautia y su familia. Me ha dicho que tú también has perdido a tu hija.

La mujer la examinó de arriba abajo. No terminaba de creerse que una mujer investigara las desapariciones. Sin embargo, sus maneras y la forma de vestir indicaban que no era peligrosa.

—Mi hija, Pompeya, no está desaparecida —respondió—. Murió aquella noche.

—Imagino que hablar de ello debe de resultarte muy doloroso —dijo con suavidad—, y lamento de corazón tu pérdida. Pero me gustaría saber si puedo hacerte unas preguntas, algo que quizá nos ayude a encontrar a las otras niñas. ¿Te importa que hablemos dentro?

Menfis dudó hasta que, al fin, la dejó entrar.

Domicia la siguió y, al hacerlo, se giró y se fijó en la puerta. También tenía un pasador para bloquearla desde el interior.

—Siento muchísimo lo de tu hija —añadió con sinceridad.

—Gracias —murmuró Menfis—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—No, no es necesario. No te robaré mucho tiempo.

—Desde que mi hija Pompeya no está, el tiempo no significa nada para mí —dijo entrelazando las manos sobre el vientre, el lugar donde su hija había estado nueve lunas.

Domicia sintió un nudo en la garganta al ver cómo aquellas palabras parecían arrancarle un pedazo del alma.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Menfis.

—Sé que es doloroso, Menfis, pero ¿puedes explicarme qué pasó aquella noche?

La mujer ahogó un lamento al ahondar una vez más en los recuerdos.

—Esa tarde, mientras los hombres estaban reunidos en la curia, la mayoría de las mujeres libres estuvimos en los ritos de la Bona Dea, una ceremonia dedicada a la diosa de la fertilidad, la castidad y la sanación... —Menfis hizo una pausa como si dudara—. Aunque imagino que sabrás en qué consisten.

—No te preocupes. ¿En alguno de los ritos sucedió algo que pudiera haber enojado a la diosa? —preguntó Domicia con calma.

—Al contrario... Las bendiciones y ofrendas que recibió la Bona Dea se realizaron conforme a la tradición: las madres suplicaron su ayuda, las jóvenes pidieron concebir y las enfermas imploraron su curación. Nada hubo que indicara que no contábamos con su favor.

—En Roma suelen celebrarse en casa de la mujer cuyo marido ostenta el cargo más alto de la ciudad.

Menfis asintió.

—Ese día, la matrona encargada de la celebración fue la esposa del gobernador de la provincia.

—Continúa, por favor —dijo Domicia con calma.

—Cuando llegué ya era de noche. Pompeya dormía; la besé en la frente antes de irme a dormir, apagué su lucerna y... —Menfis no pudo evitar el llanto que luchaba por salir— al día siguiente encontré su cuerpo sin vida.

—¿Por qué, al entrar, no pusiste el hierro que bloquea la puerta?

Menfis levantó la cabeza y observó a Domicia, que no apartaba la mirada de ella.

La liberta se giró, avergonzada.

—Esa noche iba a recibir visita.

—¿De quién?

—No es asunto tuyo.

—No, no lo es. Y la verdad, no me importa quién es el hombre con quien te ves a escondidas, pero puede que me ayude a saber qué está pasando.

Menfis dudó un instante antes de responder.

—Da igual. Esa noche no se presentó.

—¿Quién? —preguntó de nuevo Domicia.

—Fabio Balbo, el padre de Fabia, una de las niñas desaparecidas.

# XIX

*Villa de Mitra*

La lluvia había dejado de caer, pero su rastro aún flotaba en el aire mientras las nubes comenzaban a disiparse. El olor a tierra mojada era tan intenso que casi se podía palpar. Los charcos que se acumulaban por el camino comenzaron a temblar hasta que, sobre ellos, pasaron los cascos y las ruedas de una docena de carros que se dirigían a la villa.

La puerta de la *domus* se abrió y, con rapidez para no ser vistas, las setenta niñas fueron saliendo, encadenadas, para subirlas a los carruajes.

Fabia y Elia abandonaron la villa en el segundo grupo. Vieron cómo algunas niñas intentaban soltarse, buscando una inútil escapatoria. Sin embargo, el recuerdo de lo que había sucedido con Plautia y la intimidante presencia del gigante les impidió siquiera intentarlo.

Los hombres encargados de trasladarlas trabajaban con frialdad, sin mostrar un ápice de emoción. Los habían contratado para llevarlas hasta Gades*;* su tarea consistía en cumplir órdenes sin hacer preguntas, y el pago era lo suficientemente generoso para asegurarse su silencio. Debido al valor de la mercancía, Aurelio Carisio había ordenado a Victorinus, uno de sus antiguos gladiadores, que, junto con sus hombres, escoltara la caravana hasta su destino.

Una tras otra, todas las niñas salieron y todas fueron atadas y amordazadas. Una gruesa lona de tela cubrió los carros, transformando la comitiva en una caravana que transportaba lo que parecían enseres sin vida. El viaje, que se extendería por una semana, comenzó sin contratiempos.

Cuando atravesaron los primeros montes, en el refugio que ofrecía el terreno accidentado y boscoso, bajaron a las niñas para darles algo de agua y alimento. Muchas de ellas se habían orinado o vomitado encima, y el hedor dentro de los carros, bajo las lonas, se fue viciando hasta convertirse en insoportable.

Elia y Fabia, en ese momento, caminaban juntas. Desde el día de los ritos dionisíacos, Elia ya no era la de antes. Su mirada se había vuelto distante y aquella fuerza que la convertía en un pilar para las demás parecía haberse desvanecido.

—¿Qué va a ser de nosotras? —preguntó Fabia.

—Pase lo que pase, sé que nunca podremos volver.

—No digas eso, Elia. No puedo soportar la idea de vivir así el resto de mi vida. Prométeme que trataremos de escapar.

Elia la miró con una enorme tristeza en los ojos.

—Claro —dijo tan solo con intención de animarla.

Las dos muchachas se abrazaron, llorando, sintiendo el frío metal de las cadenas entre ellas.

—¡Eh, vosotras! —gritó uno de los gladiadores—. ¡Dejad de hablar y subid al carro!

Las niñas obedecieron, sumisas, y el viaje continuó. Cuando llegaban a urbes importantes, como Carmo,[1] esperaban a la noche para pasar por ellas. Sin embargo, Victorinus sabía que el mayor riesgo era cruzar la urbe de Hispalis,[2] así que decidió hacerlo en pequeños grupos para no llamar la atención.

El viaje estaba llegando a su fin cuando alcanzaron las montañas[3] próximas a Gades. Victorinus tenía claro que aquel era el lugar más peligroso. La calzada en ese punto se estrechaba y se cubría de curvas. Había que tener cuidado con los carros para que no se despeñaran.

En el momento en que iban a comenzar la subida, un grupo de legionarios que custodiaba un puesto de cobro detuvo a la comitiva. Junto a ellos había un *curator viarum*, un recaudador de impuestos que reclamaba el *portorium*, la tasa por cruzar con mercancías.

Victorinus no se puso nervioso y se adelantó, dirigiéndose al centurión al mando:

—¿Podemos hablar aparte?

El centurión accedió, sabiendo que esa petición casi siempre implicaba una importante comisión.

—¡Yo estoy al mando! —gritó Décimo Flaco, el responsable de cobrar la tasa, un hombre pequeño y desagradable, con más ambición que talento—. Debes enseñarme a mí la mercancía. Como *curator viarum* de esta calzada, te informo de que es un derecho de la autoridad velar por el estado de las vías. Por ese motivo debo cobrar el *portorium* y asegurarme de que la mercancía es legal y que el peso de los carruajes no excede el permitido. De ser así, cobraré una tasa extra o incluso puedo, bajo la responsabilidad del cargo que represento, inmovilizar la caravana...

—Cállate de una maldita vez, Décimo —dijo el centurión llevándose a Victorinus a un lado.

—Tengo órdenes de llevar la mercancía que cargo a Gades sin contratiempos —comentó el antiguo gladiador una vez apartados.

—¿Qué cargáis?

—Mi *dominus* no desea que se sepa, así que está dispuesto a pagarte lo que pidas para que siga siendo así.

—Te costará caro.

—Tú pones el precio.

—Cinco mil denarios por carro.

Victorinus lo sopesó. Aquello era una fortuna. Un denario era casi el salario diario de un legionario. La cantidad que pedía era el sueldo que ganaban en media vida.

—Imagino de qué estáis hablando —interrumpió Décimo—, pero por los poderes que me han otorgado, hasta que no disponga de toda la información que demuestre que se está cumpliendo la ley, no se moverá ni uno solo de estos carros.

—Te daré diez mil por carro si haces que se calle y no informe de esto a nadie.

El centurión hizo un gesto a uno de sus hombres, que golpeó a Décimo en el rostro. El recaudador intentó detener la sangre que manaba de su nariz.

—Esto no quedará así —dijo tratando de huir—. Informaré al gobernador de este abuso...

La voz de Décimo se extinguió de repente cuando el mismo legionario le hundió la espada entre el mentón y la garganta hasta el cráneo. Su cuerpo cayó al suelo, sacudiéndose entre estertores.

—Trato hecho —comentó Victorinus, satisfecho por la manera en que el centurión había eliminado aquel inconveniente, mientras le estrechaba la mano—. ¿Hay asaltantes en la zona?

—Suelen aparecer o, si no, que le pregunten al recaudador. —Todos rieron la gracia—. Pero mandaré a mis hombres para que os custodien hasta que salgáis de las montañas.

El viaje continuó sin ningún otro contratiempo hasta que llegaron a Gades. Tal como habían hecho durante la semana que duró la travesía, esperaron al anochecer para entrar en la urbe.

Un hombre los esperaba y los condujo hasta uno de los lupanares. Allí, las niñas descendieron de los carros. Sus ojos recorrían el lugar, tratando de imaginar dónde estaban. El sitio no era mucho mejor que donde habían estado encerradas. La pintura de las paredes lucía feos lamparones de suciedad y en muchas zonas estaba desconchada. La ausencia de incensarios hacía que en el ambiente hubiera una mezcolanza fétida a sudor y otros olores aún más nauseabundos, que invitaba a taparse la nariz.

Cinco mujeres las aguardaban y escrutaron a las recién llegadas. Las niñas, demacradas, con los rostros surcados por el cansancio y los ojos envueltos en el miedo a no saber qué pesadilla las aguardaba, se dejaron hacer en silencio. Las mujeres miraron al dueño del lupanar y asintieron con la cabeza; eran justo lo que esperaban encontrar: frágiles, quebrantadas y, sobre todo, sumisas.

Elia reparó en el hombre obeso que parecía dirigir aquella siniestra inspección. Vestía una túnica llamativa, tan ajustada que se tensaba sobre su prominente vientre, y su calva aparecía salpicada de pústulas que no paraba de rascarse. Llevaba las cejas peinadas hacia arriba y, para compensar su desagradable aspecto, iba cubierto de collares, pulseras y anillos.

—Mi nombre es Demetrio —anunció el hombre con una voz autoritaria—. A partir de este momento, soy vuestro dueño. He tratado con muchas como vosotras y, aunque algunas intentan rebelarse, al final todas ceden. Y si no...

Demetrio chasqueó los dedos.

Las niñas lanzaron un grito sordo cuando, a sus espaldas, apareció la imponente figura de un hombre con la tez oscura, que se confundía con las sombras, cubierto de collares y pendientes. Sus miradas se llenaron de terror. Habían oído leyendas sobre hombres de piel completamente negra, pero nunca habían visto a uno. Su

presencia las intimidaba, pero lo que más las aterraba era que tenía uno de los ojos en blanco. La impresión fue tan sobrecogedora que más de una se orinó del miedo.

—Él es el Africano —dijo Demetrio con una calma que resultaba inquietante—. Pensadlo bien antes de intentar huir; si os encuentro, él se encargará de vosotras —prosiguió, con voz gélida—. No os dará golpes ni os pondrá una mano encima. No me serviríais con marcas o huesos rotos. No habla nuestro idioma, así que no perderá tiempo en palabras. El Africano es capaz de torturaros de maneras que ni siquiera podéis imaginar. De un modo que jamás olvidaríais.

El hombre reparó en Elia y clavó en ella la mirada, sin apartarla ni un instante, hasta que la niña, temerosa, desvió los ojos.

—Pero nada de esto sucederá si no me decepcionáis —continuó Demetrio—. Os prepararemos para que mováis las caderas de forma tan provocativa que torturaréis y haréis que los hombres se estremezcan. Seréis las mejores ninfas sexuales y solo querrán fornicar una y otra vez con vosotras. A partir de este momento, sois *puellae gaditanae*: las más hábiles y codiciadas concubinas, las mejores prostitutas y las bailarinas más exquisitas de todo el Imperio.

# XX

*Calzada Bética*

El sol comenzaba a despuntar cuando Tauro tomó el camino hacia la villa de Mitra, acompañado únicamente por sus caballos.

Había convencido a Domicia de que solo iría a inspeccionar la zona y persuadido a Expositus para que se quedara junto a su esposa. Desde que se había despertado esa mañana, una extraña sensación lo invadía.

Tauro no era supersticioso. Aun así, aquel día presenció lo que los augures habrían calificado de malos presagios. Un búho de plumas blancas y grises lo observó desde un ciprés mientras enjaezaba los caballos, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al cruzarse con su mirada; la misma sensación que lo había despertado antes del amanecer.

Salió por la puerta de la urbe, absorto en la idea de si aquello era una advertencia sagrada. Iba tan abstraído que no vio, escondido tras una columna, a un mendigo con una venda en el ojo.

Aquilio se levantó en cuanto lo vio pasar. Una vez más se sorprendió de la fama, que tenía por inmerecida, del antiguo *frumentarius*. No podía creer que hubiera tardado tanto en dar con las niñas. Aún no era el momento de matarlo; antes quería hacerlo sufrir. Sabía el lugar al que se dirigía el hombre a quien tanto odiaba y también que era demasiado tarde. Las niñas habían desaparecido, y él solo hallaría la muerte en aquella villa. Aquilio se sacudió el

polvo de la túnica y tomó la vía en dirección contraria, donde a los que él llamaba sus sombras le habían indicado que se hospedaba. Tenía una única intención: encargarse de la mujer con quien compartía lecho el antiguo legionario.

Por su parte, con las únicas instrucciones que Escila, la prostituta, le había dado la noche anterior, Tauro continuó en dirección a su destino. La jornada avanzaba con lentitud y solo cuando los caballos mostraron signos de agotamiento, se detuvo a descansar. Llegó a una *mansio*. Dio agua a los animales, comió algo y descansó un rato.

Tauro llegó a la villa de Mitra cuando el día comenzaba a extinguirse. Se ocultó y observó con detenimiento la casa. Todo parecía en calma entre los campos de cebada y las vides que rodeaban la finca. Dio varias vueltas alrededor de la villa, buscando algo que llamara su atención o le diera una pista sobre el paradero de las niñas. Su estado físico seguía siendo óptimo, trabajado durante años bajo el férreo entrenamiento de las legiones. Aún conservaba fuerza y agilidad suficientes para encaramarse al acueducto sin dificultad. Desde allí, apenas podía divisar el interior de la casa, pero vio a una mujer cruzar el peristilo. No parecía que hubiera nadie más.

La lluvia que había azotado la zona, días atrás, ahora jugaba a su favor: el camino y la entrada de una de las puertas mostraban surcos profundos, como cicatrices sobre el barro. El paso de numerosos carros había dejado rodadas muy marcadas que aún contenían restos de agua. A juzgar por la profundidad de estas en ciertos tramos, Tauro se convenció de que había llegado demasiado tarde. Aquellas huellas indicaban que los carros habían transportado una carga pesada y solo podía concluir que lo más probable era que fueran las niñas.

Dudó hasta que decidió marcharse, rendido a la evidencia. Sin embargo, detuvo a los caballos cuando tan solo llevaba recorridas un par de millas.

No se lo habría perdonado si alguna de las niñas siguiera allí.

El antiguo centurión abrió su alforja de cuero y extrajo una túnica y un gorro frigio que había comprado días antes para parecer un sacerdote mitraico. Giró el carro y regresó a la villa.

El vuelo de un cuervo que se posó en la rama de una vid lo hizo detenerse. Otro mal augurio. Tauro no quería hacer caso a las señales, pero algo en su interior le decía que debía actuar con cuidado y reflexión. Siempre había enseñado a los hombres que habían servido bajo su mando que la mayor arma contra lo desconocido era actuar con precaución. Desde el acueducto había visto a una mujer, pero no estaba seguro de si estaba sola o había más personas en el interior.

Se apeó del carro y miró de nuevo al cuervo. Guiado por las señales que había recibido durante la jornada, ocultó un objeto en su *subligaculum*, el calzón interior. Después, con gesto decidido, llamó a la puerta mientras se atusaba la túnica sacerdotal.

Una mujer abrió y lo miró sin pronunciar palabra.

—*Salve* —saludó Tauro—. Soy un humilde devoto del dios Mitra y traigo una ofrenda sagrada en su honor. Con todo respeto, pido permiso para entrar y dejar mi don en el altar, para que los favores del dios se extiendan también sobre esta casa. Que los dioses os concedan prosperidad y larga vida.

Hizo una genuflexión.

—Por supuesto —respondió Orbiana abriendo la puerta—. Aquí somos muy hospitalarios con quienes vienen a honrarnos.

Tauro alzó la mirada, con los sentidos en alerta; su instinto le advertía, casi a gritos, que había sido demasiado fácil. En ese

momento, sus ojos se abrieron de pronto al ver aparecer, desde detrás de la puerta, a un hombre colosal. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar antes de recibir un fuerte golpe en la cabeza con un tablón de madera.

Cayó al suelo, mareado por el impacto, y sintió cómo un reguero de sangre descendía por su sien. Antes de que llegara el segundo golpe, que lo dejó inconsciente, pensó en los augurios que habían tratado de advertirle. Cayendo en la oscuridad, escuchó la voz de la mujer:

—Es él —dijo Orbiana—, lo he sabido desde el instante en que lo he visto husmeando desde el acueducto. Bienvenido, Tauro. Nos divertiremos contigo antes de matarte.

# XXI

*Sucaelo*

Aquilio caminó con calma hacia la taberna donde se alojaban Tauro y Domicia. A cada paso que daba, una sensación placentera lo iba invadiendo, con la certeza de que aquel día terminaría todo. Pronto disfrutaría de la fortuna que le prometieron por acabar con la vida de Tauro.

Mientras avanzaba, se le pasó por la mente la idea de divertirse con Domicia antes de matarla. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Era una mujer hermosa, pero no era su belleza lo que más lo atraía. Lo que realmente lo seducía era el hecho de que aquella mujer pertenecía a Tauro. Aquello sería como arrancarle el corazón a su enemigo. Robarle lo que más le importaba, humillarlo e infligirle un dolor más profundo que la misma muerte... Eso era lo que de verdad lo excitaba.

Llegó a la taberna. Estaba ansioso por encargarse de Domicia, pero decidió no precipitarse. No quería llamar la atención. Había tiempo. Esperaba que, antes de que finalizara el día, Tauro hubiera muerto tal como les había dejado indicado a la siniestra pareja de la villa. Se palpó el párpado del ojo al pensar en aquel ser infame; aún no veía con claridad. Cuando todo concluyera, también él y su madre se convertirían en una muesca en su punzón.

Las horas pasaban y la impaciencia crecía en su interior. No había rastro de Domicia. El tiempo seguía corriendo y, justo cuando había

decidido entrar, la vio acercarse por la calle. Sus andares eran inconfundibles. Aquilio mantuvo la calma. Se sentó junto a la puerta de la taberna, extendiendo una mano temblorosa para pedir limosna. Domicia pasó junto a él, lo miró de reojo y subió hacia su habitación. Aquilio esperó el momento adecuado y entró tras ella, tratando de no llamar la atención.

La taberna estaba abarrotada y, a pesar de lo que había creído, nadie reparó en él. Subió despacio las escaleras, sintiendo cómo la madera protestaba bajo sus pies. Se asomó desde la esquina. La vio entrar en la tercera habitación. Aquilio avanzó hasta allí. Con ayuda de una ganzúa y con enorme destreza, forzó la cerradura y entró con brusquedad, dando un portazo.

Miró a un lado y a otro, perplejo. No había rastro de Domicia. La habitación, pequeña y mal iluminada, estaba vacía. Recorrió todos los rincones buscando una respuesta, hasta que vio una tela que ocultaba otra puerta. Sin pensarlo, giró el pomo, pero estaba cerrada. El olor que provenía desde el otro lado le resultó familiar, un aroma dulce y resinoso que le hizo entender de golpe qué estaba ocurriendo.

Forzó la puerta con el hombro, pero, por más que la golpeó y empujó, no consiguió abrirla. Desesperado y dolorido por el esfuerzo, se volvió hacia la puerta por la que había entrado para salir de allí cuanto antes. Pero, para su sorpresa, estaba trabada desde fuera. Comenzó a patearla, frenético. El olor era cada vez más penetrante.

Desde el otro lado de la puerta, Expositus estaba eufórico. ¡Por fin entraba en acción! Había seguido las explicaciones de Tauro paso a paso. Aquellas precauciones en las que tanto insistía.

Domicia entraría por una habitación y saldría por la otra. Ella se encargaría de atrancar la cancela intermedia con un hierro y él haría

lo propio con la puerta principal, atrapando al asesino en el cuarto.

En ese momento estaba siguiendo la segunda de las instrucciones. Tras cubrir la puerta con pez de pino, la prendió con una lucerna. Las llamas treparon con rapidez por la puerta, cubriendo de luz anaranjada el pasillo de las habitaciones. Aquilio retrocedió: había reconocido el olor de la pez y se maldecía una y otra vez por haber caído en una trampa. Notó cómo el calor se intensificaba mientras pateaba la puerta con fuerza. El fuego se coló dentro de la estancia y comenzó a crecer a su alrededor, devorando todo a su paso.

Expositus tiró la lucerna y, desenfundando su espada rota, se preparó por si aquel bandido lograba escapar. Estaba listo para enfrentarse a él cuando una mano firme tiró de su hombro. Domicia apareció con el rostro desencajado.

Un humo denso y oscuro comenzaba a propagarse por el pasillo.

—¡Expositus! —gritó enfurecida—. ¿Te has vuelto loco? ¡Salgamos de aquí antes de que el fuego o el humo acaben con nosotros!

—¡Prometí a Tauro que te protegería! —gritó Expositus.

—Vamos, o juro que si no te matan las llamas, lo hago yo.

El chico, enojado, obedeció. Descendieron por las escaleras con rapidez, mientras los hombres de la taberna corrían con cubos hacia la fuente más cercana para sofocar el fuego que se expandía por todo el local.

—¿Estáis bien? —preguntó el tabernero—. ¿Hay alguien más arriba?

—Estamos bien. Venimos de la tercera habitación; allí no hay nadie más —contestó Domicia tosiendo, mientras los ayudaban a Expositus y a ella a salir a la calle.

Aquilio gritó cuando el fuego le mordió la pierna. Empapado de sudor y sin parar de toser por el humo, se tumbó en el suelo y observó bajo la cama. Un orinal con restos de la noche anterior se

hallaba debajo. Derramó todo el contenido sobre su cabeza para aliviar el calor. Se tapó con una de las sábanas de la cama. La habitación no disponía de ventanas. Las puertas ardían con furia. Era imposible salir.

Cada respiración era más corta que la anterior. Sentía cómo el humo lo ahogaba despacio. El hierro que atrancaba la puerta cayó con estruendo al suelo. Los pernos de madera que lo sujetaban habían cedido ante el avance del fuego.

Sin pensarlo dos veces, a pesar de que la puerta estaba abrasándose, se lanzó contra ella. La madera carcomida por el fuego cedió y Aquilio apareció al otro lado del pasillo con gran parte de su cuerpo envuelto en llamas.

Varios hombres llegaron en ese instante, sorprendidos al verlo salir de la tercera habitación, y vaciaron sus cubos sobre él.

El crepitar del vapor de agua al contacto con su piel quemada fue lo último que escuchó antes de perder el conocimiento.

# XXII

*Gades*

Elia y Fabia, junto con otro grupo de niñas, observaban fascinadas la manera en que una de aquellas *puellae gaditanae* se movía. Cada gesto de la bailarina era un espectáculo de gracia y sensualidad que las mantenía absortas. Demetrio, el dueño del lupanar, quería que todas estuvieran listas cuanto antes, por lo que las sometía a interminables horas de entrenamiento.

En la semana que llevaban en aquel tugurio, ya las habían forzado a acostarse con varios clientes. Según lo que habían oído, hombres de todas las clases sociales estaban dispuestos a pagar fortunas por disfrutar de niñas de clase alta prácticamente intactas.

Fabia estaba agotada, tanto que, por momentos, sus ojos se cerraban y dejaba de prestar atención a la bailarina, que hacía que sus caderas se movieran como si carecieran de pelvis, en un vaivén casi imposible.

Demetrio, molesto, le hizo un gesto a Fabia, indicándole que imitara los movimientos de Annia, la bailarina, pero la joven no reaccionó. El dueño del lupanar, aunque despiadado, no era partidario de usar la violencia física con sus muchachas: sabía que las marcas en el cuerpo podían hacer que los clientes las rechazaran. En su lugar, prefería recurrir al miedo psicológico.

—Trae al Africano —ordenó a un esclavo.

Un momento después, el siervo de piel negra apareció con su aspecto intimidante. Las niñas se encogieron al verlo. Su sola presencia llenaba de un terror palpable el ambiente.

—El Africano era el nigromante de una tribu que una noche fue masacrada por un pueblo enemigo. Casi todos los que lucharon en su defensa murieron, excepto su familia. El Africano había tenido una visión: los dioses le mostraban el destino que les aguardaba a los suyos. Pero él decidió que no serían presas de sus atacantes. Con sus propias manos, acabó con la vida de su esposa y su hija, justo antes de que los invasores irrumpieran en su cabaña. Luego, como al resto de los que sobrevivieron, lo capturaron y convirtieron en esclavo. Yo mismo lo compré y le ofrecí una nueva vida.

Demetrio hizo una pausa, recorriendo con la mirada los rostros aterrorizados de las niñas.

—Si fue capaz de hacerle eso a quienes amaba, pensad bien lo que os haría a vosotras si yo se lo ordeno.

Elia se situó junto a Fabia y comenzó a balancear los brazos de su amiga, conminándola a que bailara.

Demetrio se recostó en un cojín, satisfecho, mientras observaba cómo las dos niñas seguían los movimientos de la experta bailarina. La *puellae gaditanae* hacía que todo a su alrededor se desvaneciera. Cada giro de sus caderas hipnotizaba la mirada de quien seguía sus movimientos mientras bailaba al ritmo de los tambores.

La bailarina continuó su danza, imitada por las dos niñas. Sus pechos, envueltos en un fino velo, se mostraban y se escondían en el instante preciso en el que ella lo deseaba. Desprendía una sensualidad irresistible. Su vientre se agitaba arriba y abajo. Su espalda se arqueaba hasta lo imposible, haciendo contener el aliento a quienes la observaban. Cuando cambió el ritmo de la música y a

golpe del tambor, ella se inclinó hacia delante, ondulando el cuerpo como una serpiente reptando por el suelo.

Los esclavos jadeaban en silencio y el resto de las niñas no podía dejar de mirarla.

Solo existía ella.

Elia y Fabia estaban lejos de aquella destreza, pero comenzaban a mostrar aptitudes a los ojos de Demetrio. Sus años de experiencia le decían que, de la última remesa, aquellas dos niñas eran las que más destacaban. Algún día harían las delicias de la mismísima madre Roma.

Cuando terminaron, un cliente especial las estaba esperando: Aurelio Carisio. El duunviro más importante de Corduba no apartaba los ojos de Elia y le indicó a Fabia que saliera. La joven obedeció y esperó fuera. Un largo rato después, su amiga salió envuelta en un amargo llanto. Mientras se abrazaba a Fabia, una esclava le ofreció al invitado una copa de vino de Falerno, de la zona de la Campania, el mejor del Imperio, el único que Aurelio consideraba digno de su paladar.

Demetrio entró y ordenó a las niñas que salieran.

—¿Cómo estás? —preguntó Fabia a su amiga cuando abandonaron la estancia—. Me imagino lo que te ha hecho.

Elia no respondió. Al salir, tiró con fuerza del brazo de su amiga y la obligó a permanecer escondida detrás de la puerta. Con un gesto, le indicó que guardara silencio para escuchar la conversación. Fabia, aterrada ante la posibilidad de que las descubrieran, trató de zafarse, pero Elia la sujetó con firmeza para impedirle escapar.

Demetrio, debido a su abultado vientre, se tumbó con dificultad junto a Carisio.

—Estás haciendo un buen trabajo —apuntó Aurelio deleitándose con el vino.

—Quiero más dinero —señaló el *leno* sin pestañear. Llevaba tiempo deseando hacer esa petición y la hizo sin rodeos.

El duunviro dejó su copa sobre una pequeña mesa.

—Si este negocio fuera una ínsula de viviendas, yo, como duunviro de Corduba*,* ocuparía la parte más baja del edificio. Sobre mí se alzan hombres de mayor rango y poder, así que imagina en qué fosa te encuentras tú. Pero te diré algo más... —Aurelio se inclinó hasta que su aliento rozó el oído de Demetrio—. Un despojo criado en un lupanar como tú no debería ni soñar con pisar el mismo suelo que nosotros. Cada mañana, antes de abrir los ojos, da gracias a los dioses por el inmerecido privilegio de respirar nuestro aire. Y escúchame bien, porque no lo repetiré: si vuelves a pedirme algo, no solo perderás ese inmenso regalo, sino que aprenderás lo que de verdad significa vivir en el escalón más bajo de todos.

Toda la calma que Demetrio había mostrado se esfumó al instante.

—Y ahora hablemos de trabajo —sentenció Aurelio volviendo a coger su copa—. Jano quiere saber cuántas niñas pueden estar ya listas para ir a Roma.

—Ahora mismo, ninguna. Necesito dos meses, quizá tres —contestó el *leno* tragando saliva—. Las dos niñas que acabas de ver son las más valiosas, pero aún necesitan pulirse. Las otras tardarán en estar preparadas.

Elia y Fabia, que seguían ocultas tras la puerta, se miraron, sobrecogidas al escuchar aquello.

—Jano quiere que tengas listas a ciento setenta niñas para el próximo mes.

—Eso es imposible.

Aurelio hizo el amago de volver a poner la copa encima de la mesa.

—Estarán listas —añadió Demetrio con una risa complaciente.

—No quiero que estén listas. Quiero que sean las mejores. En Roma no son tan bárbaros como aquí. Allí, hasta tú te escandalizarías con las cosas que van a hacerles. Y no pararán, aunque las dejen sin vida.

Fabia agarró las manos de Elia, aterrorizada. El miedo se apoderó hasta del rincón más recóndito de su alma. Las piernas comenzaron a temblarle y un sudor frío le recorrió la espalda. Sus rodillas cedieron, y cayó al suelo mientras el pánico la consumía por dentro.

Elia se agachó y la abrazó por los hombros, tratando de calmarla.

—Tranquila, Fabia. Huiremos.

—Me dijiste que nunca podríamos volver.

—Confía en mí.

Fabia asintió con la cabeza y consiguió levantarse.

Las dos bajaron las escaleras hasta las habitaciones.

Elia intentaba animar a su amiga con palabras que la calmaran. Pasaron por un largo pasillo hasta llegar a la entrada. No se cruzaron con nadie. En aquella zona del lupanar solo vivían las chicas secuestradas. Onésimo, el esclavo que se encargaba de vigilar la puerta, no se encontraba en su sitio. Elia sintió una corazonada. Era como si los dioses se compadecieran de ellas. Siempre permanecían muy vigiladas; no habría otra ocasión como esa. Abrió la puerta; no estaba echada la llave. Su corazón empezó a bombear con fuerza. La calle se hallaba atestada de gente, pero nadie reparó en ella.

—Fabia, es nuestra oportunidad. Saldremos de una en una para no llamar la atención. Iremos a nuestro municipio y pediremos ayuda.

—¿Y si no nos creen?

—Debemos intentarlo.

Onésimo salió en ese momento de la letrina y se dirigió con rapidez a su puesto. Si Demetrio descubría que se había ausentado,

se lo haría pagar.

—Sal, Fabia, despacio y tranquila, sin llamar la atención, y espérame al otro lado de la calle.

—Huyamos juntas.

—Es mejor separadas.

Fabia dudó.

Elia abrió la puerta al ver la indecisión de su amiga, la empujó y cerró tras ella.

Fabia se dirigió al puesto donde le había indicado, pasando inadvertida entre la gente. Esperó a su amiga lo que le pareció una eternidad. Deberían haber salido juntas.

Elia se fue alejando de la puerta. Tras haber estado a solas con Aurelio Carisio, había trazado un plan. No tenía intención de huir, pero debía hacerle creer a Fabia que sí.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Onésimo, el esclavo.

—Me he perdido —dijo Elia volviendo de sus pensamientos.

—Ve a tu habitación o aviso a Demetrio —ordenó el siervo mirándola de forma lasciva, con más miedo a que descubrieran que se había ausentado que por ver allí a una niña.

Elia obedeció. Se giró en varias ocasiones para observar la puerta. Tomó el camino a las habitaciones al sentir el peso de los ojos del esclavo sobre ella. Tenía miedo de que aquel hombre sospechara que su amiga había salido. Con la pena oprimiéndole el pecho, Elia imploró en silencio a la diosa Fortuna para que guiara los pasos de Fabia y consiguiera hacerla llegar a su hogar. Hacía tan solo un instante que se había ido y ya se sentía el corazón atenazado por la soledad, pero sabía que no había otro camino. Lo único que lamentaba era aquella amarga despedida y no haber sido sincera con ella. No había tenido otra opción. Si se lo hubiera confesado a Fabia, el miedo y las consecuencias la habrían hecho desistir. Por eso

la dejó partir: mientras su amiga buscaba ayuda más allá de aquellas paredes, desde dentro, ella se encargaría de acabar con esos hombres sin alma.

# XXIII

*Villa de Mitra*

Tauro abrió los ojos. Lo primero que sintió fue un dolor punzante en la nuca. Intentó llevarse la mano a la cabeza, pero algo lo impedía. Sus ojos se habituaron poco a poco a la luz, y un cosquilleo inesperado le recorrió el rostro. Moscas. Trató de apartarlas, pero el cuerpo no le obedecía. A medida que la conciencia regresaba, comprendió, con un estremecimiento, que no podía moverse. Estaba atrapado en una especie de arca de madera, con los brazos, las piernas y la cabeza fuera de esta. Un dulce aroma impregnaba el ambiente y el pánico lo invadió. Tenía las extremidades y el rostro cubiertos de miel. Conocía aquella tortura: los partos la llamaban escafismo y la usaban con algunos condenados. Lo peor era que él mismo, en el pasado, había amenazado en alguna ocasión con usarla y ahora veía impotente cómo se había convertido en la víctima.

Miró a su alrededor. Estaba en una habitación oscura. La única claridad que llegaba al interior lo hacía por la entrada. Vio un gran número de cadenas colgando de las paredes. Tauro supuso que allí habían estado las niñas secuestradas. En ese momento, el gigante que lo había atacado entró, inclinándose para no golpearse con el marco, seguido por la mujer, que llevaba una jarra en la mano.

—Una lástima que tú mismo te hayas despertado. Nosotros lo íbamos a hacer de un modo más doloroso —dijo ella con frialdad.

Orbiana hizo un gesto y su hijo trató de abrirle la boca a Tauro. El antiguo centurión apretó los dientes, pero un fuerte puñetazo del gigante lo obligó a ceder. Decidió no ofrecer resistencia. No había manera de defenderse, estaba a su merced. La mujer vertió el contenido de la jarra en su boca. Sintió un sabor agrio e imaginó que era leche cortada, para provocarle diarreas. De ese modo, atraería a más insectos que empezarían a comerse sus heces y generar larvas que devorarían sus entrañas. Trató de escupirla, pero el gigante le tapaba la nariz y, si bien mucha se derramó, gran parte tuvo que tragarla.

—Tu amigo Aquilio se tomó muchas molestias para asegurarse de que murieras de esta forma.

Tauro no sabía a quién se refería, así que imaginó que detrás de ese nombre estaba el falso mercader de especias. Y, con toda seguridad, el hombre que se deshizo del dueño del lupanar. Estaba claro que había encontrado aquel lugar antes que él, lo que explicaba por qué lo estaban esperando. Al menos, confiaba en que Domicia y Expositus hubieran seguido sus instrucciones y estuviesen a salvo.

—Dejaremos la puerta abierta —añadió la mujer mientras salía—, para que todas las moscas e insectos que quieran probar el sabor de tu carne vengan a saludarte.

Tauro intentó mantener la calma, pero la leche cortada comenzó a hacer efecto con rapidez. Dolorosos espasmos recorrieron su vientre mientras se vaciaba sin cesar. Sin embargo, sabía que su cuerpo no sería el primero en perder la batalla, sino su mente. Las moscas se posaban en las partes de su cuerpo que estaban fuera de la artesa, atraídas por la miel. Sentía cómo le exploraban los ojos, la boca y los oídos. Entonces llegó lo que tanto temía: los primeros calambres. Su mente le gritaba que se moviera, pero su cuerpo permanecía inmóvil

e incapaz de obedecer. Sabía que debía controlar sus pensamientos; aquello era lo único que lo mantendría con vida.

Procuró centrarse en su respiración, para hallar un resquicio de calma, y, con los dedos, palpó la madera del arca hasta encontrar lo que buscaba. Trató de concentrarse en esa tarea, pero los calambres lo acechaban y la impotencia de no poder moverse le hacía gritar de angustia. Pensó en Domicia para relajarse, mientras se esforzaba por meter uno de los brazos dentro de la artesa.

Entonces llegaron las ratas. Al entrar, se levantaron sobre sus patas traseras, olfatearon el aire y se dirigieron a sus pies. Los primeros mordiscos en los dedos le arrancaron no solo la carne, sino también un grito desgarrador, rompiendo su concentración. Desesperado, luchó por introducir el brazo dentro del arcón. La miel, por fin, se volvió una aliada y lo ayudó a deslizarlo. Sintió cómo cucarachas o algún otro insecto subían por sus piernas, pero ignoró la sensación. Palpó su calzón interior; estaba lleno de heces, aunque, para su alivio, encontró la ganzúa que había escondido antes de entrar en la villa.

Sacó la mano, apartando una rata que se peleaba para acceder al arcón. Perseveró hasta conducir los dedos hacia el candado. El sudor y la miel hicieron que la ganzúa resbalara. Tauro consiguió atraparla en el último momento con la punta de los dedos. Respiró hondo. A pesar del dolor, de los calambres, de los mordiscos de las ratas y de los espasmos del estómago, debía concentrarse. Solo tenía una oportunidad.

El chasquido del candado al abrirse le dio un atisbo de esperanza. Volvió a meter los brazos en la artesa y una esquirla, grande y afilada, le rasgó el brazo izquierdo. Ese dolor era insignificante comparado con lo que sentía en otras partes del cuerpo. Golpeó la madera desde dentro, pero el candado no se movía de su sitio. Los

golpes eran demasiado ruidosos; temía alertar a la mujer y al gigante.

Tauro guardó silencio. No se oía nada en el pasillo, salvo el zumbido de las decenas de moscas que revoloteaban a su alrededor y el rechinar de los dientes de las ratas.

Comenzó a gritar, como si fuera dolor lo que sentía, mientras golpeaba la madera para tratar de liberar el candado. Una de las ratas, envalentonada, empezó a devorar la carne de sus piernas. Fue tal la rabia con la que sacudió la madera que el candado cedió.

Desesperado, salió de aquella prisión. Estaba débil, empapado en sudor y apenas podía mantenerse en pie por culpa de la diarrea. Estiró los músculos y miró a su alrededor. Cogió una de las cadenas sueltas, consciente de que en su estado tendría pocas opciones contra el gigante.

Salió de la habitación en silencio, apoyándose en las paredes para no perder el equilibrio. Las mordeduras en sus piernas, la pérdida de sangre y la debilidad lo hacían tambalearse. Abrió las puertas, una a una, pero no había rastro del gigante ni de la mujer. Tauro lo entendió al instante. Cuando las ratas y los insectos no hubieran dejado nada de él, todo el mundo creería que la villa llevaba tiempo abandonada.

# XXIV

*Gades*

Fabia esperó durante una hora, oculta entre los pliegues de un puesto de telas frente a la puerta del lupanar. No entendía por qué Elia seguía dentro. Debería haber insistido en que salieran juntas. El hombre que regentaba el puesto la miraba repetidamente y Fabia pronto notó que comenzaba a llamar la atención. Un cliente dejó un zurrón sobre un cesto de mimbre y pidió al vendedor que le mostrara la mejor tela de lino.

Fabia respiró hondo. Estaba sola. Si quería ayudar a Elia, debía ser valiente. Tenía que llegar a Sucaelo y pedir ayuda a su padre; él haría todo lo posible para salvarla.

Esos pensamientos la colmaron de un coraje que jamás había experimentado. Cuando el cliente terminó, buscó su talega, pero había desaparecido, lo que desató una discusión con el dueño del puesto.

Lejos de allí, Fabia caminaba, mirando hacia atrás a cada paso por miedo de que Demetrio o el vendedor la siguieran.

De repente, algo la hizo detenerse. Había hablado cientos de veces con su vecina y amiga Pompeya sobre cómo sería y, por fin, infinito y misterioso, el mar se desplegaba ante sus ojos.

Fabia no podía apartar los ojos de aquel vasto espejo con sus tres tonos de azul. Su primera impresión al contemplarlo fue sentir una inmensa paz y, a la vez, algo imposible de dominar.

Esperaba poder contemplarlo junto a Elia y Pompeya cuando todo terminara, pero antes debía llegar a Sucaelo. Si el mar estaba en aquel punto, tenía que ir en la dirección opuesta. Sabía que estaba en la urbe de Gades; lo había oído en las conversaciones de los gladiadores cuando las llevaron hasta allí. También sabía que debía encontrar el Cardo Máximo, la vía principal que atravesaba la urbe de norte a sur, como en todas las ciudades romanas. Cruzarlo le llevó tiempo; esa población era enorme. Como hacían todas las mujeres de clase alta con sus hijos, su madre la había enseñado a leer y escribir y, por supuesto, conocía de oídas la existencia de la ciudad de Gades, una de las más grandes y antiguas de Hispania. También sabía que entre sus muros vivían más de cincuenta mil habitantes.

Cuando llegó a la puerta de la vía Augusta, la multitud era aún mayor, lo que le facilitó salir sin llamar demasiado la atención.

Fabia se acercó a la columna de piedra que se alzaba junto al camino y leyó la información del miliario: «El emperador Augusto, hijo del divino Julio, construyó la vía de Gades a Corduba».

Más abajo, en letras más grandes, las distancias estaban inscritas para aquellos que buscaran orientación: «A Corduba, 170 millas romanas. A Cartago Nova,[1] 240 millas romanas. A Roma, 1.240 millas romanas».

Fabia sintió cómo su corazón se encogía. Una milla romana eran mil pasos y una persona en buen estado de forma recorría entre quince y veinte millas diarias. Llegar a Corduba le llevaría más de diez jornadas.

Se dio la vuelta mirando las murallas de la urbe. El viento llevaba consigo el olor salado del mar, mientras el sol comenzaba a descender en el atardecer más bello que jamás había visto. En la calzada, la realidad era mucho más cruel. Abrió la talega que se

había visto obligada a robar. Había algo de dinero. No sería suficiente para el largo camino, los peligros y el hambre. Pensó en su amiga Elia, en cómo la había ayudado cuando la desesperación se apoderó de ella, y entonces hizo lo más difícil: dar el primer paso.

Fabia notó que despertaba la curiosidad de muchas personas. Todos los mercaderes y los ciudadanos que regresaban a la urbe se fijaban en ella. No era habitual ver a una mujer tan joven caminando sola en dirección contraria a Gades.

Se distanció del camino y se dejó caer contra el tronco de un árbol, exhausta. Miró sus sandalias; eran frágiles y no estaban hechas para soportar un trayecto tan largo. El cansancio la venció y, poco después, se quedó dormida sin darse cuenta, debido a la tensión acumulada durante la huida.

Cuando despertó, estaba aterida de frío y la oscuridad ya lo cubría todo. Se sentía desorientada. El cielo despejado permitía que la luz de la luna llena bañara el paisaje. Notó algo extraño en sus piernas. Ahogó un grito cuando distinguió el brillo plateado de una serpiente que se deslizaba sobre ellas.

Fabia apartó el reptil con un rápido gesto de la mano, se levantó y echó a correr hasta llegar a la calzada. Su cuerpo temblaba de miedo. El aullido distante de varios lobos la estremeció aún más. Caminó hasta el amanecer, tratando de alejar de su mente los innumerables temores que la acompañaron durante toda la noche.

Llegó a una *mansio*. El tabernero levantó la vista del ánfora que estaba llenando y se quedó inmóvil un instante. Aquella joven no era como las demás viajeras que cruzaban su puerta: apenas una niña, envuelta en una túnica sencilla, con los pies cubiertos de polvo y una mirada en la que se mezclaban el cansancio y el desamparo. A su edad, ninguna mujer viajaba sola. Por eso, cuando la vio cruzar el umbral de su establecimiento, su primer impulso fue pensar que

huía de algo o estaba extraviada. Había servido vino a cientos de clientes, pero ninguno le había despertado aquella sensación de fragilidad.

Durante las largas horas de camino, Fabia había estado reflexionando sobre si debía revelar algo acerca del calvario que había sufrido o el paradero de las otras niñas. Pero había desestimado hacerlo por dos razones. La primera era por la vergüenza que suponía contar lo que les habían hecho a hombres a quienes no conocía. La segunda, y más importante, era que, hasta que se casara, su padre era quien ejercía la autoridad y poseía el criterio necesario para decidir sobre ella y cómo actuar en aquella situación. Por eso optó por esperar para contárselo todo a él. Estaba segura de que su padre sabría qué hacer.

La muchacha sacó de su zurrón el dinero.

—¿Puedo comprar un caballo? —preguntó con seguridad.

—Me temo que con ese dinero no es suficiente —contestó él con pesar.

—Preguntaré a alguien si puede llevarme.

Fabia fue a recoger las monedas del mostrador para marcharse y la pregunta del hombre la detuvo.

—¿Adónde vas?

—A Corduba.

—¿Cómo ha llegado una niña como tú hasta aquí? ¿Te has escapado?

—No es asunto tuyo —respondió.

El tabernero se apiadó de ella. Tenía dos hijas más o menos de su edad.

—No viajes con ningún mercader ni con ningún extraño. Cuando se hayan gastado tu dinero, querrán que pagues con tu cuerpo.

La joven lo miró con agradecimiento.

—Tengo que ir hasta Hispalis mañana —dijo el tabernero, conmovido por la aparente fragilidad de la muchacha—. Puedes acompañarme, pero desde allí tendrás que hacer el trayecto sola. Con ese dinero podrás pagar una noche de habitación. Vamos, siéntate, te daré algo para comer; estás en los huesos. Una muchacha de tu edad debe alimentarse mejor.

Fabia suspiró y sintió un alivio que le recorrió por dentro. Por fin alguien era amable con ella.

A la mañana siguiente se subieron a un carro y se dirigieron hacia Hispalis.

—Me llamo Caesus; ¿vas a contarme cómo has llegado hasta aquí? —preguntó el tabernero.

—Prefiero no hablar de ello.

—Como quieras. Pero si lo has hecho por amor, te diré que no deberías confiar en los hombres. Siempre se lo digo a mis hijas: no os fieis de ningún cliente que venga con palabras bonitas, porque solo quieren una cosa, beber de vuestro manantial, y esa agua solo debe ser entregada a alguien que en verdad lo merezca.

Fabia esbozó una breve sonrisa. Hacía mucho que no lo hacía. Aquel hombre parecía sincero y le estaba brindando su ayuda. Por eso, decidió abrirse y contarle parte de su vida, deteniéndose justo en el instante en que la arrancaron de su casa y su vida cambió para siempre:

—Hace años que mi familia llegó a un acuerdo para arreglar mi matrimonio con Cornelio Marullino, de Cástulo,[2] en la provincia Tarraconense, de esa manera fortaleceríamos nuestros lazos. Solo lo he visto una vez, pero es muy apuesto —dijo sonrojándose.

—Pues espero que algún día te haga feliz.

Fabia y Caesus estuvieron charlando hasta llegar al puesto de cobro.

—Si alguien pregunta, eres una de mis hijas —comentó el tabernero.

Un legionario se acercó a él. Caesus le dio una pequeña bolsa con dinero.

—Esto es para que Décimo Flaco no se ponga muy pesado y para que tus hombres me custodien hasta el otro lado.

El legionario se guardó la bolsa e hizo un gesto para que cuatro hombres custodiaran el carro. Así, cruzaron el puerto sin incidentes.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí —murmuró cuando llegaron a Hispalis dos días después.

Fabia fue a pagarle, tal como habían acordado, pero Caesus se lo impidió.

—Guárdalo. Te hará falta. Toma —añadió, dándole un trozo de pan, un poco de queso y el pellejo con vino que le quedaba—. Y haz caso de todo cuanto te he dicho si quieres sobrevivir. Procura viajar de noche, por el día solo encontrarás asaltadores de caminos y no hace falta que te diga lo que le harían a una muchacha como tú.

—Algún día te lo recompensaré.

—Espero verte en mi taberna con ese tal Marullino. Os dejaré la mejor habitación.

—Te lo prometo —afirmó la joven apeándose del carro.

Fabia hizo tal como el tabernero le había indicado. A pesar del miedo y de los peligros de los animales salvajes, viajaba de noche hasta el amanecer. Cuando llegaba a una *mansio*, esperaba en los alrededores y se resguardaba en los establos de los caballos, donde trataba de dormir. Allí era difícil que alguien la asaltara. Gracias a Caesus estaba descansada y alimentada, pero se había terminado su comida y, según el miliario, le quedaba un día para llegar a Corduba y otras dos jornadas para llegar a Sucaelo.

Necesitaba comer, pero, sobre todo, beber algo. Entró en uno de los establecimientos cuando ya era de noche y, con rapidez, compró agua y pan. Solo un hombre, con apariencia solitaria, estaba aún despierto entre sus mesas. Como sospechaba, el hombre salió detrás de ella, pero desistió de seguirla cuando la vio perderse en la oscuridad de la noche.

Fabia llegó por fin a Corduba, y el anhelo de estar cerca de Sucaelo y de llegar a su casa la llevó a hacer el recorrido durante el día. Cuando tan solo quedaba una jornada, vio en una calzada a un hombre tirado en el suelo. Fabia dudó. Parecía que estaba muerto. Caesus le había dicho que no se fiara y decidió seguir los consejos del tabernero. Sus sandalias se habían roto varias jornadas atrás. Tenía los pies llenos de cortes; aquello le impediría correr si algo inesperado sucedía.

Salió del camino, pero el bosque era bastante tupido y había muchas ramas por el suelo que no le dejaban andar con rapidez sin dolor.

Se detuvo y se ocultó detrás de un árbol al oír cómo un hombre a caballo pasaba en ese momento. Fabia agradeció haberse apartado de la calzada. El viajero se detuvo junto al cuerpo tendido en el suelo y comenzó a registrar su faltriquera en busca de objetos de valor. De repente, un grupo de cinco asaltantes apareció, lo molieron a golpes y le robaron todo lo que tenía.

Fabia aprovechó y, a pesar del dolor por las piedras, las ramas que se le clavaban en los pies y el miedo por si advertían su presencia, se alejó de allí por el bosque.

Una semana después de haber salido de Gades, Fabia entró en Sucaelo. El tiempo en cautiverio y la brutalidad de lo que había vivido la habían despojado de su inocencia. Ya no quedaba rastro de

la niña que, meses atrás, habían arrancado de aquellas mismas calles.

Entró en la ciudad sin que nadie reparara en su presencia. La túnica raída y el rostro cubierto de polvo la hacían parecer una mendiga más. Cuando llegó al barrio donde había crecido, uno de los más prósperos de la urbe, un nudo le apretó la garganta. Aquel era el lugar al que había soñado regresar cuando todo parecía perdido. Y, sin embargo, ahora que lo pisaba de nuevo, no sentía alegría, sino una mezcla amarga de alivio, dolor y desconcierto. Reconocía cada calle, cada fachada; todo permanecía igual, salvo ella.

Agachaba la cabeza o se distanciaba cada vez que se cruzaba con alguien; temía que la reconocieran. La mayoría de los vecinos apenas le dedicaron una mirada: solo vieron en ella a una esclava cumpliendo algún encargo.

Al pasar frente a la casa de su amiga Pompeya, sintió un estremecimiento. Pronto volvería a verla. Pero, en ese instante, lo único que anhelaba era encontrarse con su familia.

Fabia suspiró al llegar a su casa. Pensó en Elia. Lo había conseguido. Todo lo que había sufrido desde que la raptaron y cuanto había vivido la hicieron desmoronarse de repente. Golpeó con la aldaba. Trató de mantener el equilibrio; apenas tenía fuerzas para sostenerse en pie. Su rostro estaba empapado de lágrimas cuando su madre abrió la puerta.

# XXV

*Sucaelo*

Expositus llevaba varios días esperando en el acceso principal de Sucaelo a Tauro. Quería ir hasta la villa de Mitra para sacar de allí al hombre a quien más admiraba, aunque fuera a la fuerza, pero Domicia se lo había impedido, alegando que no temiera por él, que sabía que tarde o temprano volvería.

Mantenía un ojo atento a quienes entraban por la puerta, por donde su protector había salido unos días antes, mientras con el otro observaba una partida de un grupo de niños que jugaban al *latrunculi*, el juego de los ladrones. Sobre un tablero, uno tenía fichas negras y el otro blancas; ambos debían atrapar al *dux*, la pieza del rival que era diferente a las demás. El chico miraba sin perderse nada. No era buen jugador, pero le gustaba ver las partidas. Desde el incidente con el fuego en la taberna, además de gladiador, quería pertenecer al cuerpo de los *vigiles*, la fuerza encargada de la seguridad pública y la lucha contra incendios en Roma. Según había oído, los *vigiles* pasaban largas horas jugando a ese juego y quería aprenderlo todo para no acabar desplumado. Los niños seguían jugando, tratando de rodear al *dux* por los cuatro costados para ganar. El jugador de las fichas blancas gritó de alegría al rodear a su rival en la esquina.

Los niños se levantaron e invitaron a Expositus a que los acompañara a cazar ranas al río, pero se negó diciendo que no

podía.

Se fueron corriendo y el vigilante en ciernes se quedó sentado en un montículo que hacía de paso entre las aceras. Justo a la entrada. Domicia le había dicho que tenía que esconderse hasta que llegara Tauro.

Desde el incidente del fuego, medio pueblo la buscaba. Al edil de la urbe y a Tito Papirio les había llegado la denuncia del dueño de la taberna. Los incendios eran comunes, pero al sofocar las llamas, comprobaron que había sido provocado con brea en dos puntos: justo en las habitaciones ocupadas por los huéspedes de la número tres, quienes, además, habían mentido. Un hombre que se encontraba dentro estuvo a punto de morir y el tabernero, con acierto, entendió que habían querido quemarlo vivo, por lo que también los denunció por intento de homicidio.

El pequeño Expositus había pasado la vida luchando por sobrevivir, en un mundo que nunca le ofreció cobijo ni mucho menos piedad. Lo habían abandonado tantas veces que los rostros y los nombres de quienes lo dejaron atrás se habían desvanecido en su memoria. Nunca conoció el calor de un hogar ni tuvo una figura paterna como referente. Por eso no sintió lástima cuando el último hombre que lo había acogido lo echó de casa. Solo era un borracho que jamás se preocupó por él. Sabía que lo había adoptado porque el Estado daba alimentos a los niños para asegurar su nutrición. Cuando la ayuda se acabó, lo echó para acoger a otro. Entonces, el niño comenzó a vagar de taberna en taberna, alimentándose de sobras, robando monedas de las apuestas y coleccionando cicatrices por cada paliza cuando lo descubrían. Hasta que un día, en la taberna de Sentia, en Augusta Emerita, el destino le presentó a Tauro. Muchos decían que aquel hombre no era más que un antiguo legionario retirado, un alma rota que, como tantos otros, buscaba olvido en el lugar más

recóndito del Imperio. Pero Expositus veía algo más. Había algo tras aquella mirada sin brillo. Le había robado muchas veces, así lo conoció, y aunque en ocasiones el soldado estaba ebrio, sospechaba que en otras simplemente se dejaba hacer. Salvo por alguna reprimenda cuando se excedía, parecía no importarle.

Era el único que le ofrecía un plato caliente cuando el hambre apretaba. La única persona que le había comprado una túnica nueva cuando la suya no era más que un harapo. Aquel antiguo centurión era el hombre más fuerte y astuto que había conocido y la única persona que se preocupaba por él. Pero ahora todo había cambiado. Por primera vez, era él quien se preocupaba por Tauro.

De nuevo miró a la puerta. Un tipo cubierto por una capa entró renqueando, y el muchacho se levantó de un salto, pero lo descartó. Sus ropas le quedaban muy cortas, pero lo que más le llamó la atención fueron unas extrañas marcas y heridas, algunas con sangre seca en sus piernas. Cogió varias piedras y las lanzó al aire; una chocó con la otra. Se disponía a repetir cuando una voz bien conocida lo sacó de sus pensamientos.

—¡Por todos los dioses, Dentatus! Afortunadamente para el emperador, no trabajas espiando para él. ¡Te has puesto en medio de la puerta!

El chico alzó la vista sobresaltado. Reconoció al instante al hombre que tenía delante, a pesar de las heridas visibles en sus piernas y del cansancio que le oscurecía el rostro.

—¡Tauro! —exclamó incorporándose de un salto—. ¡Has vuelto!

Lo abrazó con fuerza, como si temiera que se desvaneciera si lo soltaba. Tauro tardó un poco en reaccionar, sorprendido, pero luego le devolvió el gesto con un brazo firme, protector.

—Tranquilo —dijo en voz baja—. Ya estoy aquí. Sabes que no os abandonaría.

—Has tardado mucho... —admitió Expositus separándose al fin—. Pensé que quizá no volvería a verte.

El muchacho frunció el ceño al fijarse en sus piernas.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—Nada que deba preocuparte —atajó—. ¿Dónde está Domicia?

—Escondida.

—¿Escondida?

—Tal como sospechaste, alguien la siguió. Hicimos lo que nos enseñaste..., pero no salió como esperábamos. Nos acusan de haber prendido fuego a la taberna y de intento de asesinato. Los hombres del edil nos buscan.

Tauro asintió despacio, sin mostrar sorpresa.

—Me encargaré de que no nos encuentren —dijo con calma—. ¿Habéis pedido ayuda a Tito?

—Domicia me envió con una tablilla explicándolo todo. La leyó... y se enfadó.

Tauro frunció el ceño.

—¿Qué dijo?

—Que ya nos había advertido. Que no puede enfrentarse al edil. Que su influencia no llega tan lejos.

Tauro negó despacio con la cabeza.

—Empieza a parecerme habitual en él —murmuró—. Le preocupa más su reputación que encontrar a su hija.

Alzó de nuevo la vista hacia Expositus.

—Has dicho que alguien siguió a Domicia. ¿Qué ocurrió?

El chico bajó la mirada.

—Hicimos lo que nos pediste..., pero sacaron con vida a aquel hombre del fuego.

—Maldito sea... —masculló Tauro.

—Lo han llevado al templo de Esculapio. Están tratando de curarle las quemaduras.

Tauro no respondió de inmediato. Cerró los ojos un instante, obligándose a dominar la ira que le crecía por dentro.

—Llévame primero con Domicia, antes de nada necesito verla. Después iré a ese templo y le haré una visita. Ha llegado la hora de encargarme de él.

# XXVI

*Sucaelo*

Fabia abrió los ojos de golpe con el corazón en un puño. Su frente estaba bañada en sudor y el pecho le subía y bajaba sacudido por el pánico. Miró a ambos lados y respiró aliviada al reconocer las sombras familiares de su cámara. Solo había sido una pesadilla. Otra más.

Se tumbó de nuevo. Las lucernas, dispersas por la estancia, proyectaban una luz que danzaba sobre las paredes. Nunca había soportado la oscuridad, y mucho menos desde que había regresado.

Lo primero que supo al preguntar por su amiga Pompeya fue que había muerto. Desde entonces, el tiempo se dividía entre largos sueños e interminables horas de llanto.

Por primera vez en tres días, Fabia se levantó de la cama y salió de su habitación. La atmósfera en la casa parecía inmóvil, como si todo a su alrededor se hubiera detenido. Los esclavos se hallaban afanados en la preparación de la Neptunalia, la fiesta en honor a Neptuno que llenaba las calles de banquetes bajo el cielo abierto. Todos agradecían al dios del mar por las aguas que les ofrecía, por eso la *domus*, en ese momento, estaba vacía.

Bajó las escaleras en silencio, caminando despacio hasta llegar al peristilo. El jardín la recibió con su belleza habitual, como si el tiempo no lo hubiera tocado, como si los meses que habían pasado

no hubieran dejado huella entre sus flores. Sin embargo, todo era distinto.

No era solo el entorno. El aroma de las plantas parecía haber cambiado, el arrullo de los pájaros entonaba una melodía extraña y el murmullo de las fuentes sonaba diferente. Todo en la casa le resultaba desconocido, incluidos los rostros de quienes la habitaban. Los mismos ojos, pero miradas desemejantes. Las sonrisas que antes la llenaban de luz, ahora se apagaban con tristeza y ocultaban un misterio que Fabia no lograba comprender; había algo que las volvía distantes.

Se sentó en el banco de piedra, su favorito, aquel en el que había pasado horas contemplando las estrellas. Todo parecía igual, pero qué diferente es un lugar cuando el alma de quien lo habita ha cambiado para siempre.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Voces. Se tensó al reconocerlas. Provenían del *tablinum*, del despacho de Fabio Balbo, su padre. Se levantó y se acercó al umbral. Algo la detuvo antes de entrar, como si una fuerza invisible la obligara a permanecer oculta.

—¿Qué han dicho los otros duunviros? —preguntó su madre en un susurro.

—Justo lo que te advertí —gruñó su padre, levantándose de la silla con el rostro encendido por la ira.

—¿Saben dónde están el resto de las niñas y no van a ir a buscarlas?

—Por supuesto que no —replicó Fabio golpeando la mesa con el puño—. ¿Qué esperabas?

Fabia se llevó las manos a la boca, ahogando un grito. Poco tiempo atrás, se habría marchado sin escuchar ni una palabra más, respetuosa ante las conversaciones que no le concernían. Pero

también eso había cambiado; algo la empujaba a quedarse, a escuchar lo que sus padres nunca le habrían contado.

—Pero son solo unas crías —murmuró su madre, como si intentara convencerse a sí misma—. ¿Tampoco van a denunciarlo al gobernador?

—¡Basta ya! Te dije que esto pasaría, pero tú insististe en que lo contara en la reunión de duunviros. Sabes que no harán nada por salvarlas.

—¡Por todos los dioses! Son sus hijas.

—Puedo comprender que Fabia no lo entienda y por eso haya decidido regresar, pero me sorprende que tú no lo veas. Todo esto es culpa tuya.

—¿Mía?

—Tú eres responsable de su educación. Deberías haberle enseñado que su obligación no es solo la de traer hijos a este mundo, sino lo más importante para una patricia y el verdadero motivo por el que nadie irá a buscarlas: el prestigio de los varones de su familia. Deberías haberle enseñado que una mujer no debe temer por su cuerpo, sino por preservar, incluso con su propia vida, el honor del apellido de los hombres que la rodean.

—No es justo que me lo reproches a mí —contestó su madre con los labios contraídos, luchando por contener las lágrimas—. Siempre he tratado de educarla en todo aquello que concierne a las mujeres de su posición. Pero la vida de esas pobres niñas debería importar más que la memoria o el reconocimiento de todos los que llevaron su apellido antes que ellas.

—Dime que no estás hablando en serio. Tu hija, al regresar y confesar lo que les han hecho a ella y a todas las niñas secuestradas, ha manchado el honor de generaciones enteras.

—Pero esas pobres criaturas no pueden ser responsables de algo que no ha sido culpa suya. Es injusto e inhumano —dijo ella con la voz quebrada, entrelazando las manos sobre las rodillas para contener el temblor.

—Nadie cuestiona a los verdaderos culpables, pero ¿acaso eso importa? Cuando Lucrecia fue violada por el hijo de Tarquinio el Soberbio, uno de los siete reyes de Roma, se clavó un puñal. No lo hizo por vergüenza propia, sino porque sabía que su vida ya no era suya: su castidad era un tributo al honor de los hombres que la habían precedido durante generaciones.

—¿Estás insinuando que debería quitarse la vida? —preguntó su madre indignada.

—No te reconozco. Nuestro apellido es como una toga blanca puesta al sol. Pero ahora, por primera vez, se ha oscurecido, y para siempre. No ha sido por una derrota en el campo de batalla, ni por la cobardía de un hombre ante sus enemigos..., sino por el escándalo que tu hija ha traído a esta casa. Una mancha de lodo que el tiempo no borrará con facilidad.

Fabio se sirvió una copa de vino, se la bebió de un trago y continuó hablando.

—Pregunta a los bustos de nuestros antepasados que vigilan este atrio si hasta hoy alguna sombra había caído sobre nuestro nombre. Durante años, el linaje que me ha precedido ha mantenido nuestro honor inmaculado. No el vuestro; sabes tan bien como yo que a vosotras no os pertenece, sino el mío y el del que iba a ser su futuro marido.

—¿A qué te refieres? —preguntó su madre, con un hilo de voz.

—Ayer recibí una carta de Cornelio Marullo —informó su padre con frialdad.

—¿Qué decía?

—¿Qué esperabas? Ha roto el compromiso entre nuestros hijos.

Fabia se tapó los oídos, incapaz de creerse lo que escuchaba. Aquella conversación le estaba desgarrando el alma en mil pedazos.

Su madre hundió el rostro entre las manos, derrotada por la impotencia.

—Sé que es difícil —continuó Fabio, agachándose y posando las manos sobre los hombros de su esposa con gesto resignado—. Me cuesta decir esto tras haber estado dos meses llorándola. No digo que no la ame, pero su presencia aquí nos hará pagar un precio muy alto. Esta mañana todos los duunvirus me han recriminado en silencio que no se haya quedado en Gades. Que sabiendo lo que le habían hecho, no debería haber regresado. Al menos no tras lo que le ha ocurrido.

La madre de Fabia se incorporó de golpe, apartándose del abrazo de su esposo, como si aquellas palabras le quemaran la piel.

—¡No digas eso! —gritó con los ojos enrojecidos—. ¡No te atrevas!

Empezó a caminar sin rumbo por la sala, llevándose una y otra vez las manos al pecho, al cuello, al rostro, como si buscara aire, como si algo la ahogara. Las lágrimas le nublaban la vista.

—Nuestra hija está viva. —Sollozó desgarrada—. Eso es lo único que importa... Lo único.

—Lo sé, pero... piénsalo, ¿quién querrá casarse con ella ahora? Reconocer ante todos que ha sido mancillada una y otra vez ha traído mucho más que deshonor a esta familia. Desde su vuelta, paso las noches en vela tratando de pensar cómo puedo resarcir el daño que nos ha causado.

—Te suplico que no hables así. No imagino cuánto tiene que haber sufrido.

—No lo dudo —dijo su padre, con amargura, volviendo a abrazarla para consolarla—. Pero piénsalo bien. Tenemos tres hijos más, y

temo que por su culpa nadie quiera estrechar lazos con nosotros. Si la noticia ha llegado a oídos del prometido de nuestra hija, no es difícil pensar que ya estará en boca de toda la provincia Bética. Y si es así, temo que afecte a los otros patricios de la ciudad. Por eso he sentido el peso de las miradas de mis conciudadanos al salir de la reunión de duunviros. Todos piensan que, por nuestra culpa, Sucaelo podría sufrir una ignominia inimaginable.

La madre de Fabia asintió, despacio y en silencio, como si al fin comprendiera algo que debería haber sido obvio desde el principio.

—No pensé en las consecuencias —dijo con la voz rota, aunque algo más calmada—. La emoción de ver a mi hija con vida me nubló la razón. De haber tenido un atisbo de lucidez, jamás te habría pedido que hablaras con los duunviros. Ni siquiera debería haber mencionado su regreso a las otras mujeres. Tendría que haberla ocultado, como esas madres que esconden a los hijos a quienes los dioses negaron la luz del entendimiento.

—Por eso tienes que convencerla.

—¿Convencerla de qué? —preguntó su madre, desconcertada, sin saber a qué se refería.

—De que no salga más de esta casa —respondió su padre, con firmeza—. Que desaparezca de la vista de todos, incluso cuando haya visitas. Que olviden que existe. Que nunca más nadie vuelva a saber de ella.

Fabia retrocedió con el corazón resquebrajado. Había oído suficiente. Todo lo que no entendía, lo que no quería ver, ahora se presentaba con claridad ante ella.

En ese momento comprendió por qué las habían violado al poco tiempo de ser capturadas. Querían asegurarse de que la vergüenza que causarían a sus familias pesara más que la suya propia. Ahora entendía la razón por la que Elia no quiso acompañarla aquel día y

también por la que las demás niñas, salvo Plautia, no regresaron ni intentaron escapar. Desconocía cómo sería en otros rincones del Imperio, pero aunque no tuviera la culpa de que la hubieran violado, suponía una deshonra para los hombres de su familia. Se había convertido en un estigma. Y esa era la causa de que todo a su alrededor fuera tan diferente. Las miradas no eran de lástima, sino de reprobación. Incluso los rostros afligidos no eran por el dolor de Fabia, sino por el que ella causaba a su familia.

Pasó por la parte trasera de la *domus*, donde estaban las cuadras, para coger lo que necesitaba. Volvió a su habitación, la misma que había sido refugio de sus anhelos y sus ilusiones. Pero aquellos sueños habían muerto junto con su inocencia.

En una tablilla de cera, escribió una palabra y luego la dejó sobre la cama. Después tomó la cuerda que había cogido en la cuadra y la ató con firmeza al cabecero. Sin pensarlo, se pasó el otro extremo alrededor del cuello.

Miró las paredes de su habitación. Eran las mismas que durante toda su vida la habían protegido y ahora se veían ajenas a ella, distintas, como todo a su alrededor.

Fabia pensó en Gades, en aquel bello atardecer y en el mar. Una inmensa paz recorrió entonces su alma, igual que cuando vio aquel vasto espejo con sus tres tonos azules. Pero, a la vez, supo que sus sentimientos y todo su dolor, al igual que las olas, eran imposibles de dominar.

Su padre tenía razón al evocar el destino de Lucrecia. La estirpe de una mujer no era suya, sino moneda de cambio para el honor de los hombres. Todos lo sabían. Nadie dudaba de los culpables. Pero en aquel instante lo único sagrado que importaba era que aquella mancha desapareciera con la víctima, no con los verdugos. Y lo único cierto era que ya no deseaba seguir viviendo.

En ese momento saltó por la barandilla al vacío del vestíbulo. Su cuerpo luchó brevemente, con los estertores de una vida que nunca le había pertenecido, hasta que un silencio eterno la envolvió para siempre.

# PARTE II
# DOLOR

# XXVII

*Sucaelo*

Aquilio se despertó sobresaltado. El aire le pesaba en los pulmones, como si mil cuchillas le atravesaran el pecho. No sabía dónde estaba, hasta que el tormento, agudo y abrasador, lo devolvió a la realidad. El recuerdo de lo que había ocurrido despertó en su memoria. Una vez más, había caído en la trampa de Tauro y en esta ocasión por poco le había costado la vida. Estaba desnudo, apenas cubierto por un calzón. La rabia se apoderó de él cuando observó que sus brazos y buena parte de su cuerpo estaban quemados. Algo pegajoso le cubría la piel. Intentó arrancárselo, pero la punzada que sintió fue tan insoportable que un grito le desgarró la garganta.

—Yo no lo haría —dijo una voz, a su espalda.

Aquilio se giró de golpe; apenas veía bien.

—Soy Antyllus, el médico que ha asistido al dios Esculapio para salvarte. ¿Cuál es tu nombre?

—Claudio —mintió.

—Será mejor que bebas esto, Claudio —dijo ofreciéndole una copa con una bebida en su interior.

—¿Qué es? —preguntó escéptico.

—Triaca. Un compuesto hecho a base de opio, jengibre, canela y extractos de origen animal. Te ayudará a sobrellevar esta agonía.

El herido obedeció.

—Los dos primeros días han sido los peores —continuó el médico —. Tu cuerpo estaba al borde del colapso, desollado por el fuego de cintura para arriba y parte de una de tus piernas. Tuvimos que tomar medidas desesperadas para evitar que perdieras los humores...

—¿Humores? —preguntó el falso Claudio.

—Sí, los líquidos que gobiernan el cuerpo —respondió el médico, con la paciencia de quien lo ha repetido mil veces—. La sangre, la flema, la bilis amarilla y la negra. Un desequilibrio entre ellos provoca enfermedades, dolores... o incluso la muerte. Si te quitas lo que te cubre la piel, perderás esos humores vitales.

—¿Qué es lo que me han puesto? —quiso saber.

—Tu estado era muy grave, así que sacrificamos un cordero. Con retazos de sus entrañas hemos cubierto tus heridas; donde no pudimos usar intestinos, colocamos pergamino húmedo. —Antyllus carraspeó—. En tu rostro y en tu cuero cabelludo hemos usado el estómago del animal. Siento decírtelo así, pero no pudimos salvar uno de tus ojos.

Aquilio se quedó petrificado.

—Dame un espejo —ordenó.

—No lo recomiendo. Es mejor acostumbrarse poco a poco...

—¡Un espejo! —insistió.

El galeno fue a buscarlo. Había tratado a lo largo de su vida con cientos de pacientes y sabía el rechazo inicial que las quemaduras causaban en quienes las sufrían.

El paciente miró su reflejo con repulsión y horror. Tenía la cara completamente abrasada y, donde antes brillaba uno de sus ojos, ahora había una cuenca vacía y oscura. No tenía cabello, tan solo la piel del estómago del animal. No se reconocía. Parecía un monstruo. Todo cuanto veía le era ajeno. Levantó la cabeza, observando a su

alrededor. Una docena de hombres yacía en una hilera de camas, con los rostros demudados por el dolor.

—Sé lo que estás pensando —señaló el médico con tono serio—. Hemos hecho cuanto hemos podido y, por lo que veo, lo hemos hecho bien. Tienes suerte de estar vivo. Has dormido aquí, en el templo, las últimas tres noches. Y, por supuesto, gracias a la intervención del dios Esculapio...

De repente, unos golpes secos interrumpieron sus palabras. Alguien llamaba a la puerta del templo.

—Vuelvo enseguida —indicó Antyllus mientras se dirigía hacia la entrada.

En el umbral, se encontró con un sujeto de aspecto desaliñado.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el hombre de Esculapio.

—Estoy buscando a mi hermano —respondió el desconocido, desesperado—. Por favor, dime que está aquí.

—¿Tu hermano? ¿Por qué crees que debería estar en el templo del dios Esculapio?

—Se llama Aquilio —informó el visitante—. Se quemó en una taberna hace varios días. Desde entonces no sé nada de él.

Antyllus lo miró, enarcando una ceja.

—Aquí no está. El único individuo con quemaduras responde al nombre de Claudio.

El hombre palideció.

—Claudio soy yo. ¡Tiene que ser él! —manifestó casi suplicando—. Puede que esté confundido. Es mi hermano. Déjeme verlo, se lo ruego.

Antyllus dudó un instante, pero finalmente asintió; muchos hombres, tras una impresión tan grande, mostraban esa misma desorientación.

—Ven conmigo. Espero que puedas ayudarle a aceptar el impacto que ha sentido al verse el rostro completamente abrasado. Está bastante confundido.

Juntos cruzaron el templo, sorteando camas ocupadas por enfermos con diferentes dolencias, muchos cerca de ser acogidos por los brazos de Plutón, dios del inframundo. Un paciente detuvo a Antyllus para preguntarle algo. El hombre que buscaba a su hermano extrajo disimuladamente un puñal de su cinturón, mientras sus ojos recorrían todas las camas y a sus pacientes, rastreando en ellas los rasgos quemados de su enemigo.

Cuando el médico terminó, continuaron andando hasta llegar a la cama de Claudio.

—No puede ser —murmuró Antyllus al ver que estaba vacía.

—¿Qué ocurre? —dijo el hombre con preocupación.

—Estaba aquí cuando he ido a abrir la puerta.

El galeno fijó la vista en la ropa de lino que cubría la cama, ahora manchada con restos de sangre, pus y otros fluidos que desprendían un hedor repulsivo. No podía haberse marchado muy lejos. Se agachó para mirar debajo del catre, pero solo halló polvo.

—¿Hay alguna otra salida? —preguntó el otro con la respiración acelerada.

—Sí, la puerta trasera... —Antyllus se calló de repente al alzar la mirada y ver que estaba abierta—. Debería estar cerrada.

Su interlocutor corrió hacia allá. Ya fuera, solo encontró a un niño jugando con una espada de madera, de espaldas a la puerta.

—¡Dentatus! —gritó Tauro desesperado al salir—. ¿Hacia dónde ha ido?

Expositus se giró, sobresaltado.

—¿Quién? —preguntó asustado.

—¡Por los dioses, Dentatus! ¡Se te ha escapado delante de las narices! Solo tenías que vigilar este acceso.

—¡Por aquí no ha salido nadie! —protestó el niño.

—¡Estabas de espaldas! ¿Cómo lo ibas a ver?

—¡Te juro que por aquí no ha pasado nadie!

Antyllus apareció en ese momento. Algo allí no cuadraba.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? Su hermano morirá si no recibe nuestra atención.

Sin hacer el menor caso al médico, Tauro echó a correr por la calle que tenía frente a él. Expositus, insistiendo en que nadie había salido por la puerta, lo siguió de cerca.

Aquilio, instantes después, se incorporó de la cama donde había estado oculto, envuelto en una túnica que se adhería a su nueva piel y le provocaba un dolor insoportable. Arrastraba el pie quemado y cada paso se convertía en un suplicio que le atravesaba el cuerpo. Con esfuerzo, alcanzó la entrada principal. Antes de huir, se detuvo un instante y miró hacia atrás, hacia el lugar por donde había desaparecido el médico. Aunque las quemaduras le impedían mostrarlo, la ira se dibujó en su rostro: Tauro seguía vivo.

# XXVIII

*Sucaelo*

Domicia salió en dirección a la vivienda de Tito Papirio. Tauro había decidido que harían el camino por separado y se encontrarían allí, para no llamar la atención. Desde el regreso de su esposo, una maraña de pensamientos la acompañaba a cada paso que daba.

La primera imagen que la asaltaba, una y otra vez, era la de aquella maldita villa y lo cerca que había estado Tauro de encontrar la muerte entre sus muros. Su esposo le había relatado la tortura del escafismo a la que lo habían sometido y cómo, contra todo pronóstico, había logrado escapar. Desde ese momento, no podía apartar de su mente la visión de aquel sufrimiento. Solo entonces había tomado plena conciencia del peligro que los rodeaba.

Trató de ahuyentar aquella imagen para centrarse en la segunda causa de su desvelo: Tito Papirio y su fría indiferencia. Le costaba comprender por qué se había desentendido de ayudarlos ante el edil tras el incendio. Desde niña, criada en el seno de una familia patricia en Roma, había aprendido el valor del linaje y la importancia del honor familiar. Pero jamás habría imaginado que, para algunos hombres, ese orgullo pudiera estar por encima del amor hacia su propia hija. No lograba entender cómo el duunviro había pasado de ser un hombre desesperado, capaz de viajar hasta Augusta Emerita para implorar su ayuda, a mostrar la frialdad con que los había recibido desde su llegada a la ciudad. Aquel cambio la turbaba tanto

como el rumbo incierto que había tomado todo desde que pisaron Sucaelo. Además, la inquietaba la identidad del hombre que los había atacado en la taberna y que había logrado escapar de Tauro. Tal como había presentido su esposo, también ella intuía que, tras la desaparición de las niñas, se ocultaban personas muy poderosas.

Respiró hondo, procurando templar el ánimo justo cuando llegó a la vivienda de Tito Papirio. Tauro la aguardaba en la entrada. Intercambiaron una mirada de complicidad antes de llamar a la puerta. Ambos esperaban encontrar, al fin, alguna respuesta.

El esclavo abrió y lanzó una mirada de desconfianza al reconocer a los visitantes. Durante un instante, dudó si debía dejarlos pasar.

Tauro, leyendo la indecisión en el rostro del siervo, empujó la puerta con fuerza y se dirigió al *tablinum*, ignorando las protestas del esclavo.

Dentro, Tito Papirio se encontraba junto a su hijo. Estaba sellando una carta con su anillo sobre la cera caliente cuando ambos levantaron la vista, sorprendidos al oír voces en el interior de su hogar. Parvus, asustado al ver aparecer a Tauro, se refugió detrás de su padre.

—Yo me encargo, Epicteto —ordenó Tito Papirio—. Antes de continuar con tus tareas, ve a la *domus* del edil y tráelo junto con los esclavos encargados de la seguridad para que arresten a estas personas.

—Sea, *domine* —musitó el siervo inclinándose antes de abandonar la estancia.

Tito Papirio se aproximó a un arcón cercano y extrajo un pequeño saco de monedas.

—Supongo que no hace falta decir que ha sido un lamentable error solicitar vuestra ayuda. Os pido, con el debido respeto, que abandonéis esta *domus* y nos olvidéis para siempre.

—No queremos tu dinero, solo ansiamos encontrar a las niñas —señaló Domicia con firmeza—. Y hasta ahora no nos has ayudado mucho.

—¿Y por eso vais dejando un reguero de cadáveres y quemando tabernas? —replicó Tito Papirio.

—Las niñas estuvieron en una casa al este, llamada la villa de Mitra. ¿A quién pertenece? —inquirió Domicia.

—Nunca he oído hablar de ella. Os recomiendo que salgáis por detrás. El edil vive solo dos casas más arriba —contestó Tito con el rostro serio.

Tauro se acercó hasta quedar a escasa distancia de Tito Papirio; su presencia intimidaba.

—Te juro que no descansaré hasta encontrarlas.

El duunviro retrocedió.

—Tanto si las encuentras como si no, ya nada se puede hacer por ellas —admitió. Sus palabras salieron apagadas.

Domicia frunció el ceño, inquieta por aquella afirmación; no sabía a qué se estaba refiriendo. En medio del tenso encuentro, el sonido de la aldaba resonó con fuerza por toda la casa, interrumpiendo la tensa conversación.

—Supongo que será el edil —añadió Tito—. Cuando fui a buscaros, lo hice para que encontrarais a mi hija, no para ver mi nombre ligado a cadáveres y edificios en llamas. Si el resto de los duunviros descubre que los responsables de traer la violencia a la ciudad fueron invitados por mí, la reputación que tanto me ha costado conseguir quedará en entredicho. Pero mi esposa, Plautia, a quien amo por encima de todas las cosas, jamás me lo perdonaría si os entregara a la justicia. Por eso os estoy dando una oportunidad de huir.

Parvus se apresuró a abrir la puerta, mientras Tito señalaba hacia una salida trasera.

—Por allí podréis salir —indicó el duunviro invitándolos a marcharse.

Domicia, Tauro y el pequeño Expositus obedecieron y escaparon sin perder más tiempo por la puerta que les indicó Tito. Una vez fuera, una figura femenina, cubierta con una estola y el rostro oculto, les hizo un gesto para que la siguieran. Domicia vaciló, pero la mujer dejó caer el velo que le cubría el rostro, revelando su identidad: era Plautia, la esposa de Tito Papirio. La siguieron hasta el mercado, donde el bullicio de la gente les serviría de refugio.

—Sé que mi esposo ha prescindido de vuestra ayuda —confesó Plautia, con tristeza—. Solo quería despedirme y agradeceros que buscarais a mi hija.

—Y no abandonaremos la búsqueda hasta que la encontremos —aseguró Tauro con determinación.

Plautia suspiró aliviada.

—Tu esposo nos ha dicho que ya nada puede hacerse por ellas. ¿Qué quería decir? —preguntó Domicia.

—Hace unos días apareció una de las niñas, Fabia...

—¿Dónde? —interrumpió Domicia—. Quiero ir a verla.

—Me temo que sería inútil —dijo Plautia con la voz quebrada—. Se quitó la vida hace dos días.

—¡Por todos los dioses, Plautia! Es difícil encontrar a tu hija si no nos decís toda la verdad —reprochó Domicia indignada—. ¿Por qué no nos avisaste cuando Fabia regresó?

—Mi esposo dirá que fue porque el dueño de la taberna que quemasteis interpuso una denuncia para buscaros, pero la realidad es otra —admitió Plautia.

Tauro, impaciente, miraba a su alrededor, buscando signos de los hombres del edil.

—Fabia confesó que todas las niñas habían sido violadas —continuó Plautia—. Las familias más poderosas de la urbe prefieren que sus hijas no regresen. Algunas, incluso, han retirado su apoyo a los padres de Fabia por haber traído esta ignominia a sus hogares.

Domicia cerró los ojos y pensó con rapidez. Era justo lo que tanto había temido. Además, aquello explicaba la frialdad y la distancia de Tito: el miedo a descubrir que su hija, al igual que las demás, había sido mancillada.

—Sabemos desde hace tiempo que esa fue la causa de su secuestro. ¿De verdad pretendéis que creamos que ninguno de vosotros lo sospechó? —interpeló Domicia con dureza—. Como patricia, yo también fui educada bajo la evidencia de que el apellido no nos pertenece, sino que es legado de nuestro linaje, y tenemos el deber de custodiarlo con pureza por el honor de quienes nos precedieron. Pero esas niñas no son culpables de los crímenes cometidos por hombres sin alma.

—No sé cómo serán las cosas en Roma, pero aquí en Hispania da igual si las mujeres damos o no nuestro consentimiento. A ojos de los hombres, siempre somos culpables —dijo la madre con tristeza.

—¿Qué clase de vida les espera si no hacemos nada por ellas? —inquirió Domicia.

—Por eso Vitruvia, Cornelia y otras mujeres, incluyéndome a mí, deseamos que nuestras hijas vuelvan con nosotras, aunque sea arrastrando esa vergüenza —contestó Plautia.

—Debemos irnos, Domicia. El edil nos está buscando y no tardarán en dar con nosotros —advirtió Tauro.

—¿Fabia dijo algo antes de quitarse la vida? —quiso saber Domicia.

—Su madre nos comentó que dejó una tablilla de cera con una palabra escrita —explicó Plautia.

Tauro divisó a lo lejos a un grupo de hombres acompañados por alguien que llevaba la túnica de edil. Hizo un gesto rápido a Expositus para que distrajera a los hombres.

—¿Qué ponía en la tablilla? —apremió Domicia.

—Solo una palabra, un nombre: Elia. No es de este municipio, no sabemos quién es.

Domicia miró a Tauro; seguían sin tener gran cosa.

El pequeño Expositus robó una manzana de un puesto, provocando la ira del tendero, que comenzó a gritar. Los hombres del magistrado, alertados por el bullicio, se giraron hacia la escena y se dispusieron a perseguir al muchacho.

—Domicia, debemos aprovechar para irnos —urgió Tauro.

—Antes, necesito pedirte una cosa —dijo Plautia acercándose.

El antiguo *frumentarius* la miró, invitándola a hablar.

—Quiero que me traigas a mi hija. Si descubres que le ha ocurrido algo, prométeme, por tu amigo Marco, que se lo harás pagar a los responsables.

—Te lo prometo —aseguró Tauro mirándola a los ojos.

Escamado por los gestos de burla de Expositus, el edil, sospechando que todo era una distracción, se giró y reconoció a Tauro, señalándolo con el dedo y ordenando a sus hombres que lo capturaran.

—Domicia, ahora sí..., vámonos. Deprisa.

—Una cosa más —dijo Domicia—. ¿A quién pertenece la villa de Mitra?

—A un hombre poderoso. El edil de Corduba, además de esa, posee varias villas más aquí, en Hispalis... —explicó Plautia con prisa.

Tauro tiró de su esposa mientras los hombres del edil se aproximaban.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Domicia mientras comenzaban a correr.

—Todo el mundo lo conoce —gritó Plautia—. Aurelio Carisio.

# XXIX

*Gades*

Las mejores aprendices de Demetrio, las futuras *puellae gaditanae*, entre las que se encontraba Elia, eran testigos de la reprimenda que caía sobre una de las mujeres del lupanar. Tras ella aguardaba, intimidante, el Africano.

—Por favor, *domine*. Te lo suplico —rogó Annia, la bailarina más veterana y la encargada de enseñar a las pupilas a bailar.

—Creo que he sido claro —replicó el *leno*—. No podéis quedaros embarazadas. Os lo he explicado una y mil veces.

—Juro que utilicé los mismos métodos de siempre —insistió Annia.

Demetrio hizo un gesto al Africano. El esclavo comenzó a preparar una especie de brebaje en un cuenco de madera.

—¡No! Por favor, te lo ruego, *domine* —imploró Annia con la voz rota por la desesperación.

El dueño del lupanar caminó alrededor de las niñas, quienes seguían con la mirada fija en el suelo.

—Si soy capaz de hacerle esto a mi mejor bailarina, imaginad lo que os haré a vosotras —dijo con frialdad para, a continuación, hacer un gesto al hombre de África—. Dale el brebaje.

Este se acercó; la bailarina trató de huir, gritando de terror, mientras dos esclavos la sujetaban. Annia, en su intento de resistirse, arañó la espalda del Africano, quien no se inmutó, sino que le tapó la nariz con una mano, obligándola a abrir la boca,

mientras con la otra le inclinaba el cuenco. Un líquido espeso y amargo le quemó la garganta.

Los dos esclavos la soltaron, y Annia cayó al suelo con un golpe sordo. Durante un instante, solo sintió el frío del suelo bajo sus mejillas.

Hasta que todo comenzó.

Primero fue un zumbido perforándole los oídos. Después, las sombras cobraron vida. El aire se volvió espeso, pegajoso, negro. Los rostros de las crías, antes pálidos y asustados, se retorcieron en formas grotescas. Ojos sin párpados, bocas que se abrían hasta la mandíbula, dedos que se alargaban como gusanos hacia ella. Annia gritó, pero su voz se ahogó en el eco de risas que no provenían de ningún sitio y, a la vez, de todos los rincones.

—¡Dejadme! ¡No me toquéis! —aulló arrastrándose hacia atrás.

Las voces acometían ahora desde dentro de su cabeza, susurros en lenguas ininteligibles, gritos de criaturas que no eran humanas. Se tapó los oídos con tanta fuerza que sus dedos se volvieron blancos, pero el sonido no cesaba.

Y entonces lo sintió.

Un movimiento en su vientre, como si algo con garras luchara desde dentro por emerger. Sus manos, trémulas, se aferraron a su propio abdomen.

—¡Sácatelo! ¡Sácatelo! —gritaba arañándose la piel, convencida de que una criatura se retorcía bajo su carne.

Antes de que se hiciera más daño, Demetrio intercambió una mirada con el Africano y, con un gesto brusco, ordenó que la sujetaran. Los esclavos se abalanzaron, pero Annia forcejeó como una fiera. Entre cuatro hombres lograron inmovilizarla, aunque sus ojos seguían viendo, sus oídos seguían oyendo, y su mente seguía cayendo en el abismo.

—Voy a repetirlo por si no ha sido suficiente advertencia: si una sola de vosotras se queda preñada, nos haréis perder mucho dinero y mis amos se enfadarán. Recordadlo bien. Si sucede una vez, sufriréis las alucinaciones como Annia. Si ocurre dos veces, juro que acabaré con vuestra miserable vida.

Las niñas estaban paralizadas por el horror. Tenían miedo de lo que el gigante de piel oscura podía hacerles, pero temían mucho más al verdadero monstruo: el que se escondía dentro del dueño de aquel lugar.

La implacable voz de Demetrio resonó de nuevo:

—Antes de cada encuentro, debéis introduciros en la vagina una mezcla de aceite de oliva, miel y resina de cedro. Y cuando hayáis terminado de servir al hombre que ha pagado por vosotras, os lavaréis con agua fría. Además, cada día beberéis la infusión de ruda, mirto y mirra. Sin protestar. ¿Entendido?

Un murmullo de asentimiento recorrió la sala. Nadie se atrevía a levantar la cabeza.

Elia se fijó en el hombre de mirada blanca. Tenía sangre en la espalda, fruto del forcejeo con Annia. El siervo se giró, como si pudiera notar que lo observaban, y clavó la mirada en ella. Uno de sus ojos era completamente blanco. Elia sintió que su piel se estremecía y apartó la vista.

—Mañana partís hacia Roma —anunció el *dominus*—. He invertido demasiado esfuerzo en vosotras. Si recibo la más mínima queja, si alguien me dice que no habéis estado a la altura, os buscaré hasta debajo de las piedras. Y si alguna, a pesar de mis advertencias, osa quedarse embarazada, no os imagináis lo que el Africano os hará. Y ahora, fuera de mi vista.

Las niñas obedecieron y se marcharon.

—Tú no, Elia.

La joven se detuvo en seco, paralizada al escuchar su nombre, mientras las demás continuaban.

Demetrio no habló de inmediato. Avanzó hacia ella con lentitud. En la sala, sepultada bajo un silencio premonitorio, lo único que se oía eran las pulseras que él hacía tintinear a propósito y, por encima de todo, su respiración, laboriosa, debido a su enorme peso. Cuando estuvo lo bastante cerca, inclinó el rostro hacia la muchacha, que sintió en su aliento el aroma agrio del vino.

—Sigo investigando cómo tu amiga pudo escaparse. Aún no lo he descubierto, pero si me entero de que tuviste algo que ver, lo pagarás.

—No tuve nada que ver, *domine*, lo prometo —dijo Elia tratando de que sus manos no temblaran.

—Me ha llegado una carta de Aurelio Carisio. Ha ordenado que no vayas a Roma. Que te quedes aquí.

La pequeña patricia levantó la vista apenas un instante, pero no pronunció palabra.

—¿Puedes explicarme por qué?

—No lo sé, *domine* —respondió Elia.

—No sé qué hiciste cuando estuviste a solas con él, pero no te saldrá gratis quedarte.

La joven evitó sus ojos, sumisa.

—Sin Annia, eres la mejor bailarina —prosiguió Demetrio, moviendo de nuevo las pulseras—. A partir de ahora, te encargarás de entrenar a las nuevas.

La niña abrió la boca para protestar, pero algo en la mirada de Demetrio la detuvo.

—Quizá quieras experimentar en tu propio cuerpo las mismas alucinaciones de Annia.

—No, *domine* —murmuró bajando la mirada aún más—. Haré lo que me pidas.

—Ve con las demás. Sal de mi vista.

La muchacha obedeció y caminó hacia la cámara donde dormía con las otras niñas. Allí rasgó un trozo de tela de una túnica vieja. Luego fue al comedor. Esperó. Cuando se aseguró de que nadie la observaba, robó una pequeña frasca de vino y, sin volverse, se dirigió a la habitación del Africano.

La puerta crujió al abrirse. El hombre se incorporó de inmediato, entre sorprendido y tenso. Al verla, dio un paso al frente con el rostro endurecido.

Elia se detuvo. Alzó la frasca y el trozo de tela frente a su rostro, como un escudo. Cerró los ojos, temiendo un golpe. O algo peor.

Pero lo único que sintió fue el portazo seco al cerrarse la puerta tras ella.

—Venía a ver si necesitabas ayuda —acertó a decir.

El Africano guardó silencio. Permaneció inmóvil, a escasa distancia, observándola, como si pudiera leer a través de su piel. Tomó la frasca y el paño sin pronunciar una palabra. Empapó la tela y trató de limpiarse la herida de la espalda, pero apenas conseguía llegar.

La pequeña respiró, por fin, algo más tranquila. Miró a su alrededor con cautela. No había cama y supuso que ese hombre dormía en el suelo. Solo tenía estantes llenos de frascos, raíces secas y ungüentos. En el ambiente había un olor penetrante, a tierra húmeda y resina.

—Si quieres, puedo ayudarte —murmuró en voz baja.

El hombre se volvió.

—Me llamo Elia —añadió, y con delicadeza le quitó el paño de las manos para continuar ella misma.

El hombre no protestó. Se giró hacia uno de los muebles, recogió un puñado de hierbas secas y las mezcló con un aceite oscuro. Intentó aplicárselas, pero la dificultad de alcanzar la herida se lo impedía.

Ella se acercó de nuevo. Lo ayudó, sin hablar, con gestos suaves. El Africano seguía estudiándola en silencio.

—Massin —dijo de pronto.

Elia lo miró, desconcertada.

—Mi nombre —aclaró—: Massin.

—¿Hablas mi idioma?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Y por qué nunca hablas?

—Nunca nadie hablar conmigo, todos creen que soy un monstruo. Hasta ahora. Te estaba esperando.

—¿A... mí?

—Apareciste en mis visiones.

# XXX

*Sucaelo*

Tauro bajó las escaleras de la habitación de la taberna donde se ocultaban, en el otro extremo de la ciudad, lejos de aquella que había ardido. Al llegar al salón, echó un vistazo a los habituales bebedores; no parecía haber ningún rostro nuevo ni nadie sospechoso. Solo un detalle llamó su atención: un carpintero reparaba una de las mesas.

Observó al hombre con detenimiento, reconociendo a quien es diestro en su oficio y sabe lo que hace.

—Todo parece en orden. Ve a buscar a Domicia —ordenó a Expositus, pendiente de las manos del carpintero.

El niño asintió y enseguida regresó acompañado por la patricia. En ese instante, el carpintero comenzó a preguntar en voz alta por su bolsa de herramientas; alguien se las había robado.

—Vamos, ha llegado la hora de hablar con el duunviro —dijo Domicia.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Expositus.

—Son las herramientas del carpintero —explicó.

—¿Puedo quedármelas? Me gustaría aprender el oficio.

Domicia lanzó una mirada a su marido, contrariada.

—Tranquila, se las devolveré. Solo es por si las necesito —contestó sin detenerse.

—Por ahí no —advirtió su esposa.

—¿No íbamos a ver al duunviro?

—Así es.

—Aurelio Carisio vive en Corduba. La puerta está en esa dirección.

—No me refería a ese duunviro —corrigió Domicia—, sino al que ha estado ocultándonos información desde que llegamos.

Tito Papirio había salido de su *domus* en dirección al foro acompañado de su hijo. Avanzaron por la calle. Los puestos de comida y artesanía llenaban el aire del bullicio habitual de la urbe. Parvus caminaba erguido, orgulloso, como siempre que acudía al foro junto a su padre. Al cabo de un rato se volvió, extrañado por el silencio prolongado.

—¡¿Padre?!

El joven retrocedió sobre sus pasos, buscando en los negocios más cercanos. No había rastro de él; había desaparecido.

Tauro los había seguido a corta distancia y aguardó con paciencia el momento oportuno. Cuando Parvus se despistó, colocó un puñal en la espalda de Tito y le susurró al oído:

—No te muevas.

Lo obligó a caminar hasta una taberna cercana, siempre a su espalda, con la hoja presionándole el costado como advertencia.

—Guardaré el puñal, pero si intentas huir o atraer la atención, lo usaré —advirtió con calma.

—¿Qué es lo que quieres de mí? Creía haber dejado claro que no deseaba volver a veros.

El veterano centurión no respondió y entraron en una taberna. Tito saludó a varias personas mientras avanzaba hacia la habitación que Tauro le indicó. Dentro, los esperaban Domicia y Expositus.

—Siéntate —ordenó Domicia.

Tito obedeció.

—Seré sincera contigo —dijo la patricia, sin apartar la mirada de Tito, que la observaba con arrogancia—. Desde que llegamos a Sucaelo, hay algo en tu actitud que no encaja. Pero no eres tú quien me preocupa..., sino Tauro.

El duunviro desvió la mirada hacia el antiguo *frumentarius*, que se movía inquieto por la sala; supuso que lo hacía para intimidarlo.

—Os pedí que encontrarais a mi hija, no que arrasarais la ciudad —replicó Tito con altivez.

Tauro iba a golpearle, pero su esposa se interpuso entre ambos, erguida.

—Será mejor que empieces a comprenderlo, Tito —dijo Domicia con frialdad—. Nos suplicaste ayuda y aceptamos venir. Desde entonces no has hecho más que eludirnos y ocultarnos la verdad. Es como si no quisieras que encontremos a tu hija. No estamos aquí por ti, sino por ella... y por la memoria de Marco. No descansaremos hasta hallarla. Cuando Tauro dio con el lugar donde podían retenerla, lo secuestraron y lo torturaron. Y no tolero que dañen a quienes amo. Tampoco has hecho nada por defendernos ante el edil, sino todo lo contrario. Así que, si detecto una sola mentira más, no volveré a interponerme entre vosotros dos.

Tito Papirio apretó los labios y sostuvo la mirada, sin rastro de miedo. En su gesto solo había la soberbia de quien se cree obligado a tolerar, una vez más, la presencia de aquellos a los que tenía por poco más que bárbaros.

—Mi hijo dará aviso en cuanto note mi ausencia. Varios hombres me han visto entrar aquí y esta vez no moveré un dedo para impedir que os arresten.

—Entonces seremos rápidos. Te lo preguntaré de nuevo: ¿de quién es la villa de Mitra?

—Ya te dije que lo desconozco.

Domicia intercambió una mirada con Tauro, quien sacó de la bolsa del carpintero un martillo, sujetándolo con calma.

—Está bien... —cedió Tito retorciéndose en la silla—. Pertenece a Aurelio Carisio.

—¿Por qué nos lo ocultaste? —insistió Domicia.

—Tiene mucho poder. Me destruiría si me hubiese atrevido a ir contra él, y desde luego no dudaría en destruir a mi familia.

—¿Tenéis negocios juntos?

—Aurelio Carisio se dedica a la venta de ladrillos; tiene varios hornos en Corduba y otras urbes. No veo en qué podríamos hacer negocios.

Domicia volvió a dirigir la mirada a Tauro, que esta vez sacó de la bolsa un cepillo de carpintero con una afilada cuchilla.

—La primera vez que estuvimos en tu casa, tu esclavo nos dijo que te habías ido para tratar una venta de aceite en Augusta Emerita. Si este se vende en los meses de octubre y noviembre, ¿cómo es posible que tú lo hagas en mayo?

Tauro tomó la mano de Tito y la colocó sobre la cuchilla del cepillo. El magistrado respiraba con ansiedad, sintiendo el filo en la piel.

—Mi aceite es apreciado... Buscaba acuerdos futuros.

Domicia hizo un gesto para que Tauro soltara la mano de Tito.

—Tengo aún varias dudas que me intrigan —dijo, sin apartar la mirada de su invitado forzoso.

El duunviro suspiró al notar la mano libre de nuevo.

—En todos los municipios por los que hemos pasado, cada aspirante a las elecciones tiene pinturas en su vivienda anunciando su candidatura. Tu casa carece de pinturas electorales. ¿Por qué?

Tauro apoyó de nuevo la cuchilla sobre los dedos de Tito.

—No me he presentado a ningún cargo —respondió con falsa calma.

Ella lo escrutó con sus sagaces ojos y continuó:

—He estado en tu casa varias veces. La puerta tiene un soporte para cerrarla con un hierro. ¿Por qué esa noche lograron entrar y llevarse a tu hija?

—Supongo que el esclavo encargado de ponerlo lo olvidó. Hablaré con él.

—Curioso —continuó Domicia—. He hablado con varias madres de las niñas secuestradas. Todas sus casas poseen el mismo tipo de pasador, pero esa noche, ninguna de ellas lo tenía puesto. Alguna tiene una excusa convincente. ¿Puedes ofrecerme la tuya?

Tito bajó la mirada. Su voz tembló.

—No sé de qué habláis... —murmuró con miedo.

Tauro golpeó la mesa con el martillo.

—Mientes. El siguiente golpe será en tu dedo —advirtió el antiguo soldado, sin perder la calma—. Alguien os avisó para que no lo pusierais. ¿Quién?

—Nadie.

El exlegionario levantó el martillo.

—Está bien... —dijo intentando detener a Tauro—. Os lo contaré todo... El gobernador promulgó un *edictum provinciale*, a petición de Aurelio Carisio, donde se prohibía cerrar las puertas por dentro para que, en caso de incendio, los esclavos encargados de la seguridad pudieran acceder y salvar a los ciudadanos.

Domicia arqueó una ceja, escéptica.

—¿Y creísteis ese subterfugio? —preguntó—. Sabíais que os dejaba expuestos.

Tito tragó saliva y asintió con resignación.

—Nunca imaginamos el motivo real detrás de ese edicto —admitió —. Todos los duunviros lo hablamos, pero el miedo nos venció. Ese hombre..., Aurelio, vino y nos amenazó con matar a nuestras familias si decíamos que habíamos descubierto la verdad. Que no era por protegernos, sino para arrebatarnos a una de nuestras hijas. Además, admitirlo ante el gobernador habría implicado confesarles a nuestras esposas que sabíamos quién estaba detrás de los secuestros.

Domicia se inclinó hacia él.

—¿Sabías que, de haber hablado antes, a las niñas se las habría podido salvar de algo tan atroz como una violación y no lo denunciasteis?

Tito asintió apesadumbrado.

—Jamás nos lo perdonaremos —susurró con la voz rota.

—Entonces, si ya sabíais quién estaba detrás, ¿por qué fuiste hasta Augusta Emerita en busca de Tauro?

Tito tragó saliva, dudando.

—Plautia me obligó a ir a buscarlo y la amo tanto que no pude negárselo. Pensé en decirle que no lo había encontrado, pero al verlo en la taberna, me pareció un hombre abatido, abandonado al vino; no daba un sestercio por él. No contaba contigo, Domicia.

—Continúa —ordenó esta.

—Lo que nunca imaginamos es que una de las niñas, Fabia, escaparía y vendría para decirnos que habían sido prostituidas.

—Yo tardé un día en averiguarlo. No me creo que nadie más no lo pensara. ¿Cuál iba a ser el motivo de secuestrarlas, si no?

—Claro que lo suponíamos. Tú eres una patricia de Roma, Domicia. Sabes la ignominia y la vergüenza que supone para el honor de una familia un acto de ese tipo; imagina para todo un municipio. Si Fabia no hubiera regresado, habría sido como vivir en

la ignorancia. Con la duda, pero sin saber realmente qué pasó. Las mujeres habrían tenido siempre la esperanza de pensar que sus hijas algún día regresarían y nosotros el deseo de que nunca más volvieran.

—¿Preferíais no saber si estaban vivas antes que conocer la verdad? Vuestras hijas están sufriendo mientras vosotros cenáis en vuestros triclinios.

—Hay verdades que ciegan más que la luz del sol. Por eso os ocultamos información... No queríamos que siguierais investigando. Y ahora lamento haberos mentido.

Domicia respiró hondo y, con frialdad, señaló la puerta.

—Vete, Tito. Nosotros seguiremos buscando a las niñas. Cuando todo esto termine, tendréis que denunciar a Aurelio al gobernador y asumir vuestra culpa. Quizá así puedas mirarle a los ojos a tu hija..., si ella alguna vez decide perdonarte.

El duunviro se levantó, afectado.

—Espero que podáis comprendernos. Teníamos miedo de Aurelio. Debía proteger al resto de mi familia. Por favor, no le digáis nada a Plautia; la amo con todo mi corazón y jamás me lo perdonaría.

—No somos nosotros quienes debemos entenderlo, sino vuestras hijas. Ellas son las que os juzgarán por no haber hecho nada cuando debisteis hacerlo.

Tito Papirio asintió y salió.

Domicia observó a Tauro en silencio durante unos instantes.

—¿Qué opinas? —preguntó al fin.

—El miedo siempre nos empuja a ver las cosas peor de lo que son. Pero sé quién tiene todas las respuestas que necesitamos. Creo que ahora sí ha llegado el momento de conocer a ese tal Aurelio Carisio.

# XXXI

*Gades*

Elia cerró la puerta del dormitorio del hombre africano. Cuando salió, se topó de frente con Demetrio.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó el *leno* observándola con desconfianza.

—Lo siento, *domine*, me he confundido de habitación —respondió Elia inclinando la cabeza.

El hombre la miró con el rostro serio, como si intentara desentrañar si ocultaba algo. Sin embargo, otras preocupaciones ocupaban su mente en ese momento.

—Acompáñame. Ha llegado un grupo de niñas nuevas desde Urgao[1] y quiero que te vean bailar.

La joven asintió, obediente, respiró hondo y lo siguió sin más. Al llegar al cuarto donde estaban las recién llegadas, Elia sintió una punzada en el pecho: las niñas eran muy pequeñas. Al ver entrar a Demetrio, comenzaron a temblar; el miedo se reflejaba en sus miradas y recorría sus pequeños cuerpos.

—Déjame sola con ellas, *domine* —pidió Elia en un susurro.

Su obeso señor arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—Solo están asustadas —continuó Elia—. Se adaptarán más rápido y estarán listas para ir a Roma mucho antes si dejas que yo

me encargue. Sé lo que están sintiendo. Yo también pasé por esto y sé cómo calmarlas.

Él la miró con incredulidad. Dudaba de aquella joven que había llegado y se había adaptado con tanta rapidez, con tanta eficacia.

—¿Crees que soy estúpido? —preguntó posándose las manos encima de la enorme barriga—. Sé lo que tramas. No pienses que esto te traerá ningún tipo de beneficio.

—Solo quiero ayudarlas a aceptar su nueva vida lo antes posible —replicó la muchacha sin levantar la vista.

Demetrio la miró con frialdad durante un instante, evaluándola, hasta que al fin salió en busca del Africano. Elia se quedó sola con las diez niñas. Una de ellas sollozaba mientras las otras temblaban de miedo.

—Sé que estáis asustadas —les dijo la chica con voz suave—. Pero no os preocupéis, estoy aquí para ayudaros.

Se agachó y trató de consolar a la niña que lloraba.

—Yo también estuve en el mismo lugar que vosotras no hace mucho —susurró—. Fabia, una amiga, me hizo sentir mejor.

Con una caricia en el cabello de otra niña, que se aferró a ella en silencio, Elia intentó calmar a las pequeñas.

—Me quedaré con vosotras hasta que estéis más tranquilas —añadió ofreciéndole la mano a una criatura que la rechazó con recelo —. No iré a ninguna parte... ¿Cómo te llamas? —preguntó paciente.

—Quiero irme a mi casa —contestó la niña.

—Yo también quiero volver a mi hogar —le susurró la adolescente con ternura—. Pero ahora que estoy aquí con vosotras, no deseo moverme de este lugar.

La pequeña la miró con ojos grandes y asustados.

—Me llamo Cornelia.

—Tienes un nombre precioso, Cornelia —aseguró Elia con una sonrisa.

Un rato después, Demetrio regresó y se detuvo a observar a través de un resquicio de la puerta. Las niñas, aún temerosas, habían empezado a relajarse y rodeaban a su bailarina, hablando en voz baja y con menos tensión.

—Si necesitáis algo, solo tenéis que buscarme —les decía la patricia—. Haré todo lo posible para que no os falte nada...

Demetrio, sin que Elia lo notara, escuchaba cada palabra. Una sonrisa tenue se formó en sus labios: tenía frente a sí a una inesperada aliada. En ese instante, el Africano llegó y, al darse la vuelta, el *leno* dejó de escuchar las últimas palabras de su aprendiza.

El *leno* entró en la habitación seguido de Massin. Los ojos del Africano se encontraron con los de Elia, que se levantó de inmediato. Al ver a aquel hombre de piel oscura y aspecto intimidante, las niñas se pusieron a llorar y se ocultaron tras ella, aferrándose a su vestido. Las manos de la incipiente maestra temblaban mientras rogaba en silencio para que Demetrio no hubiera escuchado su última promesa. Estaba convencida de que no la había oído. De haberlo hecho, su actitud sería distinta.

—Baila —exigió Demetrio.

Elia no lograba desprenderse de las niñas. Estaban tan asustadas y la aferraban con tanta fuerza que le resultaba difícil separarse de ellas. Sin embargo, aquella promesa que les había hecho seguía resonando en su mente, una y otra vez. Demetrio la observaba con atención y Elia bajó la mirada, temerosa de que pudiera leer a través de sus ojos la sentencia que había jurado a las niñas: «Os prometo que muy pronto acabaré con él».

# XXXII

*Sucaelo*

Antyllus salió del templo de Esculapio, donde los enfermos más graves pasaban la noche en la cella, esperando que el dios intercediera por ellos para curarlos. Los establecimientos y las tabernas habían cerrado hacía unas horas. Las calles estaban vacías y lo recibieron silenciosas, bajo la escasa luz de unas pocas antorchas. Comenzó a caminar hacia la ínsula donde vivía, envuelto en sus pensamientos, cuando sintió unas pisadas a su espalda. Se detuvo y se volvió, pero no había nadie.

El griego continuó caminando. Lo más probable era que el cansancio tras las largas horas atendiendo a pacientes le hiciera escuchar y ver cosas donde no las había. No era la primera vez que sufría un robo, pero esa noche no podía permitirse desprenderse de lo que llevaba. Agarró con fuerza su zurrón. Estaba cerca de su ínsula.

De nuevo, el viejo médico se detuvo al oír no solo unas pisadas, sino también el ruido de un animal y un crujido que no supo identificar. Se ocultó en un pequeño callejón. Los sonidos resonaban con más claridad. Estaban muy cerca.

No llevaba nada para defenderse, así que extrajo la pequeña bolsa de cuero que portaba y la ocultó en el suelo, entre lo que le parecieron dos piedras. Si le robaban, al menos no se llevarían sus medicinas.

Al fin, se atrevió a mirar. El crujido provenía de uno de los carros que recogían la basura de la calzada y los pasos eran los de los *stercorarii*, los hombres que limpiaban las calles. El gruñido brotaba de los hocicos de los cerdos atados al carruaje, que husmeaban restos de comida entre los desperdicios. Antyllus exhaló aliviado, sintiéndose ridículo. Cientos de veces se había cruzado con los encargados de adecentar las calles y, sin embargo, no los había reconocido. Quizá porque esa jornada había trabajado demasiado.

Al llegar a su ínsula, frotó un *igniarium*, un pequeño objeto de hierro, contra un pedernal, encendiendo una mecha impregnada en azufre. Con ella prendió varias lucernas en la pequeña habitación. Aún tenía trabajo por hacer. Quería dejar constancia en sus escritos de los avances de algunos de sus pacientes y de varios pensamientos sobre nuevos remedios. Mientras encendía la última lámpara, se sobresaltó al ver una figura en la penumbra del rincón. La mecha encendida le cayó de la mano.

—¡Apágala! —ordenó la voz de Aquilio desde las sombras—. No soporto el fuego.

—¡Por Esculapio! Casi me matas de un susto —murmuró Antyllus mientras pisaba la llama—. A mi edad, no es prudente alarmar tanto al corazón.

—¿Lo has traído? —preguntó la figura avanzando hacia la luz.

—Primero, deja que te examine, Claudio.

Aquilio se acercó a las lucernas. Aún lo incomodaba, incluso aunque fuera un médico, que alguien viera su nuevo aspecto. Antyllus lo examinó en silencio; las quemaduras parecían estar cicatrizando, el tejido se estaba endureciendo, aunque las marcas seguían frescas y el peligro no había pasado.

—Tienen buen aspecto. Ya no perderás humores, aunque necesitarás limpieza en el templo para retirar los tejidos muertos —

dijo.

Aquilio calló, pero el heleno percibió el temblor en sus manos, el brillo febril en sus ojos. Un hedor a vómito lo envolvía.

—Pero hay algo que me preocupa más —añadió examinando el único ojo del quemado—. Tienes la pupila dilatada, estás empapado en sudor... Te advertí que esto podía suceder.

—Dámelo —ordenó Aquilio impaciente.

Antyllus se levantó y buscó por la habitación, palpando entre sus cosas sin hallar lo que Aquilio necesitaba.

—¡Por Esculapio! Debo de haber dejado la bolsa en el callejón —murmuró.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está el opio?

—Iré a por ella. Solo será un momento.

Antyllus salió apresurado, sin notar que Aquilio lo seguía a escasa distancia. Ya no confiaba en nadie, ni siquiera en el galeno que lo había salvado. Amparado en la oscuridad de la noche y buscando las sombras que producían las antorchas, lo persiguió, vigilando cada movimiento de aquel súbdito de Esculapio. Al verlo desaparecer en el callejón donde había escondido la bolsa, Aquilio entendió que era una trampa y supuso que Tauro lo estaba esperando. Extrajo un puñal oculto bajo la túnica y se asomó despacio al callejón.

No le pareció reconocer ninguna figura en la oscuridad. No había nadie. Aquello no parecía formar parte de ningún plan.

Estaba a punto de guardar el puñal, pero entonces, del suelo emergió un bulto oscuro justo frente a él. No lo pensó. La tensión lo dominó. Actuó por instinto y hundió la hoja sin mirar dónde la clavaba.

El médico se levantó en ese momento del suelo y sintió que algo frío le atravesaba la piel.

Un hombre estaba de pie junto a él.

Antyllus notó la calidez de su propia sangre empapándole la túnica. Tentó la herida de donde brotaba. Si hubiera tenido una lucerna, sabría sin lugar a dudas que los humores, esos de los que siempre hablaba a sus pacientes, eran oscuros y, por lo tanto, el daño había alcanzado al hígado.

—Pensaba que me estabas engañando —murmuró Aquilio.

—Al único que he engañado en mi vida fue a mí mismo —jadeó Antyllus.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó.

—Déjame morir en paz.

Aquilio caminó de espaldas, despacio. Negó con la cabeza. Por primera vez en su vida, matar a un hombre lo abrasaba por dentro, más incluso que las quemaduras que tenía por todo el cuerpo. Aquel médico le había salvado la vida, curado sus heridas y calmado los dolores que lo estaban desgarrando y él, a cambio, lo había recompensado con la muerte. Pero ya era tarde para lamentarlo. A pesar de ser un sentimiento desconocido, el arrepentimiento no cambiaba lo que había hecho.

Antyllus no pasaría a ser una muesca más en su punzón.

—Que la tierra te sea leve —añadió mientras le arrancaba la bolsa de las manos al médico. Después, se perdió en la oscuridad.

Tembloroso, su víctima se apoyó en la pared del callejón y emprendió el que sería el último viaje hacia su ínsula. Las piernas le fallaban y cada paso costaba más que el anterior, pero logró subir las escaleras y entrar en su hogar. Las lucernas aún ardían y, junto a una de ellas, separó la mano de la herida para examinarla. Al ver la sangre, sintió un mareo. Se dejó caer en su silla, la misma donde había anotado cada avance y cada palabra de frustración por aquello que no había logrado comprender en sus años de práctica.

Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Imaginó que su rostro se habría puesto más pálido y, con dificultad, lo escribió en sus papiros. Siempre había dado a sus pacientes mandrágora para que no sintieran dolor; entonces se dio cuenta de su error, pues él mismo no sentía nada. Tomó nota, muy despacio, de todo cuanto experimentaba. Cómo le subía la fiebre, cada espasmo, el modo en que su visión se empañaba y la forma en que su respiración se fatigaba. Quizá aquello algún día ayudaría a comprender los misterios que se esconden tras la vida de un ser humano. Su mano iba cada vez más lenta, entre los temblores y el agotamiento que ya dominaban su cuerpo. Sus ojos empezaron a cerrarse hasta que su mano dejó de obedecer.

Antyllus exhaló su último aliento con el cálamo con el que escribía aún entre los dedos, dedicando sus últimas palabras a lo único que jamás podría repetir: describir lo que veía, lo que oía y lo que sentía un ser humano en los instantes previos a la muerte.

# XXXIII

*Hispalis*

Tauro esperaba en la *domus* de Aurelio Carisio junto a Expositus, mientras Domicia descansaba en la taberna. Durante años había montado guardia, primero como legionario en la II Parthica y después cuando Julia Mesa lo nombró centurión de los *frumentarii*. Tanto cuando protegía a Roma de enemigos externos como cuando lo hacía de los que se encontraban dentro de sus propios muros, no soportaba las largas horas de vigilancia.

—No quiero ser vigilante, Tauro —bostezó Expositus—. Prefiero ser de los *vigiles*... o carpintero.

—Vaya, eso sí que es una novedad.

—Es aburrido tener que estar aquí sin hacer nada.

—Sin embargo, es necesario. Hemos de saber cuántos hombres escoltan a Aurelio Carisio y si en algún momento lo dejan solo.

—Pues es aburrido. Ya no quiero ser legionario.

—No te lo discuto. Cuando eres legionario, las guardias son con compañeros en el campamento. Pero yo era algo más que legionario. Era un *frumentarius*, no agrumentario, indumentarus, ni ninguna de esas palabras que has inventado, y ahí las vigilancias se hacen sin ninguna compañía.

—¿Eso es lo que me has estado ocultando tanto tiempo? ¿Que dejaste de ser *frumentarius* porque os pasabais el día vigilando?

—No exactamente. Es cierto que observábamos a todos los que querían o pensaban hacer daño al emperador. Pero no solo eso, interceptábamos su correspondencia y también teníamos un entrenamiento muy estricto.

Tauro observó al muchacho, que ahora lo miraba con atención, y pensó en cómo podría aprovechar su interés.

—Entrenábamos a diario, no solo en lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Tauro, quiero ser *frumentarius*!, ¡enséñame!

—No sé, Expositus, hay que ser un tipo valiente y no sé si estás preparado. También nos adiestraban en técnicas de escape, supervivencia al aire libre y habilidades de engaño: suplantación, infiltración, camuflaje. Además, debes ser experto en habilidades para esconderte y escapar si alguien te persigue. ¿Te crees capaz?

—¡Ya lo creo! ¿Y tú?, ¿eras un buen *frumentarius*?

—Supongo que sí, ya que era su centurión y no solo debía adiestrar a unos doscientos hombres, sino, en ocasiones, también a la guardia pretoriana.

—Haré lo que sea. Ponme a prueba.

—Está bien, iniciaremos tu adiestramiento —dijo Tauro con seriedad—. Quiero que des la vuelta por detrás y me digas si ves a algún hombre vigilando la puerta trasera. Aléjate, procura que no te vean y, por supuesto, no hables con ellos. Calcula una hora observando el sol y vuelve cuando haya transcurrido.

Expositus se marchó a todo correr. No había pasado ni la mitad del tiempo cuando regresó.

—Nada, Tauro, solo había dos hombres jugando a los dados.

—¿Jugando a los dados? ¿Qué aspecto tenían?

—Más o menos como tú. Aunque, por las voces que daba uno de ellos, parece que le han limpiado todo su dinero.

—Bien hecho —asintió Tauro—. Has observado sin ser visto. Eso es lo primero que se aprende. Serás un buen *frumentarius.* ¿Qué más?

—Cuando el tipo lo desplumó a los dados, salió otro hombre de la casa y les dijo que entraran.

—Eso es porque se están preparando para irse —comentó Tauro poniéndose en pie.

Un momento después, la puerta se abrió. Tauro identificó de inmediato a Aurelio Carisio: vestía una toga blanca con una franja púrpura. Siete hombres caminaban junto a él a corta distancia. Tauro, observando a los escoltas, imaginó que eran gladiadores o legionarios retirados; enfrentarse a ellos sería una locura.

—¿Quiénes eran los hombres que jugaban a los dados?

—Los dos que van al final. El más alto ha sido el que ha desplumado al otro.

Durante todo el día, los hombres no se separaron de Aurelio Carisio mientras él atendía sus asuntos en el foro. Era imposible aproximarse sin llamar la atención. Cuando el duunviro regresó a su casa, dos de sus escoltas, entre ellos el jugador de dados, se retiraron.

Tauro, advirtiendo el aburrimiento de Expositus, le propuso algo:

—Si haces lo que te digo y lo haces bien, te enseñaré unos movimientos con la espada.

—¿De verdad? —soltó el muchacho entusiasmado.

—Pero es una misión importante, así que confío en que lo harás tal como te diga.

—¿Qué tengo que hacer?

—Sigue al más alto, el que ha ganado a los dados. Quiero que me digas a qué taberna se dirige. Seguro que, si está en racha, querrá seguir gastándose el dinero que le ha ganado a su compañero. Yo

esperaré aquí para ver si el resto de los hombres salen o se quedan toda la noche con su amo.

Varias horas después, Tauro llegó a la taberna de Vetusto, tal como Expositus le había indicado. El antiguo centurión recorrió el local con una mirada rápida y precisa. A simple vista no vio a nadie jugando a los dados, pero la presencia de un hombre corpulento vigilando una de las puertas laterales bastó para confirmarlo: en el interior se celebraba una partida clandestina. Las apuestas estaban prohibidas por ley, salvo durante la Saturnalia, la gran fiesta anual.

Tauro se acercó al guardia con una media sonrisa.

—¿En qué legión serviste? —comentó señalando su tatuaje y mostrando sus propias marcas, gastadas pero visibles.

El vigilante lo examinó de arriba abajo antes de responder.

—II Parthica —dijo con sequedad.

El *frumentarius* alzó una ceja.

—¿En serio? Yo también. Antes de pasar a servir a Julia Mesa.

El cambio fue inmediato. El guardia abrió los ojos asombrado y le estrechó la mano.

—¿En qué cohorte? —quiso saber Tauro.

—Serví en la tercera cohorte a las órdenes del emperador Macrino antes de que ese malnacido vendiera nuestras vidas por un saco de monedas persas —dijo escupiendo al suelo.

Su interlocutor asintió sin entusiasmo.

—En mi caso, cuando supe que nos había traicionado, escapé junto a mis compañeros. Pero no todos corrimos la misma fortuna —admitió, esforzándose por no pensar en ello.

—De habernos quedado junto a él, habríamos perdido la vida. Gracias a eso solo perdí los dedos de la mano —dijo enseñando, orgulloso, un muñón.

—¿En la batalla de Antioquía?

—Allí mismo. Macrino tenía arqueros partos en la colina norte. Sus flechas atravesaron mi escudo y me arrancaron todas las falanges. El médico quiso cortarme el brazo. Preferí romperle la nariz. Desde entonces, por lo único que maldigo es por no poder jugar a los dados.

—En el campamento jugaba cada noche. Puede que en alguna ocasión te desplumara.

—Si hubiera sido así, no estarías aquí —replicó el hombre, antes de soltar una carcajada.

La tensión se disipó.

—No te había visto antes por este lugar —comentó el vigilante, ya más relajado.

—Estoy de paso. Me gano la vida como mercader... y hoy me apetece tentar a la fortuna. ¿Cuánto se apuesta ahí dentro?

—Cien sestercios por tirada.

—Interesante. ¿Puedo entrar a mirar?

—Diez sestercios la entrada. Y aquí nadie entra solo a mirar.

—¿Las normas son las mismas que en el campamento?

—Así es, amigo. Además me caes bien. —El vigilante miró a ambos lados y luego se inclinó hacia Tauro, hablándole en voz baja —. Escucha, por los viejos tiempos en la legión, en la mesa del centro están los mejores jugadores de Hispalis; pero en la de la izquierda, son carne fácil. Si les ganas más de doscientos sestercios, me llevo una parte por habértelo dicho.

—Y si pierdo, aprenderé la lección sin necesidad de perder los dedos.

El guardia se rio a carcajadas mientras guardaba los diez sestercios de la entrada y abría la puerta.

Dentro, cuatro mesas reunían a hombres concentrados en los dados. El aire estaba cargado de vino, sudor y del humo de las

lucernas. Tauro se maldijo en silencio al reconocer al hombre de Aurelio Carisio sentado y riendo en la mesa central.

Tomó asiento donde le indicaron. Hacía tiempo que no apostaba, pero la sensación le resultaba familiar. Demasiado. Sonrió, metiendo la mano en la faltriquera para comprobar el tacto de los dados trucados de cera y plomo.

No había ido a divertirse. Pero ya que estaba allí, pensaba sacar provecho de la noche.

# XXXIV

*Gades*

Elia danzaba bajo la mirada expectante de las niñas de Urgao, que intentaban seguir sus movimientos entre risas, como si aquello fuera un juego infantil. Las pequeñas no imaginaban que esos mismos pasos, algún día, encenderían la lujuria de hombres dispuestos a pagar cualquier precio por poseerlas. Después del terror de la noche en que fueron raptadas y del pánico que las envolvió al llegar al lupanar y conocer al hombre de piel negra, Elia se había convertido en lo más parecido a una madre.

Resguardado en la penumbra, Demetrio observaba la escena en silencio. Había algo en esa joven que le despertaba todos sus recelos y, por el contrario, aquella belleza innata y su determinación le gritaban que jamás había tenido una chica que le ofreciera tantas oportunidades. Los ojos del *leno* no se apartaban de ella, tratando de discernir si aquello era un regalo de los dioses o una maldición del destino que siempre la había perseguido.

Demetrio había tomado todas las precauciones. Ordenó a Plauto, su esclavo más leal, que la vigilara día y noche, que no perdiera de vista ni el más leve susurro ni el más insignificante paso de la joven. Pero, para su sorpresa, su siervo la colmaba de elogios. No había ni una sola queja hacia aquella criatura, ni nada que levantara sospechas. Aquella niña era lo que había estado buscando durante tanto tiempo. No maldecía su suerte, no se quejaba ni sollozaba con

la debilidad de las otras niñas. Elia había aceptado su nuevo destino y él estaba dispuesto a aprovecharse de esa circunstancia.

La mente de Demetrio cavilaba sobre si había llegado la hora de dar un paso más en los planes que tenía para esa joven. Si Elia seguía comportándose así, su destino iría mucho más allá de enseñar bailes a las niñas. Eso lo haría Annia, cuando volviera de su forzado retiro. No, Elia tenía otro potencial, uno que podría usar para convertirla en una herramienta letal. La prepararía para que no solo fuera capaz de volver locos a los hombres, sino para arrancarles secretos, chantajearlos y, llegado el momento, quitarles la vida si era necesario.

Sus dedos jugueteaban con un pequeño frasco de cristal que colgaba de su cuello y que contenía un líquido en su interior. Había decidido ponerla a prueba, comprobar si su intuición no le fallaba o, por el contrario, si estaba equivocado.

Cuando salió de su escondite y entró en la habitación, las niñas dejaron de reír. Su presencia las intimidaba.

—¡Fuera! —ordenó.

Las muchachas salieron asustadas y Elia las siguió hasta que la voz de Demetrio la detuvo.

—Tú no.

La joven se paró frente a él con una actitud sumisa.

—Mírame.

Elia levantó la cabeza.

—Voy a darte la oportunidad que yo no tuve.

—¿Cuál, *domine*?

—La de elegir.

La muchacha miró sin responder.

—Puedes seguir enseñando a bailar a las niñas y acostarte con hombres como una vulgar prostituta, hasta que tu cuerpo envejezca

y solo te dejemos los borrachos y los que apenas tienen un sestercio para pagar tus servicios, o puedes elegir la otra opción.

—¿Cuál es?

—Por ahora, quiero que vayas a por un esclavo. Te dejo que lo elijas. Lo traerás aquí y lo seducirás.

Demetrio se quitó el colgante del cuello, con el frasquito y el líquido.

—Antes de que te penetre, quiero que le untes esto en el miembro.

—¿Para qué?

—Si vuelves a hacer otra pregunta, no solo habrás perdido tu oportunidad, sino que además probarás el brebaje del Africano.

Elia tomó el frasco que Demetrio le ofrecía y salió de la habitación.

Al rato volvió con Onésimo, uno de los esclavos, quien llevaba la mirada encendida y el miembro endurecido al ver la oportunidad que la diosa Fortuna le brindaba.

Escondido, el *leno* espiaba la escena.

Elia luchaba por contener las ansias de Onésimo, que solo pensaba en poseerla cuanto antes. Cuando sacó el frasco, el esclavo se retiró y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es un lubricante. Te dará más placer.

—No lo necesito —comentó tratando de apartar el frasco de un manotazo.

Elia apenas podía reprimir la fuerza descontrolada y el deseo del esclavo. Demetrio, desde su escondite, sintió una punzada de decepción. Elia no estaba a la altura. Bajó la cabeza y posó los brazos en su estómago, decepcionado, pensando que se había equivocado. Desengañado por aquel fracaso que le había arrebatado no solo el tiempo, sino también la esperanza de haber hallado, al fin,

a la persona que tanto buscaba. Si la joven no era capaz de dominar a un simple esclavo, sería inútil intentar que lo hiciera con gente mucho más poderosa.

Se disponía a retirarse cuando un grito desgarrador le hizo girarse. Onésimo yacía en el suelo, retorciéndose de dolor, con espasmos que sacudían su cuerpo. Elia había logrado untar el líquido en su miembro. El esclavo se revolvía en un sufrimiento indescriptible.

—Ese frasco contenía aceite de estramonio, un poderoso veneno —comentó Demetrio saliendo de su escondite—. En Roma muchas mujeres lo usan para matar a sus maridos. Los deja aturdidos. Remátalo —ordenó ofreciéndole un puñal—. Los esclavos tienen prohibido acostarse con vosotras.

Elia dudó por un instante; su mano tembló mientras tomaba la daga. Observó al esclavo; no quería quitarle la vida, pero sabía que no tenía opción. Con un corte torpe y tembloroso, rebanó el cuello de Onésimo. La sangre brotó en un torrente, tiñendo el suelo de rojo. Se quedó petrificada, incapaz de apartar la mirada de los ojos vacuos del esclavo. Era la primera vez que mataba a alguien.

—Esta es la otra posibilidad. —La voz de Demetrio la arrancó de sus pensamientos y la devolvió a ese mundo cruel y tan distinto al que había conocido—. Pero si la eliges, no creas que tu vida será más fácil y ni se te ocurra soñar con recibir algún trato de favor. Si descubro que en el futuro me traicionas, te torturaré y te asesinaré de la forma más espantosa que puedas imaginar.

—Acepto —respondió Elia, sorprendida por la firmeza de su respuesta.

—No había alternativa. A partir de ahora, harás todo lo que te diga. Te enseñaré a manipular a los hombres, a envenenarlos, a eliminarlos si es preciso y a seducirlos hasta que caigan rendidos a tus pies. Te convertiré en la más oscura de las sombras y en la hoja

más afilada que se haya empuñado. Cuando domines cuanto voy a enseñarte, tus palabras los paralizarán, sus ojos anhelarán volver a verte y, solo con oírtelo decir, te entregarán lo que yo desee.

# XXXV

*Hispalis*

Tauro jugó un par de partidas de tanteo. Las normas eran las mismas que en el campamento de legionarios. Se jugaba con tres dados y ganaba quien sacaba la puntuación más alta, salvo los tres seises, la jugada del buitre. La que menos valor tenía era la jugada del perro, los tres unos. Durante las dos horas que duró la partida, Tauro midió el ambiente, el ritmo y a los hombres que tenía enfrente. Ganó solo lo necesario, lo justo para no despertar sospechas ni llamar la atención.

Los dados que usaba le habían costado caros. Estaban rellenos de cera y plomo, un truco antiguo. Bastaba calentar con el pulgar el lado opuesto al número deseado, de ese modo la cera se ablandaba y el peso se desplazaba en el interior. Nadie desconfiaba... si se usaban con mesura. Cada cierto tiempo, Tauro alzaba la vista hacia la mesa central, donde jugaba el hombre de Aurelio.

Poco a poco, algunos comenzaron a retirarse.

—Será mejor que me vaya antes de apostar el salario del mes —murmuró un legionario levantándose.

—A mí me ha dejado más limpio que un esclavo recién comprado —añadió otro provocando risas.

—Hoy me ha acompañado la diosa Fortuna —contestó Tauro, mientras los que iban marchándose le palmeaban la espalda.

Llegó el momento en que la sala se vació. Tauro vio al vigilante de la puerta lanzarle una mirada de curiosidad y asintió, indicándole que luego le daría su parte.

La única mesa que permanecía completa era la del medio, donde jugaba el secuaz de Aurelio. Había una gran cantidad de dinero sobre esta y la tensión podía masticarse. El resto de los jugadores se acercaron para ver cómo se desarrollaba la partida.

—Es tu turno, Victorinus —indicó alguien.

—Doscientos sestercios —ofreció el tipo que le interesaba sin titubear.

Uno a uno, los demás igualaron la apuesta. El montón superaba los dos mil sestercios, el sueldo anual de un legionario.

Los jugadores debían lanzar dos tiradas cada uno. Victorinus lanzó el último. Mientras algunos besaban amuletos, Tauro observaba la forma en que aquel hombre palpaba los dados, cómo los ocultaba un instante entre sus ropas. No tenía dudas. Usaba dados trucados. Y lo hacía con tanta torpeza que, en otro lugar, le habría costado la vida.

La tirada fue buena: seis, cinco y tres.

Victorinus suspiró, como si nada. Tauro notó cómo el vigilante se acercaba, atento. Era el momento.

—Ese hombre hace trampas —dijo Tauro en voz alta, señalándolo.

La sala se tensó. El vigilante llevó la mano a su puñal. Victorinus se levantó de golpe y agarró a Tauro por la túnica.

—¿Cómo te atreves?

—Suéltame y lo demostraré —indicó Tauro imperturbable.

Otros jugadores sujetaron a Victorinus. En el breve caos, Tauro tomó el cubilete y cambió los dados con un gesto limpio. Lanzó.

Dos doses y un cuatro.

—Curioso —murmuró—. Probemos otra vez.

Otra tirada baja. Y otra más.

—En Roma decimos que la suerte se muestra pronto... o no se muestra —añadió encogiéndose de hombros.

La presión se disipó. Alguien empujó a Tauro.

—Apártate, idiota.

—Debo de haberme equivocado —aceptó sin discutir.

Victorinus lo miraba, desconcertado. Sacó los dados del cubilete y los examinó. Estaba seguro de que eran los suyos: reconocía el tono del hueso, el peso exacto. Sentía las miradas de los otros jugadores fijas en él. Una gota de sudor le recorrió la frente. Se estaba jugando todo cuanto tenía en esa tirada.

Con mano firme, agitó el cubilete, sabiendo que la clave de sus dados era que rodaran bastante antes de caer. Lo había hecho cientos de veces, pero la tensión de aquellas miradas le hacía sentir como un principiante. Los dados rebotaron sobre la mesa, en una danza que le pareció eterna. Cuando se detuvieron, Victorinus respiró, aliviado: dos seises y un cinco.

Había ganado.

Los demás atribuyeron la jugada a la diosa Fortuna. Victorinus no. Sabía que aquel hombre había cambiado los dados... y que gracias a ello había ganado más de lo que esperaba.

Alzó la vista con cautela. Tauro lo miraba desde su posición. Apenas inclinó la cabeza, indicándole la puerta.

Victorinus sonrió para sí. Aquello era exactamente lo que había estado esperando.

# XXXVI

*Gades*

Elia se levantó de la cama.

—La verdad, muchacha, es que te has ganado cada uno de los sestercios que he pagado por ti —dijo su cliente limpiándose la comisura de los labios. Un instante después, él también se puso en pie. Al darle la espalda, no pudo ver cómo Elia echaba unas gotas de un frasco en su copa.

—¿No vas a decirme a qué te dedicas, Servio? —le preguntó ella mientras le ofrecía el vino.

—Negocios —respondió él seco—. No es asunto tuyo.

El comerciante apuró la copa y, sin más, comenzó a vestirse. Al cabo de un momento, volvió a tendérsela; tenía la garganta seca y Elia, obediente, la llenó de nuevo, deleitándose al verlo beber con ansia.

Se sentó en la cama, inquieto. Se sentía deshidratado pese a haber vaciado ya dos copas. Su visión empezó a nublarse y el mareo lo obligó a tumbarse de nuevo en la cama.

—No me encuentro bien —murmuró Servio, con el rostro pálido.

—¿Y no vas a decirme qué tipo de negocios te tienen tan ocupado? —insistió Elia con voz suave.

—Me dedico a los seguros —respondió él, con la voz quebrada y un tanto aletargado.

Elia notó que sus pupilas estaban dilatadas y que el hombre apenas podía enfocar la mirada. Tal como Demetrio le había enseñado, había llegado la hora.

—¿Y quién es tu asegurado? —preguntó.

—Publio Aemilius, mi hermano... —respondió él soltando una carcajada ebria—. Ese viejo no tiene idea de que lo estoy engañando.

—¿Y de qué forma lo haces? —preguntó sirviéndole otro trago.

—Soy prestamista... —balbuceó Servio, entre risas—. Financio viajes... con un contrato al que llamamos *pecunia traiecticia*.

—¿Y en qué consiste ese contrato? —insistió Elia.

—Financio navíos cargados con ánforas de vino, más de dos mil en un solo trirreme. Antes de que zarpen, supervisamos un conteo aparentemente meticuloso y, al llegar al puerto, declaramos una cifra distinta. Aseguramos toda la mercancía excepto una parte de las ánforas, ya que siempre es habitual que algunas se rompan durante el trayecto. Esas roturas, por supuesto, no las incluimos. Una vez en el puerto, declaramos que todas las ánforas que no cubrimos se han perdido o quebrado y así nos quedamos con la diferencia sin tributar por ellas. Ese excedente oculto lo vendemos después a otros comerciantes.

—¿Cuántas ánforas logras ocultar en cada viaje? —preguntó Elia, mientras el efecto del veneno comenzaba a hacer estragos en él.

—Nunca superamos las cien... Siempre una cantidad distinta, para no levantar sospechas —balbuceó, con la cabeza dando vueltas—, pero esta vez le hemos estafado ciento setenta y no se ha dado ni cuenta.

Elia sonrió y se dispuso a salir. Tenía lo que necesitaba. Sin embargo, antes de cruzar la puerta, volvió a oír la voz de Servio.

—Pero... ¿sabes qué es lo mejor? —exclamó él haciendo que la joven se detuviera.

—¿Hay más? —preguntó ofreciéndole más vino.

—Después... mi socio, Tiberio Eudoxius, el encargado del *collegium* del gremio de marineros, no solo hace la vista gorda, sino que lo agua en otras ánforas.

Elia percibió que esa información era más valiosa que la anterior y lo animó a seguir hablando.

—¿Y venden ese vino como si fuera de alta calidad?

—¡Así es! —se burló Servio, entre carcajadas—. Falsificamos los documentos y vendemos esas ánforas en Gades como si fuera vino de Laietania, cuando en realidad es vino aguado. Y así sacamos más del doble de ganancia.

Servio reía descontrolado, sin poder frenar sus palabras, aturdido. Elia lo ayudó a recostarse y dudó si darle más vino, recordando el consejo de Demetrio: no más de tres copas para evitar que colapsara.

—Pero ¿las ánforas no llevan un sello de calidad y origen? —preguntó ella, ahora afilando su curiosidad.

—De eso se encarga el prefecto de la anona, que también se lleva su parte.

Elia sonrió para sí; no daba crédito a su buena suerte.

—¿Y cuánto dinero os hace ganar?

—Más de cien mil sestercios... —murmuró él, mientras se le cerraban los ojos y su respiración se volvía pesada.

Servio comenzó a vomitar y Elia abandonó la habitación. No solo porque Demetrio le había dicho que ese era el momento de irse, sino porque ya tenía mucho más de lo que necesitaba.

Dos días después, Demetrio aguardaba en el *tablinum* de Publio Aemilius, con Elia a su lado.

—¿Crees que voy a fiarme de tu palabra? —inquirió Publio desconfiado.

—Puede que no, pero lo harás cuando te diga el número exacto de ánforas que se han perdido durante el viaje —respondió Demetrio con calma, con los brazos apoyados en su prominente vientre.

Publio echó una mirada furtiva a la tablilla de cera que tenía ante sí, donde un hombre de una lealtad incuestionable había registrado, con exactitud, la cantidad de ánforas que faltaban.

—Si acierto —continuó Demetrio—, me pagarás cien sestercios por cada una. ¿Qué posibilidades tendría de acertar?

Publio se quedó pensativo.

—Acepto.

—No me tomes por necio, Publio. Si no acierto, me mostrarás la tablilla.

Este asintió, con una leve sonrisa.

—Ciento setenta ánforas. Ni una más, ni una menos —declaró el *leno*.

El rostro de Publio se mudó y la sonrisa desapareció de su rostro. Su expresión pasó del escepticismo al asombro. Revisó la tablilla. Él mismo le había quitado el sello que garantizaba la confidencialidad. Nadie podía haberle filtrado la información al hombre que tenía delante de sus ojos: solo dos personas conocían esa información y él era una de ellas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Eso intento explicarte, Publio, pero como suele decirse, es más fácil engañar a un hombre que hacerle ver que ha sido engañado. Ahora, el dinero.

Sin ocultar su descontento, Publio extrajo un saco pequeño y lo pesó en la balanza. Sacó casi la mitad de las monedas y se las entregó a Demetrio, irritado. No le dolía perder sus sestercios, sino descubrir que lo habían embaucado.

El *leno* hizo un gesto a Elia; era hora de marcharse.

—Solo una persona más conoce esa información, dime su nombre —insistió Publio.

—Solo me has pagado por el número, Publio, no por el nombre del traidor. Esa información te costará más.

—¿Cuánto?

—El resto del saco.

—¿Te has vuelto loco? —se quejó.

—Quien no conoce a sus enemigos camina ciego hacia su propio fin —replicó Demetrio con frialdad.

Publio, tras un instante de vacilación, colocó el resto del dinero sobre la mesa. El *leno* se acercó, tomó las monedas y, tras una pausa, continuó hablando:

—Quieres confirmarlo porque te cuesta creerlo, pero ya lo sabías antes de hacer la pregunta. El hombre que lleva años traicionándote no es otro que tu propio hermano: Servio.

Sin decir nada más, salió del *tablinum*. Al salir, le entregó el dinero a Plauto, su secretario y esclavo de mayor confianza, para que lo custodiara. El siervo lo guardó junto con las monedas que esa misma mañana habían obtenido de la extorsión al propio Servio, para asegurar su silencio. Entre ambos sobornos, Demetrio había amasado una gran cantidad de dinero.

—Buen trabajo, Elia. Estoy orgulloso de ti. ¿Estás segura de que no mencionó más nombres? —preguntó Demetrio cuando se alejaban.

—No, *domine* —mintió sin dudar.

Mientras caminaban en dirección al lupanar, el *leno* continuó hablando.

—Aprendes rápido, muchacha. Han pasado dos meses y ya sabes envenenar, manipular, sobornar... Creo que estás preparada.

—¿Para qué, *domine*?

—Para acabar con él.

—¿Con quién?

—Con Aurelio Carisio.

Aquella noche, como tantas otras, Demetrio despertó con la boca seca. Al buscar su jarra de agua habitual, descubrió que no estaba y maldijo en silencio. Al día siguiente, reprendería a Plauto por la falta. Para él, aquello era un error imperdonable. Con hastío, encendió una lucerna y se dirigió a la cocina, una tarea que despreciaba debido a su enorme peso y la dificultad que le suponía moverse, pero a esas horas era inútil llamar a los esclavos, porque dormían lejos de su alcoba.

Al llegar, tomó una jarra y, aún irritado, se dispuso a regresar a su habitación. Sin embargo, unos pasos le hicieron detenerse en seco. Apagó la lucerna y se ocultó en las sombras del final de la cocina. A través del tenue resplandor de la puerta, divisó la figura de una muchacha que se deslizaba entre las penumbras con una lámpara de aceite en la mano. Fue un vistazo fugaz, pero Demetrio no tuvo dudas: era Elia.

El *leno* observó cómo se dirigía hacia las habitaciones de los sirvientes y, sin dudarlo, comenzó a seguirla. Se movía con sigilo, deslizándose entre las sombras que las columnas del pasillo proyectaban.

Quería ver a qué cámara se dirigía.

De pronto, el suelo crujió bajo uno de sus pies, delatando la presencia del *leno*.

Elia se detuvo y se giró asustada, levantando la lucerna.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó iluminando la penumbra. Nadie contestó y atribuyó el ruido a algún sonido de la noche para continuar su camino.

Demetrio, oculto tras una de las esquinas, esperó con cautela antes de reanudar su marcha, esta vez más silenciosa. Un momento después, vio a Elia detenerse frente a una alcoba: la de Plauto. Los esclavos tenían prohibido acostarse con las niñas. Aquello solo podía significar una cosa: estaban conspirando contra él. Demetrio maldijo en silencio. En dos meses le había enseñado a esa niña casi todo lo que sabía. Debería haber sospechado desde el principio. La muy ingrata había mostrado una conducta impecable, lo cual, ahora lo entendía, debería haber sido la primera razón para desconfiar. El segundo motivo de su ceguera era haber cometido uno de los errores que se juró a sí mismo que nunca cometería: fiarse de ella. Le había enseñado el arte de dominar a los hombres, y al final, la víctima había sido él. Con rabia contenida, apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en la piel. Dio unos pasos hacia la alcoba, decidido a atraparlos y terminar con ellos allí mismo. Pero se detuvo. La muerte sería demasiado rápida. Prefirió esperar a que saliera y, entonces, enseñaría a Elia una última lección que nunca olvidaría: el precio de la traición.

# XXXVII

*Hispalis*

Oculto en la oscuridad de la noche, Tauro aguardaba fuera de la taberna de Vetusto, esperando a Victorinus, el hombre de Aurelio. Apenas un instante después lo vio abandonar la taberna y salió de su escondite. Victorinus se detuvo, lo miró y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Caminaron hasta un callejón, varias calles detrás de la taberna, para evitar que los jugadores los vieran juntos y sospecharan. La luz de una antorcha iluminaba la entrada de la calle.

—Gracias por tu ayuda —dijo Victorinus al detenerse.

—Deberías practicar más tu forma de cambiar los dados. Hasta un ciego se habría dado cuenta.

—¿Cuánto quieres?

—No es dinero lo que necesito.

Victorinus soltó una carcajada.

—Eres bueno con los dados, pero torpe en todo lo demás. Mandar a un crío a vigilarnos ha sido un error. Se nos ha acercado, ha hecho preguntas... Demasiado evidente. Luego lo hemos visto junto a ti siguiéndonos. Solo he tenido que separarme del grupo para traerte aquí.

Avanzó un paso hacia Tauro.

—Te diré cómo va a terminar esto. Me dirás por qué seguías a Aurelio Carisio. Si tus respuestas me convencen, quizá sigas con

vida. Eso sí, despídete de los dedos. Una pena, ya no podrás hacer esos trucos que te he visto hacer en la taberna.

—Antes, déjame contarte una historia —dijo Tauro pasándose la mano por el rostro—. En Roma conocí a un comerciante llamado Basiano, famoso por vender amuletos bendecidos por los dioses. Un día llegó al foro con una nueva partida, anunciando que quien los poseyera tendría gran fortuna, y la gente se los compró sin dudar. Los vendió todos. Fabio, un legionario retirado, decidió seguir a Basiano en secreto esa noche. Descubrió que el comerciante vivía de manera modesta, sin rastro de la fortuna que prometía.

—¿Y ya está? Es una historia de mierda.

—Lo es —admitió Tauro—. Pero la lección es sencilla: lo que para algunos es evidente, sirve para engañar a otros.

Tauro avanzó lo justo para quedarse a un paso de él.

—El niño que os ha vigilado... Expositus. Yo lo he enviado. Sabía que lo veríais. Sabía que haría preguntas. Y sabía que, al fijaros en él, acabaríais viéndome a mí. Eso era justo lo que quería.

Victorinus frunció el ceño.

—Te has separado del grupo porque creías que controlabas la situación. Has apostado más de la cuenta. Pensaste que, ya que estabas, sacarías algo más. Y te equivocaste. Si no hubiera intervenido, ahora mismo estarías muerto en mitad de la taberna con un cuchillo clavado en el vientre. Por eso he intercedido, porque aquí es justo donde quería que estuvieras. Así que, como en el cuento de Basiano, antes de que tu codicia te ciegue con algo tan obvio, piensa si no te están engañando.

Tauro esbozó una sonrisa.

—Ya puedes decirles a tus hombres que salgan.

Dos tipos surgieron de entre las sombras, armados con palos.

—¿Solo sois tres hombres? Ahora entiendes por qué estás aquí; esta mañana erais siete. Te diré lo que vamos a hacer: vas a contarme todo lo que quiero saber sobre tu amo. Pero, a diferencia de los dados, te daré la opción de elegir: por las buenas o por las malas.

Victorinus se giró hacia sus dos compañeros.

—¡Matadlo!

Uno de los hombres cargó de frente, alzando el palo por encima de la cabeza. Tauro se movió antes de que el golpe descendiera. Esquivó el ataque y respondió con una patada precisa a la rodilla. El hueso cedió con un crujido seco. El hombre cayó gritando.

Tauro giró para rematarlo, pero no vio al segundo atacante hasta que fue demasiado tarde. El golpe le alcanzó el costado. Sintió cómo las costillas se quebraban, pero se obligó a no caer. Se agachó a tiempo para esquivar la siguiente embestida y respondió sin pausa: una patada brutal entre las piernas, un golpe directo a la tráquea y otro al pecho. El hombre salió despedido y quedó inmóvil en el suelo.

Tauro recogió el palo caído y, con un giro rápido, descargó un golpe preciso sobre la pierna rota del primer atacante. El alarido llenó el callejón.

Entonces se volvió hacia Victorinus. Hizo girar el palo entre las manos.

—¿Seguimos jugando?

—¡Por Júpiter! —balbuceó Victorinus—. ¡Eran mis mejores hombres!

Intentó golpearlo. Tauro desvió el ataque y le acertó en el antebrazo con el palo. Luego le dio un golpe seco en la nariz, lo justo para hacerlo sangrar y desorientarlo.

—¿Quién eres? —preguntó Victorinus, con la voz rota.

—Nadie —respondió Tauro—. Solo alguien que hace preguntas.

Victorinus trató de huir. Tauro cruzó el palo entre sus pies y el otro se precipitó al suelo. Apoyó el pie sobre su mano. Los huesos crujieron.

—Te he dado a elegir —dijo con frialdad—. Ahora jugaremos con mis normas. Cinco preguntas. Si no me gustan las respuestas, empezaré por los dedos.

Victorinus gritó.

—¡Hablaré!

—¿Dónde están las niñas?

—¿Qué niñas?

Tauro levantó el otro pie y lo dejó caer con fuerza sobre el pulgar de Victorinus, quien lanzó un grito desgarrador.

—¡Aaah! ¡Está bien, está bien! Están en Gades.

—¿En qué lugar?

—No lo sé...

Tauro levantó el pie de nuevo.

—¡Espera, espera! —Victorinus trató de recobrar el aliento—. En el lupanar de Demetrio, yo mismo las llevé.

—¿Cuántas niñas hay?

—Hasta hace un mes, unas cien. La mayoría fueron enviadas a Roma; ahora solo quedan unas pocas, además de unas crías que llevaron de Hispalis.

—¿Cuántos hombres las vigilan?

—Solo unos cuantos esclavos al servicio de Demetrio.

—Te he prometido solo cinco preguntas. ¿Cuándo se queda Aurelio solo?

Victorinus dudó.

El pie le golpeó de nuevo la mano. Los huesos crujieron.

—¡Cuando se afeita! ¡Con su barbero! Es el único momento en que nos ordena salir.

—¿Ves? No era tan difícil.

Tauro dejó caer el palo al suelo y se alejó del callejón. Tras él quedaron los gemidos de los hombres derrotados y el breve sonido de la madera al rodar entre las piedras.

# XXXVIII

*Hispalis*

Aquilio aguardó en la penumbra de una taberna, desde que despuntó el alba hasta el anochecer. Por fin, el hombre al que había hecho el encargo cruzó el umbral, se dirigió al tabernero y le entregó una pequeña tablilla de cera. Le dedicó una fugaz mirada y, con la misma rapidez con la que había entrado, desapareció de nuevo en la oscuridad de la noche.

El sicario esperó, observando con paciencia, mientras la taberna se vaciaba de clientes. Cuando al fin todo quedó en silencio, el tabernero se aproximó a su mesa y, sin decir palabra, tomó asiento frente a él.

—¿Tienes lo que te pedí? —preguntó Aquilio nervioso.

Marcius, el tabernero, permaneció mirando fijamente las llagas de Aquilio. Su cliente había pasado todo el día oculto en una de las mesas más apartadas de su taberna. A la luz de la lucerna, su aspecto resultaba mucho más aterrador. Tenía las manos temblorosas, su único ojo inyectado en sangre y el cuerpo se le balanceaba adelante y atrás, incapaz de contener la ansiedad. Aquel hombre estaba lejos de ser el asesino despiadado del que tanto le habían hablado.

—Te he hecho una pregunta.

—Tengo las dos cosas que pediste y, además, un mensaje —respondió Marcius, sin apartar la vista de él.

El quemado lo observó con su único ojo.

—Primero dame el opio.

El tabernero ignoró aquella petición, sacó una tablilla de cera y se la extendió.

—Aquí tienes la información que solicitaste.

—¿Y el otro mensaje? —preguntó Aquilio moviéndose cada vez más nervioso, como si su propio cuerpo anticipara la llegada de su dosis.

—Trae un aviso de Roma —dijo el tabernero, con seriedad.

Su interlocutor levantó la cabeza.

—Tauro sigue con vida y Julia Mesa está empezando a impacientarse. En esto hay mucho más en juego que el dinero. —El tabernero recorrió a Aquilio con la mirada, notando su fragilidad—. En el estado en que te encuentras, dudo que seas capaz de enfrentarte a él. Usa cualquier medio, pero aléjalo del camino. —Se levantó—. Tienes un mes.

Marcius le entregó un pequeño paquete de opio. Aquilio, con manos temblorosas, vertió parte del polvo en su vino y lo bebió con una apetencia casi desesperada. Poco a poco, los efectos comenzaron a notarse. La tensión de sus músculos se fue disipando, los temblores cesaron y su pupila se contrajo, mientras se dejaba llevar por aquella sensación que lo envolvía por completo. Se dejó caer despacio sobre la mesa. Las voces en su mente se fueron apagando, sumiéndolo en la misma soledad y silencio que reinaban en la taberna. Su ojo se cerró lentamente. La ansiedad que lo había consumido durante el día se desvaneció, hasta que sintió la más placentera de las liberaciones.

Cinco días después, tras un agotador viaje en carro junto a uno de los hombres de Marcius, Aquilio llegó a la urbe de Hispalis. El viaje había sido una tortura para su menguado cuerpo.

Consultó la tablilla de cera con la dirección por la que había pagado, aunque decidió acudir primero a otro sitio. No necesitó muchos sestercios para averiguar dónde vivía su objetivo y, vestido como un mendigo, se acercó a la *domus* de Aurelio Carisio. Se sentó cerca de la vivienda, extendiendo la mano como un pordiosero, y se dispuso a esperar, pero, sobre todo, a observar.

El asesino analizó con cuidado lo que sucedía alrededor de la vivienda de Aurelio. Siete hombres vigilaban los accesos, pero uno en particular captó su atención: un guardia con una mano vendada y el rostro magullado, señales de que había recibido una paliza no hacía mucho. Aquilio se levantó para seguirlo, pero entonces vio que se perdía solo por uno de los callejones; además, su organismo empezaba a demandarle su dosis de opio.

Victorinus, el hombre de Aurelio, entró en la letrina pública y se sentó en uno de los agujeros. Miró su mano vendada con un gesto de dolor. El médico le había advertido que tenía casi todos los huesos rotos y que quedaría inútil. Con la mano sana se palpó la nariz, aún hinchada, y maldijo al hombre que le había causado aquellas heridas. Apoyó la mano en la madera de la letrina. Un mendigo entró en ese momento y se sentó en otro de los agujeros. A pesar del olor a heces, de la humedad del sitio y de las cucarachas y las moscas que se enseñoreaban del lugar, Victorinus cerró los ojos, relajándose mientras su cuerpo se aliviaba. Un dolor indescriptible en su mano sana le hizo gritar. Al incorporarse vio cómo un punzón la había atravesado, fijándola en la madera de la letrina. Frente a él estaba el mendigo, con un rostro que helaba la sangre.

Trató de ponerse en pie, pero su mano clavada se lo impedía y era inútil intentar liberarla con la otra.

—¿Quién eres? —balbuceó.

—Si respondes a lo que quiero saber, será rápido —comentó Aquilio.

Victorinus no soportaba el dolor, pero mucho menos su mala suerte. Con la frente empapada en sudor, contestó:

—Te diré lo que quieras saber.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó Aquilio.

—Ya se lo dije al otro hombre.

—¿Qué otro hombre?

—El que me hizo esto —indicó Victorinus señalando con la mirada su mano vendada.

—¿Su nombre?

—No..., no lo sé.

Su torturador movió el punzón, sintiendo cómo desgarraba los músculos de la mano de Victorinus.

—¡Aaah! ¡Tauro! Por lo que hemos averiguado, su nombre es Tauro.

Aquilio se tensó al oír el nombre, pero no retiró el puñal.

—No has respondido a mi pregunta.

—En Gades..., en el lupanar de Demetrio —gimió Victorinus, sollozando—. Por favor, si Aurelio se entera de que he hablado..., me matará. Ni siquiera sé por qué me ha dejado con vida hasta ahora.

El asesino observó los cubos donde estaban las esponjas, usadas para limpiarse tras defecar. Tomó una de ellas por el palo y la hizo girar despacio entre los dedos.

—¿Conoces la historia del hombre condenado a morir por las bestias? —preguntó, sin dejar de mirar la esponja.

—¿Qué?... ¿De qué hablas?

—Un ladrón al que descubrieron y condenaron a enfrentarse a los animales salvajes en el anfiteatro hasta morir. Un destino un tanto parecido al tuyo.

El guardaespaldas lo miraba sin comprender, mientras el otro jugaba con la esponja en la mano.

—El hombre temía morir entre aquellas bestias. Lo aterraba la idea de sentir sus colmillos desgarrándole la garganta. Un miedo similar al que tú sientes por Aurelio. Así que entró en la letrina, el único sitio donde no estaría vigilado. —Aquilio hizo una pausa—. Abre la boca.

—¿Qué... qué estás diciendo? —preguntó Victorinus, asustado, mientras aquel desconocido le apuntaba con la esponja.

—Ese hombre decidió terminar con su vida en la letrina, tragando una de estas esponjas.

Con un gesto rápido, Aquilio presionó el punzón y, cuando Victorinus abrió la boca en un grito de dolor, le introdujo la esponja en la garganta.

El hombre de Aurelio, con ademanes torpes, intentó extraer la esponja en vano con la mano vendada. Respiraba con dificultad, mientras los músculos de su pecho y garganta se tensaban por la falta de aire. Sus ojos quedaron fijos en el techo de la letrina y su piel comenzó a tornarse azulada. Sintió cómo perdía el conocimiento poco a poco, hasta que, entre estertores, encontró la muerte.

Orbiana recorría el mercado de Hispalis llenando su cesta con harina y verduras para su hijo y para las pocas niñas que albergaba ahora en su nueva villa. Seguía cumpliendo su labor para Aurelio Carisio: recoger a las muchachas que le entregaban y mantenerlas al borde

del hambre hasta quebrarles la voluntad. El miedo y la fatiga hacían su efecto; las rendía poco a poco hasta hacerlas dóciles.

Le ordenó a su hijo que fuera a que un artesano afilara sus cuchillos y siguió caminando sola. No había dado ni dos pasos cuando sintió algo punzante en la espalda.

—Ve hacia el callejón —le ordenaron en un susurro.

La mujer obedeció y, cuando llegó hasta allí, se giró. Un mendigo estaba tras ella; tenía el cuerpo tapado por una capa y el rostro quedaba oculto bajo la capucha. Cuando se la levantó, Orbiana emitió un grito sordo y la cesta en la que portaba sus alimentos cayó al suelo. Aquel rostro era el de Aquilio, pero tan desfigurado que le costó reconocerlo.

—No lo mataste.

—¿De qué hablas?

—De Tauro. Os ordené a ti y a tu hijo que lo torturarais hasta que muriera.

Orbiana torció el gesto.

—Hicimos todo lo que nos dijiste. Lo metimos en ese arcón de madera, untamos su cuerpo con miel y le dimos leche en mal estado.

—Consiguió escapar. Si acabo con tu vida ahora mismo, tu hijo no tardará en morir sin ti. Es lo que tendría que haber hecho desde el primer día.

—No, por favor... —dijo Orbiana poniéndose de rodillas—. Haré lo que me pidas.

Aquilio la miró destilando desprecio con su único ojo. Tenía a aquella mujer a su merced.

—No te daré más oportunidades. Te he encontrado ya dos veces; si vuelves a fallarme, daré contigo una tercera y te mataré. Y ahora

te diré lo que vas a hacer. Utiliza el medio habitual para entrevistarte con Aurelio, pero esta vez quiero que venga acompañado.

—¿De quién?

—Del hombre que dirige este negocio: Juno.

# XXXIX

*Gades*

Oculto en las sombras del pasillo, Demetrio esperaba para ver salir a Elia de la habitación de Plauto, su esclavo de mayor confianza. A la rabia de haber tenido que descubrir que aquella niña con la que iba a ganar una fortuna lo había traicionado, se sumaba la larga y tediosa espera detrás de la columna, donde su cólera no había hecho más que fermentar y crecer. Se maldijo a sí mismo. Incluso había llegado a imaginar la posibilidad de utilizarla para, juntos, arrebatar a Aurelio Carisio el control del negocio de las niñas. La ira lo corroía, tanto que alguna de las pústulas de su calva comenzó a sangrar debido a la fuerza con la que se las había rascado. Allí escondido, una sensación familiar se había apoderado del *leno*; la niña le recordaba a él mismo a esa edad. Sin embargo, había una diferencia entre ambos: él no había conocido otra vida.

Demetrio nació en un lupanar; era hijo de una prostituta. Su *domina* jamás le reveló quién era su madre entre las muchas mujeres que trabajaban en aquel burdel. Tuvo la suerte o la desgracia de nacer porque su dueña había descubierto que los clientes pagaban fortunas por sus pequeños efebos, como los llamaba. Y así creció sin ningún tipo de apego o amor. Cuando una prostituta o uno de sus chicos dejaban de ser rentables, la *lena* se deshacía de ellos, arrojándolos al callejón en medio de la noche. Los cuerpos sin vida eran recogidos por el carro de la Parca, que los

conducía hasta una fosa común, sin nadie que los despidiera llevando su nombre a los labios.

Demetrio nunca recibió afecto. No conocía el significado de la palabra *ternura* ni sabía cómo sería una caricia que no estuviera pagada con dinero. Desde que tenía memoria fue prostituido y jamás se quejó de la clase de vida que le había tocado vivir. Pasó de ser un *puer delicatus*, un niño sexual, a ser el adolescente más demandado del lupanar. Se convirtió en el mejor y aquellos que buscaban placer masculino acudían al lupanar solicitando tan solo sus servicios; algunos, incluso, esperaban largas horas para disfrutar de los placeres que exclusivamente él ofrecía. Su falta de escrúpulos volvía locos a los clientes, quienes estaban dispuestos a pagar fortunas para ver cumplidas las fantasías que, antes de conocerlo, solo habían existido en sus perturbadas mentes.

Luego le enseñaron a extorsionar, manipular e incluso a asesinar cuando las circunstancias lo requerían. Todas y cada una de las enseñanzas las había depositado en esa muchacha por la que ahora escupía al pronunciar su nombre. Se enfureció al reconocer que había llegado a sentir por Elia algo cercano a un cariño que él jamás recibió.

Hasta que, como todo lo que se marchita al sol del tiempo, su belleza empezó a desvanecerse. Aquellos mismos hombres que un día pagaron fortunas por compartir unas horas con él, comenzaron a rechazarlo. Fue entonces cuando algo en Demetrio se quebró sin remedio. Descubrió, de la forma más cruel, que nunca había sido más que una bonita luz hasta que poco a poco se apagó.

Cada cliente que rehusaba sus servicios iba provocando una herida en su alma. Las miradas fogosas dieron paso a las repulsivas y un inmenso odio fue creciendo en su interior. Cuando ya no

despertó ningún interés, la humillación lo devoró sin prisa hasta hundirlo en una tristeza espesa de la que no supo escapar.

Una mañana se despertó con la certeza de que ese sería su último día; sabía que la *lena* no tardaría en segar su vida. Sin dudarlo, entró en su habitación sin decir una palabra. Se acercó a la mujer que lo había explotado durante toda su miserable existencia y, con una frialdad nacida de todo el sufrimiento acumulado, le asestó treinta y tres puñaladas. Una por cada año en que le habían arrebatado el derecho de ser algo más que un cuerpo.

Al ver a Elia salir de la habitación, se quedó inmóvil, tragándose la bilis que le subía con fuerza por la garganta, mientras observaba cómo desaparecía por el pasillo. Sin hacer ningún ruido, se coló dentro de la habitación de su esclavo sosteniendo el mismo puñal con el que había matado a su antigua ama. El siervo se quedó petrificado al verlo. Todavía desnudo, se levantó sobresaltado.

—¡Por favor, *domine*! —exclamó Plauto aterrorizado—. ¡No me hagas daño!

Demetrio se acercó, lo agarró por el miembro y le colocó el puñal encima; una fina línea de sangre comenzó a brotar.

—Dime qué estáis tramando y te permitiré seguir usándolo.

Plauto lo miró aterrorizado. Jamás había visto una locura semejante en los ojos de su amo.

—No sé qué ocurre, *domine* —balbuceó temblando.

Demetrio hundió el puñal en la pierna de Plauto, que soltó un alarido de dolor.

—No te daré más oportunidades.

—¡Está bien, está bien! —gritó taponándose la herida de la pierna.

—Te escucho.

—Dice... —Plauto respiraba con dificultad por el daño recibido—, dice que algún día ella dirigirá este lugar. Quiere asegurarse de que

yo también le sea fiel.

—¡Maldita traidora! —chilló Demetrio.

—Mi *domine*, yo nunca te traicionaría. Lo juro.

Plauto se arrodilló y comenzó a besar los pies de su amo.

—Lo prometo, *domine*.

—Levántate. Ve al comedor y enciende todas las antorchas.

El siervo obedeció, cojeando. Demetrio salió al pasillo y empezó a golpear todas las puertas.

—¡Salid! —voceaba—. ¡Salid todos!

Los esclavos y las jóvenes acataron las órdenes, intercambiando miradas de desconcierto al abandonar sus cuartos, sin entender qué sucedía.

Elia oyó el ruido desde la habitación donde estaban las niñas de Urgao. Acababa de meterse en la cama. Algunas pequeñas se pusieron a llorar, asustadas.

—Tranquilas —les dijo Elia—. Iré a ver qué pasa.

Cuando salió al pasillo, vio a todos los esclavos y a las otras jóvenes de pie, observando expectantes.

—¡Quiero que vayáis todos al comedor! —ordenó Demetrio, con los ojos desorbitados de ira—. Tú la primera —añadió señalando a Elia con desprecio.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, aunque su rostro permaneció inmutable; el miedo, sin embargo, comenzaba a abrirse paso en su interior.

Todas las miradas se posaron en ella; de algún modo, intuían que todo aquello era por su culpa.

Niñas y esclavos llenaron el comedor envueltos en el más absoluto silencio. En el centro de la estancia estaba Plauto, desnudo y con sangre en la pierna; Demetrio se colocó junto a él. La luz de las

antorchas brillaba con intensidad. Los rostros que observaban a Elia se hallaban tensos ante la incertidumbre de lo que iba a ocurrirle.

—¿Creías que no me iba a enterar? —dijo Demetrio señalando a Elia.

La joven agachó la cabeza, temblando.

—Desde aquí puedo oler tu miedo. Miradla, tan inocente y bondadosa... —continuó Demetrio—. Y, sin embargo, es incapaz de mantener la vagina quieta. Admito que por un momento casi logras engañarme; había confiado en ti. Pero ahora... todos vais a contemplar lo que sucede cuando alguien osa desafiarme. Cuando alguien es tan ignorante que me toma por estúpido.

En un movimiento rápido, Demetrio deslizó el puñal y cercenó el miembro de Plauto, dejándolo caer al suelo. El esclavo se desplomó de rodillas, soltando un alarido que retumbó en las paredes del comedor, mientras trataba de contener la sangre que manaba como una fuente entre sus dedos.

Las niñas corrieron a esconderse entre gritos detrás de Elia, que extendió los brazos para tratar de protegerlas.

Sin compasión, Demetrio se colocó junto a Plauto, que aún gritaba de dolor, y hundió el puñal una y otra vez en su espalda. En un movimiento lento, dejó caer su cuerpo sin vida al suelo, sin apartar la mirada de quien hasta ese momento había sido su favorita.

—Ve a buscar al Africano —ordenó a un siervo.

El esclavo obedeció con rapidez.

—Tu turno —dijo Demetrio dirigiéndose a la culpable—. Voy a enseñarte que, a veces, las peores pesadillas no están en tus sueños, sino que sobreviven al despertar.

# XL

*Hispalis*

Domicia examinaba la herida en el costado de Tauro, que ya empezaba a adquirir un tono amoratado.

—¡Ah! —se quejó el antiguo centurión.

—No deberías haber asumido tanto riesgo. Podría haber sido algo peor que dos costillas.

—Eran solo tres hombres —replicó él con una sonrisa forzada—. Me he enfrentado a cosas peores.

Su esposa negó despacio, resignada.

—¿Te duele mucho?

—Depende de para qué —declaró acariciándole los muslos con sensualidad.

Ella le golpeó con cariño el costado y Tauro apartó la mano lamentándose entre risas.

—He descubierto algo —añadió ella.

—Sea lo que sea, lo mejor que podemos hacer es irnos a Gades y sacar a las niñas de aquel maldito lupanar.

—Y así lo haremos, pero antes necesito investigar una cosa.

—¿Otra de tus corazonadas? ¿De qué se trata? —preguntó su marido.

—No sé si lo recuerdas. Cuando vivía en Roma, la madre del emperador Marco Aurelio Antonino...

—Ahora lo llaman Heliogábalo —la interrumpió Tauro.

—Como sea. Su madre, Julia Soemias, creó un Senado de mujeres.

—Lo recuerdo —dijo Tauro—. Julia Mesa casi incendió la ciudad cuando se enteró.

—He descubierto que una de las mujeres que formó parte de aquella curia, Avidia Volusia, es la esposa del gobernador. No llegamos a ser íntimas amigas, pero nos unía una relación cordial. Nos movíamos en los mismos círculos. Aquí, a diferencia de Roma, muchas de las matronas no tienen una *ornatrix*, ya sabes, una peluquera personal, y acuden a un establecimiento cerca del foro donde una liberta llamada Crescens, al parecer, hace maravillas.

Su esposo se puso serio al entender adónde quería llegar su mujer. Se colocó la túnica y se giró para mirarla a los ojos.

—Es muy peligroso, Domicia. No sé hasta qué punto confías en ella, pero si el gobernador descubre que estamos aquí, hará cualquier cosa por ganarse el favor de la abuela del emperador, y nos delatará. Ya sabes que esa mujer desea acabar con nosotros y no parará hasta conseguirlo. Creo que debemos ir a Gades y marcharnos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¿Primero harás esto por mí?

—Siempre hago lo que pides.

—No siempre —replicó Domicia con una media sonrisa—. Nos conocemos desde que éramos unos críos y, si algo he aprendido en todo este tiempo, es que las veces que algo te ha salido mal ha sido porque decidiste llevarme la contraria.

Tauro suspiró resignado.

—Así que mañana te vestirás como mi esclavo e iremos juntos a verla.

A la mañana siguiente, Domicia lucía su mejor vestido, mientras que Tauro llevaba una túnica sencilla.

—Hacía tiempo que no te veía tan radiante —dijo Tauro abrazándola por la cintura.

—Ahora no —rio mientras señalaba con la cabeza a Expositus—. Además, debemos irnos ya.

—¿Y si llegamos un poco más tarde? —insistió Tauro, que le besó el cuello con lentitud.

—Avidia debe de estar al llegar. Quiero entrar antes que ella.

—¿Y cómo estás tan segura? —preguntó Tauro, al tiempo que se perdía en el aroma a almendras y flores de lirio que desprendía su esposa.

—Porque Expositus lleva dos días vigilándola. Sé con exactitud cuáles son sus horarios.

Tauro, al fin, soltó el abrazo con el que había mantenido secuestrada a Domicia. El muchacho lo observaba con aire triunfal.

—¿Cumplió las órdenes? —preguntó alzando apenas una ceja—. Espero que no haya dicho más de lo debido.

La sonrisa de Expositus se desvaneció al instante.

—Hice lo que me pediste —respondió—. Vigilé a los hombres que mencionaste.

—Sí, y también te ordené que no te acercaras, que no te vieran y, sobre todo, que no hablaras con ellos.

—Déjalo, hizo justo lo que esperabas de él. Y ahora vámonos —intervino Domicia saliendo de la habitación.

—¡Yo también quiero ir! —exclamó Expositus.

—Será mejor que te quedes aquí —replicó Tauro firme.

—Me dijiste que me enseñarías todo sobre tu oficio...

—Eso dije. Y la segunda lección es obedecer.

Expositus se quedó quieto y visiblemente disgustado.

Tauro se detuvo y resopló, arrepentido. No debía ser tan duro con el crío; no estaba dirigiendo a hombres en la legión.

—El motivo por el que no puedes venir es porque debemos parecer una patricia con su esclavo. Solo tardaremos unas horas. Te prometo que cuando regresemos te llevaré a comer esa tortilla de leche con miel que tanto te gusta.

El rostro del muchacho se iluminó con una leve sonrisa y asintió en silencio.

Un instante después, Domicia caminaba hacia el foro, seguida de su esclavo, que sostenía una elegante sombrilla con la que protegía del sol a su ama.

La patricia hizo un gesto de resignación a Tauro al verlo parado, mirando la puerta, y le indicó que llamara con la aldaba del establecimiento. Un hombre afeminado, con el cabello rubio y vestido con un exomis griego, una túnica que dejaba poco a la imaginación, salió a recibirla.

—¡*Salve*, Domicia! —dijo el esclavo con una reverencia exagerada —. Por favor, pasa. ¡Qué honor para esta humilde casa! Estás espléndida, magnífica, deslumbrante. Diría que tu rostro irradia tal resplandor que no necesitarías antorchas ni a plena medianoche; podrías iluminar todo el foro. Pero te aseguro que Crescens logrará que brilles aún más, como Aurora misma, la diosa que cada día despierta al mundo con su fulgor.

El esclavo se acercó a Domicia y tomó su mano, invitándola a entrar.

—Cuando abandones este lugar, aquellos que tengan la bendición de verte se quedarán sin aliento y no podrán evitar preguntarse: «¿Qué diosa ha descendido del Olimpo para caminar entre nosotros?». Sí, todos sabrán que eres más que mortal y tus pasos serán seguidos por miradas atónitas y suspiros de adoración.

—¡Por todos los dioses! —masculló Tauro, sorprendido por tanta pomposidad—. ¿Puedo esperarte fuera..., *domina*?

—Debes —respondió Domicia con indiferencia, mientras accedía al interior complacida por los halagos que recibía.

El esclavo, antes de cerrar la puerta, echó una mirada de desagrado a Tauro por las formas toscas en las que se había dirigido a su *domina* y arrugó el rostro con evidente desagrado.

Domicia se dirigió a una sala donde otras tres matronas esperaban su turno. El esclavo la presentó con una reverencia y todas la observaron con admiración; pocas veces tenían la oportunidad de ver de cerca a una patricia romana y, en poco tiempo, ya habían visto dos. Una de las siervas se aproximó y le ofreció agua y fruta fresca en una bandeja de plata.

La luz en la sala era suave y acogedora, y un pebetero desprendía el aroma embriagador de olíbano y nardo. Una melodía delicada impregnaba el ambiente, procedente de los instrumentos de varios músicos. Todo ello envolvía el lugar en una atmósfera muy acogedora.

Una sierva guio a Domicia hasta una butaca y comenzó a peinarle el cabello con delicadeza, desenredando cada mechón.

Poco después, el esclavo que la había recibido regresó y anunció la entrada de Avidia Volusia, la esposa del gobernador. Domicia, aparentando estar distraída, siguió conversando con la sierva sin levantar la mirada.

Justo en ese momento, Crescens, la dueña del establecimiento, se encaminó presurosa hacia la butaca con una sonrisa complaciente.

—¡*Salve*, Domicia! Tu presencia me honra. ¿Cómo deseas que te prepare la piel? Tengo aceite de almendras, de oliva... Incluso puedo aplicarte miel, si lo prefieres. Luego la blanquearemos con *cerussa* a base de plomo.

—En Roma, mi *ornatrix* solía usar agua de rosas —respondió Domicia con fingida indiferencia.

—Por supuesto, enseguida lo aplico —acató Crescens inclinándose con respeto.

Domicia notó, de reojo, que su comentario había captado la atención de Avidia.

—¿Domicia? —preguntó Avidia sorprendida—. ¿Domicia Iucunda?

—¡Qué ven mis ojos! —exclamó Domicia levantándose de la butaca.

—¡Por todos los dioses! ¿A qué debo la fortuna de verte aquí? —añadió Avidia, con una mezcla de sorpresa y alegría.

Domicia se acercó a ella y tomó sus manos con suavidad.

—¡Avidia Volusia! No sabes cuánto me alegra ver una cara conocida.

—Oí que habías dejado Roma, pero no conozco la causa —aseguró haciéndose la despistada.

—Sí, ya sabes, el amor nos lleva a abandonar todo cuanto tenemos y a perseguir aquello que nace en nuestra alma.

—¿Fue por amor? Quiero que me lo cuentes todo.

—Así es. Vine a Hispania para estar junto a mi esposo.

—No lo sabía. ¿Y piensas quedarte mucho tiempo aquí?

—Espero que no. Pero una mujer debe estar donde está su marido.

—Debe de ser un hombre muy apuesto el que te ha llevado tan lejos. Perdona mi indiscreción, pero en Roma siempre se hablaba de que eras la única matrona que disponía del *sui iuris*, es decir, que no estabas bajo la tutela de un hombre. El resto de las matronas imaginábamos que era la causa de que rechazaras todas las propuestas de matrimonio que recibiste, para así disponer con

libertad de tu fortuna. Por eso me sorprende que las palabras de amor en tus oídos hayan acallado las de tu mente.

Domicia disimulaba su asombro.

—Quizá he sido muy directa, pero las horas aquí son aburridas y siempre envidié ser como tú. Incluso —continuó Avidia— recuerdo cómo te enfrentaste a Julia Soemias, la madre del antiguo emperador.

—Yo también extraño mucho Roma; aquí me siento sola y desamparada.

—Sé lo que es eso. Yo misma viajé hasta aquí con Quinto Pomponio cuando lo nombraron gobernador de la Bética. Estoy deseando volver a Roma. —Avidia se detuvo y la miró como quien ha sido iluminada por una maravillosa idea—. ¿Por qué no vienes a casa esta noche? —dijo, sin disimular la emoción—. Sé lo que es sentirse sola en una urbe extraña. Seréis nuestros invitados de honor en la cena.

—No sé si debería; mi esposo está lejos, en Corduba.

—¡Oh, vaya! Ven tú sola. Quinto es un hombre comprensivo; no creo que le importe.

—Acepto de buen grado tu invitación.

—Seguro que a Tauro tampoco le importa.

Domicia iba a responder, pero se contuvo y se despidió con una sonrisa fingida hasta la noche, dejándose atender por las manos de Crescens. Su expresión se endureció. Aquello le confirmó que Volusia había mentido durante toda la conversación. No solo porque conocía Roma lo suficiente como para imaginar que su nombre y el de su esposo habrían circulado durante meses por las fiestas y tertulias de la alta sociedad, sino también porque, en ningún momento, ella había mencionado el nombre de Tauro.

# XLI

*Gades*

Todas las niñas y esclavos del lupanar de Demetrio se preguntaban con temor hasta dónde estaba dispuesto a llegar el *leno* para castigar a Elia.

El Africano llegó y miró de reojo a la muchacha, que se mantenía cabizbaja. Rápidamente descubrió que era su próxima víctima.

—Ya estamos todos. Africano, prepara el brebaje.

El esclavo obedeció.

—¿Cuál será el efecto que tendrá en ti? Tal vez te dé por masticar tu propia lengua, arrancarte las uñas o sacarte los ojos. Pronto lo descubriremos. Lo que sí puedo asegurarte es que no quedará nada de ti. De todas las torturas que ese animal Africano conoce, esta es sin duda la que más adoro.

—*Domine*, te lo ruego, no sé qué es lo que he hecho —imploró Elia, con voz quebrada.

Demetrio le cruzó el rostro con un fuerte bofetón.

—¿Crees que soy estúpido? Sé lo que intentabas. Te has revolcado con mi esclavo más leal creyendo que podrías manipularlo. Y estoy seguro de que planeabas hacer lo mismo con los otros, uno por uno, para convencerlos de que me traicionaran. ¿Me equivoco? Imagino que fue idea de Aurelio Carisio. Fue mencionar su nombre y empezaste a conspirar contra mí. Algo sucedió cuando estuvo contigo; por eso ordenó que no fueras a Roma. Él te está utilizando,

¿verdad? Y estoy seguro de que la razón por la que tu amiga, Fabia, escapó fue porque te temía más a ti que a mí. Conozco a las de tu calaña: esa cara inocente, esa voz dulce..., pero haríais cualquier cosa por conseguir poder. Dime, ¿cuál era tu siguiente paso? ¿Ganarte a las otras niñas para ponerlas en mi contra? Antes de que acabe el día, vas a confesar hasta la más ínfima travesura que hayas cometido a lo largo de tu existencia. ¡Nadie traiciona a Demetrio!

El *leno* alzó la barbilla.

—Africano, dale el brebaje. Y vosotras, no bajéis la cabeza —ordenó a las demás niñas—. Quiero que todas lo veáis.

El esclavo obedeció sin apartar la vista de la joven. Mientras otros siervos la sujetaban, le tapó la nariz y la obligó a beber.

Demetrio esperaba ansioso, haciendo chocar sus anillos entre sí.

—¿Qué le has dado? ¿Por qué no hace efecto? —preguntaba con nerviosismo, aguardando a que Elia comenzara a ver las visiones que tanto aterrorizaban a las otras muchachas.

Elia alzó la cabeza, retadora. Su rostro ya no mostraba rastro alguno de inocencia. Sus ojos eran oscuros y profundos, su mandíbula firme.

—Si deseas la lealtad de tus hombres, asegúrate de contar con su respeto —dijo con frialdad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Demetrio atónito—. ¡Mátala! —ordenó señalando al Africano.

El hombre de piel negra no se movió.

—Tu problema, Demetrio, es que nunca ves más allá de tu interés. En nosotras solo veías una forma de ganar dinero; en el caso del Africano, un instrumento para atemorizarnos. Jamás te has preguntado qué sintió cuando masacraron a su pueblo, ni cómo sobrevivió tras verse obligado a matar a su familia. ¿Te has preguntado por qué tiene esa cicatriz que le atraviesa el ojo o por

qué nunca se ha rebelado contra ti? Y lo más importante de todo, le demostraste tanto desprecio por el color de su piel que ni siquiera te molestaste en preguntarle lo más obvio: su nombre.

Demetrio contemplaba la escena sin dar crédito.

—¡Calo!, ¡Servandus! —gritó, llamando a otros esclavos, horrorizado—. ¡Cogedla!

Ninguno se movió.

—Quitadle el puñal —ordenó Elia.

Los dos siervos reaccionaron de inmediato. Demetrio intentó defenderse, lanzando estocadas al aire con desesperación, pero con tanta torpeza que apenas les costó desarmarlo.

—¡Está bien, Elia! Tú ganas. Dirigiremos esto entre los dos —suplicó Demetrio respirando con dificultad por el esfuerzo—. Con mi experiencia y tu talento...

—Me sorprende que hayas tardado tanto en darte cuenta de que me gané a tus esclavos sin amenazas ni miedo. Solo tuve que ser... complaciente. Tus niñas harán cuanto yo les ordene, porque he conseguido algo que tú jamás has logrado: su confianza.

—¡Pagaréis por esta traición! —gritó Demetrio—. Todos los esclavos seréis condenados por no obedecer a vuestro *dominus.*

—Lo insólito de la traición —murmuró Elia— es que siempre lleva el rostro de aquellos que te rodean; lo inquietante es que, cuando la descubres, ya es demasiado tarde. No te obedecerán. Reconozco que te has dado cuenta antes de lo que tenía planeado, pero ya lo tengo casi todo listo. Les ofrecí la libertad a cambio de traicionarte. ¿No fue eso lo que querías de mí? Tú mismo lo dijiste: «Cuando domines cuanto voy a enseñarte, te entregarán lo que yo desee». Te equivocaste en algo: ahora tu contable y todos hacen lo que yo deseo y no tú. Incluso poner todas tus propiedades a mi nombre.

—¡Maldita...! No te saldrás con la tuya.

—Mientras tú me enseñabas a seducir y a manipular, Massin, que así se llama tu hombre, no solo me ha instruido en cómo hacer venenos, sino que además me administró pequeñas dosis para inmunizarme; por eso el brebaje no me ha hecho efecto. Durante todos estos años te ha estado obedeciendo porque, en una de sus visiones, yo aparecía. Tengo la misma edad que la hija a la que tuvo que asesinar. A partir de ahora, cuidaremos el uno del otro. Así que ha llegado la hora de convertirlo en un hombre libre.

Demetrio trató de huir.

—¡Cogedlo! —ordenó Elia.

Cuatro hombres sujetaron al *leno*, que tenía la respiración agitada y sudaba profusamente, temblando al ver cómo el Africano se acercaba a él.

—Juro que me vengaré, aquí o en la otra vida —masculló Demetrio.

—Esperaré impaciente a que llegue ese momento —añadió Elia.

A continuación se dirigió al Africano.

—Massin, dale el brebaje.

—He rogado a mis dioses para que en el otro mundo no velen por ti —dijo el siervo sin apartar la vista de su antiguo *domine*.

Demetrio se quedó inmóvil al oír al Africano hablar su propia lengua. No trató de resistirse cuando le hicieron beber el brebaje, pues sabía que sería inútil.

Los siervos lo soltaron y cayó al suelo.

La nueva dueña ordenó que se llevaran a las niñas. No quería que presenciaran lo que estaba a punto de ocurrir.

El *leno* comenzó a ver cómo unas sombras proyectadas en la pared avanzaban hacia él. Un latido ensordecedor empezó a perforarle las sienes. Mientras tanto, la temperatura de su cabeza se volvía insoportable.

—¡Apartaos! —gritó con desesperación, tratando de espantar a aquellos espectros imaginarios.

Los esclavos contuvieron el aliento, horrorizados, al verlo arrancarse las pústulas de la calva con las uñas. La carne se desprendía con un sonido húmedo y su rostro se cubría de sangre. Calo, el esclavo que le había arrebatado el puñal, lo dejó caer, sobrecogido por aquella visión, y retrocedió con el rostro desencajado.

Los susurros no dejaban de horadar la cabeza de Demetrio. Entonces, sintió que algo se movía en el estómago, como si una criatura hambrienta arañara desde dentro. Un dolor agudo le atravesó el costado. No vaciló en coger el puñal, arrancarse la túnica y, como un animal enloquecido, arañarse el enorme vientre hasta desgarrar la piel y los músculos. El mosaico del suelo se tiñó de rojo.

Sus dedos se hundieron en el interior de sus entrañas, extrayendo pedazos de intestino. Las voces que gritaban en su cabeza se fueron apagando, y el silencio volvió a reinar de una vez en su interior. Su furia se calmó, su aliento se fue extinguiendo, hasta que, con un espasmo final, su corazón ofreció su último latido.

El cuerpo de Demetrio yacía en un enorme charco de sangre con sus tripas esparcidas por el suelo.

Elia intercambió una mirada con el Africano, quien asintió despacio. La pesadilla que Demetrio había impuesto a tantas víctimas y de la que tanto disfrutaba, había terminado devorándolo a él.

# XLII

*Hispalis*

Orbiana salió de la urbe por la Porta Gemina, la puerta norte. Septiembre llegaba a su fin y el rocío de la mañana comenzaba a cubrir las plantas, el pasto y la tierra, revistiendo con un brillo húmedo los campos y las calles de la urbe. Aquello la inquietó. Había ordenado a su hijo que aguardara toda la noche junto a la tumba donde se había concertado el encuentro y, a pesar de haberle dejado una manta y víveres abundantes, temía por él. Quizá había pasado frío o hambre.

Ese día iba a tener lugar la reunión que Aquilio había solicitado. Aurelio había aceptado, pero algo en su tono, tal vez la respiración contenida antes de responder o el tono cortante de sus palabras, le advertía que su paciencia estaba al límite. Por esa misma razón, había ordenado a su hijo una misión: que se escondiera cerca del mausoleo donde se iba a producir el encuentro y, en cuanto la ocasión fuese propicia, matase al sicario.

Trató de presentarse antes de la hora convenida. De ese modo sabría si Foedus había conseguido su objetivo. Orbiana llegó al lugar donde había dejado a su hijo la noche anterior con cautela, tratando de buscar refugio entre las lápidas y los columbarios para no ser vista. En cuanto estuvo allí, un rictus de preocupación se adueñó de su rostro. No había rastro de su hijo. Pudo ver restos de comida y la jarra de vino vacía, pero ni rastro de Foedus.

Buscó por entre las lápidas, pronunciando su nombre en voz baja para no llamar la atención, pero no había señales de él.

Un escalofrío serpenteó por su espalda cuando distinguió en el suelo, entre dos lápidas, unas enormes piernas. Las habría reconocido a dos millas de distancia; eran las de su hijo. Con el cuerpo encorvado y el pulso acelerado, corrió hasta allí. Foedus estaba amordazado y atado, pero, para su tranquilidad, seguía vivo.

—¡Hijo! ¿Te encuentras bien?

Había comenzado a desatar las cuerdas cuando sintió algo punzante en la espalda.

—Cuarenta y nueve —oyó tras de sí.

Orbiana se quedó petrificada.

—Cuarenta y nueve son los encuentros que el filo de este *pugio* ha propiciado a Caronte. Llevo tiempo preguntándome quién será el cincuenta. ¿Te gustaría tener ese honor? —preguntó Aquilio.

—No..., por favor.

—Te he dado muchas oportunidades, pero ningún consejo. Cuando mandes a tu hijo a vigilar durante toda la noche, no le des vino. Puede parecer una buena idea, pero tarde o temprano se queda dormido.

—No...

—¡Cállate! Detesto cada una de las expresiones que salen por tu boca, incluso el sonido de tu voz. Así que no digas ni una sola palabra más o te juro que en el mango de mi punzón lucirán dos nuevas muescas.

Orbiana no respondió.

—He podido matarte muchas veces y, si no lo he hecho, es porque hasta ahora has servido a mis intereses, pero no dudaré en acabar con tu vida o hacerte sufrir un dolor que ni siquiera imaginas si no haces todo lo que te digo.

Aurelio Carisio llegó acompañado de sus hombres. Tenía el gesto cansado. Los contratiempos comenzaban a agotarlo, aunque él mismo no dejaba de ser un jugador más en el gran tablero de intrigas y traiciones que regía la provincia. Aun así, no se resignaba a ser una simple pieza; su ambición exigía algo más. Aurelio Carisio llevaba un apellido de peso ancestral, vinculado a las figuras prominentes de la Hispania romana. Descendía de Publio Carisio, el legendario legado enviado por el emperador Augusto para consolidar el dominio en la península durante las guerras cántabras, más de dos siglos atrás. Desde entonces, los Carisio habían gozado de una posición privilegiada entre la élite romana de las provincias hispanas. Sin embargo, los tiempos gloriosos de su estirpe se habían ido desvaneciendo, empañados por descendientes que no supieron estar a la altura de su linaje. Aurelio estaba dispuesto a cambiar esa historia de decadencia. Era un hombre al que las circunstancias solo volvían más despiadado. Había hecho cosas inimaginables para el resto de los mortales, pero, a él, esa implacable determinación le había aportado cuanto deseaba.

Gracias a sus alianzas y a su capacidad para manipular sin escrúpulos, Carisio controlaba buena parte de los hilos del poder que se movían en la provincia Bética. Pero sus verdaderos obstáculos no eran ni esa maldita Orbiana, a quien había hecho creer que era gracias a ella a quien debía su cargo de duunviro, ni el rebelde Tauro; ni siquiera el gobernador Quinto, cuyos límites conocía y sobre quien tenía cierto dominio. La figura que inquietaba a Aurelio Carisio era la persona que movía los hilos en Hispania, y que no había dudado en aceptar aquella reunión: Juno.

Orbiana estaba esperando en el punto acordado.

Aurelio no se acercó hasta que varios de sus hombres, que se habían adelantado a inspeccionar los alrededores, volvieron con las nuevas: todo estaba en orden.

—Empiezo a cansarme de tus juegos; ¿dónde está ese hombre?

Orbiana avanzó hacia un pequeño mausoleo, señalando con un leve movimiento de la mano. Aurelio la siguió.

—Mi labor y la de Foedus es la de secuestrar y cuidar de las niñas hasta que decidís llevarlas a otro lugar. Debería ser yo quien te exigiera que hicieras algo contra él.

El duunviro detuvo sus pasos.

—Jamás vuelvas a hablarme en ese tono.

—Yo fui quien te puso en el sitio que hoy ocupas; deberías mostrar un poco de agradecimiento.

Aurelio no daba crédito.

—¿Tan ingenua eres, Orbiana? —murmuró masticando cada palabra—. Hiciste lo que te convenía. Yo solo te di la oportunidad para ello. Y te recuerdo que aquí tu voluntad es una concesión, no una ventaja. Así que dime dónde está Aquilio, y qué pretende, o tú y tu hijo conoceréis de nuevo la porqueriza de la que lo saqué.

—Aquilio... no vendrá.

Aurelio la miró fuera de sí, pero supo que había algo que se le escapaba.

—¡Por todos los dioses que esto lo pagarás!

Aurelio se dirigió con paso decidido hacia ella, con la intención de matarla allí mismo.

Quizá debería haberlo previsto al ver el modo en que Orbiana intentaba irritarlo. O haber interpretado bien los continuos gestos de la esclava, que negaba con la cabeza, tratando de advertirle. Tampoco captó la señal en los sutiles movimientos de la mano de la sierva. La sola idea de que una simple esclava se hubiera atrevido a

hablarle de aquella manera había desatado en él una furia tan intensa que no percibió ninguno de esos avisos.

Solo así podría haber anticipado que, desde el interior de un mausoleo, emergiera con rapidez la figura de un hombre, que había pasado desapercibido en la inspección de sus guardias, y que la fría hoja de un puñal amenazara, cortante, su garganta.

—Aurelio Carisio —pronunció Aquilio esbozando una mueca de satisfacción—. Debo admitir que no ha sido fácil arrimarme a ti. Pero hay un arma mucho más afilada que este puñal que ahora amenaza tu vida: tu propia soberbia. Has sido incapaz de tolerar que una esclava te hablara como si fueras un igual.

Aurelio hizo un gesto para que sus hombres se detuvieran, justo cuando se acercaban a socorrer a su amo.

Orbiana buscaba con la mirada en el interior del mausoleo a su hijo, rogando que se encontrara bien. Aquilio la miró con furia; él sí había notado sus intentos de advertir a Aurelio. Ignorándola, volvió a concentrarse en su prisionero.

—¿Dónde está? —preguntó impaciente.

—¿Quién? —Aurelio levantó las cejas fingiendo ignorancia.

—Creo que fui claro. Juno debía venir.

—¿De verdad crees que alguien de su posición perdería el tiempo contigo?

—Veo que vosotros también os creéis invulnerables, tan confiados en vuestra intocable red de alianzas —dijo el asesino aumentando la presión sobre su cuello.

—Todos tenemos una misión y tú no estás cumpliendo la que te ordenaron en Roma.

Aquilio se quedó helado. Era imposible que Aurelio conociera el nombre de quien lo había enviado a Hispania.

—¿Qué sabes?

El patricio continuó hablando, consciente de que había revertido la conversación.

—Tan ingenuo como Orbiana... —musitó, casi con lástima—. No hay nada que nos pase desapercibido. Tú tenías una orden: matar a Tauro. Pero parece que la sed de venganza te está cegando. ¿Me equivoco?

El tuerto sintió un temblor en la mano. Aurelio había echado sal en la herida que lo atormentaba.

—¿Cómo lo has averiguado? —replicó Aquilio con inquietud creciente.

—Deberías seguir una regla fundamental: los negocios siempre han de estar por encima de lo personal. ¿Crees que Julia Mesa te envió a matar a Tauro porque pensaba que eras mejor que él? Lo hizo porque sabe que fue el hombre que mató a tu padre, y supuso que esa sed de venganza la beneficiaría para verlo muerto. Pero, en lugar de cumplir tu misión, cegado por el odio, decidiste demostrarte que eras mejor que él. ¿Me equivoco? Y mírate, estás vivo de milagro. Con tu pequeño desliz, has enfadado a mucha gente.

Aquilio respiró hondo, tratando de controlarse.

—Y tú quizá deberías elegir mejor a tus hombres —dijo volviendo a la calma—. Así habrías evitado que, mientras hablamos, Tauro se esté dirigiendo al lugar donde están las niñas.

Aurelio soltó una leve carcajada.

—¿Victorinus? Siempre supe que el juego y su lengua lo condenarían. Sería ingenuo de tu parte pensar que no lo sabía. De hecho, gracias a su indiscreción, sabemos adónde se dirige el hombre a quien deberías haber asesinado hace tiempo.

—Sigo un plan —murmuró.

—Más vale que funcione. Tenemos un mensaje para ti de la persona que te contrató. No habrá más oportunidades.

—En Gades acabaré con él. Díselo también a Juno.

—¿Por qué no se lo dices tú?

Un guardia de Aurelio se bajó la capucha que cubría su rostro y se acercó.

El puñal de Aquilio estuvo a punto de desprenderse de su mano cuando vio el rostro de Juno y solo acertó a hacer una pregunta:

—¿Tú?

# XLIII

*Corduba*

—¡Por favor, Domicia! Esto es una auténtica locura. Es como arrojarse directamente a las fauces de un león —dijo Tauro, mientras caminaba de un lado a otro en la pequeña habitación de la taberna donde se hospedaban—. Cuéntamelo otra vez.

—Tauro, te he contado cada palabra de la conversación tres veces.

—Pues hazlo una cuarta, por favor —dijo sentándose frente a ella.

—Compartí la cena con el gobernador, Quinto Pomponio, y su insufrible esposa, Avidia Volusia. Desde el primer momento percibí la desconfianza de Quinto. Le lancé varias preguntas fingiendo estar distraída, para ver si Avidia había oído tu nombre como comidilla entre las matronas romanas o si lo conocía por él. Y tuve la clara impresión de que sabía sin lugar a dudas quién eras, por boca de su esposo, y que habías estado al servicio de Julia Mesa.

Tauro se levantó, enojado.

—Y, entonces, ¿por qué se te ocurre la brillante idea de concertar un encuentro con el centurión de la Legio VII Gemina?

Domicia también se puso en pie, tratando de que se relajara.

—Escúchame bien. Cuando el vino le soltó la lengua, el gobernador dijo que no había oído nada sobre niñas secuestradas. O miente o ese Aurelio Carisio se lo ha ocultado. Además, y aquí viene lo más importante, me aseguró que nunca firmó un *edictum provinciale* que prohibiera cerrar las puertas por dentro para que, en

caso de incendio, los esclavos encargados de la seguridad pudieran entrar y salvar a los ciudadanos. Se rio a carcajadas, pero se le heló la sonrisa cuando le insinué que quizá todo esto era un complot en su contra. Por eso aceptó que te reunieras con el centurión.

—Cuando algo huele a podrido, es porque está podrido, Domicia. Aquí pueden estar pasando varias cosas. Quinto miente y está metido hasta el cuello en este asunto. Todo el espectáculo de la cena fue para facilitar ese encuentro con el centurión y entregarme a Julia Mesa para ganarse su favor. O puede que también esté preocupado y solo quiera poner sobre aviso a las legiones, la opción que me parece menos probable, porque si ese fuera el caso, no nos necesitaría a nosotros.

—¿Puedes volver a explicármelo? —interrumpió Expositus.

—¡Espera un momento, Expositus! —ordenó Tauro.

—Precisamente por eso es necesario que te reúnas con el centurión, Tauro —continuó Domicia—. Si de verdad desconoce los detalles, entonces sabremos que Quinto está involucrado en todo este asunto. Si están al corriente, es porque el gobernador está preocupado. Por tanto, sabremos, en el primer caso, que el gobernador está detrás de los secuestros y, en el segundo, que es Aurelio Carisio.

Tauro volvió a pasearse por la habitación con las manos en la nuca.

—¿Dónde has organizado el encuentro?

—En la taberna de Vetusto, donde jugaste a los dados.

—¡Domicia! Puede que Victorinus también esté allí y no solo tenga que enfrentarme a cuatro o cinco legionarios y su centurión, sino también a los hombres de Aurelio. ¿Acaso crees que soy Aquiles?

—Yo soy quien investiga los secuestros; tú pones la fuerza.

—¿Quien investiga? Fui yo el que descubrió que las niñas estaban en la villa de Mitra y luego en Gades, que, por cierto, es donde deberíamos estar. He enterrado a demasiados hombres en mi vida. Demasiados. —Tragó saliva—. No voy a perder también a la sobrina de Marco. Si la perdemos, no me lo perdonaré.

—Claro, Tauro, vayamos a Gades. Quizá logremos salvar a la sobrina de Marco, que es la única que parece que te preocupa, si es que no ha sido ya arrastrada a Roma y es una de esas pobres almas cuyo destino solo alberga sufrimiento. Pero dime, ¿qué haremos si no descubrimos quién está detrás de estos secuestros? Sabes que después vendrán más niñas, una tras otra. ¿Quién se apiadará de ellas? No puedo ni imaginar lo que deben de haber sufrido, esa tortura lenta al pensar que cada respiración tal vez sea la última. El miedo apuñalando su alma, en cada ocasión que un hombre decide hacer suyo su cuerpo. Tú mismo me dijiste que el lugar donde estaban encerradas era lúgubre, frío y que en el ambiente podía aún sentirse la angustia que tuvieron que padecer. Y temo, Tauro, que ese es solo el principio de una vida que solo les reservará dolor y muchísimo sufrimiento. ¿Y acaso permitiremos que esos hombres, los mismos que deberían protegerlas, sigan enriqueciéndose con sus pobres vidas? Si nos marchamos ahora, seremos cómplices de los mismos actos que tanto despreciamos. Porque, en el fondo, lo sabes tan bien como yo, quien no se enfrenta al mal acaba devorado por él.

Tauro respiró hondo, abrumado.

—¡Por todos los dioses! Si tuviera a mis hombres, Marco y Rufo, sería como arar en campo llano. Está bien, Domicia, lo haremos, pero a mi manera. Me vestiré como un *acutarius*, un vendedor de piezas de hueso. Si entro y veo algo sospechoso, saldré antes de que se enteren de que estoy allí.

—Nos iremos. Yo estaré contigo.

—Ni lo sueñes. No lo entiendes... Jamás me ha asustado lo que pueda pasarme a mí, sino lo que te pueda ocurrir a ti.

—¿Y a mí? —se entrometió Expositus.

—¡Espera un momento, Dentatus! —gritó Tauro.

—¿Queréis dejarme hablar? —pidió el chico.

Tauro lo miró, comprensivo.

—Llevas razón. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —lo instó al fin.

—Puedo pasarme el día entero en la taberna. Siempre dices que hablo demasiado. Puedo hablar con unos y con otros y, cuando vayas, señalarte a los que no he visto nunca.

—Magnífico —murmuró el antiguo soldado—. Vamos a poner nuestras vidas en manos de un crío.

Domicia apoyó la mano en el brazo de su marido.

—Todo saldrá bien —dijo tratando de calmarlo—. Ya lo verás.

Tras un instante de duda, él asintió.

—Está bien. Vosotros ganáis. Expositus, puedes irte y empezar a vigilar. Si vamos a atrevernos, no hay tiempo que perder.

—¿Y qué tengo que hacer? —quiso saber el muchacho, entusiasmado.

—Esta vez, solo sé tú mismo —respondió Tauro—. Haz justo lo que has dicho. Habla con todos. Pregunta nombres, oficios, a qué hora entran y salen. Pero prométeme una cosa: no robes a nadie. Quiero que te conozcan, que confíen en ti y que no te teman.

El chico salió corriendo, rebosante de entusiasmo.

Tauro siguió al muchacho con la mirada hasta que la puerta se cerró. Luego se volvió hacia Domicia y dejó escapar el aire despacio. No estaba seguro de que fuera una buena idea, pero había aprendido que proteger a los suyos no siempre consistía en

mantenerlos a salvo tras un muro. Aun así, no permitiría que se expusieran: sería él quien asumiera todos los riesgos.

Una semana después, Marcio Flavio, centurión de la VII Gemina, cruzó el umbral de la taberna de Vetusto. Vestía el uniforme de la legión. Lanzó una rápida y experta mirada por el lugar. La taberna bullía de gente: borrachos despotricando contra el edil por los impuestos, vendedores ambulantes voceando su mercancía, clientes comiendo y bebiendo en una amalgama de murmullos y risas. Marcio avanzó hasta el fondo, donde un vigilante custodiaba una de las puertas.

—Soy el centurión Marcio Flavio. ¿Qué hay tras esa puerta?

—Partidas de dados.

—Apostar fuera de la Saturnalia es un delito.

—Nadie ha dicho que apuesten, centurión. Solo juegan.

—Abre.

El vigilante abrió la puerta. En varias mesas se jugaban partidas de dados, pero en ninguna había dinero a la vista.

—¿No podéis jugar fuera? —preguntó Marcio, con tono de reproche.

—Mucho bullicio, centurión.

Marcio asintió y le hizo un gesto para que cerrara la puerta, continuando con su inspección.

—¿Y qué hay detrás de esa otra puerta junto a las escaleras?

—Es la puerta de servicio. Los clientes suben por las escaleras principales y las prostitutas de la casa por esas otras. ¿Deseas que te la muestre, centurión?

—¿No tenéis una salida trasera?

—Hasta ahora no nos ha hecho falta.

El vigilante se dispuso a abrir la puerta, pero Marcio lo detuvo.

—Da igual.

El centurión interrumpió la conversación, lanzándole una mirada que indicaba que no se fiaba de él, y se dirigió a la única mesa vacía, desde la cual podía vigilar toda la taberna. Discretamente, tres de sus cuatro legionarios infiltrados le hicieron el gesto convenido: ninguno había visto a alguien que pudiera ser Tauro.

Una tabernera se acercó a su mesa.

—¿Qué va a ser?

—Tráeme una jarra de vino. Me llamo Marcio Flavio, centurión de la cohorte de la VII Gemina. ¿Ha preguntado alguien por mí?

—¿Y qué vas a comer? —dijo ignorando la pregunta—. Tenemos cazuela de pescado con *garum*, pollo con *garum* y cerdo con *garum*.

—Solo vino.

Poco después, la tabernera regresó y colocó la jarra en su mesa.

Un muchacho de dientes prominentes se acercó a su mesa.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

Marcio intentó ignorarlo.

—Yo me llamo Expositus, aunque la mayoría me llaman Dentatus. Trabajo haciendo recados. Por un sestercio puedo ir a la barra y traerte lo que quieras. Por dos, echo un ojo a tus pertenencias si necesitas ir a la letrina. Y por cuatro, pongo los dos sobre tus cosas sin moverme ni un paso mientras te diviertes arriba con alguna prostituta.

—¿Un denario por cuidar mis cosas?

—No te confíes, centurión. Esta es una taberna peligrosa.

Marcio le dio una moneda y le hizo un gesto para que se alejara. Mientras inspeccionaba el lugar, no advirtió que el muchacho vertía algo en su bebida. Se sirvió una copa y tomó un primer sorbo; frunció el ceño al detectar un dulzor extraño.

Un vendedor de piezas de hueso se acercó a la mesa.

—¡Prendedores para el pelo! ¡Amuletos de hueso! Todos recién llegados de Asturica Augusta.[1] ¿Quieres uno, amigo?

—Largo de aquí.

—Será mejor que me invites a sentarme y me escuches, centurión —prosiguió el supuesto vendedor—. El vino que bebes está envenenado y solo yo tengo el antídoto.

Marcio bajó la vista hasta su copa, comprendiendo por fin el sabor dulce del vino.

Mientras tanto, Tauro lanzó una mirada a Expositus. El muchacho, con unos gestos que habían tenido que ensayar una centena de veces, le indicó la ubicación de los legionarios infiltrados: uno en la puerta, dos en una de las mesas y el último —disfrazado de borracho— era el que maldecía al edil. Para sorpresa de Tauro, había cumplido su cometido a la perfección.

—Ahora, diles a tus hombres que se vayan —ordenó Tauro al centurión.

Este vaciló.

—Ya has visto que no hay puerta trasera. No llegaré lejos. La verdadera pregunta es si quieres salir vivo de aquí.

Marcio giró la cabeza y ordenó a los dos legionarios sentados que se marcharan. Después, hizo lo propio con el que estaba en la puerta.

—Listo —dijo al fin.

—Marcio, no me tomes por ingenuo. Dile al borracho que corte el numerito ese de echar maldiciones contra el edil y que se largue. Aquí no tengo escapatoria y, fuera de aquí, frente a tus hombres, son pocas mis opciones.

El centurión sonrió, levantó la mano derecha y el borracho, como si su embriaguez se disipara de repente, dejó de hablar y salió, ante

la sorpresa de los hombres que bebían con él.

—El famoso Marciano Tauro. Veo que haces honor a tu reputación.

—Te sorprendería saber cómo lo he averiguado. Además, no creo que mi fama sea digna de gloria. Si de verdad fuera una leyenda, jamás habrías oído hablar de mí.

—Las horas en la legión son largas. Todos hemos escuchado historias sobre el temido hombre de Julia Mesa.

—Eso forma parte de otra vida.

—Por eso me sorprende oír que te mostrabas ante el gobernador. Te daré una hora para que escapes. Después, tendré que ir a por ti. Quinto quiere llevarte encadenado ante Julia Mesa.

—Eso sospechaba. Pero ¿por qué habrías de darme una hora?

—Llevo veinte años en la legión. Solo nosotros, los legionarios, comprendemos lo que significa pasar horas de guardia, combatir, confiar nuestras vidas a otros hombres y llorar a los compañeros caídos. Solo así nacen los lazos que esos senadores, duunviros y gobernadores jamás entenderán. Reconozco en mí el sentido del deber; cumplo con lo que se espera de alguien de mi posición. Pero es a mi conciencia a la que respondo y por ello me debo al honor. Jamás traicionaré a quien, como yo, ha combatido bajo las águilas de Roma, y menos aún si alguna vez le confié la vida de mis hombres.

Tauro frunció el ceño tras la última afirmación.

—Como te digo, tu fama llegó hasta Hispania. Cuando estaba en Tarraco,[2] tenía dos hombres que parecían hechos en la forja de Vulcano. No solo eran valientes, demostraron mucho más que eso. Podían cumplir cualquier misión que les encomendaras: esconderse, infiltrarse, camuflarse. Así que los propuse como *frumentarii* en Roma y tú los aceptaste.

—¿Quiénes eran?

—Valerio Reburrinus y Claudio Victor.

—¡Valerio y Claudio! Dos de mis mejores hombres. Capaces de cualquier cosa. Si les ordenabas infiltrarse como prostitutas, se convertían en las más solicitadas de toda Roma.

—¿Sabes qué ha sido de ellos?

—No lo sé —mintió—, y esa es la mejor señal posible. Significa que hice bien mi trabajo.

Marcio rio y señaló su copa. Tauro hizo un gesto a Expositus, que le trajo un pequeño frasco y una jarra de vino. Fue entonces cuando el centurión sonrió al comprender que había sido el muchacho quien, con su charla, había logrado distraerlo y consumar el engaño. Bebió el antídoto y lo acompañó con un trago de la copa que Tauro había dispuesto para él.

—No tenemos tiempo que perder. ¿Qué deseas saber?

—Investigo el secuestro de un grupo de niñas de Sucaelo y de otros municipios; puede que a estas alturas sean menos que las que desaparecieron. Entre ellas está la sobrina de Marco, que no solo fue mi segundo e instructor de hombres como Valerio y Claudio, sino que además, como bien has dicho, era mi hermano de armas.

—Es algo muy serio para que semejante crimen no haya llegado a nuestros oídos.

—¿Nadie os ha informado?

—Nadie. Y eso me inquieta.

—¿Ni siquiera Quinto, el gobernador?

—Lo único que Quinto nos ha pedido es que te arreste y te lleve encadenado ante él.

—Aquí en Corduba hay un hombre llamado Aurelio Carisio, el duunviro. ¿Lo conoces?

—Todo el mundo conoce a Carisio. Pero si preguntas si ha presentado denuncia alguna por la desaparición de esas niñas, la

respuesta es no. Ni él ni Quinto han dicho una sola palabra al respecto. Y dado que, si denuncias, tendrás que exponerte públicamente ante ellos y asumir el riesgo que eso implica, te conviene valorar cuál es el mejor modo de proceder.

Tauro quedó pensativo. Sabía con certeza que Aurelio estaba implicado, pero aún dudaba sobre las verdaderas intenciones de Quinto. ¿Podría el gobernador estar ocultando la verdad a las legiones porque también estaba involucrado? Domicia estaba convencida de que sí. Sin embargo, algo en la intuición de Tauro le decía que Quinto no tenía relación directa con el asunto.

Empezaba a considerar dos posibles explicaciones. La primera, que Quinto quería evitar mostrar debilidad. Su cargo de gobernador era un nombramiento del Senado y, si la curia llegara a enterarse de que no tenía un control efectivo sobre su provincia, su prestigio y reputación se verían gravemente comprometidos. Además, su mandato estaba a punto de expirar y, con toda probabilidad, lo único que rondaba por su mente era llevarlo a Roma como un trofeo. De esa manera se ganaría el favor de Julia Mesa y encubriría así su incompetencia como gobernador.

También existía una segunda opción y era que todo formara parte de un complot. Aurelio Carisio buscaba menoscabar la posición de Quinto, seguramente con la intención de arrebatarle el puesto de gobernador.

—Marcio, me has sido de gran ayuda.

—Sé que junto a las escaleras hay una puerta que da a una salida trasera, y que el vigilante me ha mentido. Te concedo la mitad de una hora; no puedo ofrecerte más.

—Es más que suficiente.

Tauro y Marcio se estrecharon la mano con firmeza.

—Espero que halles a esas pobres niñas.

Tauro hizo un gesto a Expositus para que abandonaran el local por la puerta trasera.

Cuando estaban a punto de salir, el vigilante interceptó a Tauro.

—¿No me debes algo? —preguntó.

—¿De qué hablas? Si no fuera por mí, el centurión habría descubierto la sala clandestina que tienes ahí dentro.

—Y si no fuera por mi ayuda, no podrías salir por la puerta de atrás.

—Pero si hasta el centurión sabía que ahí había una puerta.

El vigilante extendió su mano sana y Tauro, resignado, extrajo sus dados trucados y se los dio, saliendo sin mirar atrás para no arrepentirse.

# XLIV

*Gades*

Elia observaba al *ratiocinator*, el contable que había contratado. Tal como prometió, había liberado a todos los esclavos de Demetrio, aunque algunos decidieron quedarse por voluntad propia, entre ellos el Africano. La muerte de su antiguo *leno* llegó antes de lo planeado, pero eso no hizo más que acelerar los acontecimientos. Con pericia y discreción, ella había manipulado a un notario, cliente frecuente del lupanar, para falsificar el testamento de Demetrio, asegurándose de figurar como única beneficiaria de toda su fortuna. Ahora había adquirido una veintena más de prostitutas. Ninguna niña raptada volvería a ejercer en aquel lugar.

—Las cuentas están bastante saneadas —comentó el contable tras deslizar las piezas en el ábaco y revisar cada columna. El hombre la estudió con detenimiento—. Quizá desconozcas que, por ley, toda prostituta en tu establecimiento debe estar registrada. Si el edil realiza un conteo y descubre lo contrario, podría imponer una multa severa. Mi consejo es que las registres poco a poco, para que las arcas no se vean afectadas.

—Las necesito a todas —respondió Elia, su voz firme.

—Entonces lleva una ofrenda a los dioses para que el edil no decida visitarte.

—Del edil ya me encargo yo.

El funcionario extendió la mano y, tras recibir su pago, se marchó satisfecho.

Elia observó cómo desaparecía y se sirvió una copa de vino mientras pensaba. Tenía planes y eran muy ambiciosos, pero sabía que debía ir despacio. Sus pensamientos quedaron interrumpidos por uno de sus esclavos, que entró apresuradamente.

—*Domina*, ha llegado un cliente preguntando por Demetrio. Como solicitó, le he informado de la repentina muerte natural del antiguo *leno*. Ha pedido ver a Annia.

La nueva señora lanzó una maldición a los dioses, temerosa de que el embarazo de la joven ya resultara evidente.

Se dirigió al salón, donde Annia, junto con otra bailarina, enseñaba a las nuevas prostitutas a bailar, a modular las palabras y a comportarse con la elegancia que los clientes esperaban. Había rescatado a aquellas mujeres de la miseria de las calles, ofreciéndoles no un futuro glorioso, pero sí uno sin frío ni hambre. Desde la puerta, observó el ambiente: algunas de las recién llegadas aún no dominaban el idioma, y otras, vencidas por el cansancio, dormitaban mientras esperaban a los clientes. Elia entendió que aún tenía un largo camino por recorrer.

Se acercó a Annia para interesarse por su estado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Bien, aunque el embarazo ya comienza a notarse y las náuseas empeoran.

—Annia, hay un cliente que ha preguntado por ti.

La joven suspiró con resignación.

—Me imagino quién es.

—Puedo ocuparme yo, si lo prefieres.

—No, ya has hecho bastante. Trataré de que no se percate de mi estado.

—¿Quieres que me quede cerca?

Annia la miró con ternura.

—No, Elia. Ese hombre es un animal, pero he aprendido a manejarlo.

—¿Quieres que llame a Massin?

—Con este individuo sus pócimas son inútiles.

—¿De quién se trata?

—Es Tiberio Eudoxius, el encargado del gremio de marineros.

Elia sintió un escalofrío al escuchar el nombre de Tiberio. Aquel era el mismo hombre que mencionó Servio, el prestamista al que habían chantajeado. Sin dudarlo, decidió seguir a Annia, manteniéndose a una distancia prudencial para no ser descubierta.

Desde las sombras de un pasillo, pudo ver cómo Annia acompañaba al imponente Tiberio. De brazos fornidos y curtidos, su aspecto intimidante hablaba de un hombre endurecido por los años bajo el sol y las largas horas en la cubierta de un barco. Aunque su presencia era amenazadora, Elia no se amedrentó. El cliente, molesto por la espera, empujó a Annia hacia una cámara.

La nueva dueña esperó pacientemente; necesitaba encontrar la forma de entrar en esa habitación y quedarse a solas con él. En ese momento, un esclavo pasó con una bandeja.

—Servandus —lo llamó con firmeza.

Él se detuvo, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—*Domina*.

—Annia me ha pedido que sea yo quien entre con la bandeja.

Servandus, tras echar una mirada rápida a su alrededor, le ofreció la bandeja sin poner ningún impedimento. Elia la tomó y se dirigió a la puerta de la habitación. Justo cuando estaba a punto de entrar, oyó voces desde el interior. Se apartó un poco, ocultándose. En ese

momento, Annia salió corriendo, sollozando y con una fea herida en la ceja, mientras se sujetaba el vientre con una mano temblorosa.

—¡¿Acaso creías que no me daría cuenta, maldita zorra?! —gritó Tiberio desde el interior.

Elia se asomó. De espaldas a la puerta, se encontraba Tiberio vistiéndose con una túnica.

Aunque sus manos temblaban, no se le volvería a presentar una oportunidad como aquella.

Soltó el aire de los pulmones tratando de relajarse, entró, dejó la bandeja en la mesa y cerró la puerta tras de sí. Se quedó inmóvil, observando a Tiberio. Él se giró despacio, con una expresión de sorpresa que pronto se tornó en desprecio.

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó avanzando.

Elia le sostuvo la mirada.

—En tu lugar, escucharía lo que tengo que contarte.

Tiberio, sin dudarlo, agarró un puñal y se dirigió a ella.

# XLV

*Hispalis*

Expositus estaba junto a otro muchacho, acechando a una pareja de gatos escondidos en un callejón.

—No tienen escapatoria —dijo Celso, el otro niño.

—Tú ve por el otro extremo y corre hacia ellos. Cuando vengan hacia mí, les lanzo el saco y los atrapamos. Esa nigromante nos dará un dineral por los dos. Créeme, lo más valioso son los pelos de los bigotes; si se los arrancamos mientras están vivos, se los venderemos y sacaremos el doble. No es la primera vez que hago esto.

Celso se frotó las manos ante la perspectiva de lo que parecía un dinero fácil.

—Si se te escapa alguno, te daré una paliza, ¿entendido?

Expositus no contestó, concentrado con el saco en la mano, esperando. Mientras miraba de reojo hacia la esquina donde debería aparecer Celso y vigilaba a los gatos, su atención se desvió hacia un hombre que estaba dando los últimos retoques a una pintura en la fachada de la taberna. La curiosidad pudo más que la tensión de atrapar a los animales que acechaba y se acercó al pintor.

—¿Qué dice ahí, amigo? —preguntó.

El hombre lo miró de reojo y continuó pintando, sin responderle.

—Anda, no te costará nada; dímelo. Si no lo haces, mi amigo y yo encontraremos pintura y lo taparemos.

—Como se te ocurra...

—Ya podrías habérmelo dicho en vez de discutir conmigo.

En ese momento, los gritos de Celso empezaron a resonar al otro lado del callejón. El pintor, temiendo que aquel mocoso cumpliera su amenaza, leyó en voz baja:

—«El *flamen* Lucius Cornelius Bocchus, sacerdote perpetuo de Augusta Emerita, presentará veinte parejas de gladiadores. Lucio Cornelio Bocchus, su hijo, presentará diez parejas de gladiadores. Los combates se celebrarán en Hispalis los días 8, 9, 10, 11 y 12 de octubre. Habrá una cacería según las normas habituales».

Para cuando terminó de leer, Expositus ya se había marchado. El pintor giró la cabeza a ambos lados, pero no había rastro del niño. En ese instante, Celso llegó corriendo detrás de los gatos que huían despavoridos.

—¡Dentatus! Pero ¿dónde estás? —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. ¿Has visto a un niño con grandes dientes por aquí? —le preguntó al pintor.

—¿Lo has visto tú?

Expositus llegó corriendo hasta la taberna donde pernoctaban. Domicia y su marido ya cargaban sus pertenencias en el carro y se preparaban para partir hacia Gades.

—¿Se puede saber dónde te habías metido, Expositus? —preguntó Tauro—. Tenemos que irnos.

—¡Van a celebrar luchas en el anfiteatro! —dijo emocionado.

—Ya te dije que iríamos cuando todo esto acabara —respondió Tauro sin dureza—. Ahora no podemos. Sube al carro.

—Domicia, por favor... —suplicó arrodillándose.

—Tauro lleva razón, Expositus —intervino ella con suavidad—. Cuando todo esto termine...

El crío se aupó al carro y se cruzó de brazos, visiblemente enfadado. Tauro se sentó junto a Domicia y emprendieron el viaje de cinco jornadas que los llevaría hasta Gades. Al poco rato de iniciar su trayecto, Tauro miró al muchacho y advirtió el brillo húmedo en sus ojos.

—¿Quieres que te cuente por qué dejé de ser *frumentarius*? —le preguntó.

El muchacho lo miró emocionado. Domicia esbozó una sonrisa sutil. Habían pasado algo más de seis meses desde que abandonaron Roma y, hasta ese día, Tauro nunca había hablado de aquel asunto.

—Nací en Lucus Augusti,[1] al norte de Hispania. Sin embargo, perdí a mis padres cuando la peste, a la que llamaron Antonina, se cobró sus vidas. Mi abuela, Thais, había sido prostituta en Roma, pero un gladiador la sacó de las calles.

—¿Un gladiador? —preguntó Expositus sorprendido.

—Así es. Se llamaba Probus.

—¿Tu abuelo era Probus?

—El mismo. Su padre, Ronet, también fue gladiador. Debió de ser incluso mejor, porque venció a uno de los más famosos de todos los tiempos.

—¿A quién?

—A Spiculus.

—¡Por todos los dioses, me tomas el pelo! No te tenía por embustero.

Expositus miró a Domicia en busca de confirmación y la patricia asintió con la cabeza.

—Pues espérate cuando te diga que la abuela de Domicia fue Achilia, la gladiadora que se enfrentó a Amazona en el que fue llamado el duelo de la eternidad.

—¿Os estáis burlando de mí?

Marido y mujer rieron brevemente. Pero la risa se apagó pronto.

—La abuela de Domicia y la mía eran grandes amigas. Así fue como nos conocimos. Sin embargo... —La voz de Tauro se ensombreció; aquellos recuerdos le dolían—. La dejé atrás para seguir a mi hermano. Él siempre quiso ser legionario y yo temía que, sin mí, le ocurriera algo. Allí conocí a Marco y a Rufo, mis compañeros de contubernio, hombres por los que habría dado mi propia vida. En aquel tiempo el emperador era Macrino, un enfrentado a Julia Mesa, hermana de Julia Domna, la antigua emperatriz con Septimio Severo y madre de Geta y Caracalla. Pero Macrino subestimó a Julia Mesa, la mujer a la que más admiro y odio a la vez...

Tauro detuvo el carro. Bajó sin decir palabra y se alejó unos pasos. Se quedó mirando el horizonte, como si buscara algo que ya no estaba allí. El aire parecía no llegarle a los pulmones.

Expositus hizo ademán de seguirlo.

—Déjalo. Necesita tiempo —dijo Domicia con suavidad—. Es la primera vez que habla de esto desde que abandonamos Roma.

Al cabo de un momento, Tauro regresó. Tenía los ojos enrojecidos, pero el gesto firme. Retomó la marcha.

—Julia Mesa me lo dio... y me lo quitó todo. Fui yo el hombre que puso la cabeza de Macrino a sus pies y por eso me convirtió en centurión de su servicio secreto. Aquello me llevó de nuevo a Roma, donde me reencontré con Domicia, el amor de mi vida. Pero tardé en darme cuenta de que para Julia Mesa yo solo era un esbirro, el hombre que podía hacer desaparecer a quien ella considerase una amenaza. En las legiones maté por la gloria de Roma, pero con ella me vi obligado a asesinar a numerosos hombres en su nombre,

muchas veces sin saber el motivo real, y eso me atormentará hasta el fin de mis días.

Se pasó una mano por el rostro; el peso de los recuerdos le exigió de nuevo el refugio de siempre, el único que había creído capaz de sostenerlo: el vino. Rechazó ese pensamiento y continuó hablando. Soltar todo lo que llevaba dentro le estaba resultando doloroso pero también liberador.

—Domicia intentó advertirme, pero cuando quise escuchar ya era demasiado tarde. Julia Mesa es una mujer despiadada; no deja nada al azar y jamás permite que quede un cabo suelto. Me costó comprender que la justicia que reinaba en las calles de Roma era solo la que ella imponía. Cuando se cansó de su nieto, el emperador Heliogábalo, decidió acabar con su vida. No podía permitirlo y traté de salvarlo. No salió bien. Julia Mesa consideró aquel intento una traición hacia ella. Fue entonces cuando Domicia y yo tuvimos que huir y desde entonces somos fugitivos. Sé que no descansará hasta ver cumplida su venganza. Por eso dejé de ser *frumentarius*.

—Pero..., Tauro, ella no puede hacerte nada. Eres el hombre más valiente que conozco.

—No, Expositus... Soy un cobarde, no tuve el valor de enfrentarme a ella cuando debería haberlo hecho. Tú sí que eres el hombre más valiente que he conocido, porque yo hui, pero tú no; tú naciste sin nada y con todo que perder y, aun así, decidiste luchar por sobrevivir.

Sin decir nada, Expositus abrazó a Tauro. Domicia los miró a ambos con evidente orgullo.

El viaje prosiguió. Tauro sentía una mezcla de alivio —por haberse liberado de aquello que tanto lo atormentaba— y de una inquietud creciente a medida que se acercaban a Gades. Un cosquilleo en la

nuca, familiar y persistente, le advertía de que algo no marchaba como debería.

# XLVI

*Gades*

Tiberio, llevado por la ira, avanzó hacia Elia con el puñal en la mano, decidido a atravesarla.

—Esa puta de Annia cree que puede contentarme con una novicia. —La miró con desprecio—. ¿Quién eres?

La joven apenas pestañeó. En su voz no había ni rastro del nerviosismo que en realidad sentía cuando le dijo:

—Mi nombre es irrelevante. Lo que importa es que yo sé muy bien quién eres tú. —Le sostuvo la mirada, desafiante—: Tiberio Eudoxius, el encargado del gremio de marineros. Pero lo que tengo que decirte va mucho más allá de los nombres.

Con un rápido movimiento, Tiberio la atrapó por el cuello, levantándola del suelo con una fuerza brutal.

—¿Y qué te hace pensar que una vulgar puta puede dirigirse a mí?

Elia jadeó, luchando por tomar aire, pero, en lugar de rendirse, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Porque... no soy yo quien debería preocuparte... —murmuró—, sino el centurión de la VII Gemina.

Tiberio aflojó el agarre despacio, permitiendo que cayera al suelo. Su presa tosió mientras recobraba el aliento.

—Habla y hazlo rápido. O juro que acabaré contigo.

Elia levantó la cabeza, conservando la calma.

—He enviado tablillas a dos hombres: Publio Aemilius y el centurión de la VII Gemina. Figuran en ellas nombres que te serán familiares: el prefecto de la anona... y el tuyo. Esas tablillas detallan vuestros negocios y la forma en que engañáis a los mercaderes. Si algo me ocurre o no salgo por esa puerta, ambos mensajes llegarán a sus manos.

Tiberio lanzó una risa mordaz.

—¿Y pretendes que me fíe de la palabra de una ramera sobre la existencia de esas tablillas?

Le sonrió flemática.

—Dime, Tiberio, ¿hace cuánto que no hablas con Servio?

El encargado del gremio de pescadores intentó recordar. No sabía de él desde hacía semanas.

—¿No te sorprende que lo mencione? Fue él quien me lo contó todo, aunque no por voluntad propia. Y cuando no aceptó mi acuerdo, Publio Aemilius aplicó justicia a su manera. Pero tú tienes dos opciones. Puedes matarme y dejar que el centurión te acuse de robo o ver cómo Publio se venga de ti, concediéndote una muerte lenta. Si ha matado a su hermano, imagina qué hará contigo. La elección es tuya.

Tiberio volvió a mirarla, mostrando por primera vez preocupación.

—Aunque también podrías elegir la alternativa que yo te ofrezco.

—Habla.

Elia trató de mantenerse impasible y seguir pareciendo fría.

—Esas tablillas están encriptadas. Si no se conoce el código, son imposibles de leer. Y solo una persona lo sabe —añadió.

—¿Quién?

—Yo. Y no traduciré una sola palabra... a menos que lleguemos a un acuerdo.

Tiberio la contempló, evaluándola con cuidado.

—Reconozco que tienes valor, pero me lo pones muy fácil. Me basta con matarte aquí mismo.

El marinero desenvainó el puñal y lo acercó peligrosamente a su garganta.

Elia se dio cuenta de su error y trató de enmendarlo.

—¿Crees que por ser joven soy tan ingenua como para no protegerme? —replicó parsimoniosa, con los ojos fijos en los de Tiberio—. ¿O es que, por ser una prostituta, supones que no tengo recursos? Dime, ¿cuál de esas dos ideas nubla tanto tu juicio como para no ver que ya me he asegurado de salir de aquí con vida?

Tiberio se detuvo, con el puñal a escasa distancia de su piel.

—Los mismos hombres que tienen las tablillas recibirán las instrucciones para descifrarlas si no aparezco en un lugar convenido cada semana.

—¿Qué precio exiges?

—No soy tan simple —señaló sosteniéndole la mirada—. Quiero un lugar en tu círculo de influencias. Tal vez me subestimes, pero no te fíes de mi apariencia: puedo serte mucho más útil de lo que imaginas. Ya te dije lo que hice con Servio. Y dime una cosa: ¿has creído que la muerte de Demetrio fue natural?

Tiberio rio.

—Tienes agallas, lo reconozco.

—Eso es porque, cuando me lo quitaron todo, también me arrebataron el miedo.

—Lo pensaré.

—No te arrepentirás. Te ofrezco un trato mucho más beneficioso que el que tenías con Servio. Mañana haré una visita al prefecto de la anona; seré bastante persuasiva para que también acepte mis condiciones. Antes de acabar con Demetrio, me contó algunos detalles bastante íntimos del prefecto. Pronto él también hará lo que

le ordenemos. Tú controlas todo lo que sucede en el puerto y yo, con tu ayuda o sin ella, te garantizo que pronto controlaré todo lo que ocurre en Gades.

—Acepto el trato. Me intriga ver de qué eres capaz y de qué modo podrías serme útil. Pero recuerda algo. —Tiberio se inclinó, acercando su rostro al de ella—. Si vuelves a intentar chantajearme, tomaré esas tablillas y te las meteré una por una en cada orificio de tu cuerpo. ¿He sido claro?

Elia asintió sin inmutarse.

—No será necesario. Pronto te haré ganar mucho más dinero del que imaginas.

Con un manotazo, Tiberio tumbó la jarra de vino que descansaba en la bandeja y salió, cerrando la puerta tras él.

Elia sintió cómo sus rodillas flaqueaban, incapaces de sostener su cuerpo, y se desplomó en el suelo. Sus manos temblaban. No comprendía de dónde había sacado el valor para enfrentarse así a un hombre que parecía capaz de matar con la mirada.

Había improvisado toda la historia de las tablillas, pero su plan había funcionado.

Con esfuerzo, se levantó y recuperó la compostura. Salió para ver cómo estaba Annia, con mucha más seguridad en sí misma de la que había sentido al entrar en la habitación. Su cuerpo aún se estremecía; si quería seguir por ese camino, debía andarse con más cuidado.

Massin se acercó al verla con el rostro pálido.

—Annia me ha avisado. ¿Te encuentras bien? —preguntó con preocupación.

Algo más relajada, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—A partir de ahora no me separaré de ti. ¿Quieres que te prepare algo que te relaje?

Elia asintió con la mente en otra parte. Las niñas que Demetrio debería haber enviado a Roma aún seguían allí, así que pronto recibiría la visita de Aurelio. Cuando eso sucediera, estaría preparada.

# XLVII

*Gades*

Aquilio estaba en una taberna, oculto en la esquina más oscura, asegurándose de que su espalda quedara bien protegida por la pared. Hacía horas que no se administraba una dosis de opio y la necesidad ya se dejaba sentir. Su adicción iba en aumento y su cuerpo le exigía una nueva cantidad cada vez más a menudo. Sudaba copiosamente y sus piernas no cesaban de temblar bajo la mesa.

Los hijos del tabernero se entretenían en el salón y sus gritos le estaban empezando a desesperar. Estaban jugando a un juego llamado la mosca de bronce. Uno de ellos llevaba los ojos vendados y avanzaba a tientas mientras gritaba:

—¡Yo cazaré a la mosca de bronce!

Los otros niños reían y le respondían, con tono burlón:

—Tú la cazarás pero no la atraparás.

Comenzaron a correr por entre las mesas, imitando el zumbido de las moscas. El niño vendado tropezó entonces con la mesa de Aquilio y, al extender la mano, lo agarró del brazo, pensando que había atrapado a uno de sus hermanos. Cuando se quitó la venda y vio al hombre al que había agarrado, el rostro del niño se congeló en un rictus de terror. La cara de aquella persona estaba quemada y desgarrada; allí donde las tiras de piel se desprendían, quedaban al descubierto los músculos de su rostro, y una de las cuencas de sus

ojos estaba vacía, oscura y profunda como la entrada del inframundo. Era la viva imagen de un cadáver andante.

El niño comenzó a llorar y trató de huir, mientras sus hermanos observaban, petrificados, a aquel hombre al que percibían como un monstruo. Aquilio sacudió el brazo para librarse del muchacho y todos salieron corriendo de la taberna.

Al poco tiempo, un hombre fornido entró en el local. Por su aspecto debía de ser el contacto que Aquilio estaba esperando, aunque se dirigió al otro extremo de la taberna y pareció no advertir su presencia. El propio Aurelio Carisio había facilitado este encuentro y el hombre, sin duda, pronto se acercaría. Tras una larga espera, al fin oyó una voz susurrante a su lado.

—Eres el hombre de Aurelio.

Aquilio giró la cabeza. Era el mismo hombre que había entrado hacía una hora, pero la dependencia del opio lo había vuelto menos atento.

—Siéntate.

—Por Júpiter, tienes un aspecto horrible.

El aludido reprimió el impulso de lanzarse sobre él allí mismo; sin embargo, lo necesitaba vivo y tuvo que refrenarse.

—¿Trabajas en el puerto? —preguntó ocultando su irritación.

—Así es.

—Los puertos suelen ser lugares... peligrosos.

—Aquí lo son aún más por el hombre que los controla.

El asesino asintió, percibiendo que hablaba con la persona correcta.

—Necesito hombres.

—¿Cuántos?

—Los peores que tengas. Marineros sin trabajo, ladrones, desesperados... Seguro que entiendes a qué me refiero.

El hombre se recostó en la silla, cruzando los brazos.

—Te costará caro.

—El dinero no es un problema.

—¿Cuál es el trabajo?

—Sencillo. Necesito secuestrar a alguien.

El hombre soltó una risotada seca.

—No creo que necesites tantos brazos para eso. Hasta podrías hacerlo tú mismo, a pesar de tu estado.

El sicario inspiró hondo para mantener a raya la rabia que le subía por la garganta.

—Este hombre no es cualquiera. Él es el responsable de mi aspecto. A quien me lo entregue, le pagaré el triple de lo acordado.

El hombre levantó una ceja, evaluando la seriedad de Aquilio.

—¿Y qué planeas hacer con él?

El otro se acercó más a la luz de la lucerna, revelando del todo su rostro cadavérico y la cuenca de su ojo ausente.

—Eso no es asunto tuyo. Pero esto que ves —dijo señalando su propia cara— es solo el principio de lo que tengo preparado para él.

El marinero frunció el ceño.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Tauro. Sé el lugar exacto al que irá, pero desconozco el día. Puede que vaya acompañado de una mujer y un niño. —Aquilio se observó las manos y recordó el modo en que habían tratado de quemarlo vivo—. Los quiero a los tres.

El hombre miró a su interlocutor preocupado. Aquello parecía demasiado fácil.

—Mil sestercios por cada hombre que ponga a tu disposición, lo encuentren o no. Y, como dijiste, para aquel que te lo entregue y para mí, el triple: tres mil sestercios por cada uno.

El otro hizo un leve gesto de asentimiento.

—La mitad ahora.

—Mañana se la daré al tabernero.

El hombre se inclinó hacia delante.

—Te conseguiré veinte hombres.

—Que sean cincuenta —replicó Aquilio sin vacilar.

—¿Te has vuelto loco?

El quemado no movió ni un músculo.

—Como desees. Tú pagas. Si en el plazo de un mes no está donde nos digas, cobraremos igualmente.

—Vendrá antes. Estoy seguro.

—¿Y dónde se supone que debemos esperarlo?

—En el lupanar de Demetrio.

El hombre levantó una ceja, sorprendido, pero no hizo más preguntas.

—Los tendrás.

—Otra cosa más.

El otro individuo suspiró, perdida la paciencia.

—Necesito opio.

Más que una petición, sonó a ruego.

—Veré lo que puedo hacer.

—Lo necesito ya. Tanto como puedas conseguir.

—En una hora lo tendrás.

El hombre se levantó, como si la conversación hubiera terminado, pero antes de que pudiera dar un paso, Aquilio lo sujetó del brazo.

—Aún no me has dicho tu nombre —dijo tratando de intimidarlo.

El hombre le sostuvo la mirada.

—No, no lo he hecho —replicó, sin intención de revelárselo.

—Siempre me gusta saber con quién hago negocios. Sé que trabajas en el puerto, pero si en algún momento escucho algo que

pueda interesarte, la hora de llegada de Tauro o cualquier otro dato, me gustaría saber por quién preguntar.

El hombre dudó.

—Todos me conocen en el puerto. Pregunta por mí, el encargado del gremio de marineros: Tiberio Eudoxius.

# XLVIII

*Gades*

Tauro, junto con Domicia y Expositus, entró con su carro en Gades por la puerta de la vía Augusta. Su mirada recorrió a los viandantes, tratando de identificar a alguien o algo que llamara su atención. Nada parecía fuera de lugar. Una multitud bulliciosa se movía de un lado a otro, haciendo imposible saber si alguien en particular lo observaba. Sin embargo, un mendigo y varios clientes de las tabernas lo miraron de una manera que no pudo ignorar. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero no conseguía alejar esa sensación que trataba de alertarlo de que algo no iba bien.

—Ya sabes lo que hacer, Domicia.

—No termino de verlo.

—Confía en mí. Yo tomaré tres habitaciones en distintas posadas, siguiendo las reglas de siempre. Ya sabes cómo encontrarlas: el tercer establecimiento desde cada puerta de entrada a la urbe, excepto la que acabamos de cruzar. Expositus y tú id al puerto. Y allí haz lo que hemos hablado.

—Creo que es una locura.

—No hay tiempo que perder, Domicia. Ya deben de saber que estamos aquí. Desde este momento, los tres juntos llamamos mucho la atención.

Su esposa dudó, pero al final obedeció, aunque la preocupación seguía reflejada en su mirada. Tomó a Expositus de la mano y se

dirigieron hacia el puerto, mientras Tauro se encaminaba a tres tabernas distintas para registrarse en ellas, deseando que su plan diera resultado. En la última donde reservó una habitación, preguntó al tabernero dónde podía encontrar el lupanar de Demetrio.

Aurelio Carisio estaba en la *domus* de Juno, en Gades, cuando tomó la tablilla que este le extendió. Sin pronunciar una sola palabra, comenzó a leerla. A medida que sus ojos recorrían cada línea, su rabia crecía con cada palabra hasta que, al concluir, la lanzó al suelo con desprecio.

—¿Quieres explicarme qué está pasando? —preguntó Juno sin apartar la mirada de él.

—No es posible... —murmuró Aurelio.

—El cargamento de niñas no ha llegado a Roma. Lo has leído igual que yo.

Aurelio apretó la mandíbula, maldiciendo por lo bajo.

—Ese maldito Demetrio... Más le vale tener una explicación convincente.

Juno se sirvió una copa de vino.

—Alguien va a pagar por esto, y no seré yo. Haz algo, Aurelio, porque empiezo a pensar que no estás a la altura de lo que te exigí. Prometiste tener todo bajo control y últimamente son muchos los hilos que estás dejando sin atar. Aún nos quedan niñas por entregar para cumplir la cantidad que prometimos.

Aurelio tragó saliva. La tensión en su rostro era evidente.

—Lo arreglaré.

—Recuerda quién te dio lo que tienes. Ya sabes que, con la misma rapidez que determiné que eras el hombre adecuado, también puedo arrebatarte todo.

Aurelio salió de la *domus* con la rabia marcada en el rostro. Sus siete hombres lo siguieron a escasa distancia. Atravesó las calles de Gades en dirección al puerto, mientras los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Juno había sido su escalera al poder, la mano que lo elevó a duunviro en Corduba y le otorgó el prestigio que siempre había ansiado para recuperar el linaje de su familia. Pero había una causa mayor: Juno le había brindado la oportunidad de entrar en el negocio de la venta de niñas y, a cambio, él debía encargarse de resolver cualquier problema que surgiera. Desde aquel día se estaba haciendo muy rico y, ahora, ese tal Tauro y un estúpido *leno* estaban poniendo en peligro cuanto había construido. Pronto se encargarían del primero; mientras tanto, él estaba decidido a ocuparse del segundo sin esperar ni un día más.

Aurelio se dirigió a la puerta del lupanar de Demetrio y se dispuso a entrar.

Aquilio estaba en la taberna donde había cerrado el trato con Tiberio, esperando acontecimientos y con la mirada clavada siempre en el mismo lugar. No estaba nervioso, a pesar de que había pasado casi la mitad del tiempo que le había dado el encargado del puerto. Acababa de administrarse una dosis doble y estaba de buen humor. La puerta se abrió de golpe y un mendigo con ropajes andrajosos entró en la taberna y se dirigió a él. Era una de sus sombras, uno de sus hombres.

—Lo he visto.

—¿Estás seguro? —preguntó sin desviar la mirada hacia él.

—Sin duda alguna. Tenía el aspecto que me dijiste y no iba solo. Con él estaban una mujer y un mocoso con los dientes tan grandes que apenas cabían en su boca.

—¿Viajaban a pie?

—No, en un carro.

Por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa torcida se asomó a los labios de Aquilio. Eran ellos. Con una calma calculada, introdujo la mano sana en su túnica y extrajo unas monedas, dejándolas caer sobre la mesa. El mendigo las recogió con rapidez y desapareció de allí.

El asesino bajó la mirada hacia su mano quemada y los recuerdos irrumpieron con fuerza en su mente. Su padre, Aquilio Felix, había sido una figura implacable desde su infancia, un hombre que no dejaba espacio para la compasión ni le permitía el lujo de que tuviera un solo amigo. Para él, no existía otra vida más allá del entrenamiento y la disciplina y, en su visión del mundo, solo había una cualidad digna de respeto: la perfección.

Aquilio Felix había servido al general Juliano durante la guerra civil contra el emperador Septimio Severo, labrándose la temible reputación de ser el *frumentarius* más despiadado de Roma. En los círculos de poder y en las sombras de la ciudad eterna, era conocido como el Asesino de Senadores. Sin embargo, incluso aquel hombre, que había forjado su nombre a base de sangre y miedo, había roto sus propios principios. En lugar de cumplir las órdenes de Juliano, advirtió a Severo sobre el complot, traicionando a su general y convirtiéndose en uno de los más leales verdugos del emperador cuando este se ciñó la púrpura.

Aquilio había odiado a su padre durante toda su vida, hasta el día en que Tauro acabó con él. Pero solo entonces, cuando el cuerpo de Aquilio Felix se había enfriado, comprendió cuánto lo admiraba. Ese odio y esa admiración habían dejado una marca imborrable en su alma, encendiendo un fuego que ardía con furia y consumía toda

razón. La ira y el rencor se habían adueñado de él, relegando a un segundo plano los encargos imperiales.

Julia Mesa le había ordenado encontrar a Tauro y matarlo, pero él sabía que este trabajo no era como los demás. No se trataba solo una misión imperial. Era algo más profundo. Era su venganza.

Volvió a mirarse la mano herida. Sabía que este sería su último encargo. La última oportunidad que tenía para matar a Tauro. Y deseaba con todas sus fuerzas que sufriera, que sintiera cómo, uno a uno, le arrebataba a sus seres queridos, comenzando por Domicia y aquel mocoso que siempre los acompañaba. Una vez que aquello terminara, acabaría con su propia vida.

Aquilio bebió de su copa cargada de opio y alzó la cabeza. El rostro familiar de Aurelio Carisio pasó frente a la taberna, pero no reparó en él. El hombre de Julia Mesa volvió a fijar la mirada en el mismo lugar que llevaba observando desde hacía semanas: el lupanar de Demetrio.

# XLIX

*Gades*

Elia se encontraba junto a Massin en el lupanar, aprendiendo nuevas fórmulas. Había transcurrido poco más de un mes desde que asesinó a Demetrio y asumió la dirección del negocio, y, por fin, las cosas empezaban a marchar. Uno de sus esclavos llamó a la puerta y entró nervioso.

—Tranquilo, Servandus, ¿qué sucede?

—*Domina...* —respondió el esclavo aún tembloroso—. Un hombre, devorado por la ira, ha solicitado ver a Demetrio.

—¿Ha mencionado su nombre?

—No ha sido necesario. Sé muy bien de quién se trata.

—¿Quién es?

—Aurelio Carisio.

—Dile que voy enseguida.

—¿Entro contigo? —preguntó el Africano, dejando a medias sus explicaciones.

—No, Massin. Esto debo hacerlo sola.

—¿Seguro?

La muchacha asintió.

Elia sintió cómo un escalofrío le erizaba la piel; sus manos, una vez más, comenzaron a temblar y su estómago se encogió, como enroscado por una serpiente. Bebió una copa de vino para apaciguar

los nervios que crecían en su interior. Aquel momento era el que había aguardado, y temido, durante tanto tiempo.

Salió de la alcoba, seguida por Massin. La puerta del cuarto donde esperaba Aurelio Carisio estaba abierta y, antes de entrar en la habitación, se detuvo en el umbral y lo observó durante un instante.

Inspiró con fuerza y entró.

Aurelio Carisio se giró, sorprendido.

—¿Tú?

—Espérame aquí —ordenó Elia a su amigo.

—Estaré tras la puerta por si necesitas algo —contestó el Africano.

—No me hará daño. Y si se atreviera, no tendría escapatoria.

Aurelio Carisio la miró con desdén y se dirigió a ella con un tono despectivo.

—¿Vas a explicarme qué sucede aquí?

—¿No es evidente? Demetrio ya no dirige este lugar. Yo me he encargado de sustituirlo. Ahora tendrás que tratar conmigo.

—¿Crees que estás en condiciones de negociar? —preguntó riendo.

—Inténtalo. No solo administro este sitio; tengo bajo mi control al encargado del puerto, al prefecto del suministro de alimentos y, por supuesto, al edil de la urbe. Así que puedo garantizarte que ni una sola niña se moverá de aquí.

Aurelio Carisio comenzó a aplaudir con sorna.

—Estoy sorprendido y admirado —dijo, con una sonrisa irónica—. ¿Y cuál es el precio? Imagino que las condiciones han cambiado.

—Así es. No habrá más niñas. No volveréis a secuestrarlas, a abusar de ellas, ni a lucraros con su sufrimiento. He soportado demasiadas humillaciones y lo he hecho para destruir vuestro imperio desde dentro. Te aseguro que lo lograré.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Soy una víctima y, además, tengo muchas otras niñas que también pueden demostrarlo. Acudiré al centurión o al mismísimo legado. No descansaré hasta que Orbiana, su hijo, Juno, tú y todos los que estáis implicados paguéis por lo que habéis hecho.

Elia respiró hondo, procurando controlar el temblor en las manos, mientras seguía hablando.

—Sé que deseáis controlar cada cargo de la Bética, pero no lo lograréis. He escrito a Quinto, el gobernador, anunciándole vuestras intenciones.

—Aprendes rápido..., Elia.

—He tenido buenos maestros.

—Quizá no los suficientes. Déjame que sea yo quien te explique tus opciones. Puedes acudir a Marcio Flavio, el centurión de las tropas auxiliares de la VII Gemina, que se encarga de la Bética. Incluso puedes ir a ver a Lucio Sicio, el mismísimo legado en la provincia Tarraconense. ¿Deseas que te diga dónde está su campamento? A ellos no hemos conseguido comprarlos, pero ¿sabes qué ocurrirá? Yo te responderé: nada. Serán destituidos de su cargo. Incluso puedes ir a las mismísimas puertas de Roma a presentar una denuncia en el Senado. Puedo darte varios nombres: los de los mismos hombres que trafican con vosotras. Y si consiguieras que alguien te escuchara, ¿qué crees que harían?

—Acabaré con todos vosotros de una forma u otra.

—Muy bien, presenta una denuncia si quieres. Seremos puestos ante la justicia y aceptaremos nuestra culpa. Pero permíteme detallarte algo sobre la ley en Roma, por si aún no lo has aprendido. Cuando un hombre comete un delito se considera un crimen y es juzgado por ello. Si es considerado culpable, puede ser condenado de muchas formas. En un caso tan grave como este, podría acabar en el anfiteatro, devorado por las fieras. Sin embargo, cuando son

muchos los que cometen el mismo crimen a la vez, deja de ser un simple delito y se convierte en un prodigio.

Elia lo miró sin comprender y Aurelio sonrió.

—Lo suponía. Cuando se acusa a tantos hombres de la misma falta, se considera que la locura ha sido provocada por los dioses y se interpreta como un mensaje divino, un prodigio. Y para calmar la ira de los dioses, basta un simple clavo. ¿Has oído hablar del ritual del *clavus figendus*?

Elia apretó los puños.

—Un sacerdote tomará un gran clavo de metal y lo clavará en una columna o en una de las paredes del templo de Júpiter. Así se fijará el mal que ha dominado nuestras mentes. Y, con ello, pedirán a los dioses que la paz y el orden vuelvan a su lugar, y el mal se habrá aplacado. ¿Y sabes qué? Nada cambiará. Nosotros seguiremos con nuestros negocios y vosotras con vuestra miserable vida. Y ahora, dejemos de perder el tiempo. Mañana quiero que mi mercancía parta hacia Roma.

—No me trates como si fuera una niña estúpida.

—Pues no te comportes como tal. ¿Crees que puedes doblegarme con unas pocas amenazas? No te niego que estoy sorprendido, pero antes de comenzar una partida de dados asegúrate de que tu rival no los tiene trucados. Con toda la sorpresa que me ha producido este encuentro, he olvidado decirte que tu madre no se encuentra bien.

—¡Maldito! La última vez me prometiste que la cuidarías.

—Lo hice a cambio de que no me dieras problemas. Además, su enfermedad es implacable. Deberías verla..., tan débil, tan insignificante.

Elia apretó los puños con furia, sintiendo cómo las uñas se le clavaban en la piel.

—Mañana enviarás a las niñas a Roma —añadió Aurelio inflexible — o haré que su tormento sea mucho más lento.

—¿Por qué lo haces?

—Por lo mismo que tú estás haciendo esto. El poder es el único camino hacia la grandeza. Al final, todo se reduce a quién impone su voluntad y quién se somete. ¿O no es ese el mismo motivo por el que has acabado con Demetrio? Ser superior.

—Te equivocas. Yo lo hago porque odio a los hombres como tú y porque me prometiste que no harías daño a mi madre. Pero no, no te las enviaré. Ella en mi situación haría lo mismo.

—No me dejas más opciones. ¿Sabías que tu hermana pequeña tiene el mismo mal?

—Mientes.

—Tal vez, pero nunca lo sabrás. Solo yo sé dónde está y solo yo decido sobre su destino. Quizá pronto la veas aquí, en este mismo lugar. No estoy seguro de que lo resista. O quizá jamás la vuelvas a ver.

Elia cayó de rodillas, derrotada.

—Está bien... —dijo desesperada—. Tendrás a las niñas. Pero prométeme que no la dañarás. Que a ella le darás todo cuanto necesite.

—No es suficiente.

—¿Qué más quieres que haga?

—Dilo.

—Por favor...

—¡Dilo, Aurelia!

—Por favor..., papá.

# L

*Gades*

Habían transcurrido dos semanas desde su llegada a Gades. Durante esos días, Tauro, siempre bajo un disfraz diferente de artesano, había inspeccionado con precisión cada rincón alrededor del lupanar de Demetrio; ahora sabía que al menos treinta hombres estaban aguardando su visita. Incluso en la taberna le pareció ver una figura que, por su aspecto, fuese quizá Aquilio, pero no podía correr el riesgo de ser descubierto.

Domicia se levantó más nerviosa que los días anteriores.

—Hoy es el día. Lo hiciste tal como te pedí, ¿verdad? —insistió su marido.

—Sí —contestó Domicia agotada de repetirlo—. Tal como me pediste, fui al puerto y hablé con uno de los legionarios. Le dije que tenía información acerca de un hombre buscado por Marcio Flavio, centurión de la VII Gemina, que estaría hoy en el lupanar de Demetrio, planeando un complot contra el gobernador.

—¿Le dijiste mi nombre? —preguntó como si fuera la primera vez que lo hacía.

—Sí, Tauro, lo dije —contestó ella hastiada.

Su esposo la miró con dudas.

—¿Y crees que te tomó en serio?

Domicia frunció el ceño, ofendida.

—Claro que se lo tomó en serio. Me aseguré de ser convincente.

—¿De qué modo fuiste convincente?

Una sonrisa sensual cruzó el rostro de Domicia mientras se acercaba a él, rozándolo con el dedo índice por el cuello y los hombros en una lenta y suave caricia.

Expositus se levantó suspirando.

—Ya, ya sé que queréis que me marche —dijo el crío, que sin esperar respuesta salió de la habitación rezongando.

Domicia y Tauro se miraron con deseo y, al instante, sus cuerpos se fundieron en un abrazo tan profundo que hasta sus almas parecieron entrelazarse.

—Tengo miedo de que algo salga mal —susurró ella besándole el cuello.

—Créeme —contestó Tauro—, si los legionarios han tomado en serio tu advertencia, acudirán. Y roguemos a los dioses para que así sea; solo entonces mi plan funcionará. Pero aún no has respondido a mi pregunta: ¿cómo de persuasiva fuiste con el legionario?

Domicia lo empujó contra el borde de la cama y, sin decir palabra, se subió el vestido con sensualidad. Con una calma provocadora, se sentó sobre él, dejando que sus dedos recorrieran su pecho desnudo al despojarlo de la túnica. Le besó el cuello y fue bajando por su vientre. Mientras Tauro, excitado, se rendía al calor de sus labios. En un movimiento inesperado, él la tomó en sus brazos y la tumbó en la cama. Sus manos se perdieron con avidez entre sus muslos. Su lengua le recorrió cada poro de la piel. Se besaron como si aquella fuera la primera vez y se amaron como si fuera el último día de sus vidas.

Una hora después volvieron a vestirse.

—Ha llegado el momento, Domicia. Sabéis lo que tenéis que hacer, pero, por favor, tened mucho cuidado. Si algo os sucediera, no podría perdonármelo.

Tauro se acercó a ella, envolviéndola en un abrazo lleno de intensidad.

Domicia se rindió al refugio de sus brazos y un suspiro se le escapó del alma. Todo lo vivido desde su partida de Augusta Emerita, el afán de Tauro por salvar a las niñas, incluso poniendo su vida en peligro, y su obstinación por hacer justicia le devolvían al hombre del que seguía enamorada, aquel que ni el tiempo ni la distancia habían logrado borrar de su corazón.

Aquilio estaba sentado en la taberna de la que era un cliente habitual, moviendo las piernas con impaciencia. Cada día se sentía más nervioso. Las jornadas seguían pasando y Tauro no aparecía. Sus ojos recorrieron la calle y se detuvieron en un vendedor ambulante de especias que ofrecía sus productos a gritos. No lo había visto antes. Luego detectó a varios hombres desconocidos, vestidos con túnicas y caminando de un lado a otro como si patrullaran en círculos. Llevaba tiempo vigilando aquella puerta y estaba seguro de que esos hombres no trabajaban para Tiberio, el encargado del gremio de los marineros. Observó cómo se perdían en un callejón y respiró aliviado. Sin embargo, otros dos aparecieron en el extremo opuesto de la calle.

Se puso en pie. Ya no tenía dudas: esos hombres eran legionarios. Alguien más los había alertado. No, no podía ser. Si esos hombres detenían a Tauro, todo estaría perdido.

La calle bullía de gente que iba y venía y el asesino a sueldo trató de identificar a otros posibles legionarios, analizándolos por sus movimientos, su edad, cualquier señal que lo ayudara a distinguirlos. Contó más de veinte. Si Tauro aparecía y se enfrentaba a los hombres de Tiberio, aquello se convertiría en una batalla campal.

Un mendigo postrado en el suelo le hizo el gesto acordado y Aquilio tensó los músculos. A lo lejos, una mujer, con un niño de la mano, y un hombre se acercaban. Aquilio apuró de un trago su copa con opio, buscando calmarse. Aún no estaban tan cerca como para distinguirlos y todas las veces anteriores habían resultado ser una falsa alarma. Sin embargo, en esta ocasión, cuando al fin estuvieron frente a la taberna, se levantó despacio.

Eran ellos.

Tauro, encapuchado y cubierto con una capa, parecía estar intentando pasar desapercibido. Domicia y Expositus caminaban a su lado, aparentando tranquilidad.

Entonces, todo se precipitó.

Uno de los hombres de Tiberio se lanzó corriendo hacia ellos. Aquilio maldijo en silencio, sintiendo que el ataque se había iniciado demasiado pronto. Desde su posición, observó cómo Tauro empujaba a Domicia y al crío y echaba a correr hacia el callejón junto al lupanar. Los legionarios también entraron en acción, intentando rodearlo. En su huida, Tauro volcó un puesto de frutas y esquivó al hombre que trataba de atraparlo. Uno de los mercenarios de Tiberio sacó un cuchillo y en un instante una pelea estalló entre ambos bandos.

Gritos y alaridos de dolor resonaron en la calle, pero era imposible saber quién había acabado herido. La multitud comenzó a correr en todas direcciones y el caos envolvió las calles.

Aquilio salió a la carrera. Con esfuerzo, subió a uno de los puestos de venta que había junto a la taberna y, desde allí, pudo ver cómo unos pocos hombres peleaban entre sí, mientras otros perseguían a Tauro. Lo último que atisbó, antes de que Tauro desapareciera por una calle lateral, fue cómo se deshacía de su capa y seguía corriendo.

Desesperado, bajó del puesto. La tensión y el caos reinantes habían escalado hasta un nivel incontrolable. Decidió huir, deseando que fueran los hombres de Tiberio quienes lograran atrapar a Tauro.

Sin embargo, tras dar unos pasos, se detuvo en seco. Se giró y buscó a Domicia y a Expositus. No había rastro de ellos. Entonces lo comprendió: una vez más había sido engañado.

Desde uno de los callejones, Tauro, disfrazado como un vendedor ambulante de especias, había estado pendiente del desarrollo de toda la escena. El hombre que había contratado para hacerse pasar por él había actuado a la perfección; cada movimiento había salido justo como lo había planeado. Camuflado en aquel revuelo de gente, Expositus se ocultó en una esquina para vigilar y esperar a Domicia, quien aprovechando el caos había logrado escabullirse hacia el lupanar.

Satisfecho, Tauro se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección al puerto, retomando los gritos de su mercancía para no despertar sospechas. Mientras Domicia buscaba el paradero de las niñas, él se encargaría de asegurarse tres plazas en un navío con rumbo a Hispalis.

# LI

*Gades*

Aprovechando el desconcierto, Domicia se adentró en el lupanar de Demetrio. Respiró hondo, confiando en que el plan continuara según lo previsto y que, al salir de allí, el peligro hubiera pasado. Un esclavo se aproximó para recibirla.

—Mi señora, me temo que no tenemos hombres. Solo mujeres.

—No busco placer. He venido a ver a Demetrio.

—Lamento informarte de que Demetrio murió hace algo más de un mes... de forma natural.

Domicia sintió que el mundo se caía a sus pies. Ni Tauro ni ella habían previsto aquello.

—Quiero hablar con quien maneja el lugar ahora.

—Llamaré a mi *domina*. Puedes esperar en esta sala.

El esclavo dirigió la mirada hacia la puerta al advertir el tumulto en la calle y salió con premura en busca de Elia. Un momento después, se presentó la joven. Las dos mujeres se observaron en silencio, analizándose durante un eterno instante.

—¿Tienes algo que ver con el alboroto de ahí fuera? —preguntó Elia.

—Era la única forma de conseguir esta reunión.

Un esclavo entró y susurró algo al oído de su señora, quien luego fijó la mirada en Domicia.

—Hasta que todo pase, no dejes entrar a nadie —le ordenó—. ¿Quién es Tauro y por qué despierta tanto interés?

—Es mi esposo, pero dime, ¿por qué has oído su nombre?

—Sé todo lo que pasa en esta urbe. Debe de ser un hombre importante... Me han avisado de que alguien ha pagado para acabar con él. Además, las calles hoy están llenas de legionarios sin su uniforme, también en su búsqueda.

—Todo se reduce a la misma persona: Julia Mesa.

Elia la estudió con interés; quería saber si podía sacar algo de aquello.

—Me lo pones fácil...

—Domicia, me llamo Domicia.

—Domicia, solo tengo que retenerte aquí y esperar a que Tauro venga a rescatarte. Después decidiré a qué bando os entregaré.

Elia abrió la puerta y fue a llamar a Massin, pero la voz de su interlocutora la detuvo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre no importa.

—Sé que no me entregarás.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque intentas intimidarme, pero en el fondo eres una de ellas.

—¿Una de ellas?

—De las niñas. Tauro y yo solo queríamos encontraros.

Elia se giró al oír la puerta abrirse; Annia entró en la estancia.

—Oh, disculpa, Elia. Creía que estabas sola —dijo retirándose.

Domicia se quedó pensativa, tratando de recordar dónde había oído ese nombre. Hasta que lo recordó.

—Nunca llegué a conocer a Fabia.

Elia se quedó inmóvil.

—¿Qué fue de ella? —preguntó observándola con una mirada diferente.

Domicia notó cómo ese nombre había derribado la barrera que la joven había levantado entre ambas.

—Lamento decirte que Fabia se quitó la vida poco después de llegar a Sucaelo. Solo dejó tu nombre apuntado en una tablilla de cera.

Elia sintió el peso de una losa cayendo sobre su cuerpo, aplastando toda la fortaleza que trataba de aparentar. Se acercó a una pequeña mesa, se sirvió una copa de vino y le ofreció otra a Domicia, que la aceptó para su sorpresa.

—Yo misma la entregué a los brazos de la muerte... y lo hice consciente de ello.

—¿Por qué?

—Porque aquí no habría durado mucho, y fuera... Fuera al menos pondría en alerta a su madre. Dime que lo consiguió.

—No del todo. Los hombres lograron ocultar a las mujeres que sabían quién estaba detrás y la causa por la que fueron secuestradas.

La muchacha inspiró profundamente antes de continuar.

—Siento decirte que tu búsqueda ha terminado. Ya no hay niñas. De setenta que sacaron de Sucaelo, Urgao y otros municipios, no queda ninguna. Además de las otras veinte que tuve que enviar ayer, y, por lo que me han asegurado mis contactos, me consta que ya han mandado cerca de ciento setenta niñas.

Domicia suspiró. Eran muchas niñas.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En Roma. No he podido salvar a ninguna. Si aún no han muerto, están condenadas para siempre.

Su voz temblaba y Domicia, conmovida, le puso una mano en el hombro. Elia sintió un escalofrío; hacía meses que nadie le mostraba algo de cariño.

—Tauro sirvió muchos años en la legión. Una de las niñas era sobrina de un hombre a quien consideraba un hermano. Por eso estamos aquí, buscándola a ella, pero con la esperanza de salvarlas a todas.

—¿Cuál es su nombre?

—Plautia.

—No lo había oído... No llegué a conocerla —mintió.

—No me subestimes, Elia. Sé cuándo una mujer miente.

Esta se giró con la mirada ensombrecida.

—Intenté ayudarla a escapar. Cuando aún había tiempo, pero yo no podía dejar a Fabia. Plautia logró huir, pero la encontraron..., y puedes hacerte una idea de lo que sucedió.

Elia no mencionó el modo en que había muerto Plautia, para ahorrarles sufrimiento.

—¿De dónde eres, Domicia?

—De Roma.

—No sé cómo funcionan las cosas allí, pero como acabo de verte tomar vino, te diré que aquí eso es algo que no se tolera en una mujer, como muchas otras cosas. Aquí, una mujer debe ser *univira*: fiel y dedicada a un solo hombre. Además, ha de hacer honor a la *pudicitia*, la diosa de la castidad y la pureza femenina. Nadie querrá jamás a una mujer a la que han violado decenas de hombres. A casi cien niñas nos arrancaron de nuestros hogares para no regresar jamás.

—¿Por qué?

—Ese es el precio que nuestros padres debían pagar. Algunos hombres anhelan poder y riqueza con tal ansia que serían capaces

de cualquier cosa para conseguirlo, incluso vender a sus propias hijas. Ese era el pago. Cuando hacían negocios con algunos hombres o cuando buscaban algún puesto de responsabilidad, el coste que asumían era una hija. Y nuestros padres nos entregaron a cambio: unos, conscientes de nuestro destino; otros, engañados. Aquellos que se opusieron, y amagaron con denunciar a estos criminales, fueron amenazados con la muerte de toda su familia, hasta que unos y otros fueron invitados a la villa de Mitra, donde comprendieron, demasiado tarde, su error. Pocos sabían que las niñas a las que iban a violar ese día eran las hijas de sus vecinos, de sus amigos, de sus conciudadanos. Los mismos hombres que debían protegernos deshonraron a sus hijas aquella jornada. De esa manera, se garantizaban dos cosas: su silencio, por vergüenza, y que no desearan nuestro regreso jamás.

—Aurelio Carisio.

—Sí, entre otros —respondió Elia, asombrada por la rapidez con que aquella mujer hilaba los hechos—. Yo fui el precio del pacto.

—¿Eres su hija? —preguntó con sorpresa.

—Así es. Pero él es solo una pieza más. Mi madre está muy enferma y necesita remedios muy costosos. Mi padre nunca nos ha amado. A mi madre siempre la despreció por no haberle dado un hijo varón. Y a mi hermana y a mí... nos condenó por la única desgracia que, a sus ojos, podía existir: ser mujeres. Dijo que le daba igual entregarme a un hombre o a un ejército de ellos, mientras yo obedeciera; así podría salvar a mi madre y a mi hermana. Ahora veo que todo ha sido una mentira. Lo único que ambiciona es poder y restaurar el linaje de su apellido.

—¿Y Quinto, el gobernador? ¿Está por encima de él?

—No. Quinto solo desea que llegue enero para regresar a Roma. El verdadero poder lo tiene Juno.

—¿El dios de las dos caras?

—Exactamente.

—¿Y quién se oculta tras ese nombre?

—Aún lo desconozco, pero pronto lo sabré. Ha comprado voluntades entre los senadores de Roma a través de la venta de niñas. Para ellos no somos más que mercancía valiosa. En Roma ya no bastan las prostitutas esclavas. Ahora Juno está dispuesto a ofrecerles algo todavía más irresistible a sus ojos: niñas patricias y de familias acomodadas reducidas a *puellae gaditanae*, las mejores prostitutas y bailarinas del Imperio. Una tentación que no podrían rechazar. A cambio, obtendrá poder. Aspira a convertirse en gobernador de la provincia Bética y, cuando lo logre, será la perdición de todas.

—No, si nosotras lo impedimos.

—Solo hay una forma de hacerlo.

—Entonces, lo haremos.

Elia sonrió con frialdad.

—Únicamente pondré una condición.

Domicia escuchó la petición de aquella joven.

—Por supuesto —respondió.

# LII

*Gades*

Aquilio buscó entre la multitud hasta que al fin la vio. Con el corazón latiendo a toda prisa, corrió en dirección al lupanar, desesperado por alcanzar a Domicia antes de que desapareciera tras la puerta. Arrastraba su pierna herida y el dolor se le clavaba como si mil puñales se hundieran en su piel, pero aun así avanzó, decidido. Una persona lo empujó y cayó al suelo. Se levantó con rapidez; sabía que esa era su única oportunidad. Estaba seguro de que si la esposa de Tauro entraba por esa puerta, ya no podría atraparla, puesto que hallaría el modo de salir sin ser vista. Su mano rozó el puñal que llevaba bajo la capa, listo para extraerlo en cuanto la tuviese a su alcance.

La patricia caminaba con calma para no atraer miradas y él iba recortando la distancia. La tenía a escasos pasos, ya era suya, pero otro hombre, arrastrado por el tumulto, cayó encima de él, atrapándolo en el suelo. El asesino imperial forcejeó para librarse, pero aquel desconocido, dominado por el pánico, no dejaba de moverse. Sin más opción, el sicario sacó el punzón y lo hundió en el abdomen del desdichado y en el costado. No había sido al azar, sabía perfectamente que había alcanzado la arteria abdominal. La muerte fue casi instantánea. El individuo quedó inmóvil y Aquilio lo empujó a un lado, antes de que la sangre lo manchara.

—¡Han asesinado a este hombre! —gritó Aquilio tratando de apartar a todos los que estaban a su alrededor.

Su plan funcionó. La multitud cercana se dispersó horrorizada, despejando el camino hacia la puerta del lupanar. Sin embargo, los dos guardianes que custodiaban la entrada comenzaron a repeler a cuantos intentaban entrar buscando cobijo. Aquilio maldijo en silencio; Domicia ya estaba dentro.

Escondido, Expositus aún sentía la presión en la mano de aquel apretón que Domicia le había dado antes de separarse. Tal como Tauro le había ordenado, se escondió detrás de una esquina, donde nadie pudiera verlo. No debía moverse de allí bajo ningún concepto. Desde su posición observaba el caos y todo ese desbarajuste le hizo gracia; Tauro había armado una buena.

Vio a Domicia entrar en el prostíbulo. Todo había salido según lo planeado. A pesar de que Domicia albergaba dudas, él no tenía ninguna; si Tauro lo decía, se cumpliría. Expositus, emocionado, sacó su espada rota de madera y empezó a blandirla en el aire, imaginándose en combate. Tauro y Domicia le habían prometido llevarlo a ver una pelea en el anfiteatro de Corduba cuando todo terminara, y nada le hacía más ilusión. Ambos eran descendientes de los gladiadores más famosos de la historia. No podía creer su suerte. Le enseñarían todos los golpes, cada ataque y defensa.

Su entrenamiento se detuvo al oír el grito que avisaba de que alguien había sido asesinado.

—¡Por Júpiter, un muerto! —exclamó.

Expositus no lo dudó y se dirigió hacia allí. Se acercó para ver al hombre sin vida. Al llegar, contempló el cuerpo inmóvil, los ojos abiertos hacia el cielo, con un charco de sangre extendiéndose a su

alrededor. Fascinado, regresó a la esquina, recordando que Tauro se enfadaría si descubría que había abandonado su puesto. Lo último que quería era decepcionarlo.

Solo tenía que esperar a que Domicia acudiera a buscarlo para dirigirse juntos al puerto. Volvió a golpear el aire, imaginándose como un gran gladiador.

—¡Soy Spiculus, el mejor gladiador de todos los tiempos! —gritó.

De pronto, un hombre se aproximó tambaleante.

—¿Puedes ayudarme? —le preguntó el desconocido.

—¿Qué te pasa? —respondió Expositus.

—Alguien me ha atacado. Ayúdame, te lo ruego.

—Lo siento, amigo. Estoy esperando a Domicia. Es un secreto, no puedo contarte nada más.

El hombre intentó apoyarse contra la pared y cayó al suelo. Expositus corrió hacia él para ayudarlo a levantarse, pero al hacerlo retrocedió horrorizado. Bajo la capa vislumbró un rostro desfigurado, cubierto de llagas y quemaduras. Pero lo que más miedo le dio, lo que hizo que se quedara inmóvil, fue la cuenca de un ojo completamente vacía.

El hombre se alzó esbozando una sonrisa fría.

—Hola, Dentatus —dijo Aquilio poniéndole una zarpa en el hombro —. Lamento decirte que no irás al encuentro con Tauro. Él vendrá a ti.

Entonces, un golpe seco en la nuca lo sorprendió. Expositus sintió cómo sus fuerzas se desvanecían mientras sus ojos, pesados, se cerraban con lentitud. Una oscuridad espesa lo envolvió, arrastrándolo hacia un silencio abismal antes de perder el conocimiento.

# PARTE III
# VENGANZA

# LIII

*Gades*

Domicia salió por la parte trasera del lupanar de Elia. Uno de los esclavos de la joven había inspeccionado la salida y confirmado que no había rastro ni de los hombres de Aurelio ni de los legionarios. Aun así, la patricia se envolvió en una capa que la joven le había ofrecido para pasar desapercibida.

Al llegar al callejón, miró a ambos lados antes de avanzar, procurando no llamar la atención. Su mente seguía atrapada en la conversación que había mantenido con Elia. Sentía un temor profundo ante la reacción de Tauro cuando tuviera que decirle que todos sus esfuerzos habían sido en vano. No solo porque Plautia había sido asesinada poco después de que la apresaran, sino porque las niñas estaban en Roma y localizarlas allí sería casi imposible.

Además, algo en la información recibida no terminaba de encajar. Aunque no dudaba de la sinceridad de Elia, le costaba creer que Quinto, el gobernador, no estuviera implicado de algún modo. Un hombre con tanto poder debía de contar con apoyos sólidos en Roma, los suficientes para garantizar que el secuestro de las niñas quedara al margen de cualquier investigación.

Había, sin embargo, una forma de saber quién movía realmente los hilos. Por eso, antes de marcharse del lupanar, Domicia había entregado a Elia una tablilla de cera con una breve instrucción grabada: debía hacérsela llegar a Cayo Albino, su contable en Roma.

Era un plan arriesgado, casi temerario, pero si alguien podía desentrañar aquella red de nombres y transacciones, era Albino. Y no disponían de mucho tiempo.

Se adentró despacio en la calle que conducía al lupanar. Apenas una hora antes, Tauro había provocado el caos en ese mismo lugar. Un grupo de personas se arremolinaba alrededor de alguien caído en el suelo. Domicia sintió cómo se le erizaba la piel y la ansiedad se enroscó en su pecho al imaginar que podía ser su esposo. Se acercó, notando que su corazón amenazaba con salirse por su boca. Cuando al fin logró abrirse paso entre la multitud, respiró aliviada al ver que no era él.

Ya se marchaba cuando el pretor de la ciudad llegó acompañado de unos esclavos para retirar el cadáver. Debido a que nadie había presentado una denuncia y el tumulto dificultaba identificar al culpable, no habría investigación alguna. El cuerpo fue cargado en el carro de la Parca y la muchedumbre comenzó a dispersarse.

Domicia siguió su camino hacia la esquina donde se suponía que debía estar esperando Expositus. Todo se estaba desarrollando tal como Tauro había planeado, pero, al llegar, no pudo evitar ponerse nerviosa. Miró en todas direcciones. No había rastro del muchacho.

Evitó gritar su nombre para no llamar la atención. Recorrió las calles aledañas varias veces y volvió al lugar donde debía estar el crío, pero no lo encontró en ninguna parte. Frustrada, Domicia maldijo en silencio al muchacho una y otra vez. Sacó un pequeño pañuelo para secarse el sudor, pero este se le cayó de las manos. Al agacharse para recogerlo, algo captó su atención.

Allí, en el suelo, estaba la espada de madera de Expositus.

Domicia no sabía si era una especie de sexto sentido o el simple hecho de que el niño jamás se separaba de su espada, pero sintió, sin necesidad de verlo, que algo le había ocurrido a Expositus.

Con el alma encogida, aceleró el paso y fue al puerto. Al llegar, Tauro la vio acercarse y fue corriendo a su encuentro.

—¿Qué sucede? Estás pálida —la urgió con el ceño fruncido.

—No sé por dónde empezar... —murmuró Domicia evitando su mirada.

Tauro miró a su espalda, buscando al niño. Iba a preguntar, pero Domicia comenzó a relatar con detalle su conversación con Elia: las niñas estaban en Roma y todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Cuando Domicia le contó que la sobrina de Marco había muerto pocos días después de que la secuestraran, Tauro sintió que algo se quebraba en su interior. Las fuerzas lo abandonaron y se dejó caer al suelo, abatido, como si el peso de todas las muertes que arrastraba hubiera regresado de improviso. Otra más. Otra persona a la que no había llegado a salvar a tiempo. No podía hacerle eso a Marco. No a él.

Por un instante, Domicia dudó si era juicioso compartir toda la verdad con su esposo, al ver cómo le afectaba, pero decidió que ambos debían conocer hasta el último detalle. La rabia fue apoderándose de Tauro hasta el punto de que una versión de sí mismo, que creía enterrada en el pasado, retomaba el control de su mente y de su cuerpo. El deseo de venganza. El ansia por matar a los responsables.

Tauro se levantó de golpe. Desde que había visto a Domicia llegar sola, una pregunta lo había atormentado y ahora no podía guardarla más.

—¿Dónde está Expositus? —preguntó con una mezcla de preocupación y temor.

—Lo he dejado para el final. De otro modo no me habrías escuchado.

Domicia le mostró la pequeña espada de madera del niño.

—Ha desaparecido —dijo con la voz quebrada.

El corazón de Tauro pareció detenerse.

Quizá porque el verdadero valor de lo que amamos se revela con mayor fuerza cuando lo perdemos. O, tal vez, porque la ausencia tiene una forma cruel de recordarnos la importancia de lo que un día ignoramos. Hasta entonces no había sido consciente de cuánto significaba aquel muchacho desde que lo vio por primera vez en la taberna. Siempre había creído que era él quien protegía al niño, cuando en realidad Expositus había sido su sostén, el recordatorio de que aún quedaba algo por lo que luchar.

—¡Mataré a todos los que hayan tenido algo que ver con su desaparición! —bramó Tauro, con el rostro encendido de furia—. Que los dioses los amparen, si le han hecho algo.

Antes de que Domicia pudiera responder, un grupo de legionarios apareció en el puerto. Tauro entrecerró los ojos, evaluando la situación. La rabia lo consumía.

—¿Eres Tauro? —preguntó una voz a su espalda.

El antiguo *frumentarius* se giró despacio.

—¿Quién lo pregunta? —dijo mientras llevaba la mano al *pugio* que tenía escondido.

—No hay tiempo para explicaciones. Soy Tiberio, encargado del puerto. Elia me envía. Debéis esconderos y huir de inmediato. Tengo un navío preparado que os llevará por el río Betis[1] hasta Hispalis.

Domicia abrazó a Tauro con fuerza y, sin perder tiempo, le explicó su plan. Reconocía esa mirada en su esposo: jamás abandonaba a los suyos y nada ni nadie lo convencería de dejar atrás a Expositus. Pero los legionarios ya estaban inspeccionando las naves y los puestos de los pescadores. Se acercaban peligrosamente.

—¡El navío ya ha soltado amarras! —exclamó Tiberio—. Solo espera a que subáis de una maldita vez. Los legionarios están aquí

mismo. ¡Yo los distraeré mientras huis!

Sin darles tiempo a responder, Tiberio avanzó hacia los hombres y señaló en dirección opuesta.

—¡Por allí! —dijo con rotundidad—. He visto a un hombre escapando hace un momento.

Los legionarios corrieron hacia el lugar señalado, mientras Tiberio los conducía lejos del puerto. Cuando estaba a suficiente distancia, se volvió hacia el río. Distinguió el navío alejándose en la oscuridad. Entrecerró los ojos, tratando de distinguir a quienes estaban en la cubierta.

Reconoció a sus hombres. Pero en la popa del barco, mirando al puerto, solo había una silueta. La de ella.

# LIV

*Hispalis*

Aurelio Carisio descansaba en las termas privadas de su *domus*. Un esclavo había preparado su piel con el ritual del *unctio*, aplicando aceites aromáticos. Después, con el estrígilo, eliminó los restos de aceite, sudor y suciedad, dejando su cuerpo limpio y perfumado.

Como de costumbre, el duunviro ordenó que los residuos de su limpieza no se desperdiciaran, sino que fueran reutilizados para aplicárselos a su esposa. Para él, no tenía sentido desperdiciar aceites limpios en alguien que solo respiraba.

Cuando terminó, se vistió con una toga de Tarentum, la mejor lana del Imperio. Se perfumó con un bálsamo de almendras y orcaneta y salió de las termas en dirección a la cámara donde descansaba su esposa. Su porte imponente no se debía tanto a los cuidados recibidos o a su atuendo, sino a la firme seguridad que irradiaba. Impecable, más por la confianza en sí mismo que por la calidad y los cuidados que llevaba sobre su piel, llegó a la cámara.

Al entrar, la esclava que vigilaba a su esposa día y noche se levantó con rapidez. Tras una reverencia, salió de la estancia. Ya a solas con Ulpia, su esposo vertió unas gotas de acónito en la jarra de agua colocada junto al lecho. Llevaba años envenenándola; la sustancia que corroía su cuerpo cumplía bien su cometido, apagando poco a poco su vida.

—Ulpia, hoy es el enlace de tu hija. Qué lástima que no puedas asistir —dijo con desprecio.

Se sentó en la cama y se inclinó hacia ella.

—Te lo advertí. Todo esto ocurriría si no me dabas un hijo. Podríamos haber tenido un futuro espléndido, pero todo cambió cuando supe que jamás me darías un hijo varón. Ahora solo eres un lastre. Llevo tiempo fingiendo tu enfermedad; por eso, cuando mueras, a nadie le sorprenderá. Y podré volver a casarme para buscar el ansiado heredero que me merezco. Gracias a la dote que trajiste a esta casa, habré ampliado el linaje de nuestra familia y restaurado nuestro honor.

Aurelio se levantó y paseó por la estancia, disponiendo a su gusto los pliegues de su toga mientras seguía hablando.

—Pronto llegarán los invitados. Deberías ver cómo hemos decorado la *domus*, estoy seguro de que te habría encantado. Las esclavas han adornado las salas con narcisos, jazmines y todas tus plantas favoritas. También la hemos cubierto con tapices y cintas de lana. Y, como madre de la novia, imagino que habrías querido ayudar a nuestra hija a vestirse: ajustarle la túnica recta, anudar el nudo de Hércules en su cintura y colocarle el *flammeum*, el velo anaranjado que cubre su rostro. Pero no te preocupes, una esclava hará todas las funciones que deberías haber cumplido tú.

Se detuvo junto al lecho y añadió unas semillas de adormidera a la jarra de agua.

—Dentro de un rato, imagino que la novia bajará para que al menos puedas verla vestida. Hoy saldrá de esta casa para no volver jamás. Pero ni siquiera te concederé ese consuelo. He añadido algo especial a tu agua para que pases todo el día dormida. Es lo mejor para todos.

Ulpia escuchaba aquella sentencia con el rostro contraído. Había perdido hacía tiempo la capacidad de comunicarse o moverse, pero aún podía escuchar las palabras que, en ese momento, torturaban su alma.

Un esclavo llamó a la puerta.

—*Domine*, los primeros invitados a la celebración han comenzado a llegar.

—Voy enseguida —respondió Aurelio con indiferencia.

Antes de salir, se detuvo en el umbral y miró a su esposa una última vez.

—Ah, por cierto. Quizá te interese saber que tu otra hija, Aurelia, o ese estúpido nombre con el que siempre ha preferido que la llamen, Elia, ahora dirige un lupanar. Pronto no habrá mucha diferencia entre ella y una vulgar prostituta. Ha heredado tu belleza, pero, sin duda alguna, también posee mi inteligencia. Y ahora, Ulpia, haznos un favor a todos: termina de morirte de una vez.

Con esas palabras, Aurelio salió, dejando tras de sí un aroma de almendras y su desprecio.

Todo estaba preparado para la boda de su hija. Se habían evitado cuidadosamente los días infaustos, y el *flamen*, sacerdote de Júpiter, había sacrificado varios corderos para examinar sus entrañas. Los augurios eran favorables.

El día era caluroso y el sol brillaba en un cielo tan azul que deslumbraba, como si los propios dioses aprobasen la unión.

El novio llegó acompañado de sus padres y de todos los hombres que componían su clientela. La escena era un desfile de alianzas políticas más que un simple evento familiar. Los invitados

ovacionaron a los novios cuando se reunieron en el atrio y pronunciaron la fórmula nupcial con la que se unían:

—*Ubi tu Gaius, ego Gaia!*

El sacerdote cortó el *mustaceum*, el pan de boda romano, sobre las cabezas de los novios, sellando el ritual con un gesto cargado de simbolismo. Con la ceremonia concluida, se inició el banquete.

Mientras los invitados se acomodaban, Aurelio Carisio condujo a su consuegro al *tablinum*. Allí, en un espacio más íntimo, vertió vino de Falerno en sendas copas y alzó la suya.

—Ya no solo nos unen los negocios. Ahora somos familia —añadió el anfitrión.

—Así es —respondió Juno—. Juntos, seremos imparables. Este matrimonio es solo el inicio de algo mucho más grande.

Juno tomó un sorbo de vino, con la mirada fija en su socio, como evaluando hasta dónde podía confiar en él.

—¿Sabemos algo de las niñas? —consultó al fin Aurelio, rompiendo el silencio.

—Han llegado a Roma. Hemos cumplido el acuerdo y superado los inconvenientes: algo más de ciento setenta niñas han sido entregadas. Mis socios están más que satisfechos. Tanto que han solicitado más. Tenemos un año para preparar a otras doscientas.

Aurelio asintió, tratando de organizar en su mente los pasos necesarios.

—A pesar de los desafíos, todo ha salido según lo planeado. Repetiremos la estrategia en Hispalis. Sobornaremos a los patricios y duunviros que ansíen algo y, si no, les haremos creer que lo necesitan, como hicimos en Sucaelo y los otros municipios. Al igual que a ellos, les ordenaremos que retiren los pasadores que bloquean las puertas para que así podamos entrar a por las niñas.

Juno sonrió con frialdad y añadió:

—Contacta con Orbiana y con esa criatura infame que tiene por hijo. Es hora de que se pongan a trabajar. No podemos permitirnos demoras. Hay mucho en juego.

—Todo marcha según lo previsto, pero hay algo que me inquieta: ese tal Tauro. Podría ser un problema.

Juno agitó la mano, restando importancia al asunto.

—Lo manejaremos. En esta ocasión no hablamos de simples monedas, como en el pasado.

Aurelio arqueó una ceja, intrigado.

—¿Qué han ofrecido esta vez? —preguntó.

Juno volvió a llenar su copa.

—Gracias al edicto del emperador Caracalla, que otorga la ciudadanía romana a todos los hombres libres del Imperio, se han eliminado las barreras provinciales. Me han prometido un cargo que nos permitirá que seamos nosotros quienes designemos a los nuevos magistrados; manejaremos las legiones, a los jueces y, lo más importante, nadie podrá ponernos límites. Tendremos el poder necesario para controlar la provincia entera. Si conseguimos las doscientas niñas, seremos integrados en las estructuras de poder del Senado romano. El paso previo para convertirnos en senadores. Eso, claro, siempre y cuando garanticemos la suma de un millón de sestercios.

Aurelio pensó en Ulpia, su esposa, y en cómo su fortuna le había conducido hacia su sueño.

—¿Eso significa que nos convertirán en ediles o cuestores? —preguntó tratando de disimular la emoción.

Juno dejó escapar una leve risa.

—Esos pasos intermedios son para las élites provinciales comunes. No, querido Aurelio. En poco más de un año la mismísima Julia Mesa nos nombrará senadores.

Aurelio sintió que un escalofrío de placer le recorría la espalda. Era el culmen de todo lo que había anhelado durante su vida.

Antes de que pudiera responder, un esclavo interrumpió la conversación.

—*Domine*, ha llegado un correo imperial para nuestro invitado.

Ambos hombres intercambiaron miradas tensas. Una visita así solo podía significar algo importante. Juno tomó la misiva y la abrió. Sus ojos recorrieron las líneas en silencio, hasta que una sonrisa se dibujó en su rostro. Cerró el pergamino con calma y se levantó.

—Acompáñame. Es hora de anunciar algo a nuestros invitados —dijo saliendo del *tablinum*.

Aurelio lo detuvo, ansioso por conocer el contenido del mensaje.

—¿Qué ocurre? —insistió, mientras caminaban hacia el atrio.

Juno se giró, haciendo una pausa para saborear el momento.

—Querido Aurelio, lo que me habían asegurado se acaba de confirmar. En dos meses asumiré el cargo de nuevo gobernador de la Bética. Todo está saliendo según lo previsto. Nadie podrá detenernos.

# LV

*Gades*

—Cuando venga, no solo te arrancará la escasa piel sana que te queda, sino que también te sacará el único ojo que tienes. ¡Y no podrás hacer nada para evitarlo! Tauro es muchísimo más fuerte que tú, tiene los brazos gigantes y, además, es más alto. ¡No tienes ni una oportunidad contra él! Y mírate..., ni siquiera puedes mover una pierna. ¿Cómo piensas ganarle en una pelea?

Aquilio suspiró con exasperación antes de detener el carro en seco. Ya no podía soportar ni un instante más a aquel crío insolente, que no había dejado de parlotear desde que lo atrapó.

—Por si no lo sabías —gruñó el muchacho—, Tauro desciende del único gladiador que derrotó a Spiculus, el mejor de todos los tiempos. ¡Su nombre debería aterrarte! Solo por eso deberías huir y no volver a pisar estas tierras jamás...

El sicario, sin decir una palabra, sacó un pañuelo y lo ató con firmeza alrededor de la boca del chico, silenciándolo de una vez por todas.

—¿Sabes qué? —dijo mientras anudaba el pañuelo—. Si tu amigo es tan listo como dices, sabrá descifrar el mensaje. Le daremos un mes para encontrarte. Si no lo consigue..., te espera algo especial.

Aquilio se inclinó hacia el muchacho.

—¿Sabes quiénes eran los mejores en el arte de la tortura? Los etruscos. ¿No has notado el hedor denso que emana de la parte de

atrás del carro? Esa peste pútrida que nos acompaña desde que salimos de Gades. Fue su obra maestra y la he guardado para ti.

El miedo inundó la mirada de Expositus.

—Vaya, parece que no solo el pañuelo te ha dejado sin palabras.

Tauro irrumpió en la taberna y recorrió aquel espacio con la mirada, buscando la esquina donde estaba seguro de haber visto, horas antes, a alguien con el aspecto de Aquilio. En su lugar, ahora, un grupo de ancianos comentaba en voz baja el alboroto de la calle, mientras los hijos del tabernero jugaban con canicas de barro cocido junto a las mesas.

Se detuvo en la barra. El cuerpo le temblaba sin que pudiera evitarlo. Primero habían sido sus compañeros de armas, hombres que murieron confiando en él. Luego Marco. Aquel mismo día había comprendido que tampoco iba a lograr salvar a las niñas ni a la sobrina de su amigo. Pero lo que en ese instante lo desgarraba por dentro era la posibilidad de haber perdido también a Expositus.

El tabernero dejó una jarra de vino frente a él.

Tauro sintió cómo su mundo amenazaba con venirse abajo. Todos los que habían confiado en él. Todos a los que había jurado proteger. Muertos... o desaparecidos. Sus dedos se cerraron en torno a la jarra. Bastaba con beber. Siempre había sido así. El vino acallaba las voces, silenciaba los recuerdos, le ofrecía un refugio momentáneo contra el dolor.

Alzó la jarra, a escasa distancia de sus labios.

Entonces pensó en Expositus.

No. No podía permitir que se convirtiera en otra víctima más. Si quería encontrarlo, si aún quedaba una mínima posibilidad de

salvarlo, no podía esconderse tras el vino. Tenía que mantenerse firme. Tenía que ser el hombre que aquel muchacho creía que era.

Dejó la jarra intacta sobre el mostrador.

Respiró hondo y, alzando la mirada, se dirigió al tabernero.

—El hombre que estaba sentado allí —indicó señalando la esquina —, ¿dónde está?

El tabernero apenas levantó la vista. Siguió secando vasos como si tal cosa.

—Ni idea, amigo; aquí solo servimos vino.

Tauro no respondió. Con un rápido movimiento, rodeó el mostrador y se plantó frente al hombre. Antes de que pudiera reaccionar, sacó un puñal y lo colocó a poca distancia de su ojo derecho.

Se hizo el silencio. Todos los presentes contemplaban la escena con atención. Incluso los niños olvidaron sus canicas y comenzaron a llorar al ver a su padre amenazado.

—Escúchame bien —murmuró en tono bajo e intimidante—. Si no me dices lo que quiero saber, usaré este puñal para sacarte un ojo. Luego se lo daré a esos críos para que vean si rueda tan bien como sus bolas de barro.

El tabernero palideció.

—¡Está bien, por favor! —rogó con la voz quebrada—. No quiero problemas.

—Habla.

—Se ha marchado hace más de una hora, pero ha dejado la habitación pagada por un día más.

—¿Iba con algún niño?

—No... Estaba solo.

Tauro tensó la mandíbula.

—¿Te ha pagado la habitación un día antes o después de devolverte la llave?

—Después —contestó el tabernero tembloroso.

—Dámela.

El hombre asintió. Abrió un cajón, sacó la llave y se la entregó con manos trémulas.

Tauro la tomó y lo miró con cierta complicidad, al tiempo que le dirigía una disculpa en silencio. Los niños sollozaban y los clientes de la taberna lo siguieron con la mirada mientras subía las escaleras con paso firme.

Se maldijo por la violencia con la que había actuado. Debía tranquilizarse.

Aquella era una de las primeras normas que siempre trataba de enseñar a sus hombres: la más diminuta de las acciones pierde su virtud cuando se deja arrastrar por la impaciencia. Sin embargo, la rabia de que algo pudiera pasarle a Expositus lo consumía.

En ese instante solo quería centrarse en encontrarlo. Su mente pensaba con rapidez. Si Aquilio había pagado la habitación y luego devuelto la llave, solo podía significar una cosa: no planeaba volver. Eso abría dos posibilidades. La primera, que sabía que Tauro acabaría yendo tras él y había dejado algún mensaje. La segunda, que todo aquello era una trampa.

Llegó frente a la puerta. Golpeó el pomo con los dedos, tanteando por si el metal estaba caliente, un truco aprendido en sus años como *frumentarius*. Todo parecía en orden, pero esa calma lo inquietaba aún más. Empujó la madera con fuerza y, de inmediato, se apartó, pegándose al muro.

La habitación permanecía en silencio. Ninguna flecha ni ningún puñal lo recibieron. Con cautela, entró y sus ojos recorrieron cada rincón. La estancia estaba en perfecto orden, como si su inquilino

apenas hubiera pasado tiempo allí. Una cama bien hecha, un banco vacío junto a una mesa y un ánfora de agua intacta. Nada fuera de lugar, ni un indicio que delatara el peligro.

Cuando se giraba para marcharse, algo llamó su atención.

Una pequeña tablilla de cera descansaba sobre la cama.

Tauro la abrió y la leyó:

YEL ROPLD FRHSHYPW

A primera vista, aquellas letras eran palabras sin sentido. Buscó alguna pieza que sirviera de *stilus*, el instrumento con el que se escribía en las tablillas de cera. En la Castra Peregrina en Roma, donde se encontraban los *frumentarii* y los *speculatores*, los guardaespaldas personales del emperador, empleaban una escritura cifrada que se remontaba a los tiempos de Julio César.

Comenzó a descifrar el mensaje. Recordó el método, el mismo que utilizaba el divino Julio: cada letra debía ser sustituida por la tercera anterior o posterior en el alfabeto. Una técnica antigua pero eficaz.

Tras varios intentos, las letras empezaron a encajar y las palabras emergieron con claridad.

Tauro se levantó de un salto, dejando caer la tablilla sobre la cama. La frase no era una simple pista. Era una amenaza y una advertencia. Ya no solo temía por Expositus, sino también por Domicia. En ese momento, su esposa se dirigía hacia allí.

Bajó pensando en la tablilla con un espanto creciente en su alma.

VBI OMNIA COEPERVNT

«Donde todo comenzó»

# LVI

*Augusta Emerita*

El sol del mediodía caía implacable cuando Domicia atravesó la monumental puerta del puente que daba entrada a Augusta Emerita.

Llegaba exhausta.

Dos días habían tardado los hombres de Tiberio Eudoxius en cubrir la distancia entre Gades e Hispalis en barco, además de otros cuatro días en hacerlo en el *cissium*, el carro con conductor que había alquilado para que la llevara, sin apenas escalas, hasta la que había sido su vivienda.

Contempló el teatro y el anfiteatro, que se alzaban imponentes frente a las puertas de su *domus*. Todo parecía detenido en el tiempo desde que, junto a Tauro, seis meses atrás, habían decidido partir en busca de la sobrina de Marco. Los mismos comerciantes voceaban sus productos, los mismos ciudadanos conversaban bajo los pórticos y el mismo cielo inmenso los acogía, indiferente a todo lo que había sucedido en su ausencia.

Varios de sus esclavos, sorprendidos y a la vez alegres de verla, le dieron la bienvenida cuando entró en su vivienda. Le prepararon un baño en sus termas y cocinaron su comida favorita.

Tras una semana descansando, se dirigió con uno de sus siervos hacia la taberna de Sentia Amarantis.

La tabernera la recibió con una inclinación de cabeza.

—En la segunda alcoba, Domicia —murmuró—. Tu visita ya ha llegado. Te espera desde hace rato.

La patricia avanzó sin añadir una sola palabra. Entró en la pequeña sala, donde la recibió el olor agrio de la humedad y del vino.

Cayo Albino, su contable, sonrió al verla y se levantó. El peso de los años caía sobre sus huesos. Su cuerpo menudo y su escaso cabello blanco reflejaban el paso del tiempo.

—Me preguntaba si vendrías —añadió.

Domicia lo miró, entre sorprendida y enojada.

—¿Insinúas que no puedo valerme sin Tauro?

Albino sonrió.

—Si hiciera una afirmación tan grave, no saldría por esa puerta en el mismo estado en el que he entrado hace una hora.

—Me alegro de verte, Albino.

—Yo también, Domicia, aunque tu aspecto no es el mejor.

—Ya tendré tiempo para recuperarme. ¿Traes lo que te pedí? —preguntó tomando asiento frente a él.

Albino señaló varios sacos con dinero en uno de los rincones.

Domicia hizo un gesto a su esclavo para que los recogiera.

—Tus cuentas van bien —declaró el contable—. Tus negocios siguen aumentando sus beneficios gracias, entre otras cosas, al esmerado esfuerzo que hago.

—Y por eso te pago lo que te pago, Albino.

—Tengo asuntos importantes que comentarte respecto a varias inversiones.

—No quiero oírlos. Confío en tu criterio. Ya sabes que eso no es lo que necesito saber ahora mismo.

Albino se detuvo a contemplar los penetrantes ojos color miel de Domicia, que lo escudriñaban fijamente. Entonces sacó de entre los

pliegues de su túnica una tablilla y la colocó encima de la mesa, frente a ella. La lámina de madera permanecía sellada con la cera de abeja, lo que garantizaba la confidencialidad del mensaje.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Domicia.

—Me ha costado una fortuna —respondió Albino.

—No me refiero al dinero.

—He sobornado a tus socios en el Senado. Como te sugerí en su día, hacemos negocios con los dos bandos que gobiernan Roma. Aceptaron el dinero, pero la causa por la que accedieron a darme la información era por tratarse de ti. Sin embargo, tal como me señalaste, el más complicado ha sido Valerio Reburrinus, el *princeps* de los *frumentarii*, el nuevo centurión que ha sustituido a Tauro. Él ha contrastado la información. Pero ha sido difícil encontrarlo.

—Tuvo un buen maestro.

—Y es gracias a que sirvió a las órdenes de Tauro por lo que me entregó esta tablilla que ahora tienes delante de ti, pero eso también os ha puesto en peligro.

Domicia lo miró con el rostro serio.

—Son numerosos los jugadores implicados en esta partida —continuó Albino—. Duunviros que harían cualquier cosa por el poder, senadores que no dudarían en perseguirte hasta encontrarte si sus nombres salen a la luz, e incluso has involucrado a los *frumentarii*, por no mencionar a Julia Mesa. ¿Quién te dice que uno de sus hombres no me ha seguido para encontrarte? Todo esto por unas niñas que no conoces y que dudo que alguna vez vuelvan a la vida que tenían. Sin duda, Domicia, sabes elegir bien a tus enemigos. Ya tenías a la abuela del emperador detrás de vosotros y ahora quieres enfrentarte a la élite de Hispania y de Roma.

—Tengo un plan.

—¿Y qué plan es ese? No puedes salvar a todo el Imperio.

—¿Por qué un legionario empuña su espada contra los enemigos de Roma? Lo hace por su gente, por su cultura; lucha y protege a personas que no conoce porque ese es su deber. La grandeza de una persona no se define por sus títulos, su riqueza y, mucho menos, por su poder; su verdadero valor se revela en sus acciones. No puedo permitir que sigan torturando a unas pobres e indefensas niñas.

Albino se acercó a Domicia y puso las manos sobre los hombros de ella.

—Prometí a tu padre que te protegería. Tienes una fortuna que no gastarías en varias vidas. Márchate. Olvídate de esas niñas, de Hispania..., incluso de Tauro. Vive sin preocuparte por otra cosa que no seas tú.

Domicia suspiró y agarró la tablilla. Albino puso la mano sobre ella.

—Ahí tienes los nombres de los hombres de la Bética que tienen negocios en Roma con senadores, incluido el nombre que buscas. Valerio Reburrinus me dijo que entre ellos está el que sería el nuevo gobernador de la provincia. ¿Qué crees que harán si intentas detenerlos? ¿Piensas que se quedarán de brazos cruzados? No pensaba que llegarías tan lejos, pero si sigues, no habrá vuelta atrás.

Domicia levantó la mirada.

—Por eso debo saber quién está detrás de todo esto. Es la única manera de detenerlos.

—Piensa bien en las consecuencias antes de emprender algo de lo que puedas arrepentirte el resto de tu vida o que tengamos que lamentar los que nos preocupamos por ti —añadió Albino.

Domicia rompió el sello con cuidado y recorrió con la mirada los nombres inscritos. Su rostro, hasta entonces impasible, se

endureció.

Levantó la vista cuando leyó uno de ellos.

Allí, grabado en la cera, estaba el del hombre que buscaba.

—Gracias por todo, querido amigo —dijo Domicia dando la conversación por terminada—. Ten cuidado cuando regreses a Roma.

El viejo contable suspiró, se colocó sus escasos cabellos y, antes de abandonar la estancia, añadió:

—¿Crees de verdad que unas niñas merecen tal sacrificio?

Domicia suspiró.

—Esas niñas jamás alzarán la voz para reclamar una justicia que saben que nunca recibirán, ni exigirán la restitución de una honra irrecuperable. Pero, en lo más profundo de su ser, permanece una voz latente, silenciosa, que nunca se extinguirá y que no clama justicia, sino venganza.

# LVII

*Sucaelo*

La asamblea de los duunviros había concluido. Uno a uno, los hombres más influyentes de la ciudad abandonaron la curia, con rostros serios. Aurelio Carisio, al frente de la reunión, había proclamado lo acordado con Juno: ninguno de los miembros de la élite local podría postularse en las próximas elecciones. Ellos elegirían los nombres.

El anuncio fue recibido con gestos dispares. Algunos se mostraron satisfechos, otros no disimularon su descontento. Pero solo uno se atrevió a expresar su discrepancia: Lucio Cornelio Nigrino.

Como era costumbre, varios miembros de la curia se dirigieron a la *domus* de uno de los magistrados salientes, en este caso la de Tito Papirio, para celebrar los recientes nombramientos. Sin embargo, lo harían con la contención que la farsa requería. El pueblo debía creer que los candidatos elegidos eran los únicos aspirantes y que, por ese motivo, no habría necesidad de comicios.

—¡Enhorabuena por el nuevo cargo! —exclamó con un tono irónico Lucio Cornelio Nigrino a Fabio Balbo, uno de los que serían elegidos como duunviro ante la vista de todos.

El padre de Fabia, la niña que había conseguido escapar y se había suicidado cuando regresó a Sucaelo, comprobó de un vistazo que no hubiera habido testigos de aquella felicitación cargada de sarcasmo, agarró del brazo a Nigrino y se lo llevó aparte.

—Enseguida vuelvo —dijo al grupo, mientras lo arrastraba a un sitio más discreto.

Cuando estuvieron solos, Fabio se volvió hacia él, furioso.

—¿Has perdido la razón, Nigrino? ¿Cómo osas contradecir en público a Aurelio Carisio? ¿Es que quieres que te maten?

Nigrino lo enfrentó con la mirada.

—¿Y qué importa ya? Estamos condenados. Dime, Fabio, ¿cómo soportas vivir con lo que hicimos? Entregamos a nuestras hijas y, ahora, te prestas a participar en sus intrigas. Eso te convierte en cómplice.

Fabio bajó la vista, apretando los puños.

—Siempre soñé con ser duunviro, pero nunca tuve suficiente dinero para presentarme al cargo. Ahora, por fin, puedo ocupar mi lugar.

El otro esbozó una sonrisa amarga.

—¿Y crees que todo tiene un precio? ¿Incluso lo que le ocurrió a tu hija? ¿Vale tanto un cargo?

—¡Vamos, Nigrino! —respondió Fabio con desesperación—. ¿A quién pretendes engañar? Sabías tan bien como yo que estábamos vendiendo a nuestras hijas. Las excusas solo nos servían no para engañarnos a nosotros mismos, sino a nuestras mujeres. Nunca imaginé que Fabia regresaría, y aquello que los ojos no ven, el corazón no lo padece. ¿Qué me dices de nosotros?

Nigrino se giró asqueado.

—Gracias al sacrificio de nuestras hijas, nuestros negocios han prosperado —continuó el futuro duunviro—. Carisio cumplió su palabra y, gracias a él, por fin exportamos nuestro aceite a Roma y hemos conseguido saldar nuestras deudas.

—El fin no justifica los medios. Desde que supe lo que les habían hecho a nuestras hijas, no hay un solo día que no lamente cada uno

de los latidos de mi corazón. ¡Por todos los dioses, Fabio! Tuvimos que presenciar cómo las violaban en la villa de Mitra una y otra vez y no hicimos nada por protegerlas.

—¡No lo justifico! También a mí me atormenta, pero ya no hay remedio.

—¿De verdad lo crees? —le desafió Nigrino—. Cuando mi hija nació, su madre murió en el parto. Su mirada curiosa me sobrecogió la primera vez que la vi. Desde aquel día me esforcé en hacer lo que es tarea de las mujeres; tuve el cometido de enseñar a aquella inquieta criatura todo lo que no se puede aprender por uno mismo y sobre las cuestiones que en la vida pudieran acontecerle. Procuré ser su guía sobre la moralidad y la conducta humana, sin darme cuenta de que los hombres también aprenden mientras enseñan, siendo ahora consciente de que aprendió más de aquella mirada el maestro que la alumna. Y yo la vendí, Fabio. Preferí el poder y el dinero al amor. ¿Cómo pude dejarme embaucar?

Nigrino hizo una pausa y volvió a dirigirse a su igual.

—¿Qué dirán vuestras esposas cuando lo sepan? Yo estoy perdido, pero ¿y vosotros?

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Fabio con preocupación.

—Marcharme. Recorreré todo el Imperio hasta que la recupere. Sé que es casi imposible encontrarla, pero antes expondré la verdad.

El angustiado padre miró a Fabio. Habían sido socios durante años, pero ahora dudó si seguir hablando.

—Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, amigo. Sé que hay algo que me ocultas. Confía en mí.

—En el foro, delante de toda la ciudad. Ninguno de los hombres que han participado o han ocultado lo que ha ocurrido saldrá impune.

Fabio se llevó una mano al rostro, viéndose perdido.

—¡Es un suicidio! Te matarán.

—Quizá. Pero no hay viento favorable para quien no sabe adónde va. Solo podré redimirme si hago lo correcto. Mi conciencia no me permite callar.

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana, en el mercado. La ciudad estará llena. Haré lo que debo.

Sin esperar respuesta, Nigrino se alejó. Fabio quedó inmóvil, mirando cómo desaparecía en la distancia. Después se encaminó hacia la *domus* donde lo habían invitado.

Esa noche, cuando Nigrino regresó a su vivienda, ordenó la manumisión de todos sus esclavos. Había dejado constancia de todo ante el notario ese mismo día. Sostuvo en las manos la barra de metal que protegía la puerta por el interior y pensó en el día en que se negó a hacerlo tras aceptar el acuerdo. Se dio la vuelta y sintió la vivienda vacía, como la había sentido desde que vendió a su hija, desde que decidió que el dinero valía más que la vida de la persona a quien más amaba. Seguía sin encontrar una respuesta a cómo había podido hacer aquello. ¿Cómo pudo aceptar vender a su propia hija solo por salvar su negocio? ¿Qué clase de locura había irrumpido en su mente para hacerle cometer un acto tan deleznable, tan infame como era presenciar, ante sus propios ojos, cómo la violaban?

Nigrino se sirvió una copa de vino y miró sus pocas pertenencias. Tal como le había dicho a Fabio, al día siguiente acudiría al foro y lo contaría todo. Desenmascararía a Aurelio Carisio y a todos los hombres que habían silenciado lo que habían hecho y las habían deshonrado por la fuerza. Después se iría a Roma a buscar a su hija.

Como cada noche, se bebió varias copas de vino hasta que contempló el fondo vacío de la jarra. Aquel líquido color ámbar era,

según él, el culpable del acto deleznable que había cometido. Ebrio, subió las escaleras de su vivienda hasta entrar en su alcoba. Quizá, si no hubiese bebido tanto, habría oído a varios hombres irrumpir en su *domus* por las tapias del peristilo. O habría oído el ruido de la estatua con la que chocaron en la oscuridad al caer al suelo. O tal vez habría sentido el ruido de la madera al chirriar cuando los sicarios subieron las escaleras.

Pero no. Nigrino estaba completamente dormido y no pudo hacer nada cuando dos hombres cubrieron su rostro hasta que dejó de respirar.

# LVIII

*Villa de Ipora*[1]

El frío de la noche envolvía la ciudad en un manto de penumbra. Las nubes sobre el río Betis ocultaban la luz de la luna, dejando que la bruma emergiera en la oscuridad. En las calzadas vacías resonaba el eco del viento, que silbaba entre los muros de las villas y los pilares del foro. Los braseros apenas lograban combatir el aire húmedo que se aferraba a los huesos, mientras las hojas de los olivos y laureles susurraban bajo el gélido lenguaje de los dioses, quienes, una vez más, parecían divertirse con el horror de los habitantes de la ciudad.

A varias millas de cualquier vestigio de civilización, entre los municipios de Ipagrum[2] y Astapa,[3] se alzaba un complejo de termas estivales que en aquella época del año permanecía cerrado. La propiedad pertenecía a uno de los senadores implicados en el secuestro de las niñas. Aquel lugar era conocido como las Termas de Ipora.

Orbiana abrió la puerta cuando oyó cómo los carros, cargados de jovencitas, rompían la quietud de la noche al acercarse a la villa.

Foedus, junto con otros tres hombres de Aurelio, comenzó a bajar a las muchachas del carro, que lloraban asustadas, pidiendo ayuda desde sus ojos aterrados. Bajo la luz temblorosa de una antorcha, Orbiana observó el rostro de una de ellas. Estaba desfigurado y, como en otras ocasiones, imaginó que su hijo la había golpeado al intentar escapar.

Las veinte niñas fueron encadenadas en uno de los salones en la zona destinada a los esclavos. Orbiana, agotada, sabía que al día siguiente tendría mucho trabajo por hacer. Otras veinte criaturas serían capturadas en Carmo y todo debía estar dispuesto.

Mientras repasaba con la mirada la remesa, se percató de que Foedus no apartaba la vista de la niña con el rostro golpeado. La muchacha no cesaba de llorar. Su túnica de lino de color azafrán, desgarrada de cintura para abajo, delataba el intento de huida. Orbiana supuso que, al tratar de escapar, la muchacha había desencadenado el castigo de su hijo.

A diferencia de la villa de Mitra, allí habían construido una pequeña celda en la misma sala para encerrar a las niñas que intentaran huir o incitaran a las demás a hacerlo. Habían aprendido la lección tras las rebeliones de Fabia, Plautia y Elia. Sin mediar palabra, Orbiana agarró a la menor y la llevó a la celda, encadenándola con violencia. Al día siguiente, permitiría que Foedus se desfogara con ella. Poco le importaba lo que pensara Aurelio Carisio.

Por la mañana, Orbiana entró por la puerta de la villa. Volvía de reunirse con los hombres de Carisio para que le dieran las direcciones de las *domus* adonde debían dirigirse. Ese día no estaba de buen humor. Apenas había pegado ojo durante la noche.

—¡Foedus! —gritó apenas entró, pero no obtuvo respuesta.

Caminó hacia la habitación donde estaban las cautivas, pero tampoco lo encontró allí. No le preocupó; imaginó que estaría fuera bañándose en el estanque. Observó a las muchachas, que, aterradas, eran incapaces de devolverle la mirada. Cuando iba a salir, se fijó en la niña del vestido color azafrán. Se lo había quitado

y lo había atado en una de las rejas, seguramente con la intención de suicidarse, pero había llegado justo a tiempo de impedirlo.

—Cuando venga mi hijo, os enseñaré lo que les ocurre a aquellas que intenten quitarse la vida.

Orbiana dejó que sus palabras calaran en las almas de las pobres muchachas y se dirigió al interior de la vivienda. Había mucho que organizar y poco tiempo. Mientras avanzaba hacia la cocina, maldiciendo, una voz conocida sonó a su espalda.

—*Salve*, Orbiana. ¿Creías que me había olvidado de ti?

La mujer se detuvo en seco. No se giró, sino que buscó con la mirada el puñal que solía utilizar.

—¿Buscas esto? —preguntó Aquilio mostrando la daga.

La mujer se volvió despacio, con el rostro tenso de terror.

—Me has fallado demasiadas veces, Orbiana. No mataste a Tauro y ahora debo ocuparme yo de él. Trataste de advertir a Aurelio de mi presencia el día de la reunión y eso podría haberme costado la vida. Dime, ¿qué debo hacer contigo?

—Haré lo que me pidas. Siempre lo he hecho.

Aquilio sonrió.

—Hay mucha gente que no entiende por qué me gusta tanto la violencia y provocar dolor. A ti también, admítelo; ya he visto la compañía que tienes ahí detrás y he oído lo que les has dicho. La forma en que lo has hecho es propia de alguien que, como yo, disfruta con lo que hace. Sin embargo, el dolor es algo que pocos saben manejar. Provocar sufrimiento no es solo violencia; es precisión, es poder. Cada lágrima, si se obtiene de la forma correcta, es un trofeo; cada grito, una victoria. Porque en el dolor ajeno se halla la prueba más pura de dominio. Y yo... adoro dominar.

Orbiana cayó de rodillas.

—Hazme lo que quieras, pero deja a mi hijo fuera de esto. Por favor..., ya ha sufrido suficiente.

—Sea. A ti te daré dolor y a él... satisfacción.

Una hora después, Foedus entró en la villa empapado, tras haberse dado un baño en el estanque. Buscó a su madre por toda la vivienda, pero no dio con ella y se dirigió a la sala donde estaban las recién llegadas.

Cuando llegó, algo llamó su atención: iluminada por una tenue lucerna, la celda donde habían encerrado a la cría del vestido color azafrán se encontraba abierta. Se dirigió hasta allí y entró. La muchacha tenía las manos atadas y una bolsa de tela cubría su cabeza. Cuando se acercó, el sonido metálico de la puerta de la verja sonó a su espalda. Corrió hacia ella, agarrándola con fuerza, pero no logró abrirla.

En ese instante, varias antorchas se fueron encendiendo hasta iluminar la habitación por completo, mostrando los rostros de angustia de las veinte niñas. Foedus entornó los ojos y gruñó cuando vio al hombre con quien había peleado en la villa de Mitra, que iba acompañado de un niño atado y amordazado.

—Tu madre me ha dicho que quiere hacerte un regalo, Foedus —dijo Aquilio.

El gigante lo miró sin comprender.

—Esa niña es tu regalo. Orbiana me ha contado que ha tratado de escapar y me ha pedido que te diviertas. Quizá tu escasa inteligencia no te permita captar la sutileza del momento, pero ese vino que tienes a tu lado es una ofrenda, como las que se ofrecen a los dioses antes de un sacrificio. Y tú estás a punto de presenciar algo digno de ellos. Tu madre le ha añadido un poco de raíz de satirión para que tengas un insaciable deseo sexual. Y ahora es toda tuya. Tómala.

Un hilo de saliva cayó por la barba de Foedus. Sin pensar, se subió la túnica y avanzó hacia su víctima, que forcejeaba en vano contra las cuerdas. En pocos instantes, comenzó a abusar de ella, ignorando sus gritos ahogados.

—Ya casi estamos todos. Solo nos falta un invitado especial —añadió Aquilio, mientras sus ojos se detenían en Expositus.

# LIX

*Villa de Mitra*

Tauro llegó a la villa de Mitra. Había cubierto la distancia desde Gades en apenas cuatro jornadas. Su propósito era claro: adelantarse a Aquilio y, si la fortuna le era propicia, interceptarlo en el camino. Durante el trayecto, examinó cada carro con el que se cruzó en la calzada, revisó posadas y habló con taberneros y mercaderes. Sin embargo, ninguno había visto pasar a un hombre con más de la mitad del cuerpo marcado por quemaduras acompañado de un niño.

Al llegar, Tauro desmontó del caballo que había cambiado en la última *mansio*. Exploró los exteriores de la villa. Todo estaba igual que la última vez, cuando lo torturaron.

Ocultó el caballo tras un tramo del acueducto cercano y buscó un escondite desde el que vigilar. Había traído consigo comida y agua suficiente para dos o tres días. Solo le restaba esperar.

Cuatro días después, el desaliento de Tauro crecía. No había rastro ni de Aquilio ni de Expositus. El miedo a lo que pudiera estar ocurriéndole al niño lo atormentaba. ¿Lo habrían engañado? Quizá todo había sido una estratagema para alejarlo de Gades. Había recorrido la villa varias veces, examinando cada rincón, pero no encontró nada. Ya sin víveres para él ni para su caballo, sabía que debía marcharse, pero la desesperación por descubrir alguna pista que lo llevara al chico lo mantenía en aquella posición.

Mientras meditaba sus opciones, sus ojos se fijaron en el camino que conducía a la villa. Una nube de polvo levantada por un caballo al galope delataba la llegada de alguien.

Un momento después, un mensajero se detuvo ante la puerta de la villa. El hombre desmontó y trató de abrir la puerta. El golpe de la aldaba contra la madera resonó hasta en el mismo cielo y su eco rompió el silencio de los campos e hizo que varios pájaros alzaran el vuelo sobresaltados.

Antes de que el mensajero pudiera girarse, sintió cómo la fría hoja de un puñal se apoyaba sobre su garganta.

—Las manos donde pueda verlas —ordenó Tauro, con voz firme.

—Por... por favor —balbuceó el hombre aterrorizado—. Solo soy un mensajero. Busco a un hombre llamado Tauro.

Un rápido golpe en la corva lo hizo caer de rodillas con un gemido de dolor.

—¿Quién te envía? —inquirió Tauro apretando el puñal contra su piel.

—No sé su nombre —confesó el mensajero—. Solo me ordenaron entregar un mensaje.

—¿Qué mensaje? —insistió Tauro.

—Una tablilla. Está en el zurrón de mi caballo.

Tauro levantó la vista hacia el animal. El hombre parecía decir la verdad.

—Despacio —ordenó.

El mensajero, aún temblando, se levantó con cuidado y se dirigió hacia su montura. Rebuscó en una de las alforjas, sacó una tablilla de cera, se la entregó y se quedó allí inmóvil, con la mirada fija en él.

—¿Acaso esperas que te la lea? —preguntó Tauro mientras sostenía la tablilla.

—¿No piensas darme una propina? ¡Casi me matas del susto! —protestó el hombre.

La elocuente mirada del *frumentarius* le dejó claro que era mejor que desapareciera cuanto antes, de modo que se subió a su cabalgadura mientras maldecía por no haber recibido ni una moneda.

Tauro lo observó hasta que desapareció por el camino, luego se centró en la tablilla. La misma escritura cifrada que en el mensaje anterior. Con su puñal, comenzó a apuntar las letras necesarias para descifrar el contenido. Lo leyó dos veces para asegurarse.

Había una dirección y una orden clara:

«Orbiana y su hijo. Mátalos».

Las calles de Augusta Emerita empezaron a despertar cuando los primeros rayos del sol acariciaron las tejas de las ínsulas. Los comerciantes abrían sus negocios y las tabernas, envueltas aún en el aroma del amanecer, comenzaban a servir la primera comida del día: pan caliente con ajo y aceite.

Tauro atravesó la puerta de la ciudad luciendo unas llamativas ojeras y un visible cansancio en el rostro. Apenas había dormido en una semana, desde que Expositus desapareció. La desesperación lo había llevado a no tomar las precauciones habituales.

Llegó hasta una de las varias tabernas donde tenían alquiladas habitaciones para dormir. Había acordado con Domicia ir a la de Sentia Amarantis; allí intercambiarían información.

La tabernera, al verlo entrar, le hizo un gesto acordado y le entregó una tablilla. Tauro se dirigió a una mesa en un rincón apartado, ajeno al murmullo de los clientes que bebían y discutían a

su alrededor. Se sentó con la angustia de no haber dado aún con Expositus y con la ansiedad de no saber si Domicia estaba bien.

Acercó la tablilla a la nariz y reconoció de inmediato la fragancia de su esposa. Unas gotas de su perfume habitual impregnaban la cera. En ese instante, la añoró con pesar. Deseó estar con ella, abrazados, dejando que ese aroma los envolviera. También extrañaba a Expositus y los cientos de preguntas con las que cada día lo atosigaba. Ahora, en cambio, anhelaba su compañía.

Tauro abrió la tablilla y leyó el mensaje. Suspiró aliviado: el plan había salido como habían previsto. A pesar de ello, recordaba bien lo acordado. No debían verse. Pero nada le apetecía más que estar entre los brazos de Domicia.

Escribió en el otro lado de la tablilla y se la entregó a Sentia. A continuación, con la misma rapidez con la que había entrado, se dirigió a la villa de Ipora, donde estaban Orbiana y su hijo.

Dos horas después, entró Domicia en la misma taberna. Cogió la tablilla que había pasado por las manos de su esposo y la acarició con suavidad. Observó a los clientes: algunos charlaban, otros bebían, incluso un peregrino que había entrado tras ella, vestido con túnicas sencillas y un colgante en forma de pez, predicaba sobre su profeta, Cristo.

Domicia leyó el contenido con una pena creciente. No había rastro, de momento, de Expositus. Tauro había anotado la dirección adonde Aquilio lo había mandado. Esperaba encontrar al chico allí. Mientras tanto, ella debía seguir con el plan.

Cuando abandonó la taberna, el peregrino se dirigió a Sentia.

—La tablilla —dijo mirando a la tabernera.

—¿De qué hablas, amigo?

—No te lo repetiré —dijo mostrando un puñal oculto—. Dame la tablilla que te ha dado la mujer que acaba de marcharse.

La tabernera dudó, pero la hoja del puñal era demasiado intimidatoria y acabó cediendo.

El peregrino leyó el contenido. No parecía haber mensajes cifrados ni dobles intenciones. Lo vio demasiado sencillo. El hombre memorizó la dirección y devolvió la tablilla a Sentia, quien la recogió con un leve temblor en la mano.

Sin decir más, salió de la taberna. Aquello, viniendo de Tauro, su mentor, no encajaba. Había llegado la hora de actuar. Valerio Reburrinus, *princeps* de los *frumentarii*, se quitó las ropas de peregrino y se dirigió a avisar a los hombres de Marcio, el centurión. Después de seguir a Albino, el contable, por Roma, y a Domicia por media Hispania, al fin estaba cerca de su verdadero objetivo: encontrar a Tauro.

# LX

*Termas de Ipora*

Foedus yacía exhausto, con el sudor recorriéndole la frente, tras haber descargado su brutalidad una y otra vez sobre aquella víctima que apenas podía moverse. Se bajó la túnica tapándose el pene cubierto de semen. El hambre comenzó a acariciar su estómago y, en ese momento, solo necesitaba a su madre.

El establo apestaba a paja húmeda, sangre y al miedo de las niñas, sobrecogidas al ver que aquella bestia podía hacerle lo mismo a cualquiera de ellas.

La puerta se abrió y Aquilio entró con paso tranquilo. Atado a una de las cadenas junto a las demás prisioneras se encontraba Expositus. Ya no llevaba la mordaza.

—Cuando venga, te dará una paliza que no olvidarás —dijo el niño poniéndose en pie—. Te va a dejar el único ojo que tienes como el otro. Ya lo verás... Bueno, no podrás hacerlo porque no te quedará ninguno. Si tuviera mi espada, te daría tu merecido... Tauro me va a enseñar. Me contó cómo dejó en un callejón a tres hombres en el suelo. Y además, es mucho más listo que tú...

—Y si es tan listo, ¿por qué aún no ha venido a buscarte? —preguntó Aquilio con una sonrisa burlona.

—Vendrá..., lo sé —dijo, aunque con un ligero tono de duda.

Aquilio se detuvo frente a él, inclinándose para hablarle al oído:

—¿Sabes? Hay algo que me intriga. Quizá Tauro no esté pensando en rescatarte. Quizá, en su infinita sabiduría, ha decidido que deshacerse de ti sea lo mejor. Y, quién sabe, tal vez si cambia de opinión y decide venir, ya sea demasiado tarde.

Las palabras calaron hondo en el ánimo de Expositus, que bajó la mirada en silencio y volvió a sentarse.

Aquilio se giró hacia el gigante.

—¿Te has divertido, Foedus? —le preguntó con una sonrisa burlona—. Te he traído un regalo aún más especial. Algo que me dijo tu madre que te apasionaba. Pero, dime, ¿dónde se ha metido? Hace mucho que no vemos a Orbiana.

El gigante tenía una comprensión limitada del mundo que lo rodeaba. Su vida se reducía a obedecer las órdenes de su madre y satisfacer sus necesidades más básicas: comer, descansar y, en ocasiones, saciar unos impulsos sexuales que no lograba entender. Al escuchar el nombre de su madre, su confusión y frustración se intensificaron, generando en él una angustia difícil de controlar.

—Quizá la joven con la que te has entretenido tenga la respuesta. ¿Por qué no le preguntas a ella?

Foedus se detuvo un momento, confundido, procesando las palabras. Con movimientos torpes, se giró hacia su víctima. Sus pesados pies resonaron en el suelo del establo como los de una bestia desorientada. En dos zancadas, llegó hasta ella. Sus manos, grandes y temblorosas, lucharon con la capucha, mientras su respiración se volvía más irregular.

El rostro de Orbiana apareció ante los ojos del gigante, hinchado, casi irreconocible bajo las marcas de los golpes que había recibido.

Foedus soltó un alarido desgarrador, un sonido primitivo que resonó como el bramido de una bestia herida en lo más profundo de

su ser. Con sus manos torpes, luchó por desatar las correas y retirar la tela que amordazaba su boca.

—Tranquilo, hijo mío —susurró Orbiana—. No temas..., no ha sido culpa tuya.

El gigante respondió con un rugido aún más feroz, un grito visceral que llenó el establo de rabia. Se volvió hacia las rejas y, con toda la fuerza de su cuerpo descomunal, las zarandeó con tal ímpetu que los barrotes crujieron como si el metal estuviera a punto de salirse del lugar donde estaba anclado.

Las niñas escondieron los rostros, aterradas. El horror, que había sido su compañero constante desde el día en que las raptaron, se tornó insoportable ante la brutal escena que acababan de presenciar.

Aquilio se aproximó a Foedus. Su mirada era como la de un domador a punto de someter a su bestia.

—Tu madre se ha sacrificado por ti, Foedus —dijo Aquilio con calma—. Ella eligió tu satisfacción por encima de su propio dolor. Pero nadie decide por mí. Aún quiero divertirme un poco más, al menos hasta que venga Tauro..., si es que decide hacerlo.

Aquilio se volvió hacia Expositus, que desvió la mirada y bajó la cabeza en silencio.

—Y ahora, vayamos a por tu sorpresa.

Sin esperar respuesta, Aquilio abandonó el establo. Momentos después regresó junto a una de las crías empujando un carro cubierto por una lona.

—Te presento a Livia —dijo mirando a Foedus—, la niña con quien pensabas que te estabas divirtiendo. He prometido protegerla y cuidarla si me ayuda, ¿verdad?

La niña no respondió. Tenía la mirada fija en el suelo.

—Y ahora vete a tu puesto, Livia; avísame si ves a alguien acercarse a la villa y ten cuidado con los cristales.

Aquilio observó cómo se marchaba y volvió a fijar la atención en Foedus.

—Esto que tenemos aquí lo he adquirido esta mañana, mientras tú disfrutabas con tu madre.

El sicario extrajo un saco con restos de cocina y cereales: pan duro, salvado y sobras de comida de las niñas. Con ayuda de un plato, introdujo la mezcla por la abertura de la reja preparada para tal fin.

El gigante, como si hubiera olvidado lo ocurrido un rato antes, cogió el plato, se puso de rodillas y comenzó a devorar la comida con ansia. Ni siquiera reaccionó cuando Aquilio cogió otra fuente y la vertió sobre él varias veces.

El único instante en el que Foedus se sobresaltó y se detuvo fue cuando oyó un sonido chirriante. Aquilio había abierto la reja y, del carro, habían salido dos cerdos que, hambrientos, se dirigieron a la celda al oler la comida, gruñendo y hociqueando con ansia mientras devoraban lo que encontraban por el suelo.

Al gigante lo aterraban los mismos animales con los que se había criado. Dominado por el pánico, se puso en cuclillas, tapándose los oídos con las manos. Comenzó a balancearse adelante y atrás, soltando alaridos y berreando sonidos ininteligibles.

—Este es el regalo de tu madre —dijo Aquilio, con una sonrisa fría.

Orbiana se puso en pie con dificultad, dispuesta a proteger a su hijo. Sabía del pánico que Foedus sentía hacia aquellos animales. La sangre empezaba a secarse entre sus muslos, dejando un rastro oscuro sobre su piel. Cogió el plato que tenía cerca y, con un movimiento desesperado, lo lanzó contra uno de los cerdos. La cerámica se hizo añicos al impactar con el animal. Recogió una de las esquirlas, la que le pareció más afilada.

Golpeó a uno de los puercos en el cogote. Cuando el animal alzó la cabeza con un gruñido, ella aprovechó para clavarle la esquirla en la base del cuello, retirándola con rapidez. El cerdo emitió un chillido desgarrador que llenó el establo, mientras un torrente rojo brotaba de la herida y empapaba la paja que cubría el suelo y el cuerpo de Orbiana.

Sin embargo, había cometido un error: no matar al cerdo más próximo a su hijo.

El gigante, al sentir cómo uno de los animales comenzaba a mordisquear los restos de comida que chorreaban de su ropa, se levantó de un salto, aterrorizado. El pánico lo llevó a lanzarse hacia su madre, buscando refugio en ella.

Orbiana no tuvo tiempo de reaccionar. Cuando Foedus la abrazó con incontrolable fuerza, buscando protección, la esquirla que ella aún sujetaba quedó atrapada entre su cuello y el brazo musculoso del gigante. En el forcejeo, el filo se hundió en su tráquea y le arrancó un grito sofocado, que se unía a la impotencia de no poder desembarazarse del abrazo. Un dolor insoportable le recorrió el cuerpo, mientras el líquido oscuro comenzaba a brotar, llenando el interior de su garganta e impidiéndole respirar.

Sus ojos se abrieron con desesperación, luchando por aferrarse a una vida que se desvanecía. Cuando Foedus la soltó, el cuerpo de su madre cayó inerte, desplomándose sobre el suelo, cubierto de su propia sangre y la del cerdo.

# LXI

*Sucaelo*

Tito Papirio observó desde su *tablinum*, el despacho donde acostumbraba a recibir a sus visitas, cómo su hijo se alejaba. Se sentía orgulloso, hasta ese momento se había comportado como un heredero ejemplar. Se dejó caer en su silla curul, de patas en forma de tijera, y se quedó pensativo. Todo parecía retornar a la normalidad. Lo único que le preocupaba era Plautia, su amada esposa; aún no había logrado devolverle la sonrisa. Confiaba, sin embargo, en que el tiempo, ese bálsamo silencioso, acabaría por curarlo todo, incluso la tristeza que anidaba en ella.

La puerta se abrió y, para su sorpresa, entró Domicia Iucunda.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué ninguno de mis esclavos me ha anunciado vuestra visita? —preguntó sobresaltado, levantándose de la silla.

—Tranquilo, he venido sola —interrumpió Domicia.

—Creí haber dejado claro que no quería volver a veros, que había sido un error contrataros.

—No he venido a reclamar nada, Tito... ¿O prefieres que te llame Juno?

Tito Papirio se quedó paralizado.

—No sé de qué hablas —respondió.

—Tenía ciertas dudas —añadió Domicia—, pero ese temblor en la voz es una prueba más que te delata.

—¿Qué te hace pensar que yo soy Juno?

—En primer lugar, porque llevas mintiendo desde que vinimos. Tu esclavo, el primer día que nos vio aparecer, nos dijo que estabas en Roma. Cada vez que te veía te preguntaba sobre tus negocios en distintas urbes que tú nunca negabas. Por tanto, tu esclavo decía la verdad.

—¿Y eso es todo lo que tienes? No soy el único. Fabio Balbo y otros hombres también tienen negocios en Roma.

—La fachada de la casa de Fabio está plagada de nombres electorales, también la de Aurelio Carisio; todas, salvo la tuya.

—Ya te dije que no necesitaba anunciarme. Además, mis clientes y los habitantes de la ciudad me conocen.

—Cierto, lo dijiste. Pero nadie se anuncia en su propia vivienda. Todas las pinturas las encargan siempre los enemigos políticos para anunciarse ellos mismos. Tú no tienes ninguna porque tu rival era Quinto Pomponio, el gobernador de la Bética, y dado que es un cargo elegido por el Senado, no tenías oposición.

Tito Papirio la observó en silencio.

—Luego está esa excusa tan pobre de las barras que no bloqueaban las puertas. Reconozco que me pareció verosímil, pero deberías haber visto la cara de Quinto cuando le hablé de ella. En eso y en la implicación del gobernador en todo este asunto de las niñas es en lo único que he estado equivocada. Y para terminar, la prueba que confirma que eres Juno me la ha dado Albino, mi contable, quien ha obtenido tu nombre a través de mis socios en Roma.

—Estoy impresionado. No lo negaré más. No obstante, llegas demasiado tarde.

—Antes de que te regocijes en tu victoria, quiero hacerte una última pregunta: ¿por qué? —susurró Domicia mirándolo con una

mezcla de desprecio y curiosidad.

Tito Papirio se levantó, se sirvió una copa de vino y le ofreció una a Domicia, que la rechazó.

—Todo el mundo ansía algo. Un pobre desea ser rico, un rico desea poder, un poderoso desea hacer algo por lo que ser recordado eternamente. Yo solo les he facilitado la posibilidad de que vean cumplidos sus anhelos.

—¿Por qué fuiste a buscar a Tauro?

—Cuando estaba en Roma, no podía dar crédito a mi fortuna al descubrir que Julia Mesa buscaba, con desesperación, al mismo hombre que me había escrito para pedir disculpas a mi esposa y anunciar la muerte de su hermano. Plautia no me habría perdonado si se lo entregaba yo directamente. Pero si os alojabais aquí, sabrían dónde podían hallarlo y eso facilitaría su entrega y a mí me situaría en una posición inmejorable con la abuela del emperador. Nunca he sido muy devoto del teatro, pero reconozco que me divertí interpretando el papel de padre desesperado por buscar a su hija para arrastraros hasta aquí. La verdad, cuando vi a Tauro abatido en la taberna, no contaba con que podría recuperar su habilidad, y no te mentí: tampoco contaba contigo.

—¿Y esas niñas? ¿Qué necesidad satisface su sacrificio?

—El único propósito de una mujer es traer hijos al Estado y unir lazos con otras familias. ¿Qué diferencia hay entre entregarlas a los brazos de un hombre o a los de una causa? Si quieres que alguien haga algo, el primero que tiene que servir de ejemplo eres tú. La única diferencia es que solo Aurelio Carisio y yo sabíamos dónde las entregábamos y la gran mayoría de los hombres nos las confiaron porque, al hacerlo, no imaginaban cómo acabarían; pero ellos necesitaban algo y esa necesidad los llevó a no hacer preguntas. Me

imagino sus caras bajo las máscaras cuando fueron a la villa de Mitra y allí yacieron con ellas.

—¿Y consideras que pagar con esas pobres niñas justifica cualquier fin?

—Ya lo creo. Son tantas las mujeres que mueren al dar a luz o en los primeros años de vida que ¿crees que me preocupa una más o una menos? Mi padre fue un gran admirador de la obra de Séneca. Él siempre ponía de ejemplo a los gladiadores. Decía que si un infame salía a la arena sin miedo a morir y sin miedo al dolor, si no temía a nada, ¿cómo no iba a ser capaz de hacerlo un ciudadano romano? Al igual que ellos, no niego que sentí dolor cuando tuve que tomar la decisión, pero no tuve miedo a hacerlo, y te diré algo: lo volvería a hacer. Yo y todos los hombres, desde el cabo Finisterre hasta las Columnas de Hércules, aunque lo nieguen.

—¿Y tu esposa? ¿Ella no es también una víctima?

—No te permito que mezcles a Plautia en esto —dijo amenazante —. A ella la amo por encima de todo y esto lo hago por nosotros. Dentro de dos meses me convertiré en el gobernador de la Bética y mis contactos son tan importantes que, en un año, seré senador en Roma. Mi familia dejará estas calles para vivir en la mismísima Ciudad Eterna. Conseguiré que Plautia algún día recuerde todo esto como un mal sueño.

—¿Con qué senadores tienes negocios?

—No te daré el placer de saberlo —dijo mientras apuraba su copa.

—Te diré algo sobre cómo es Roma. Puedo ofrecerte algún consejo. He estado viviendo allí toda mi vida hasta hace seis meses.

Domicia Iucunda se levantó y siguió hablando.

—¿Sabes qué es lo que más adoran en Roma? Los rumores. Nunca los soporté. Porque son como el fuego, se propagan alimentados por las lenguas, transformando todo a su paso. Tu

problema, Tito, es que no solo subestimas a esas pobres niñas, sino también a las mujeres. Antes de abandonar Roma junto a Tauro, fui una de las matronas más influyentes de la ciudad, o al menos eso decían. ¿Y sabes por qué? Porque mi familia me educó para que no tuviera que estar bajo la tutela de un hombre. Tenía mi propia independencia económica y eso me permitía gestionar mi fortuna. La mujer del gobernador me confirmó lo mucho que hablaron de mí el resto de las matronas cuando decidí marcharme con Tauro. Pero hay algo que jamás abandoné: mis negocios. Nunca me gustó confiarlo todo a una sola nave, así que mis socios incluyen a senadores de los dos bandos. ¿Quieres que apostemos cuánto tardarás en estar en boca de todo el mundo cuando les diga a los de un bando y otro cómo has alcanzado tu cargo de senador?

Tito Papirio seguía observándola con el rostro serio.

—No te creas tan importante —añadió Domicia—. No estarás durante semanas en boca de todos los círculos como estuve yo. De hecho, no durarás ni dos días, porque quienesquiera que sean tus socios, cuando llegue a oídos de sus enemigos, negarán hasta tu miserable existencia.

Domicia hizo amago de salir.

—Pero no seré yo quien tome la decisión. Al entrar, lo primero que me has preguntado es por qué no había sido anunciada, y la respuesta es porque no he venido a verte a ti.

Plautia, la esposa de Tito, salió de detrás de la puerta. Había escuchado toda la conversación y tenía el rostro cubierto de lágrimas.

—Será ella quien lo decida. Y ahora os dejo a solas. Lo mismo que me has explicado a mí, deberás explicárselo a tu esposa. Aunque imagino que lo que menos necesita en estos momentos son explicaciones.

Domicia tomó las manos de Plautia y puso en ellas un pergamino. Imaginaba el dolor que había tenido que sentir al escuchar aquella declaración.

—Todo está preparado. La denuncia a los senadores está aquí escrita. —Domicia se dirigió hacia Tito—. Sé lo que estás pensando y he hecho más copias. Plautia, ahora depende de ti.

Domicia Iucunda cerró la puerta tras de sí y dejó a Plautia evaluando con la mirada al hombre con quien había compartido su vida y a quien apenas conocía.

# LXII

*Termas de Ipora*

Aquilio no pudo contener la carcajada cuando sus ojos se posaron en el cuerpo inerte de Orbiana, desplomado sobre el suelo. La sangre aún manaba de su garganta formando un charco sobre la paja y el suelo de la celda.

Foedus, fuera de sí, se lanzó sobre el cadáver de su madre. Al ver que no se movía, le golpeó el pecho con tal fuerza que pudo oírse el sonido de su esternón al fracturarse. La cólera y la desesperación lo dominaron y, como una bestia herida, giró hacia el cerdo que seguía devorando cuanto encontraba. Con un rugido y, sin el miedo que había mostrado cuando lo vio, descargó su ira sobre la criatura, golpeándola con los puños una y otra vez.

El puerco, al verse atacado, reaccionó con furia. Embistió al gigante con toda su fuerza, y hundió los colmillos una y otra vez en la carne de aquel que lo atacaba mientras emitía gruñidos espeluznantes. La lucha entre el gigante y el animal hacía que retumbasen las paredes del establo.

Aquilio, absorto en la escena, rompió a aplaudir, extasiado. Las niñas apartaron la mirada y Expositus no podía dejar de observar aquel macabro espectáculo, atrapado entre el pavor y la fascinación.

Foedus, con la ira desbordándole los ojos, agarró al verraco por el cuello. La bestia, en un último intento de resistirse, mordió el antebrazo del hombre y le arrancó un trozo de carne. Con un grito

de rabia, el gigante lo empujó con su enorme fuerza y lo estampó contra la pared. El cerdo gruñó, golpeó el suelo con las pezuñas en un intento desesperado por recuperar la estabilidad. Una vez más, cargó con su mastodóntico cuerpo en dirección a Foedus.

El gigante esquivó el golpe en el último momento. La bestia chocó con la reja de acero con tal violencia que todo el establo tembló. Aprovechando el respiro, Foedus se agachó para coger un fragmento de cerámica que yacía entre la paja. Pero no tuvo tiempo de usarlo: el cerdo volvió a embestir, lanzándose sobre él. Sus colmillos de nuevo encontraron su piel, desgarrando la carne de las manos con las que se protegía, hasta que los dientes alcanzaron su rostro. Foedus bramó al sentir cómo el animal arrancaba el cartílago de su nariz.

El dolor desató en él una furia inhumana. Con un acto reflejo, comenzó a clavar el trozo de cerámica en el cuerpo del animal una y otra vez. La sangre salpicaba su rostro y empapaba su túnica, pero no se detuvo, ni siquiera cuando el cerdo cedió en su mordedura, entre estridentes chillidos. Siguió apuñalándolo, al tiempo que le hundía el fragmento de cerámica en el vientre hasta que la bestia quedó inerte bajo él.

Foedus se sentó sobre el cuerpo del cerdo y, jadeando, continuó descargando golpes y perforando el cadáver. En el establo solo se oían los gritos del colosal huérfano mientras seguía clavando su improvisada arma en el animal.

Aquilio, fascinado por la grotesca batalla, estalló en aplausos.

En ese instante entró Livia, la niña que estaba vigilando.

—Mi señor —dijo con su voz infantil—, he visto a un hombre acercarse a la villa.

Aquilio giró la cabeza hacia ella.

—¿Un hombre solo? —preguntó nervioso.

La muchacha hizo un gesto afirmativo.

Aquilio destapó su cantimplora. El aroma acre del opio ya lo templó antes incluso de tomar un largo trago. El temblor de sus manos cesó de inmediato, cuando el amargo líquido calmó su ansiedad.

—Todo está saliendo según lo previsto —dijo con una enorme satisfacción.

Su rostro cambió al observar a las niñas.

—Lo que habéis presenciado no será nada comparado con lo que os haré si alguna de vosotras se atreve a abrir la boca antes de lo debido.

Tauro llegó a la dirección indicada en la tablilla que aquel mensajero le había entregado en la villa de Mitra. Dejó a su caballo atado a cierta distancia, a una milla escasa, y se quitó la capa que lo protegía del frío.

Rodeó la villa en busca de un punto de entrada. No se oía nada, pero un hedor putrefacto empezó a impregnar el aire mientras se aproximaba. Su estómago se revolvió. Se detuvo un instante y observó el camino por el que había llegado. Nadie parecía seguirlo. Dudó si esperar, pero algo en su interior le decía que no podía permitirse perder ni un momento. Sabía que el tiempo apremiaba.

Con precaución, apiló varias piedras y escaló hasta una de las tapias de la villa. Desde allí, se asomó al interior. No se veía a nadie. El patio, cubierto por un pastizal descuidado y alto, parecía abandonado desde hacía mucho tiempo. Tauro se dejó caer al otro lado, pero, al tocar el suelo, ahogó un grito de dolor: había pisado un cristal oculto entre la alta hierba, que atravesó la suela de su calzado y se le clavó en la planta del pie.

A pesar del dolor, se tapó la nariz; el hedor que dominaba el lugar era insoportable. La fetidez se aferró a sus fosas nasales. Ahogando una arcada, se quitó el pañuelo que protegía su cuello y que lo acompañaba desde sus tiempos de legionario. Extrajo el cristal con cuidado, levantando la mirada cada poco tiempo, y se cubrió la herida.

Con una mano se tapó la nariz y, con la otra, desenvainó el cuchillo. A pesar del dolor que le mordía con cada paso, avanzó hacia la vivienda con cuidado y apartando otros cristales. Entró con sigilo, con el puñal siempre delante de su cuerpo.

El interior de la casa estaba en silencio, aunque el aire cargado de descomposición hacía difícil respirar. Tauro revisó la planta baja. Al entrar en la cocina, vio una gran cantidad de harina, como si alguien estuviera preparando comida para un gran número de personas. Sin embargo, los comedores estaban vacíos. Dejó a un lado las termas y continuó hacia las habitaciones. En un dormitorio, abrió uno de los arcones. En su interior encontró varias túnicas enormes y unas sandalias de gran tamaño. No necesitó más para deducir que pertenecían al hijo de Orbiana.

Decidió salir y se dirigió a la cuadra, en la zona de los esclavos. Había un carro bloqueando el acceso. Las bisagras de la puerta protestaron al abrirse.

Cuando observó el interior, un escalofrío le atravesó el cuerpo.

Una veintena de niñas se hacinaban al fondo; apenas se atrevían a mirarlo.

En una esquina, el gigante jadeaba, con el aspecto de quien acaba de regresar de la mismísima guerra, mientras abrazaba el cuerpo inerte de una mujer. A pesar de la sangre que la cubría, no tuvo ninguna duda: era Orbiana. Dos cerdos descomunales yacían a su

lado. Pero lo que más llamó la atención de Tauro fue la escena en el centro de la cuadra: Aquilio sujetaba a Expositus.

—¿Estás bien? —preguntó Tauro.

—Te dije que vendría —respondió el chico con una sonrisa, tratando de desembarazarse—. Acaba con él —le ordenó a Tauro.

—Todo a su tiempo —dijo su captor, levantando el cuello del crío y poniendo un puñal en su garganta.

El muchacho se detuvo en seco.

—Te estábamos esperando, Tauro. Por favor, toma asiento. Ha llegado la hora de divertirnos un rato —ordenó señalando una silla enfrente de él.

—Si lo hago, nos tendrás a los dos a tu merced. Suéltalo.

Su contrincante comenzó a reírse.

—¿Crees que vas a poner tú las condiciones?

—Deja que el chico se marche. —El tono de Tauro se relajó—. Ya me tienes a mí, tal como querías.

—Prefiero la compañía de ambos —añadió el otro mientras apretaba el puñal contra el cuello de Expositus, que gimió de dolor —. Si vuelves a exigirme algo, te juro que tu amigo descubrirá a qué sabe su ojo derecho.

—Está bien. No le hagas nada, te lo suplico.

—Siéntate. Las manos donde pueda verlas o juro que le corto el cuello.

Tauro obedeció y se sentó en la silla de espaldas a ambos.

Con el pomo de su puñal, Aquilio le golpeó en la nuca con tanta fuerza que lo dejó inconsciente.

—Ha llegado tu hora, Tauro. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

# LXIII

*Hispalis*

Aurelio Carisio despertó y, como cada mañana, permaneció tumbado en su cama. Era su costumbre comenzar el día elucubrando sobre los asuntos que ocuparían su tiempo una vez que atendiera a los hombres que conformaban su cada vez más numerosa red de clientes.

Se palpó el rostro y notó la aspereza de los pelos que emergían en su barba. Chasqueó la lengua, irritado. Cada día se frotaba la piel con miga de pan para ralentizar el crecimiento del vello, pero aquel remedio parecía tan inútil como sus maldiciones al respecto. Tendría que ir a ver a su barbero.

Pasaría por la villa de Ipora para visitar a Orbiana y asegurarse de que la remesa con las primeras niñas estuviera en perfecto orden. Más tarde tomaría su carro rumbo a Sucaelo. Estaba inquieto por la inminente subida al poder de su consuegro y socio, Tito Papirio, aunque prefería llamarlo por el sobrenombre que tanto le gustaba: Juno. Aquel ascenso era el punto culminante de años de espera y manipulación y no iba a permitir que ningún contratiempo pusiera en peligro el futuro por el que había luchado desde que tuvo uso de razón y comprendió el peso de su linaje.

Cuando hubo repasado cada detalle del día, Aurelio Carisio se levantó. Sus esclavos ya le habían preparado su primera comida: pan caliente con queso cubierto de miel y una copa de vino de

Falerno. Tras dar buena cuenta del desayuno, se dirigió a Epafrodito, su esclavo de mayor rango y el único al que permitía dirigirse a él.

—Unce los caballos y avisa al cochero. Cuando regrese de la barbería, partiremos a Sucaelo —ordenó con tono seco.

Aurelio atendió los primeros compromisos de la jornada y volvió a su cámara. Allí abrió un compartimento oculto en su arcón. Sacó un pequeño ungüentario que contenía el acónito con el que envenenaba a su esposa. Guardó el frasco entre los pliegues de su toga y se dirigió a su alcoba.

Al entrar, varias esclavas estaban frotando el cuerpo de Ulpia, que yacía desnuda sobre la cama. Las sirvientas se retiraron en silencio al ver a su señor, dejando a su *domina* a merced de su esposo.

—Deberías verte —dijo Aurelio con asco—. Tan escuálida y pálida... Qué lejos ha quedado tu belleza. El día que celebremos tu muerte, ni el mismísimo Caronte querrá llevarte en su barca.

Ulpia no apartó los ojos de su esposo. Su rostro permanecía imperturbable.

Aurelio sacó el ungüentario y comenzó a verter unas gotas del veneno en la jarra de agua que descansaba en una mesa junto a la cama. Sus labios esbozaron una sonrisa mientras se dirigía a su esposa.

—Gracias a tu dinero, querida Ulpia, en poco más de un año mi destino estará lejos de este rincón olvidado del Imperio. La fortuna me llevará al corazón de Roma. Lamento comunicarte que no me acompañarás en ese viaje. Aumentaré la dosis progresivamente para que tu penosa existencia deje de ser un estorbo. Sin embargo, debo ausentarme varios días, así que verteré un poco más.

Antes de hacerlo, la puerta de la cámara se abrió de golpe. Aurelio se giró, enfurecido. Era su esclavo de mayor confianza.

—¡¿Cuántas veces debo decirte que no entres sin avisar?! —gritó intentando ocultar el frasquito de la vista del siervo.

—Mis disculpas, *domine* —respondió Epafrodito inclinando la cabeza—, pero es un asunto urgente.

—¿Qué ocurre? —soltó Aurelio sin bajar el tono de voz.

—Ha venido el edil de la ciudad. Dice que...

—Está bien —lo interrumpió. Entonces salió de la habitación, dejando el ungüentario con el acónito sobre la mesa, junto a la jarra de agua de Ulpia.

Una hora después, tras despachar al edil con un asunto insignificante, Aurelio Carisio salió rumbo a la barbería. Sus siete guardaespaldas lo escoltaban. Por supuesto que podía permitirse el lujo de poseer un esclavo dedicado en exclusiva a cuidar de su apariencia, pero prefería pasear por la ciudad. Le deleitaba observar cómo muchos de sus conciudadanos cambiaban de dirección al verlo aparecer en la distancia, como si su sola presencia fuera un mal augurio. Disfrutaba con los halagos vacíos de los aduladores y aún más con el pánico contenido en los ojos de quienes le temían. Para él no era poder: era el arte de ser necesario y causar miedo a partes iguales.

Ordenó a sus hombres que esperaran fuera y entró en la barbería.

El ambiente olía a jabón y solo había un cliente en el pequeño local. Aurelio, absorto en sus pensamientos, se sentó en su silla habitual sin ocuparse demasiado de su entorno. Pero algo perturbador rompió su concentración: su barbero, siempre atento, solía dejar para más tarde al cliente que estuviera atendiendo para ocuparse únicamente de él. Esta vez no lo hizo. Aurelio alzó la mirada, irritado, y notó que el barbero sudaba con profusión, sus ojos dominados por una especie de terror que le resultó familiar.

Había visto ese mismo temor en los rostros de algunos de sus conciudadanos momentos antes.

—Vaya, mira quién ha venido a vernos —interrumpió sus elucubraciones el cliente, que se levantó mientras se quitaba los restos de aceite con un trozo de tela.

Aurelio lo reconoció al instante: Tiberio Eudoxius, el encargado del gremio de marineros en Gades.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ocultando su preocupación tras un tono de falsa indiferencia.

—¿Acaso no puedo venir a visitar a un amigo? —replicó Tiberio con una sonrisa torcida.

El duunviro, sin responder, hizo un leve gesto al barbero, indicándole que fuera a avisar a sus hombres. Pero antes de que pudiera moverse, Tiberio le puso una mano en el pecho, deteniéndolo.

—Si cruzas esa puerta, agarro tu maldita navaja y te rajo la cara hasta dejarte irreconocible. Mira el lado bueno, no te volverá a crecer un jodido pelo jamás.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Aurelio poniéndose en pie.

—Que me acompañes —contestó Tiberio mientras señalaba al barbero para que los guiara hacia la puerta trasera.

El encargado del gremio lanzó una última advertencia antes de salir:

—Si alguno de los dos intenta hacerse el valiente y atrae la atención de tus hombres, Aurelio, os haré recoger vuestras tripas del suelo con las manos.

Salieron al callejón que conducía a la calle principal. La puerta estaba despejada y no había ningún guardia a la vista.

—Dirígete a tu casa, Aurelio. Si alguien te detiene, inventa cualquier excusa para quitártelo de encima. Pero escúchame bien: si

intentas alertar a alguno, sentirás cómo la hoja de un cuchillo se abre paso por tu espalda.

Aurelio lo miró con frialdad.

—Mis hombres me son leales. En cuanto noten mi ausencia, vendrán a buscarme.

Tiberio sonrió.

—Perfecto. Los estaremos esperando.

El duunviro obedeció y los tres caminaron hacia su *domus*. Durante el trayecto, Aurelio hizo gestos disuasorios a quienes intentaron acercarse, conminándolos a dejarlo en paz. Sin embargo, al llegar a la casa, notó algo extraño: ninguno de los esclavos salió a recibirlo. La entrada estaba vacía, salvo por dos hombres desconocidos, seguramente enviados por Tiberio. Los intrusos se adelantaron para sujetar al barbero, apartándolo de él.

Cuando accedieron al despacho de Aurelio, el escenario era un caos. Los dos arcones estaban abiertos, y la mayoría de sus papiros estaban esparcidos por el suelo y la mesa.

—¡Que alguien me explique qué está ocurriendo aquí! —exigió fuera de sí.

Una voz que surgió a su espalda lo hizo detenerse.

—¡*Salve*, Aurelio!

El duunviro se giró al reconocerla.

—Ponte cómodo —dijo Elia masticando cada palabra—. Tenemos mucho de que hablar.

# LXIV

*Termas de Ipora*

Tauro escupió un diente, sintió en el paladar el sabor metálico de la sangre llenándole la boca mientras luchaba por abrir el único ojo con el que aún podía vislumbrar algo. Trató de zafarse de las cuerdas que le mordían la piel y lo tenían inmovilizado, pero fue inútil.

Aquilio no cesaba en su brutal paliza. Le había roto varios huesos de la mano, dislocado una rodilla y, con un pequeño trozo de hierro oxidado, castigaba sin piedad su rostro, dejando marcas profundas en la carne.

—¿Me das un poco de agua? —murmuró Tauro con un susurro.

El sicario de Mesa se detuvo y se giró hacia una jarra. Se acercó con una copa y la llevó a los labios del antiguo *frumentarius*. Tauro bebió un sorbo, jadeando por el dolor, y escupió el contenido entero en la cara de su torturador. Este le propinó un puñetazo en el rostro, seguido de otro y otro más. El antiguo legionario apenas se mantenía consciente; su cabeza pendía a un lado, y un hilo de sangre colgaba desde sus labios hasta el suelo polvoriento y cubierto de paja.

—Tienes suerte de que no haya traído mis juguetes de tortura, pero no los necesito —dijo el asesino observando las muescas de su punzón con detenimiento—. Solo le quedan tres: la de tu amigo, la tuya... y la mía.

—Escucha, Aquilio —respondió Tauro—, ya me tienes a mí. Suelta al chico, él no es culpable de nada.

—Tranquilo, aún falta mucho para que dejemos de divertirnos. ¿Sabes? Hay muchas zonas del cuerpo donde un corte sangra con abundancia, como esos tres cerdos —dijo señalando a la celda donde estaba el gigante—, pero no te mata.

Con un movimiento rápido, Aquilio rasgó la túnica ensangrentada de Tauro, dejándolo casi desnudo salvo por un calzón.

—Te diré por qué hago esto. En primer lugar, aunque no debería reconocerlo, es por envidia.

En ese momento le hizo cortes en los brazos y las piernas. Tauro se retorció en la silla, tratando en vano de liberarse de las cuerdas que lo tenían apresado.

—Cuando vivía en Roma, todos hablaban de tus éxitos. Nosotros, los que matábamos en las sombras, nunca gozaríamos de tu fama.

Aquilio se giró, jugando con el cuchillo.

—El segundo motivo es por ambición. Siempre quise demostrar que soy mejor que tú.

Sin previo aviso, rajó el pecho de Tauro de un lado al otro. Este gritó y su cuerpo se tensó por el dolor.

—El tercero, por redención.

Entonces le hizo varios cortes en la parte superior de la espalda, dejando que la sangre corriera libremente.

—Pero el más importante: por venganza.

Con precisión, hundió el punzón en el abdomen de Tauro, justo entre las costillas inferiores y la cadera, sin penetrar demasiado.

Tauro apretó los dientes, jadeando para no gritar.

—¿Sabes? Siempre desprecié a mi padre, el hombre al que llamaban Aquilio, el Asesino de Senadores, hasta que tú lo mataste.

No fue por cariño, aunque me enseñó todo lo que sé. Pero, por un instante, solo por un ínfimo instante, lamenté su pérdida.

Tauro, tembloroso, estaba cubierto de sangre, a punto de perder el conocimiento.

—¿Qué pasa? ¿Ya no eres tan valiente? ¿Dónde están todos tus éxitos ahora? —preguntó el vástago del Asesino con una sonrisa fría —. No quiero que te mueras desangrado. Lo que te espera será mucho peor.

—Tu padre... —dijo Tauro con un hilo de voz— fue un rival mucho más digno que tú.

—Sin embargo, seré yo y no él quien acabe contigo.

Aquilio destapó la cantimplora. En sus ojos y en el temblor de sus manos se notaba que su cuerpo comenzaba a exigirle su dosis.

—Debería tomar mi opio —murmuró mientras se limpiaba el sudor de la frente—. Gracias a ti soy un adicto, pero si lo hago me tranquilizaré, y eso es lo último que necesito ahora. Mientras te recuperas, iré a por el regalo de Expositus. Mi último trabajo. La obra final. ¿Estás listo? —preguntó mirando al chico.

Sin esperar respuesta, Aquilio cubrió su propio rostro con trapos y salió.

—¿Tauro...? Tauro, ¿estás bien? —susurró Expositus con la voz angustiada.

—Tranquilo, chico... —respondió Tauro con un hilo de voz—. ¿Y tú?

—Quiero salir de aquí. Ese hombre me da miedo.

—No temas... Créeme, saldremos de esta —dijo tratando de calmarlo.

—¿Vamos a morir?

—Haré todo lo que pueda para evitarlo.

Expositus lo interrumpió, olfateando el aire.

—¿Hueles eso?

A pesar de los golpes y las heridas, Tauro notó el hedor nauseabundo aproximándose.

—Sí, lo he olido desde que he llegado.

Aquilio entró en ese momento.

Tauro torció el gesto al notar el olor. Expositus se quedó helado, el resto de las niñas arrancaron a llorar, aterradas, y el gigante se puso en pie.

La escena era una pesadilla: Aquilio arrastraba el cuerpo en descomposición de una persona, dejando tras de sí un rastro de gusanos, sangre seca y vísceras. El hedor era insoportable, tan ácido que parecía incrustarse en las fosas nasales, llenando cada rincón del establo.

El sicario se acercó al chico y le ofreció la cantimplora.

—Será mejor que bebas esto.

El chico negó con la cabeza, cubriéndose nariz y boca con ambas manos. Aquilio entonces se volvió hacia Tauro, levantando su puñal.

—O lo haces... o le saco el ojo y así estamos iguales.

Expositus, aterrorizado, empezó a beber.

—Todo.

—Aquilio, por favor —suplicó Tauro—. Es solo un niño. Hazme a mí lo que sea que estés pensando.

Su torturador recibió aquella súplica con una sonrisa torcida.

—A ti te espera otra muerte, Tauro.

El opio comenzaba a hacer efecto en el muchacho, que parpadeaba con pesadez. Aquilio se inclinó sobre él.

—Mientras te adormilas, déjame contarte lo que vamos a hacer. Pero antes, te presentaré a nuestra amiga. El cuerpo que yace en el suelo nos acompañó todo el camino desde Gades. ¿No recuerdas el olor a podrido?

Expositus fue cerrando los ojos.

Los gusanos salían de todas las cavidades del cadáver y su fetidez era tan penetrante y repulsiva que pareció llenar la habitación.

—Siempre he admirado a los etruscos —continuó—. Te habrían encantado, Tauro; ellos sí que sabían torturar. Lo que vais a ver era una de sus obras: se llama el suplicio de Mezencio. Pero lamento decirte, Tauro, que no es para ti. Este regalo es para Dentatus.

Aquilio liberó las cadenas del chico, que ya estaba casi dormido.

—El castigo consiste en atar a un vivo a un cadáver, cara a cara. Ambos comparten el hedor, la putrefacción... y los fluidos.

Tauro tiraba de sus cuerdas, desesperado por soltarse.

—Además —añadió Aquilio sosteniendo hilo y aguja—, los gusanos no distinguen entre carne viva y muerta. Poco a poco, lo devorarán. ¿No estás ansioso por verlo, Tauro? Es una muerte lenta, dolorosa..., perfecta.

Cuatro horas después, Expositus comenzó a abrir los ojos. Todo estaba oscuro, salvo por la tenue luz de una lucerna. Lo primero que lo devolvió a la realidad fue, de nuevo, el olor. Trató de llevarse las manos a la nariz, pero no pudo. Estaba atado. Sintió que algo se movía en su boca y en la garganta. Le costaba respirar. Sus ojos comenzaron a enfocar y pudo distinguir cientos de puntos blancos que se desplazaban, pero seguía sin saber qué era. Tenía los labios unidos a una superficie viscosa. No podía moverse. Trató de sacudirse, pero fue inútil. Empezó a ponerse nervioso hasta que sus ojos se adaptaron a la oscuridad, y lo vio a escasa distancia: las cuencas vacías de un muerto, de las que salían cientos de larvas blancas.

Entonces sintió cómo esos gusanos estaban también por todo su cuerpo, entrando por su boca, introduciéndose en sus oídos y

mordiendo su piel.

El grito aterrador que dio, antes de desmayarse, se perdió en la garganta del cadáver al que estaba cosido.

# LXV

*Sucaelo*

Plautia recorría, como cada día, la orilla del río Salsum,[1] en un ritual íntimo que era al mismo tiempo su refugio y su condena. Desde que supo que Tito Papirio, su esposo, era responsable del destino cruel de su hija, el agua y los campos eran lo único capaz de apaciguar su tormento. Habían pasado meses desde que le arrebataron a su pequeña y, desde entonces, del amanecer al ocaso sentía con fuerza el peso de su ausencia.

Para muchas mujeres, una vida como la suya sería envidiable. Pero solo aquellas de su rango social comprendían lo que significaba nacer con un destino escrito antes incluso de abrir los ojos por primera vez. Plautia recordó las noches previas a conocer a Tito Papirio, cuando era prisionera de sus miedos y esclava de un sufrimiento que la atormentaba noche y día: saber cómo sería el hombre a quien se uniría el resto de su vida. Cuando al fin lo vio el día de su casamiento, sintió un destello de alivio. Era apuesto, incluso hermoso, pero el verdadero juicio no residía en su apariencia, sino en aquello que solo su hogar, tras las puertas cerradas, revelaría sobre su verdadera esencia.

Esa primera noche descubrió a un hombre atento y, para su sorpresa, a partir de ese día las cadenas del amor envolvieron su espíritu. No tardó en acostumbrarse a los suspiros cálidos al oído, al roce de sus cuerpos anhelantes, a las voces temblorosas y a las risas

cargadas de complicidad. Las miradas que brillaban con una intensidad que solo el amor podía alumbrar.

Plautia siempre había adorado las palabras, prefería vestirse con ellas que con cualquier otra joya. Uno de los primeros regalos que le dio Tito Papirio fue un códice, el tesoro que más iluminaba su alma: *El arte de amar*, de Ovidio. Había memorizado cada uno de los versos, pero siempre hubo dos que eran los que más habían enardecido su espíritu. El primero seguía sintiéndolo:

«El amor es un arte que hay que aprender».

Había seguido al pie de la letra aquella afirmación y, junto a su esposo, se habían instruido en todo lo concerniente a quererse, amarse y respetarse.

Pero todo había cambiado al escuchar, atónita, la confesión de aquello que el hombre al que adoraba había hecho. Si las palabras hubieran surgido de los labios de Domicia Iucunda, jamás las habría creído. Solo un ser cruel y despiadado sería capaz de semejante acto, y ese no era Tito Papirio, el hombre más maravilloso del mundo. Pero no, la voz que lo reveló fue la de su esposo, la persona que durante años había amado con devoción. ¿Cómo era posible que aquel a quien entregó su alma se convirtiera, de pronto, en un extraño? Y esa era la segunda de las sentencias de los versos que tanto admiraba de Ovidio y que más pesaba en su corazón:

«El amor se alimenta con el trato; la ausencia lo mata».

Aquellas palabras la atormentaban. Jamás había querido separarse de su amor. Cada viaje que su esposo realizaba, suponía una tortura al sentirlo tan lejos y, ahora, lo único que anhelaba con

desesperación era no volver a verlo. Estar lo más alejada posible de su presencia. Se maldecía por concebirlo como una especie de peste que en ese momento la contaminaba; deseaba con todas sus fuerzas mantenerlo lejos.

Desde entonces, detestaba cualquier detalle que lo evocara: las sábanas que antes la cobijaban con su calor ahora le producían rechazo, como si en ellas se hubieran impregnado las sombras de lo imperdonable. Los cubiertos, el mobiliario, incluso el mosaico del suelo, que tantas veces habían pisado juntos, le quemaba los pies; todo era ahora un recordatorio de lo que le había arrebatado.

El agua fría acarició sus piernas desnudas. La orilla del río, donde ahora se encontraba, era su único refugio. En aquel lugar jamás había estado junto a él y no guardaba el eco de su traición ni el mar de sus caricias. Allí, bajo el murmullo constante del agua, hallaba un consuelo efímero, un respiro ante las dudas que azotaban su alma.

Plautia abrió el papiro que le había escrito Domicia Iucunda con la denuncia. En ella hablaba de la conspiración que se había producido con las niñas de la provincia Bética. Estaba dispuesta a hacer varias copias para diferentes miembros del Senado y con ello acabar con cualquier posibilidad de convertirlo en senador.

La esposa de Tito Papirio dejó caer al río el papel que sentenciaba a su esposo. Las aguas comenzaron a abrazar y a expandir la tinta hasta que engulleron la denuncia. Se dio la vuelta y se dirigió a su esclavo para que la llevara de vuelta a Sucaelo.

Había tomado una decisión.

Cuando llegó a la urbe, la sombra de todos y cada uno de los recuerdos con Tito Papirio, todos los lugares donde se habían amado seguían apareciendo por su mente, pero ya no la atormentaban. Con paso decidido se bajó del carro y atravesó el foro. No se detuvo ante

nada ni ante ninguno de los vecinos que quisieron detenerla para intercambiar unas palabras.

Llegó hasta la taberna donde Domicia Iucunda le había dicho que la esperaría. Solo ella sabía la dirección. Ya allí, preguntó al tabernero y esperó con paciencia sentada a una mesa.

No le importó.

Domicia Iucunda bajó cuando habían pasado algo más de dos horas.

—Entiende que tengo que tomar mis precauciones —dijo la patricia romana a modo de disculpa por la espera.

Plautia se puso en pie.

—No voy a delatar a mi esposo. Te ruego que no envíes esas cartas.

—Es una decisión tuya, Plautia. Respetaré tu opinión.

Domicia Iucunda se dispuso a darse la vuelta.

—Espera. No he terminado. Me diste varias alternativas y yo las escuché: denunciar a mi esposo u olvidarme de todo y seguir con mi vida.

—Te di otra más.

—Y esa es la que acepto, pero antes quiero conocerla.

—No depende de mí. Tendré que preguntárselo.

—Esperaré.

—Si quieres que salga bien, tendrás que hacer todo tal como yo te diga.

Plautia suspiró pensando en su hija y en todas las pequeñas a las que les habían arrebatado la vida.

—Haré lo que me pidas.

# LXVI

*Hispalis*

Elia paseaba con calma delante de su padre.

—Han pasado tres meses desde que murió Demetrio. En ese tiempo, me he hecho con el control de todos los lupanares de Gades. Gracias a ti, aprendí una lección a la fuerza: independientemente de su condición, todos los hombres ansían poder, pero hay algo que os hace débiles por igual: el sexo. —Hizo una pausa, saboreando cada palabra—. Con los acuerdos que he cerrado con tu buen amigo Tiberio, aquí presente, y otros hombres, pronto manejaremos los lupanares de Malaca, toda la costa hasta llegar a Cartago Nova. Tal vez porque, al final, uno termina dedicándose a aquello que más odia.

Aurelio la observó con atención y curiosidad.

—Juntos podríamos ser más fuertes —aventuró, intentando encontrar un resquicio para negociar.

Elia se detuvo en seco y lo miró con desdén.

—¿Ahora quieres hacer negocios conmigo? En primer lugar: mírate; no estás en disposición de negociar, y no me trates como a una niña a la que crees que puedes manejar. En segundo lugar: no vuelvas a interrumpirme.

Aurelio no pudo ocultar su sorpresa. La dureza del tono de Elia era desconcertante; jamás su hija se había dirigido a él de aquel modo. Ya no estaba delante de una simple cría.

—Demetrio no tuvo tiempo de enseñarme todo lo que sabía. El pobre nos dejó antes de que pudiera hacerlo. Así que Massin, un hombre africano que trabajaba para él, me ha enseñado todo cuanto hay que saber sobre brebajes, pócimas y venenos.

Aurelio, con el rostro tenso, trató de levantarse de su asiento para servirse una copa de vino. Tiberio lo empujó de los hombros contra su silla. Iba a protestar, pero Elia lo cortó en seco.

—Beberás, comerás y respirarás cuando yo lo mande —dijo su hija con frialdad.

Ahora sí que Aurelio estaba atónito. Pensó en su acuerdo con Juno; pronto semejantes negocios serían una insignificante limosna, y trató de reconducir la conversación.

—¿Qué quieres? —preguntó al fin, con un tono seco—. Haz la petición que has venido a hacerme y acabemos de una vez. Si tanto ansías los lupanares de Hispania, podemos hacer un trato. Quédatelos.

Elia negó con la cabeza.

—Todavía no he terminado. Como te decía, Massin me lo enseñó todo.

Se acercó despacio y, de una pequeña bolsa en su cintura, sacó un frasco familiar.

Aurelio lo reconoció al instante: el ungüentario de acónito. Con disimulo llevó la mano al pliegue de su toga, pero no lo encontró. Debía de haberlo dejado sobre la mesa de Ulpia.

—¿Puedo saber qué es eso, Aurelia? —preguntó con un esfuerzo considerable por mantener la compostura.

—Dímelo tú —respondió su hija alzando una ceja—. Te he visto llevar la mano al hueco de tu toga.

El silencio de Aurelio lo delató. Elia continuó, avanzando hacia él.

—Debiste de dejarlo olvidado y nada más olerlo lo reconocí. Tendría que haberlo imaginado antes, pero era una niña. Supongo que sobornaste a los médicos que venían para tratar de consolar y dar con su dolencia. La forma en que madre se fue apagando... Aquellos vómitos, el malestar constante, hasta que quedó postrada en la cama, incapaz de hablar, de moverse, pero sintiendo todo lo que pasaba a su alrededor. Siempre pensé que no había nada más doloroso que su muerte, esa sensación irrevocable de su pérdida. Pero me equivoqué. —Se inclinó hacia él, masticando cada palabra —. Lo más doloroso fue verla morir en vida, día tras día, mientras dos niñas pequeñas la miraban, impotentes por no poder recibir sus caricias, incapaces de escuchar su risa o su voz cuando queríamos que sus palabras nos alentaran. —Elia por primera vez se emocionó —. Y lo peor: saber que todo eso se podría haber evitado. Que fue obra de su propio esposo. De nuestro padre. Aunque no sé cómo me sorprende viendo lo que has sido capaz de hacerle a tu propia hija.

Aurelio conservó el rostro impasible.

—No tienes pruebas de lo que estás diciendo —replicó con calma —. Yo también he lamentado su estado.

Elia suspiró, controlando la rabia. Hizo un gesto y Tiberio salió de la sala. Momentos después, volvió con el esclavo de mayor rango de la *domus*.

—Epafrodito, cuéntame qué has presenciado esta mañana —planteó Elia sin apartar la mirada de su padre.

—Claro, *domina* —contestó el siervo con un tono muy distinto del que usaba con Aurelio—. He visto a tu padre verter unas gotas de ese frasco en el agua de su esposa, Ulpia.

Aurelio lo miró, perdonándole la vida en silencio. Pero el esclavo no había concluido:

—No solo eso. Sé el lugar donde lo guarda. Lleva mucho tiempo haciéndolo.

El duunviro comenzó a sudar. Aquello cambiaba mucho la situación. Aunque se tratara de un esclavo, si lo demandaban por delitos relacionados con prácticas de magia y envenenamiento, tendría serios problemas.

Elia tomó la palabra:

—Sé lo que estás pensando. La misma *lex* Cornelia, introducida por el dictador Sila hace algo más de doscientos años, habla sobre las penas para los sicarios y envenenadores y, aunque ha habido resoluciones que han ampliado las disposiciones de la ley, sigue siendo muy clara al respecto. A todos los que utilicen la magia o el veneno se los condenará a muerte, salvo, como tú muy bien me explicaste, cuando son muchas las personas que ejecutan a la vez; entonces se considera una intervención de los dioses, ¿no es así? Pero, en este caso, es evidente que solo hay un culpable: tú. Desde nuestra última conversación sé todo lo que hay que saber sobre los envenenadores y las leyes que vosotros decidís. Es lo único que he aprendido de ti: a ser precavida.

Aurelio aplaudió. Solo necesitaba ganar el mes y medio que restaba para que Tito Papirio se alzara como gobernador de la Bética. Aquella acusación desaparecería.

—Lo negaré todo —manifestó con voz firme—. Dentro de poco tiempo, nadie recordará este incidente. ¿Crees que una simple acusación va a acabar conmigo? No tienes idea de dónde y con quiénes te estás metiendo.

—Espera, espera... ¿Has pensado que voy a presentar una demanda contra ti por envenenamiento?

Aurelio la miró sin comprender.

—¿Por un instante... —continuó sin poder parar de reírse— has creído que iba a delatarte y a llevarte a juicio?

Elia reía a carcajadas hasta que, de repente, la risa se cortó de raíz.

—Ni por asomo creas que va a ser tan fácil.

La joven se marchó y enseguida regresó acompañada por el Africano.

—Él es Massin, el hombre del que te he hablado. Le ofrecí la libertad, pero eligió permanecer a mi lado. Durante este tiempo nos hemos cuidado mutuamente y, por primera vez en mi vida, he sentido el calor y el afecto de un hombre. No, no es lo que estás pensando. Ni una sola vez ha posado un dedo sobre mí. Tenía una niña de mi edad y extraña cada día a la familia que se vio obligado a asesinar, igual que yo añoro la figura paterna que nunca tuve. Sé que hará por mí cuanto yo le pida, porque un verdadero padre está dispuesto a todo por su hija.

Aurelio la miró con preocupación. Había en sus palabras una amenaza que no terminaba de comprender.

—Te diré lo que vamos a hacer —prosiguió Elia, mientras observaba a Massin preparar el brebaje—. No alcanzas a imaginar lo que ese líquido hará en tu cabeza, pero no te dejaremos morir, por mucho que lo desees. Antes de comenzar, quiero que sepas que encontraré a los mejores médicos para que cuiden de mi madre; a partir de ahora no le faltará de nada. Tú, en cambio, atravesarás el mismo suplicio que ella sufrió, solo que el tuyo será más cruel. Hasta que los dioses decidan llevarte, y créeme que espero que tarden en hacerlo, te mantendremos con vida, alimentado apenas lo justo para prolongar tu agonía. Recibirás el mismo veneno, de modo que no puedas hablar ni moverte, pero lo sentirás todo. Massin lo alternará con el brebaje. Al principio será una vez al mes; luego, cualquier día.

Nunca sabrás cuándo te lo administrará y esa incertidumbre, sumada al terror de ver regresar las sombras que poblarán tu cabeza, convertirá tu existencia en un insoportable tormento. Nadie volverá a oír hablar de Aurelio Carisio, ni de ese linaje que tanto ansiabas. No habrá redención, no habrá descanso. Vas a lamentar cada suspiro, cada latido de tu corazón y, en cada mísero amanecer que te reste, rogarás que ponga fin a tu vida.

# LXVII

*Sucaelo*

Tito Papirio se encontraba en su *tablinum* con el rostro serio. Las sombras bajo sus ojos delataban que llevaba dos días sin dormir. Sobre su mesa descansaba la carta que, un mes antes, había recibido del Senado de Roma, confirmándolo como el nuevo gobernador de la Bética. Solo quedaba un mes. En enero, tras la Saturnalia, alcanzaría por fin el sueño que había perseguido toda su vida. Pero no podía dejar de pensar que su futuro no estaba ligado a esa carta, sino a la decisión que tomara la mujer más importante de su vida: Plautia.

Se puso en pie y se sirvió una copa de vino. La llave de su destino estaba en manos de su esposa. Las dos cosas que más ansiaba eran irreconciliables: el poder que había codiciado y el amor que todavía sentía hacia ella.

Cuando aquella maldita Domicia Iucunda llegó y soltó su acusación, en ningún momento pensó que Plautia estaría escuchando. Nunca lo hacía. Ella siempre había sabido mantenerse discreta y alejada de sus negocios. Pero, tras la marcha de esa mujer, la *domus* quedó sumida en un silencio pesado, como si los muros mismos se hubieran convertido en cómplices del dolor de su esposa. Tito Papirio decidió esperar varios días para hablar con ella, pero no la encontró. Uno de sus esclavos le dijo que Plautia había pedido estar sola, reflexionando, intentando asimilar lo sucedido.

Estaba convencido de que aún no había enviado la carta, que su esposa todavía no había tomado una decisión. Aunque quizá pronto lo hiciera.

Tito era uno de los pocos hombres que sabía que su socio, Aurelio Carisio, llevaba años envenenando a su esposa. Apuró su copa de un trago, intentando ahogar esos pensamientos. Amaba a Plautia demasiado como para hacer algo así, se decía una y otra vez.

Suspiró, dejando la copa sobre la mesa, y volvió a enfrentarse al peso de sus opciones: su esposa o el Senado de Roma. La respuesta se le reveló con claridad, puesto que ya no disponía de la primera.

Durante la siguiente hora, repasó lo que debía hacer. Necesitaba averiguar las intenciones de Plautia. Si tenía la más mínima duda sobre su lealtad, no titubearía. Muy a su pesar, tendría que matarla.

Se sirvió otra copa, con una inquietud que lo corroía por dentro. Pero recordó una frase de Aurelio Carisio que ahora se revelaba como una verdad ineludible: «Los remordimientos se desvanecen, se debilitan, cuando el acto se repite más de una vez». Era mucho peor pensarlo que ejecutarlo.

La puerta del *tablinum* se abrió y la figura tras ella lo devolvió a la realidad.

—¿Por qué? —preguntó Plautia, su voz apenas convertida en un hilo tembloroso entre el dolor y la ira contenida.

Tito se levantó, observándola con cautela.

—No hay excusas que puedan justificar lo que he hecho, así que no las buscaré. Lo hice por consolidar nuestra posición, porque era la manera más rápida de asegurar un futuro para esta familia.

—¿Por nuestra familia? ¿Por esta casa? —repitió Plautia con las lágrimas asomando otra vez en sus ojos—. ¡Asesinaste a nuestra hija, Tito! Y tienes la desfachatez de decir que era por nosotros.

—No pensé en ella como nuestra hija —respondió él con un tono casi defensivo—. Si lo hubiera hecho, jamás habría sido capaz. La vi como un instrumento.

Plautia cerró los ojos, como si intentara contener un océano dentro de sí.

—Llevo días intentando comprenderlo, pero no puedo... —confesó con una tristeza que parecía partir el aire—. Escucho tus palabras, pero no reconozco al hombre del que me enamoré. Me esfuerzo por entender cómo el padre de mis hijos, aquel al que entregué mi corazón, pudo desvanecerse para dar paso a lo que tengo ante mí. A un extraño. A un monstruo.

El silencio cayó entre ellos, pesado como una losa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tito tratando de descifrar el futuro en los ojos de su esposa—. ¿Entregarme?

Plautia lo miró durante un largo rato, sin responder.

—¿Es eso lo único que te preocupa? Porque si es así, no dudaré en hacerlo.

—No, lo único que me importa somos nosotros dos. No puedo cambiar lo que he hecho, pero podemos empezar de nuevo, en Roma, lejos de aquí.

—Pensé en hacerlo, sí —admitió ella con la voz cargada de amargura—. Quise verte pagar por lo que has hecho. Por lo que le hiciste a nuestra hija. Pero no, no voy a entregarte.

El alivio que sintió Tito fue inmediato pero breve. Había algo más en las palabras de Plautia.

—¿Por qué no? —preguntó, con cautela.

Ella clavó los ojos en él, llenos de una determinación que lo inquietó.

—Porque si te delato a ti, acabaré con lo poco que queda de nuestra familia. Parvus ya ha comenzado una nueva vida; no

imagino qué será de él cuando la gente descubra este horror. Quiero que prometas que nunca le harás daño, que tendrá un futuro, aunque sea sobre las ruinas de mi alma.

Tito, conmovido, se arrodilló ante ella.

—Te doy mi palabra.

Plautia dio un paso atrás.

—Pero no te equivoques: no lo hago por amor ni por lealtad. Lo hago por mis hijos. Y porque prefiero condenarte a vivir con esta culpa antes que otorgarte la paz de la muerte.

Tito retrocedió, abrumado por el peso de sus palabras. Plautia no lo perdonaba; lo condenaba a una vida en la que el recuerdo de su hija sería su verdadera prisión. Pero podía vivir con ello. Lo más importante en ese momento era que su mujer no lo iba a delatar. Al cabo de un año, cuando estuvieran en Roma y tuviera el puesto de senador, volvería a analizar su situación.

—Plautia... —intentó hablar, pero ella lo interrumpió.

—No vuelvas a decir mi nombre como si aún tuvieras derecho a pronunciarlo. Desde hoy, somos extraños bajo este techo. Y si alguna vez vuelves a poner en peligro a esta familia, yo misma te entregaré.

Plautia salió del *tablinum*, dejando que su condena flotara en el aire. Caminó hasta su cámara y se dejó caer sobre la cama. Sus manos aún temblaban. No sabía dónde había encontrado la fuerza para hacerlo. Cuando llegó al despacho de su esposo y lo vio sentado, creyó que no sería capaz, por eso había tratado de acabar cuanto antes con la conversación. Para que el plan saliera según lo previsto, Tito Papirio debía creer, sin ningún atisbo de duda, que no lo iba a denunciar. Domicia Iucunda le había explicado paso a paso cómo

obrar, cómo manipularlo, y estaba convencida de que lo había conseguido.

Mientras sus pensamientos se agolpaban, una frase de Ovidio acudió a su mente: «El amor es una especie de guerra, y nadie está a salvo en el campo de batalla».

Ninguno de los dos saldría ileso de lo que estaba por suceder. No le importaba morir; su hija descansaba donde habitan las almas eternas, pero su recuerdo, afilado como la más letal de las espadas, guiaría cada golpe en la batalla que estaba a punto de comenzar. Una batalla que ni siquiera su admirado Ovidio habría podido imaginar.

# LXVIII

*Termas de Ipora*

—Hazlo ya, maldito cabrón. Mátame de una vez —replicó Tauro.

Aquilio se puso a escasa distancia y lo miró sin responder.

El antiguo *frumentarius* empezó a reírse.

—Tiene que ser duro, ¿verdad, Aquilio? Ser el hijo de uno de los asesinos más despiadados que ha conocido Roma y no estar a su altura; ¿me equivoco?

Tauro hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran.

—Imagino que te pasarías todo el día oyendo la misma historia. Cuando Septimio Severo quiso alzarse como emperador, su enemigo, el general Juliano, envió a tu padre para que lo asesinara. Sin embargo, en vez de cumplir sus órdenes, se unió al bando de Severo. Supongo que no resultaría fácil para ti crecer al lado de un hombre temido y tachado de traidor a partes iguales.

—Sé lo que intentas...

—Si viera en lo que te has convertido, dudo que estuviera muy orgulloso de ti.

—Sé que intentas desesperarme para que cometa algún error, pero no te daré esa satisfacción.

Tauro recibió un puñetazo en la mandíbula, seguido de dos más que, sumados a la paliza que llevaba, lo dejaron medio inconsciente.

—Voy a prepararlo todo. La última de las torturas... Ah, la más exquisita, la más perversa. He reservado esta para ti, como un

legado de los etruscos, esos maestros del arte de la agonía. Te enterraré vivo en una caja. Pero no te preocupes, no estarás solo. Me quedaré a tu lado, seré testigo de tu descenso a la desesperación. Quiero escuchar cómo tus gritos se ahogan entre la madera y la tierra, cómo tus uñas desgarran con angustia el ataúd, buscando una salida que no existe. Quiero saborear cada instante en el que la impotencia te devore. Cómo el pánico se adueña de tus sentidos. Y cuando hayas dejado de respirar, abriré la caja y te cortaré la cabeza para llevársela a Julia Mesa. Será un espectáculo sublime. Un acto final digno de un hombre sentenciado desde que mataste a mi padre.

Tauro estaba medio inconsciente y no escuchó ni una sola palabra; veía todo borroso.

—No te vayas muy lejos —dijo Aquilio abandonando el establo—, enseguida nos ocuparemos de este magnífico espectáculo.

La vida de Tauro pendía de un fino hilo. Tenía el rostro reventado por los golpes. El pecho, los brazos y las piernas envueltos en sangre seca. Pero la herida más grave era la del estómago; si no recibía pronto atención médica, moriría, y sabía que eso era justo lo que estaba a punto de suceder. Por lo único que se maldecía era por no haberse despedido de Domicia y no haber podido salvar a Expositus.

Su cabeza le cayó sobre el pecho y, en ese momento, vio dos piernas delante de él, aunque su visión era borrosa. Sintió cómo le levantaban la cabeza por el pelo.

—¿Tauro? —preguntó una voz—. ¿Marciano Tauro?

—Acaba ya de una maldita vez, Aquilio —respondió.

—¡Por todos los dioses!, ¿puedes explicarme qué está pasando aquí?

Tauro trató de enfocar. Delante de sus ojos estaba Valerio Reburrinus, centurión de los *frumentarii*.

—¡Valerio! —dijo Tauro con un atisbo de voz—. ¿Por qué has tardado tanto en venir?

—Jamás imaginé que encontraría algo así cuando acudí en tu ayuda. Un hombre colosal con una mujer y dos cerdos en una celda, muertos; veinte niñas encadenadas y tú cubierto de más sangre que cuando te dieron a luz.

—Ya te lo explicaré todo. Ahora, desátame antes de que regrese.

Valerio comenzó a cortar las cuerdas que lo apresaban mientras Tauro seguía hablando; ver a su antiguo compañero de armas le infundió una energía renovada.

—Domicia sugirió que Albino, el contable, fuera a verte para dejarte la pista de dónde estábamos. Confiábamos en que la seguirías... El mensaje de la taberna no podía ser más claro. —Tauro negó despacio con la cabeza—. Por todos los dioses, Valerio..., creía haberte instruido mejor. ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

—Lo supuse. Viniendo de ti no podía ser tan fácil. Por eso desconfié —dijo haciendo un esfuerzo por cortar la última de las cuerdas—. Pero, si necesitabas ayuda y viendo el sangriento espectáculo que hay aquí, ¿por qué no avisaste a Marcio Flavio, el centurión?

—Porque el gobernador ha puesto precio a mi cabeza y solo confío en hombres a los que he adiestrado yo mismo. —Le dio una palmada breve en el hombro, rebajando la tensión—. Aunque empiezo a pensar que tampoco lo hice tan bien.

—Pues Marcio no tardará en llegar. No me fiaba y le dejé un mensaje. Por eso he tardado en venir.

Tauro procuró ponerse en pie, tapando con la mano la herida del estómago, pero tenía las piernas dormidas y la rodilla machacada, de modo que cayó al suelo. Valerio intentó ayudarlo. Se giró al oír a las niñas gritar, como si trataran de advertirle de algo, pero fue

demasiado tarde. En ese momento sintió que algo se le clavaba en su espalda.

El centurión cayó al suelo con un quejido.

—Vaya, no esperábamos compañía —dijo Aquilio extrayendo el punzón de su espalda—. No pasa nada, hay sitio para uno más.

Valerio se revolvió y le dio una patada, provocando que el arma saliera despedida.

Aquilio se agachó y golpeó el rostro de Valerio.

El centurión se giró con inesperada energía y se colocó encima del hombre que había tratado de asesinarlo por la espalda. Al verlo de frente, su aspecto lo impresionó: tenía media cabeza quemada y una de las cuencas del ojo vacías. El sicario aprovechó aquella indecisión, extendió la mano, cogió el trozo de hierro con el que había machacado a Tauro y le golpeó en la cabeza.

Valerio rodó por el suelo. Trató de ponerse en pie, pero una patada en el costado se lo impidió. Aquilio, con el trozo de hierro, le golpeó una y otra vez hasta que casi dejó de moverse. Tiró el metal y, con dificultad, le dio la vuelta. Le puso las dos manos sobre el cuello y comenzó a apretar, sintiendo la tráquea bajo sus pulgares.

—¿Creías que ibas a acabar conmigo? —Y mirando a las niñas con odio por haber tratado de prevenir a Valerio les dijo—: Ya me ocuparé de vosotras.

Una especie de clavo le atravesó la garganta desde atrás.

El asesino se puso en pie, intentando sacarse aquel objeto. Al girarse, Tauro estaba a su espalda.

Con dificultad, Aquilio consiguió extraer la aguja. La sangre brotó a borbotones por su garganta y su boca. Observó el arma que había empleado; estaba cubierta de sangre, pero la reconocería entre mil. Era su punzón de las muescas. Comenzó a sentir debilidad en las piernas, pero, antes de ceder al abrazo de la muerte, pensó en la

marca que faltaba y se lanzó, de forma desesperada, contra Tauro con el punzón en la mano.

El antiguo *frumentarius*, a pesar de su estado, logró esquivar el ataque a tiempo. Con un movimiento preciso, agarró el brazo armado de su agresor, doblándolo con fuerza hasta dirigir el arma hacia su propio rostro. El punzón con las muescas entró en el único ojo sano de Aquilio, que cayó al suelo a plomo.

Su contrincante se acercó a él y lo observó mientras aquel ser consumido por el odio se debatía entre estertores. La sangre salía como un torrente por su garganta y por su boca y descendía por el rostro desde su único ojo, hasta que dejó de moverse.

—Muérete de una maldita vez —masculló Tauro, mientras se volvía hacia Valerio—. ¿Puedes levantarte? —le preguntó, sujetándolo con firmeza para ayudarlo a incorporarse.

El centurión tosía con dificultad, tratando de recuperar el aliento.

—Estoy bien... —alcanzó a decir.

Tauro asintió, evaluando sus heridas con una mirada rápida y experta.

—Has tenido suerte, podría haberte matado.

Valerio respiró hondo y esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—He llegado a tiempo, por lo que veo no lo he hecho tan mal.

—Y te lo debo —respondió Tauro—. Nos has salvado. ¿Puedes encargarte de esas niñas? —preguntó.

—Por supuesto. Huye, los hombres de Marcio no tardarán en llegar.

—Antes debo ir a buscar a alguien. Debe de estar en la casa —dijo Tauro cogiendo el puñal de Aquilio.

—¿A quién? ¿Hay más?

—Sí. Tengo que encontrar a Expositus.

# LXIX

*Sucaelo*

Por más que Domicia Iucunda intentara tranquilizarla, Plautia no lograba apaciguar los nervios que la consumían aquel día. Era la primera semana de diciembre y esa noche se celebrarían los ritos de la Bona Dea.

Como cada año, los actos se llevarían a cabo en la *domus* de la esposa cuyo marido ostentara el cargo más alto del municipio. Con el inminente nombramiento de Tito Papirio como gobernador de la Bética, Plautia había sido designada anfitriona de los rituales. Sin embargo, ese año la celebración no solo era especial, sino diferente.

La primera diferencia la marcaban los ritos mismos: la exclusión absoluta de los hombres. Esa noche, más que nunca, las puertas del mundo masculino quedaban cerradas; ni siquiera podían mencionarse términos que evocaran a los varones dentro del recinto sagrado. Pero la segunda diferencia era inédita: antes de dar comienzo a las ofrendas de vino, leche y hierbas a la diosa, la anfitriona debía comunicar algo importante a las otras matronas.

A medida que el sol comenzaba a ceder al ocaso, las mujeres acudían puntuales a la cita. Algunas, con rostros ansiosos; llevaban meses esperando quedarse embarazadas, confiando en que esa noche, bajo los auspicios de la divinidad, su plegaria por sentir una vida en su interior fuera escuchada.

Plautia, junto a Domicia Iucunda, recibía a las invitadas una a una. Aunque la patricia romana había llegado como invitada de honor, su verdadero papel era otro: ser el apoyo discreto y firme que ayudara a Plautia a calmar los temblores invisibles que la invadían. La esposa de Tito Papirio no dudaba de lo que iba a hacer, pero temía no encontrar las palabras adecuadas para convencerlas.

La otra razón que hacía esa jornada única era el alcance de la convocatoria. Además de a las matronas de Sucaelo, se había invitado a mujeres de Urgao y otros municipios de la provincia cercanos. Atraídas por el reclamo de conocer a la esposa del futuro gobernador, ciento setenta mujeres habían respondido a la llamada. Todas las que habían perdido una hija.

Cuando las matronas al completo estuvieron reunidas, la esposa de Tito Papirio avanzó hacia el centro del atrio, preparándose para tomar la palabra. A su alrededor, algunas mujeres la observaban con curiosidad, expectantes por lo que iba a decir; otras aguardaban ansiosas la ofrenda de la fertilidad. Pero todas intercambiaban miradas impacientes.

Plautia permitió que el silencio se extendiera como una niebla densa. Antes de pronunciar la primera palabra, buscó con la mirada a Domicia, quien, con un leve asentimiento, la animó a hablar despacio, tal como lo habían ensayado.

Respiró hondo. Las palabras que estaba a punto de decir no solo marcarían aquella noche, sino, quizá, el destino de todas las mujeres allí presentes.

—Amadas conciudadanas. Todas sabéis la gravedad de transgredir los ritos de la Bona Dea y el peligro que supone violar la confidencialidad de lo que sucede en estos actos. Pero no os hablo bajo el temor de quebrantar la confianza de la diosa, sino que apelo a una causa mucho mayor: vuestra condición de madres. Porque os

aseguro que no desearía vivir condenada por la traición de aquellas mujeres que han padecido lo mismo que yo.

Todas las matronas escucharon sin pestañear cuando Plautia contó, sin ningún tipo de censura, lo que sus maridos habían hecho con sus hijas.

La incredulidad, que al principio dominó a muchas de ellas, se transformó en gritos y maldiciones, hasta que el peso de aquellas palabras y el dolor por sus hijas se aferró a sus pechos y gargantas como un yugo implacable, dejando el aire cargado de angustia y desconsuelo.

Vitruvia, una de las matronas visiblemente más afectadas, decidió tomar la palabra.

—¿Por qué te crees con el derecho de causarnos este dolor? Habría preferido no saberlo.

—Entonces eso me haría cómplice —respondió Plautia.

—¿Y por qué debemos creer que lo que nos has contado es cierto?

Domicia Iucunda se puso al lado de Plautia y respondió:

—Porque tenemos el testimonio de una de las niñas que han sufrido las humillaciones que os hemos relatado.

—¿Quién? —preguntó Vitruvia.

—La hija de un hombre a quien tú misma, junto conmigo, fuiste a pedir consuelo y exigir justicia —añadió Plautia.

—¿Aurelio Carisio?

—El mismo —dijo una joven avanzando desde el fondo del grupo. Hasta ese momento, nadie había reparado en su presencia—. Me llamo Elia, y es cierto, Aurelio Carisio era..., es mi padre. Permití que Plautia os narrara los hechos porque el dolor de hacerlo yo misma me resulta insoportable. Pero os aseguro que no ha exagerado ni

mentido en su relato, pues yo se lo conté. Lo que me hicieron a mí, también se lo han hecho a todas y cada una de vuestras hijas.

De nuevo, los gritos desgarradores y los sollozos llenaron cada rincón. Algunas lloraban por la ignorancia que las había mantenido ciegas al infausto destino de sus hijas, incapaces de imaginar su tortura. Otras, porque la herida de la pérdida volvía a despedazarlas y, a ese dolor, se sumaba la cruel traición de los hombres a quienes, hasta entonces, habían llamado esposos.

Domicia hizo gestos a Plautia para que siguiera hablando, antes de que la desolación por todo lo narrado se aferrara con más fuerza a sus entrañas.

—No dejaremos que los tiranos que han cometido tal crimen salgan impunes. Sé que se trata de vuestros esposos, pero si no hacemos algo, no solo no descansarán nuestros corazones, sino tampoco el recuerdo de nuestras hijas. Sé que solo somos dueñas de algo tan débil y frágil como es ser una mujer, pero tenemos el alma del más fuerte de los guerreros cuando se trata de defender a quien estuvo nueve lunas en nuestro vientre. Porque no ha nacido un Hércules que tenga el coraje de vulnerar lo único que nos hace dignas de tal nombre: ser madres. Pero no quiero obligar a ninguna a hacer lo que estoy dispuesta a proponeros. Prefiero morir a que una mancha caiga sobre vuestro honor por mi culpa.

—Dinos qué habéis pensado. Cómo van a pagar por lo que han hecho.

—Antes de hacerlo, necesito saber si cuento con vuestra aprobación. Pues, si decidís acompañarme, no mereceremos recompensas ni laureles y puede que alguna de nosotras encuentre la muerte. Tras lo que os he contado, no os ofrezco la sensación efímera que otorga la venganza. Porque esta no sana; transforma la herida en cicatriz, siempre presente, recordándonos lo que nos fue

arrebatado. Podéis elegir una vida en vuestros hogares junto a los hombres que estarían dispuestos a vender vuestra alma al dios del inframundo. O algo mucho mayor. La mayor de las redenciones: conseguir el perdón de nuestras hijas, restaurando su dignidad.

Domicia y Elia se miraron. Ya estaba dicho, pero el silencio tras las palabras de Plautia seguía resonando en el atrio de la *domus*. Las miradas se encontraban unas con otras: algunas cargadas de indignación por lo que habían escuchado; otras, indecisas.

Vitruvia fue la primera en dar un paso al frente.

—Cuenta conmigo.

—Y conmigo —dijo otra.

Todas las mujeres fueron avanzando, hasta que las ciento setenta matronas accedieron.

# LXX

*Termas de Ipora*

Tauro salió cojeando del establo. Se detuvo cuando vio el polvo del camino, a lo lejos, revelando la presencia de un grupo que se acercaba en dirección a la villa. Supuso que eran los hombres de Marcio. No había tiempo que perder.

Tenía que encontrar a Expositus.

Se dirigió a la casa y se detuvo en las escaleras que llevaban a la planta superior. Era bastante improbable que estuviera arriba.

Aquilio había cosido, delante de sus ojos, la boca de Expositus al cuerpo sin vida de lo que antes había sido una persona. Después, envolvió ambos cuerpos con cuerdas y los unió, atándole las manos al chico para impedir que pudiera arrancarse el hilo de los labios o soltarse. Los había subido en un carro y los había sacado de allí. Tauro supuso que los habría llevado a la casa, por el olor que desprendían en el establo.

El antiguo centurión tenía la nariz cubierta de sangre tras la paliza que le había dado Aquilio. Imaginó que no estaba rota, porque era la única parte de su cuerpo que no le dolía.

Corrió a la cocina y, con el agua de una jofaina, se lavó el rostro, haciendo que se tiñera de sangre. Al sentir sus fosas nasales liberadas, aquel olor nauseabundo regresó. Estaba impregnado por toda la casa.

—¡Expositus! —gritó—. ¡Expositus!

Imaginó que no podría responder debido al trabajo que había hecho Aquilio, pero quizá podía golpear algo o tratar de advertir de su presencia de alguna forma.

Tauro recorrió toda la planta baja sin conseguir dar con el muchacho. En ese momento oyó a Valerio recibir a los legionarios. Pronto entrarían en la casa.

Volvió a recorrer una a una todas las habitaciones. Entró en la que supuso que era la de Orbiana, la más lujosa. Era allí donde el olor le parecía mucho más penetrante. Revisó la habitación buscando algo que hubiera podido pasar desapercibido, pero no encontró nada. Tocó con los nudillos las paredes y una de ellas le pareció que se hallaba hueca al otro lado.

Regresó a uno de los comedores, el que debía estar pegado a la cámara de Orbiana. Estaba desesperado. Se fijó en el salón. Solo contenía los típicos divanes y, en la pared que daba a la estancia principal, un armario.

Una voz, de alguien que acababa de entrar en la villa, lo alertó.

—¡Por Júpiter! —dijo uno de los legionarios—. ¿Qué olor es este?

Tauro intentó abandonar el comedor para esconderse, pero pisó unas teselas desprendidas en el suelo, y entonces se fijó en el mosaico con diseño geométrico. Recogió las piezas con la mano y miró en dirección al armario. Lo habían arrastrado y en su desplazamiento se habían desprendido varias. Tauro se acercó y comenzó a empujarlo. Detrás había una puerta.

El olor era cada vez más nauseabundo. Podía sentir los pasos de los legionarios acercándose.

—Echamos un vistazo rápido en el comedor y nos vamos.

Tauro entró en el cuarto. Estaba sumido en la oscuridad. Al poco, sintió un mareo provocado por el olor viciado de las vísceras y los

fluidos. Iba descalzo y notó que el suelo estaba pegajoso, quizá por los gusanos.

—¡Por todos los dioses! —gritó uno de los legionarios tapándose la nariz y la boca al entrar en el comedor—. Aquí el olor es insoportable.

—Echa un vistazo en ese cuarto oscuro —lo conminó su compañero.

—Ni lo sueñes. Es evidente que solo hay un muerto. No me pagan lo suficiente. Vámonos —dijo abandonando la sala.

Su compañero dudó y se dirigió hacia aquel cuarto, pero cuanto más se aproximaba, más insoportable era el hedor que salía de allí, y se detuvo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Nadie respondió, y decidió caminar de espaldas hasta que no soportó más el pestilente olor y se marchó a la carrera.

Tauro se agachó palpando hasta que encontró el bulto de lo que debían de ser Expositus y la persona a la que estaba cosido. Tuvo que contener varias arcadas. Pensó en arrastrarlo hasta el centro del comedor, pero temía que ese hombre u otro legionario los encontraran.

Se le aceleró la respiración, convencido como estaba de haber llegado tarde. Otra vez. El mismo desenlace repitiéndose como una maldición. Otra vida que había jurado proteger se le escapaba entre los dedos.

El pecho se le cerró bajo una angustia insoportable. Reconoció aquella sensación antigua y familiar: la culpa. Esa que nunca lo abandonaba, que siempre regresaba para reclamar lo que era suyo. Algo dentro de él volvió a quebrarse, como en tantas otras ocasiones.

No podía aceptarlo. No podía permitirlo. Tenía que salvarlo. Expositus tan solo era un ser inocente con toda una vida por delante, y él no iba a ser otro de los hombres que lo habían abandonado. El chico no sería un recuerdo más, ni otro nombre condenado a perseguirlo cada noche cuando cerrara los ojos.

A pesar del miedo que le atenazaba el pecho, comenzó a palpar el cuerpo que estaba en la parte superior con manos temblorosas, buscando cualquier señal. Era imposible apartar los gusanos. Notó que una de las piernas era más corta y, por el tamaño, supo que era él. Tragó saliva y trató de zarandearlo con cuidado.

—Vamos, vamos... —suplicaba con la voz rota.

Llegó hasta lo que debían de ser las manos. Estaban atadas. Tuvo que arrastrar los cuerpos hacia la entrada; de otro modo no podría ver si, al introducir el cuchillo, cortaba la cuerda o la carne del muchacho.

Su aspecto, al aproximarlo a la luz, le hizo dar un paso atrás. Jamás en su vida había visto algo igual. Expositus estaba cubierto por una masa de gusanos y larvas blancas.

Aquilio había atado los dos cuerpos con fuerza. El chico no había podido deshacerse de los nudos. Tauro logró cortar la cuerda de la primera mano, que cayó inerte. Mientras trataba de desprender la otra, el miedo se iba apoderando de él con violencia. Si ya era demasiado tarde, jamás se lo perdonaría.

Miró varias veces hacia atrás, aguzando el oído, temiendo oír pasos de los legionarios acercándose.

Cuando liberó las manos, solo quedaba la boca. Aquilio lo había cosido a los labios del cadáver, para garantizar una muerte lenta, cruel, insoportable. Expositus tenía el rostro cubierto de aquellos repugnantes bichos. Tauro fue apartándolos con la punta del cuchillo mientras cortaba los hilos, procurando no dañarlo. Apenas había luz.

La sangre, la humedad y los pequeños mordiscos de aquellas lombrices dificultaban cada movimiento.

—Vamos, Expositus, quédate conmigo. No me abandones. Tú no —suplicaba con desesperación.

Cuando consiguió liberarlo, el espectáculo era desolador. El aspecto del muchacho lo sobrecogió. Colocó la mano bajo su nariz. Sintió un hilo de aire.

Aquel gesto insignificante fue como volver a la vida.

La voz de la pareja de legionarios aproximándose lo alertó.

—Marcio quiere que comprobemos todas las estancias antes de irnos. Prefiero hacer esto que sacar al gigante de la celda del establo.

Tauro, sin pensarlo, cogió a Expositus en brazos y se escondió con él dentro del armario, apretándolo contra su cuerpo.

Los dos legionarios se adentraron allí con la nariz tapada.

—Mira dónde está —dijo una voz nasal al ver el cadáver descompuesto al que había estado cosido Expositus.

—¡Por todos los dioses, se parece a ti! —dijo uno de los legionarios riéndose.

—Vámonos, anda —respondió el otro haciendo pinza con los dedos sobre la nariz—. No soporto este olor.

—¿Qué le decimos al centurión?

—Bastante tiene con esas niñas. Le diremos que la peste viene del cadáver que hemos encontrado.

En la oscuridad y el silencio de aquel mueble, Tauro sintió el débil latido del corazón de Expositus y aquello le devolvió un atisbo de esperanza. Durante largo rato permaneció abrazado a él, acariciándole los cabellos, velando su pequeño cuerpo.

El *frumentarius* salió para comprobar que los legionarios se habían marchado. Volvió y cargó a Expositus con cuidado hasta una

habitación. Allí, bajo la tenue luz de las lucernas, limpió con delicadeza sus heridas, tratando de no hacerle daño. Durante toda la noche, le humedeció los labios y, poco a poco, logró que bebiera un sorbo de agua, luego otro. Más tarde, consiguió que tomara pequeños trozos de comida, hablándole en susurros para consolarlo, aunque no pudiera responder.

Al amanecer, Tauro despertó y, al volverse, encontró a Expositus junto a él. Su respiración, que la noche anterior era errática y apenas perceptible, se había normalizado. Por un instante, Tauro se quedó inmóvil, mirando el rostro del muchacho cubierto de pequeños mordiscos y heridas. Al verlo con vida, dejó escapar un sollozo contenido hasta que no aguantó más y lloró, con un llanto profundo y liberador, como nunca lo había hecho. Mientras acariciaba la frente del chico, murmuró con voz entrecortada:

—Maldito Dentatus... No vuelvas a hacerme esto.

# LXXI

*Sucaelo*

A mediados de diciembre, la ciudad de Sucaelo se encontraba engalanada para recibir la Saturnalia. Era la fiesta favorita de los romanos. La ciudad parecía intentar, poco a poco, librarse de la tristeza que había inundado sus calles durante ese año, pero la nostalgia seguía latente en gran parte de la población. Solo en aquellas casas que no habían perdido a una de sus hijas se disfrutaban los festejos: los esclavos intercambiaban bromas con sus amos, y las familias reían juntas alrededor de interminables banquetes. El intercambio de pequeños regalos, como velas que simbolizaban la luz renacida, muñecos de terracota o figurillas de arcilla adornadas con hojas entrelazadas, se realizaba como muestra de afecto.

Las calles lucían ornamentadas. Guirnaldas de laurel, hiedra y pino colgaban de las puertas de las casas y los pórticos de los templos; coronas de flores y hojas verdes decoraban estatuas y altares. Lámparas de aceite y velas de cera de abeja iluminaban las vías, creando un cálido resplandor. Incluso en el aire podía sentirse el aroma a incienso y especias. Por todos los rincones resonaba la algarabía de la música y los gritos de celebración.

Esa mañana, toda la ciudad se había dado cita en el foro para ser testigo de la ceremonia en honor al dios Saturno y acudir al banquete público. Incluso las mujeres de Urgao, Singilia Barba[1] o

Tucci[2] acudieron aquel año a disfrutar de la fiesta en la ciudad del futuro gobernador. Todos llegaron con platos cocinados y vino de sus hogares para celebrar la jornada festiva. Entre todos esos ciudadanos también estaban las ciento setenta mujeres que habían perdido a sus hijas, acompañadas de sus maridos.

Plautia paseó por el foro, buscando entre la multitud a las matronas que, como ella, habían tomado la decisión más difícil de sus vidas. A pesar de la repulsión que sentía hacia Tito Papirio, había pasado las dos últimas semanas esforzándose por mantener una actitud medida: ni demasiado cercana ni demasiado distante. No podía permitirse que él sospechara. Sin embargo, en su interior albergaba una inquietud constante: ¿habrían cumplido todas las mujeres la promesa que hicieron bajo el manto de la Bona Dea?

Una a una, todas ellas le hicieron el gesto convenido, asegurándole que todo estaba listo, que cada detalle se había dispuesto tal como lo habían planeado. Solo entonces, Plautia dejó escapar un suspiro breve. Se consintió un atisbo de calma; estaba convencida de que, por fin, todo saldría según lo previsto.

El foro hervía de vida. Gente de todas partes se había congregado para los festejos de la Saturnalia. Las mujeres se agruparon mientras sus maridos charlaban. Cuando el sacerdote realizó la ofrenda en honor al dios Saturno, cada una tomó una copa de *mulsum*, vino mezclado con miel, y se la ofreció a su esposo. En un gesto al unísono, los hombres de Sucaelo alzaron sus vasos y bebieron, excepto Tito Papirio, demasiado nervioso. El futuro gobernador permanecía inmóvil y con el semblante tenso. Aunque su relación con Plautia había mostrado señales de mejoría, sabía que algo en ella había cambiado, algo que no lograba descifrar. Además, una preocupación más inmediata lo atormentaba: Aurelio Carisio. Desde hacía casi un mes no tenía noticias de él. Aquello lo enfurecía

tanto como lo preocupaba. Lo enfurecía porque, con todo lo que estaba en juego, su ausencia era incomprensible; y lo preocupaba exactamente por la misma razón.

—¿Te pasa algo? —preguntó Plautia.

—¿Por qué lo preguntas? —contestó su marido.

—No has probado el vino.

Tito observó su copa y, justo cuando iba a beber, Fabio Balbo lo interrumpió.

—Gobernador.

Muchos ciudadanos ya lo llamaban por el título que estaba a punto de recibir para ganarse su favor.

—Dime, Fabio.

—Me gustaría tratar un asunto en privado.

—Hoy no es el día. En la Saturnalia no se pueden cerrar negocios.

—Es sobre una petición que me hiciste.

Plautia fingió alejarse, pero no perdía de vista a su esposo.

—Es sobre Aurelio Carisio. Aprovechando mi visita a Hispalis, acudí, tal como solicitaste, a su *domus*. Sus esclavos me dijeron que había salido de viaje hace cerca de un mes y aún no ha vuelto.

Tito lo miró con preocupación.

—Además —continuó Fabio—, como también tengo negocios en Corduba, acudí allí y visité a varios de sus clientes, pero nadie lo ha visto. Es como si se lo hubiera tragado el mismísimo dios Saturno, al que hoy veneramos.

Hizo una breve pausa antes de añadir, con gravedad:

—Pero eso no es lo peor. Han encontrado con vida a unas veinte niñas en la villa de Ipora... y ninguna ha sido mancillada. Los hombres más influyentes de la ciudad han señalado a Aurelio. Aseguran que los amenazó para obligar a cada uno de ellos a entregarle a una hija.

El inminente gobernador de la Bética hizo un gesto dando por terminada la conversación.

Todos los habitantes de Sucaelo comenzaron a disfrutar de la fiesta al son de la música. Poco a poco, los patricios se mezclaban con los conciudadanos de menor rango social. Los niños corrían unos con otros. Las plebeyas bailaban. Los hombres comían y brindaban una y otra vez, y ellas lo hacían con *passum*, un vino dulce hecho de pasas, de muy baja graduación, para evitar el estigma que causaba verlas beber en público.

La jornada dio paso a la tarde y, de repente, en uno de los accesos al foro, el bullicio se silenció de golpe y, como una ola, la mudez se extendió por toda la plaza. La música cesó y las risas se detuvieron cuando los habitantes vieron en el centro del foro, donde se hallaban las mesas con comida y bebida, a Marcio Flavio, centurión de la VII Gemina, secundado por una centuria de legionarios.

Tito le pasó su copa a su esposa para dirigirse al gobernador.

—Soy el próximo gobernador de la Bética. ¿Qué sucede? —preguntó Tito Papirio.

—He recibido una demanda de algo muy grave que está ocurriendo aquí —respondió el centurión.

—Debe de ser una acusación muy seria. No se pueden presentar demandas en la Saturnalia.

Marcio paseó entre las mesas de comida y bebida.

—Fue cursada cinco días antes de la fiesta.

—¿Por quién y de qué se nos acusa?

Marcio observó los rostros de las mujeres. Algunas estaban nerviosas, otras rezaban en silencio. Plautia pensó en Domicia y deseó con todas sus fuerzas que hubiera estado allí en ese momento. Su presencia siempre la llenaba de sosiego. También

pensó en Elia. Era evidente que había cumplido su parte. Ahora era su turno.

—Centurión —dijo Tito Papirio perdiendo la paciencia—. Te he preguntado por el motivo de la acusación y la razón que impide a mis conciudadanos disfrutar de la fiesta.

Marcio Flavio continuó caminando, examinando las caras y los gestos de los presentes, tratando de ver algo fuera de lo normal. Quizá debería haber ignorado la acusación que había recibido tan solo cinco días antes, más aún teniendo en cuenta quién la presentó. Pero su instinto le decía que era cierta y la tensión que percibía en algunas miradas lo confirmaba.

—¡Centurión! Como gobernador, exijo una explicación.

Marcio lo miró con calma y respondió:

—Aún respondo a Quinto Pomponio, así que aquí las preguntas las hago yo. Hace cinco días —añadió Marcio— recibimos una acusación por parte de una esclava.

El foro estalló en protestas. Era inadmisible que un esclavo presentara una denuncia directa contra ciudadanos romanos.

—¿Y por qué se tomó en cuenta? —preguntó Tito asombrado.

—Porque era la esclava de una matrona que está aquí presente.

El murmullo creció en intensidad. Marcio levantó la mano, pidiendo silencio, y añadió:

—Y porque la acusación no fue contra sus amos, sino contra todas las matronas de Sucaelo, Urgao y los municipios aquí reunidos.

El desconcierto se convirtió en un clamor de voces.

—¿Qué clase de acusación es esa? —insistió Tito.

Marcio los miró con dureza.

—La denuncia nos alertaba de que hoy ciento setenta matronas planeaban envenenar a sus maridos.

# LXXII

*Anfiteatro de Itálica (Santiponce)*

Con motivo de la Saturnalia, aquella jornada los juegos en el anfiteatro de Itálica atrajeron a una multitud de más de treinta mil almas, ávidas de emociones. Desde el amanecer, la ciudad hervía de actividad. Los caminos se llenaron de ciudadanos y viajeros de todas partes, ansiosos por disfrutar de los espectáculos. El aire estaba impregnado del olor a carne asada, especias y vino, mientras los gritos de los vendedores ambulantes resonaban unos por encima de otros, ofreciendo sus mercancías: pequeñas figurillas de gladiadores articulados en hueso, espadas de madera y lucernas decoradas con los nombres de los combatientes más famosos de Hispania.

Desde el día que Tauro consiguió salvar a Expositus, el muchacho no había pronunciado una sola palabra. Parecía habitar en un lugar propio, ajeno a todo cuanto lo rodeaba. Ni siquiera mostró ninguna emoción cuando ese día cumplió su sueño: acudir al anfiteatro a ver a los gladiadores. O cuando Domicia le compró una nueva espada de madera. Incluso al entrar, los gritos de las apuestas y las conversaciones animadas de los espectadores no lograron provocarle ninguna reacción.

La pareja y el crío se acomodaron en las filas superiores, pues a Domicia, por ser mujer, le estaba prohibido ocupar las gradas más bajas. Sin embargo, Tauro no deseaba contemplar el espectáculo sin

ella, de modo que, aunque aquello no era lo habitual, acompañado de Expositus, tomó asiento junto a su esposa.

La mañana comenzó con las exhibiciones de animales, un espectáculo destinado a maravillar a los espectadores. Leones, leopardos y aves exóticas desfilaron por la arena mostrando destrezas que arrancaron vítores del público. En un instante, un león depositó con los colmillos una liebre viva en el suelo, sin dañarla, una demostración que hizo que Domicia se levantara entusiasmada, mirando al muchacho con la esperanza de conseguir una respuesta, por débil que fuera. Pero Expositus no hizo ningún movimiento.

Más tarde llegaron las *venationes*, las luchas entre fieras. El público contuvo el aliento cuando un toro y una pantera, atados por una correa, comenzaron a destrozarse en su intento por liberarse. Los rugidos y bramidos de las bestias llenaron el anfiteatro, mientras el polvo y la sangre empezaban a teñir la arena. Domicia apartó la mirada. Tauro gritaba y vitoreaba con emoción, incluso intentó que Expositus apostara por la pantera. Pero el muchacho permaneció inmóvil, con el rostro imperturbable.

A la hora del almuerzo, la multitud se dispersó entre los puestos de comida del exterior o sacó los manjares que habían traído de su casa. Tauro, entusiasmado, regresó a su asiento con un cuenco de terracota. El recipiente contenía tortilla de leche con miel, el plato favorito de Expositus, que desprendía un aroma peculiar que atrajo la atención del hombre sentado junto a él, que, con la única compañía de un pellejo de vino, lo miraba con un hambre evidente.

—He comprado tu comida preferida —anunció Tauro sonriendo.

El niño observó el plato y desvió la mirada sin intención de probarlo.

Tauro miró el cuenco.

—Si tú no comes, yo tampoco —añadió, para acto seguido ofrecérselo al hombre que tenía al lado.

El desconocido aceptó el plato con avidez, relamiéndose de antemano, y, a cambio, le ofreció a Tauro su pellejo de vino. Este le echó una mirada y negó con la cabeza, agradecido.

Domicia contemplaba todo con una sonrisa cómplice. En ese preciso instante, reconoció a su esposo y comprendió que su marido había vuelto. Al observar sus gestos, su actitud, la fidelidad con los suyos, reconocía al hombre que, tantos años atrás, había conquistado su corazón.

En ese momento dio comienzo la *damnatio ad bestias*. Los criminales, ladrones y cualquier persona que hubiera cometido un delito penado con la muerte recibían su castigo en el anfiteatro.

Cuando pasaron dos horas de ejecuciones, llegó el último de los condenados. Un hombre cuya figura enorme y poderosa fue reconocida al instante por Tauro y Expositus: Foedus, el hijo gigante de Orbiana. Los tres guardaron silencio. Expositus se removió, incómodo, en su asiento. Tauro lo atrajo hacia sí y lo rodeó con un brazo, apretándolo contra su pecho, como si quisiera resguardarlo de lo que estaban a punto de presenciar. Luego alzó la mirada hacia la arena. Aquella era una de las razones que los había llevado al anfiteatro: sabían que el gigante sería condenado ese día y querían presenciar cómo se hacía justicia.

Foedus levantó de sus asientos a muchos de los espectadores, impresionados por su tamaño, pero sobre todo ansiosos por arrojarle fruta podrida, insultos y toda clase de restos de comida. Al escuchar del *praeco*, el hombre encargado de anunciar los espectáculos, el crimen por el que había sido condenado, la multitud coreó el motivo de su condena:

—¡Secuestró a veinte niñas y violó hasta matar a su propia madre!

El gigante estaba asustado. Llevaba los pies y las manos atados de forma excesiva, por miedo a que se liberara, y todo su cuerpo se hallaba cubierto de cadenas. Pero, incluso tras aquella apariencia, seguía imponiendo.

Una cruz lo esperaba en el lado más próximo al *pulvinar*, el palco de honor.

Varios operarios tuvieron que golpearlo en las piernas para lograr tumbarlo. Cuando lo consiguieron, lo colocaron sobre la cruz. Tres hombres fueron necesarios para llevar el primero de los brazos a su sitio. Foedus no gritó cuando el clavo atravesó su muñeca, rasgando músculos, tendones y huesos hasta hallar la madera al otro lado. Tampoco lo hizo con el segundo clavo, ni mucho menos cuando fue el turno de los pies.

Una vez fijado, le quitaron las cadenas y abrieron varios cortes profundos en su pecho para que sangrara. Entre diez hombres levantaron la cruz hasta que se sostuvo en posición vertical.

Entonces ocurrió algo que sobrecogió a todos los espectadores, incluidos Tauro y Domicia, pero no a Expositus, que no mostró emoción alguna. La arena del anfiteatro se abrió y, de sus entrañas, emergió un inmenso oso negro.

—¡Por todos los dioses! —gritó Tauro abrazando a Expositus—. ¿De dónde ha salido esa bestia?

El niño no respondió.

El animal, de espaldas a Foedus, se alzó sobre sus patas traseras y olfateó el aire.

El gigante intentaba liberarse de los clavos, tirando con fuerza, pero los operarios, al clavarlos, habían doblado las puntas al otro lado de la madera, haciendo imposible que salieran.

Cuando el oso olió la sangre, se giró y, con una rapidez que sorprendió a todos los presentes, corrió hacia su presa. Al llegar, se

detuvo y comenzó a gruñir, caminando de un lado a otro, girando sobre sus pasos y midiendo a su adversario.

Los bufidos resonaron por todo el anfiteatro. De repente, el oso lanzó su primer ataque: un golpe devastador con las garras delanteras. El zarpazo fue tan feroz que el pecho de Foedus quedó desgarrado, dejando al descubierto gran parte del esternón.

A continuación, el oso lanzó varios mordiscos a los brazos y las piernas. Los gritos del gigante contrastaban con los vítores del público. Finalmente, los colmillos del animal se clavaron en el cuello del hombre. La sangre tiñó el hocico del oso, y cuando rugió, ofreció un aspecto aterrador.

En poco tiempo, el cuerpo de Foedus quedó irreconocible. Las entrañas yacían esparcidas por la arena, los brazos apenas sostenían lo que quedaba de su torso y las piernas colgaban destrozadas, inertes, mientras la sangre empapaba la arena del anfiteatro.

Domicia hacía rato que había dejado de mirar.

—Sé que se lo merece, pero no puedo evitar sentir que una pena así es excesiva —dijo la patricia.

Tauro suspiró y respondió:

—Lo único que lamento, Domicia, es que después de todo lo que ha ocurrido, de todo el dolor que han causado, solo este pobre desgraciado padezca la condena de pagar por tanto sufrimiento. Me resulta injusto pensar que hay otros hombres que merecen un castigo igual o mayor, pero solo el gigante y su madre han encontrado la muerte.

Domicia sonrió.

—¿Estás seguro?

# LXXIII

*Sucaelo*

—Repite lo que acabas de decir, centurión —exigió Tito Papirio sin dar crédito.

Marcio lo repitió:

—Que hoy ciento setenta matronas planean envenenar a sus maridos.

Plautia bajó la mirada hacia la copa de vino que Tito le había devuelto. Estaba a la mitad. Su marido apenas había bebido durante la jornada. Tenía dudas. Al alzar la cabeza, se encontró con la mirada fría de Marcio.

—Eres la mujer del futuro gobernador. ¿Tienes algo que decir?

Plautia mantuvo la voz serena, aunque el peso de sus palabras casi la quebraba.

—Estoy igual de perpleja que todos mis conciudadanos.

—¿Aseguras que no hay ningún complot contra vuestros maridos?

—¿Por qué habría de haberlo?

Tito Papirio la miró con una frialdad que le heló el alma.

—¡¿Alguna de vosotras tiene algo que declarar?! —gritó el centurión dirigiéndose a todos los presentes.

El silencio retumbaba en el foro.

—Bebe —ordenó Tito Papirio acercándose a su esposa—. Centurión, si estas mujeres no tienen nada que esconder, exijo que mi mujer beba.

Plautia levantó el rostro con aparente calma.

—Centurión, ¿no es curioso? Si hemos envenenado a nuestros maridos, ¿por qué ninguno de ellos ha muerto todavía?

Marcio vaciló, considerando la posibilidad de que el veneno tuviera un efecto retardado.

Entonces, Vitruvia dio un paso al frente.

—Si ella bebe, yo también lo haré. No tenemos nada que esconder.

—¿Alguien más? —preguntó Tito Papirio desafiando a las demás mujeres.

Una a una, un gran número de mujeres se adelantó, pero Marcio las detuvo con un gesto.

—Con dos será suficiente. Si no tenéis nada que ocultar, bebed el contenido de vuestras copas.

Plautia cruzó una mirada con Vitruvia. Casi al mismo tiempo, ambas vaciaron sus vasos.

Marcio suspiró. Si aquellas mujeres hubieran sido culpables, se habrían arrepentido en el último momento. Maldijo para sus adentros por haber confiado en la palabra de una esclava y se dispuso a retirarse, seguido de sus hombres.

Fabio, sin embargo, permaneció inmóvil. La boca seca y el corazón desbocado lo paralizaban. Levantó su copa con intención de apurarla, pero algo lo detuvo. Miró a su esposa; su rostro serio lo inquietaba. ¿Y si era cierto? Dejó la copa sobre la mesa y, en lugar de vino, se sirvió agua. Otros hombres lo imitaron, eligiendo la prudencia.

Tito Papirio seguía observando a Plautia. Había algo en su mirada que confirmaba sus peores temores.

—¿Cuándo decidisteis hacerlo? —preguntó al fin.

Plautia entendió que no tenía sentido seguir fingiendo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por dos razones. Primero, porque el centurión ha mencionado los municipios que hoy están aquí presentes. Es imposible que lo supiera salvo que alguien se lo hubiera confesado. Y segundo, porque ha dicho exactamente «ciento setenta matronas». No puede ser casualidad que esa cifra coincida con la de las niñas que fueron secuestradas y enviadas a Roma.

Mientras hablaban, Fabio comenzó a llevarse las manos al vientre. Al beber agua, un sabor metálico y extraño invadió su garganta. Náuseas violentas lo doblaron mientras un ardor abrasador se extendía por el estómago. Un sudor frío le cubrió la frente y el dolor en sus entrañas creció como cuchillas desgarrándolo desde dentro. Se inclinó hacia delante y, mezclado con sangre, vomitó cuanto tenía en el estómago.

Menfis, su amante, estuvo tentada de ayudarlo, pero dejó que se retorciera entre estertores al recordar que él había sido el culpable de la muerte de su hija.

Uno tras otro, los hombres comenzaron a mostrar los mismos síntomas. El foro, antes lleno de vida y celebración, se convirtió en un escenario de gritos y sufrimiento.

Tito Papirio observó el caos que lo rodeaba. Por donde mirara, los hombres caían al suelo entre espasmos y resuellos. Volvió la mirada hacia Plautia.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó sin dar crédito—. Podrías haberlo confesado antes de tomar el veneno.

Plautia lo miró y se dirigió a su esposo con la voz rota:

—Nuestro hijo, Parvus, tiene toda la vida por delante. Pero yo no puedo seguir viviendo sin dos de las personas que más he amado: nuestra hija... y tú. Por eso he tomado el veneno.

Tito intentó acercarse, pero ella lo apartó con un gesto firme.

—Acabemos con esto —dijo Tito en un susurro—. ¿Cómo hace efecto?

—El veneno estaba mezclado en el vino, pero la miel lo neutraliza. Sin embargo, al beber agua, por alguna razón que desconozco, se extiende y se vuelve letal.

Plautia cogió dos copas con agua y le ofreció una a su esposo.

—Ya no hay nada que lo detenga. Está en nuestros cuerpos.

Tito bebió el agua de un trago.

—A pesar del monstruo que piensas que soy, si viviera mil vidas jamás amaría a una mujer tanto como te he amado a ti.

Plautia vació su copa.

—Nadie sabe lo que es amar a un hombre hasta lo indecible y despreciarlo con la misma intensidad. No sé lo que los dioses me depararán en el futuro, pero si existe otra vida, como consecuencia de tus actos, ya habría colmado el espacio destinado al odio.

Cuando Marcio regresó al foro tras los gritos de alarma, se encontró con un espectáculo aterrador. La plaza, antes llena de música y alegría, ahora era un campo de cuerpos retorciéndose o inertes. Los hombres iban pereciendo aquejados, al parecer, de la misma súbita enfermedad. Se fijó en los rostros de las mujeres; no había un ápice de compasión.

Se acercó al lugar donde se había despedido del futuro gobernador; allí, junto al cuerpo de Vitruvia, la otra mujer que había bebido, encontró a Tito Papirio y a Plautia sin vida.

Un mes después, la noticia corría por todos los rincones de la ciudad. Menfis salió de su casa con rapidez. Como era habitual, se

detuvo un instante frente al punto exacto donde en su día encontró el cuerpo sin vida de Pompeya, su hija. Tras un suspiro cargado de recuerdos, se dirigió al foro. Todos los ciudadanos estaban allí congregados. Un mensajero imperial tenía la tarea de clavar en una de las paredes de la Curia, sede de los duunviros, un edicto con la resolución final del Senado de Roma.

Los nervios atenazaban a Menfis y el silencio que se apoderó del lugar se hizo tan denso que casi podía palparse cuando vieron al funcionario dirigirse al centro. Justo allí, un mes antes, ciento sesenta y ocho matronas habían sido arrestadas por orden del centurión, acusadas de envenenar a sus maridos. Menfis se había librado de ser apresada porque no tenía esposo y entendieron que no tenía a quien asesinar; sin embargo, fue ella, y no la esposa de Fabio, quien preparó el veneno y lo vertió en la copa de su amante.

Desde el día de los fatídicos hechos, los asesinatos de los ciento setenta hombres en la provincia de Hispania eran el principal tema de conversación en todo el Imperio. La conmoción fue tal que Lucio Mario Máximo, cónsul de Roma y hombre de confianza del emperador Alejandro Severo, tomó las riendas del asunto. Ordenó que los *flamen dialis*, sacerdotes principales de la ciudad, junto con un grupo de senadores y juristas, deliberaran sobre el destino de las mujeres acusadas.

Aquella mañana, la ciudad conocería al fin la condena que les esperaba.

El foro hervía. La ansiedad colectiva era de tal magnitud que los ciudadanos rodearon al funcionario, impidiendo que realizara su labor. Los empujones y los gritos de impaciencia crecían por momentos. Menfis, entre la multitud, alzó la voz:

—¿Alguien puede leerla en alto?

El funcionario imperial, poco acostumbrado a tales interrupciones, dudó un instante. Sin embargo, comprendió que calmar la tensión era imprescindible. Con un gesto solemne, desenrolló el edicto y, tras pedir silencio, comenzó a leer la decisión del Senado:

—Este año infausto nos ha arrebatado a ilustres hombres, envenenados por un acto que no encuentra precedentes en nuestra historia. Lo anómalo de los hechos solo puede atribuirse a una alteración del orden divino, encargado de regir nuestro destino. Para determinar este fallo ha sido imprescindible la declaración de Marcio, el centurión de la VII Gemina, que fue testigo de la demencia que gobernaba en los ojos de las mujeres que cometieron estos actos. En consecuencia, este Senado decreta que el comportamiento insólito de ciento setenta matronas no puede considerarse un crimen, sino una señal prodigiosa. Por tanto, no podemos aplicar la *lex* Cornelia contra sicarios y envenenadores. Declaramos que los acontecimientos ocurridos en la provincia Bética son un prodigio, y no de una maldad premeditada.

El funcionario hizo una pausa y continuó leyendo:

—Este Senado condena a Sucaelo y a los otros municipios, culpables de una manifestación de locura colectiva y únicos responsables visibles, a someterse al acto expiatorio del *clavus figendus*. Quinto Pomponio, renombrado gobernador de la Bética, será el encargado de fijar un clavo de hierro en la pared del templo de Júpiter. Este acto apaciguará a los dioses en estos tiempos de crisis, simbolizando la restauración del orden, la estabilidad y el control sobre el caos, reforzando así el vínculo entre lo humano y lo divino.

La plaza estalló en gritos, tanto de apoyo como de indignación. Los empujones se intensificaron y varios altercados se desataron entre los presentes. Algunos coreaban el nombre de Sucaelo,

mientras que otros maldecían a su ciudad, clamando justicia por los padres, hermanos o amigos que habían perdido.

Menfis, entre el tumulto, ahogó un grito de satisfacción. Mientras el clamor y el caos la envolvían, alcanzó a escuchar cómo el funcionario leía la última sentencia, cuya decisión hizo que diera gracias a los dioses:

—En nombre del Senado y del Pueblo de Roma: se decreta la inmediata liberación de las mujeres arrestadas y la plena restauración del honor de las ciento setenta matronas acusadas, para que su memoria quede libre de mancha y su dignidad sea devuelta conforme a los dictados de la justicia y la voluntad de los dioses.

# LXXIV

*Anfiteatro de Itálica*

Tauro se sentó cuando escuchó en boca de Domicia el plan que habían orquestado.

—Espero que vuestro plan, por muy descabellado que parezca, acabe bien. Esas niñas merecen justicia —dijo Tauro ensimismado.

—Saldrá bien —respondió Domicia confiando en sí misma.

Las trompetas anunciaron que se iniciaba la lucha de gladiadores.

Expositus se puso en pie, pero Tauro seguía embelesado pensando en la trama que habían ideado las matronas. Al alzar la mirada, descubrió que uno de los esclavos que cargaban las ánforas donde la gente miccionaba lo observaba con insistencia. En cuanto Tauro se percató de ello, el esclavo desvió los ojos de inmediato.

Expositus levantó la mano y el siervo se acercó.

El crío orinó en el ánfora. El *dominus* del esclavo era propietario de una lavandería y utilizaba la orina para lavar las túnicas.

No obstante, el antiguo *frumentarius* no le quitó ojo. Había algo que no le terminaba de encajar.

El público se puso en pie en el instante en que dio comienzo la vuelta de honor de los gladiadores. La gente enronquecía ovacionando y animando a sus ídolos. Las apuestas se voceaban. Algunos espectadores no podían contener su nerviosismo al tomar conciencia de que habían apostado más de lo que tenían en alguno de los combates.

—Sé que te gustan más los gladiadores, Expositus —añadió Tauro, sin perder de vista al esclavo de la orina—, pero algún día te llevaré a ver una carrera de cuadrigas. Eso sí que es un espectáculo de verdad.

Durante toda la tarde, los mejores gladiadores de Hispania se dieron cita en la arena de Itálica. Primero combatieron los *gregarii*, los gladiadores menos experimentados, para, poco a poco, dar paso a los *secunda* y *prima palus*, los mejores luchadores de la escuela de gladiadores de Hispania. Hasta que llegó el turno de Vettius, el gladiador que Expositus tanto ansiaba conocer, el cual se enfrentaba como reciario, portando red y tridente, a Sperchius, el mejor secutor de Augusta Emerita.

Expositus sacó su espada nueva del cinturón y se puso en pie en su asiento. Domicia y Tauro se miraron; por primera vez mostraba algo parecido a la emoción.

Vettius empezó atacando con su tridente el casco redondeado de su adversario, en una combinación de golpes veloces, tratando de impresionar a su rival. Sperchius también enseñó las garras desde el principio. A pesar de que conocía la experiencia y destreza de su rival, no se dejó amedrentar. Vettius hizo uno de los movimientos que más le gustaban: quería finalizar rápidamente el combate. Golpeó con su tridente, con mucha fuerza, la parte de abajo del escudo de su oponente; por la inercia del golpe, la defensa de su rival se abrió por arriba e intentó meter la punta de su arma por el hueco para arrancarle el escudo, en una combinación muy veloz. Pero Sperchius pudo mantenerlo firme, ante la ovación del público, y contraatacó con su arma. El combate estaba resultando muy vistoso desde los primeros golpes.

Expositus estaba pendiente de todos los movimientos de los gladiadores.

—¿Has visto ese ataque? —preguntó Tauro fingiendo entusiasmo, sin poder discernir en el rostro del muchacho si estaba disfrutando del duelo.

Vettius continuó con su estrategia de poner nervioso a su rival. Con el tridente siguió lanzando golpes al casco de Sperchius, muy seguidos, pequeños pero incisivos. Cuando su rival se impacientó y se echó a un lado para contraatacar, dejó un enorme hueco en su defensa. Vettius atacó. Su estrategia le salió perfecta. El costado de Sperchius sufrió el primer tajo y eso enardeció más a la multitud. El *summa rudis*, el árbitro del combate, intervino, metiendo la vara entre ambos para ver si Sperchius podía seguir luchando. No hizo falta preguntar al público: el rival de Vettius se encontraba herido, pero podía continuar combatiendo.

Tauro celebró que los gladiadores no se rindieran.

—No había visto nunca un combate igual —dijo buscando con la mirada al esclavo que cargaba el ánfora y tratando de arrancar alguna emoción a Expositus, quien por primera vez hizo un gesto de resignación.

El duelo prosiguió. Sperchius aprovechó el momento de descanso para infundirse coraje. Debía ser más contundente. Vettius quería aprovechar la superioridad mostrada hasta ese instante y empezó atacando de un modo distinto. Se acercaba a su contrincante, tratando de arrinconarlo con movimientos muy rápidos. Sperchius, por su parte, sacaba y escondía su *gladius*. Vettius cambió el ataque, lanzando la red en busca del cuerpo de su rival, pero el lanzamiento no fue certero y apenas lo molestó. A continuación, atacó con el tridente para arremeter contra el escudo de su enemigo. Sperchius esperaba ese movimiento y, con unos reflejos asombrosos, agarró el tridente de Vettius entre el costado de su cuerpo y el brazo, neutralizando el arma. Tiró del tridente de su rival, acercándolo a él.

Vettius trató de contraatacar con su puñal, pero Sperchius fue más ágil y encontró con su espada el costado de su oponente; eso provocó que cayera al suelo con la primera de las heridas. El impacto fue tan contundente que levantó un grito de asombro entre el público.

Vettius se irguió tratando de recobrar el ánimo. Sperchius vio su oportunidad y le lanzó varios golpes hasta que el hierro de su arma halló el estómago del *retiarius* y le abrió un enorme tajo.

—¡Por Baco! —gritó el hombre sentado al lado de Tauro—. Es la primera vez que veo cómo alguien encuentra dos veces el cuerpo de Vettius.

El público enmudeció. La sangre del gladiador y la sorpresa de ver que, por primera vez, Vettius iba a perder un combate, hicieron que se levantaran de sus asientos.

El *retiarius* alzó el dedo índice, señalando el cielo de Itálica, haciendo ver a su rival que se rendía y esperaba el favor del público. A pesar de que el combate había sido breve, había luchado con coraje.

El público cubrió las gradas de pañuelos blancos, indicando que le perdonaban la vida, y Expositus volvió a sentarse, negando con la cabeza y con la mirada perdida. Como si estuviera decepcionado.

Los espectadores comenzaron a abandonar las gradas. El día de espectáculos había llegado a su fin. El atardecer cedía paso al ocaso, mientras una bandada de pájaros cruzaba el anaranjado cielo.

Tauro buscó al esclavo de nuevo, pero no lo encontró. Estaba convencido de que se trataba de otro hombre enviado por Julia Mesa. Quizá su mente estaba demasiado obsesionada, pero algo en su interior le decía que hasta que uno no acabara con el otro, no encontraría descanso. En ese momento imitó a Expositus y se sentó.

Para su asombro, el chico exhaló un profundo suspiro y, sin mediar palabra, dejó caer la espada de madera al suelo. Antes de que Tauro pudiera reaccionar, el muchacho se aferró a su hombro, en un abrazo inesperado, dejándolo desconcertado.

—Ya no quiero ser gladiador —dijo el chico.

El antiguo *frumentarius* se encontró con la mirada emocionada de Domicia.

—Claro, Expositus, puedes ser cualquier otra cosa. Lo que tú quieras. ¿Qué te gustaría ser?

Expositus levantó la cabeza y miró a Tauro a los ojos.

—Quiero ser como tú.

# EPÍLOGO

*Corduba*
*Destacamento Auxiliar de la VII Gemina*
*Cinco días antes de la Saturnalia*

—¿Cuánto tiempo lleva esperando? —preguntó el ayudante del centurión cuando regresó al puesto de guardia.

—Más de un día, mi *optio* —respondió el legionario—. Ha dicho que no se moverá hasta presentar una denuncia.

—Una esclava no puede realizar una demanda contra un ciudadano.

—Lo sabe, pero según me ha dicho, la gravedad de lo que quiere anunciar la obliga a estar aquí.

—He visto esto más veces. Querrá denunciar que su *dominus* la ha violado o que la ha golpeado. —El legionario rio—. Déjala hasta que se canse y se vaya.

Al día siguiente, la joven seguía plantada en la puerta del destacamento de la legión.

El *optio* suspiró, al enterarse de su reaparición.

—Que se quede ahí una hora y luego dile que pase. Veamos qué es eso tan importante que desea manifestar.

—Esclava —comentó el legionario—, acompáñame.

La sierva se levantó. Tenía los músculos entumecidos debido a las largas horas aguardando.

El legionario la condujo al destacamento auxiliar, que se encontraba junto a la muralla, hasta llegar a la sala donde estaba el ayudante del centurión.

—¿Qué es eso tan importante que quieres denunciar? —preguntó el *optio*, sin rodeos, como si la insistencia de aquella esclava lo molestara—. Como deberías saber, una esclava no puede presentar una demanda contra un ciudadano. Así que di lo que tengas que decir y márchate. No me hagas perder el tiempo.

—Me gustaría poder exponerla ante el centurión.

El *optio* hizo un gesto de impaciencia.

—Podemos hacer dos cosas: puedes hablar conmigo o puedo obligarte a limpiar la mierda de las alcantarillas durante el resto de tu vida. Tú decides.

La esclava dudó, pero al final comenzó a hablar.

—Quiero denunciar el posible asesinato del gobernador de la Bética.

—Continúa —comentó sorprendido.

Cuando aquella mujer terminó de relatar su historia, el *optio* salió de la habitación y fue a buscar al centurión.

Marcio le lanzó una mirada de preocupación a su ayudante en cuanto lo vio entrar en su tienda. Tenía la frente perlada de sudor.

—Será mejor que vengas, mi centurión.

—¿Qué ocurre?

—Es mejor que lo escuches con tus propios oídos.

Marcio dejó los documentos en los que estaba trabajando y siguió a su ayudante.

—Habla —ordenó el *optio* a la sierva—. Cuéntale otra vez todo al centurión.

—Mi señor, tengo razones para creer que mi ama, Plautia, la esposa del futuro gobernador, está intentando envenenar a su

marido.

Marcio observó con incredulidad a su ayudante.

—Es como si estuviera fascinada por algún tipo de hechizo. Es por eso por lo que he venido a denunciarlo.

—¿Qué pruebas tienes?

—Yo misma, mi centurión, he sido obligada a preparar el veneno por orden de mi *domina*.

—¿Qué clase de veneno?

—Unas hierbas cuyo nombre desconozco, porque no me fue revelado, y que hay que cocinar mezcladas con vino, mi señor.

Marcio miró al *optio*. Aquella era una acusación muy grave. La ley era muy severa con los crímenes por envenenamiento.

—Si lo que dices no es cierto, podemos condenarte a muerte.

—Mi señor, tenéis que creerme. Si vais ahora mismo, podréis descubrir a algunas mujeres cocinando el veneno.

—Pero ¿hay más?

—Así es, mi centurión. Mi *domina* ha convencido a las matronas de Sucaelo, de Urgao y de otros municipios para que también asesinen a sus maridos. Yo misma estuve presente. Fue durante los ritos de la Bona Dea.

—¿Cuántas?

—En total, ciento setenta mujeres. Era como si estuvieran hechizadas por los mismísimos dioses. Como si a través de ellas quisieran castigarnos por alguna ofensa que hemos cometido.

—¿Cuándo piensan hacerlo?

—Por eso he venido, mi señor. Sé que lo harán en el foro, durante el banquete público de la Saturnalia.

Marcio pensó en las niñas secuestradas que acababan de rescatar en Ipora y de las que le habló Tauro. No podía ser una casualidad; aquello tenía que estar conectado.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Tauro? ¿Crees que es él quien las ha instigado?

—Fue en los ritos de la Bona Dea, mi señor. Los hombres tienen prohibido el acceso.

—Quizá fue su esposa. ¿Has oído el nombre de Domicia Iucunda?

La sierva se quedó pensativa, negando con la cabeza.

—No, mi señor, nunca he oído ese nombre. Ni la he visto por la casa de mi ama.

—Que se prepare una centuria. Saldremos al amanecer en marcha forzada para llegar en cuatro días. No hay tiempo que perder.

Marcio se volvió hacia ella.

—Esperarás aquí. Si por alguna razón todo lo que has contado es mentira, serás flagelada en público hasta la muerte.

—Lo que digo es cierto, mi centurión.

—Ya lo veremos. Dadle de comer y de beber.

Marcio hizo amago de salir, pero antes se giró hacia la esclava.

—¿Cuál es tu nombre?

La sierva levantó la mirada.

—¿Es necesario? —preguntó.

El centurión pestañeó sorprendido:

—Te he hecho una pregunta, esclava.

Hasta ese momento se había mostrado sumisa, pero en ese momento alzó los ojos y pronunció su nombre con orgullo:

—Elia.

# NOTA DEL AUTOR

En el año 331 a. C., Roma fue escenario de un acontecimiento extraordinario que involucró a ciento setenta mujeres pertenecientes a la élite de la sociedad. Numerosos patricios comenzaron a fallecer en circunstancias misteriosas, lo que llevó a la detención de un grupo de matronas de familias prominentes, acusadas de ser responsables de estos crímenes. El incidente fue percibido como una amenaza y un aviso de los dioses, por lo que se resolvió como un prodigio y se realizó un ritual colectivo de purificación: el *clavus figendus*. Según los relatos de la época, una joven esclava denunció a estas mujeres, señalándolas como autoras de los asesinatos mediante el uso de venenos.

Este insólito episodio fue recogido por autores como Valerio Máximo y, posteriormente, por san Agustín; sin embargo, la narración más detallada se encuentra en un pasaje del libro octavo *Ab urbe condita*, del historiador Tito Livio.

En el desenlace de esta novela he buscado recrear este suceso a través de la ficción, manteniendo su esencia histórica como inspiración.

Asimismo, el senador, historiador y escritor Dion Casio nos legó el único testimonio escrito sobre Marciano Tauro. En su *Historia romana* (Epítomes del libro LXXIX, 40), relata que, durante la huida de Macrino, este fue ejecutado en Antioquía por el centurión Marciano Tauro, a instancias de Julia Mesa.

# AGRADECIMENTOS

Escribir los agradecimientos siempre me resulta un poco abrumador, por miedo a dejarme a alguien cuya ayuda, apoyo o experiencia haya contribuido a que el libro llegara hasta ti de la mejor forma posible. Así que, por adelantado, pido disculpas: están todos los que son, pero seguro que no son todos los que están.

En primer lugar, gracias a mi familia. A mi esposa, Isa, y a mis hijas, Aitana y Chloe, por vuestra infinita paciencia cuando dedico tantas y tantas horas a aquello que sabéis que me apasiona: escribir. A mis padres, Miguel y Ana, por su apoyo incondicional y su cariño sin medida. A mi hermano José, a mis sobrinas Paula y Blanca, y a mi tío, el otro Juan Tranche, mi mayor fan.

A mis primeros lectores. A Sara Pino, madrina de mis novelas, la primera persona que lee cada capítulo y que siempre sabe señalar con acierto qué falta y qué sobra. A Leire Gambra, por su mirada atenta y su valioso punto de vista. A Santi Fernández, que siempre ve lo que yo no alcanzo a ver. Y a mi querida Yolanda Rocha, que con su talento y paciencia deja cada novela a punto. Sin olvidarme de Fermín y de Jorge.

Cómo no, a mi amigo, el escritor Santiago Díaz, que siempre está ahí para ofrecerme ayuda y consejo cuando lo necesito. Y a Christian Gálvez: contigo empezó todo. Y a Luis Zueco, por su enorme generosidad.

También quiero dar las gracias a todos mis amigos, que soportáis con estoicismo mis constantes comentarios sobre curiosidades y

anécdotas de esa civilización —la nuestra— que tanto me fascina: la romana.

A Ana Navas, David Cobo y a Vera, por acompañarme sin dudarlo a visitar algunos de los escenarios que inspiran y dan forma a esta novela, y por mil cosas más. Y, cómo no, a mi *domina*, Raquel del Espino, una de las lectoras a las que más quiero, por hacer de cicerone en la villa de Mitra y contagiarme su pasión. A mis 33 (Pablo, Ana, Alicia, Kike, Luis, Marta, Rosa y Roberto), por estar ahí.

Y, por supuesto, a mis amigos de toda la vida (Juancar, More, Sici, Salva y Santi), que nunca dejan de preguntarme cuándo llegará la siguiente novela.

A Fernando Barriales, siempre dispuesto a resolver cualquier duda sobre las costumbres cotidianas de los romanos, y a Javier Romay, por su inestimable apoyo.

En el plano profesional, la primera persona a la que quiero dar las gracias es, sin duda, a mi agente, Justyna Rzewuska. Fue ella quien, una tarde en un bar, me planteó la idea de escribir una novela *noir* ambientada en la antigua Roma. No puedo más que agradecerle una y otra vez todo lo que estoy disfrutando y aprendiendo a lo largo de este camino que ella me sugirió.

Gracias también a todo el equipo de Planeta por volver a confiar en mí. A Raquel Gisbert, a Fátima Santana, a Ferran Monterde y, sobre todo, a Puri Plaza, mi editora y la persona que mejor sabe hacer brillar mis historias: gracias por tanto, querida. A Carmen Fernández Aguilar, por su mirada certera y su impecable trabajo de corrección, a Olga López y a Elena Umbert.

Por supuesto, mi agradecimiento a los libreros, que ponéis pasión, criterio y mucho amor en recomendar nuestras historias como si fueran propias.

De manera muy especial, a mi querida Aida, de la librería Bravo, en Fuenlabrada, y a Mario Quintana, de La Selva Dentro, en mi amada Mérida.

Y a ti, lector, gracias por haber llegado hasta aquí y por darle una oportunidad a esta historia. Si hay algún comentario que quieras hacerme, puedes escribirme en mis redes sociales o en mi página web. Y si te ha gustado, no sabes cuánto te agradezco que la recomiendes y la compartas en cenas, cafés o conversaciones entre amigos. Ahí es donde de verdad viven las historias. De lector a lector.

Nos vemos en la próxima novela... Prometo no hacerte sufrir tanto (o, al menos, lo intentaré).

# Notas

## I

1. Córdoba.

## IV

1. Río Guadiana.

## V

1. Casas de Reina.

## VII

1. Fuente Obejuna.
2. Los Villares (Jaén).
3. Osuna.
4. Écija.

## VIII

1. Nombre que utilizaban para los ataques epilépticos.

## X

1. Cabra.

## XVI

1. Cádiz.

## XIX

1. Carmona.
2. Sevilla.
3. Sierra de Grazalema.

## XXIV

1. Cartagena.
2. Linares.

## XXXI

1. Arjona

## XLIII

1. Astorga.
2. Tarragona.

## XLV

1. Lugo.

## LIII

1. Guadalquivir.

## LVIII

1. Villa de Fuente Álamo.
2. Aguilar de la Frontera.
3. Estepa.

## LXV

1. Río Guadajoz.

## LXXI

1. Antequera.
2. Martos.

*Innocentia*
Juan Tranche

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imagen de la cubierta: © Stephen Mulcahey / Trevillion Images
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Juan Tranche, 2026
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32172-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# Table of Contents


Portadilla
Dedicatoria
Cita
Contexto histórico
PARTE I. OFENSA
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV
- XV
- XVI
- XVII
- XVIII
- XIX
- XX
- XXI
- XXII
- XXIII
- XXIV
- XXV
- XXVI

PARTE II. DOLOR

XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
PARTE III. VENGANZA
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI

LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
LXXII
LXXIII
LXXIV
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos
Notas
Créditos